



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

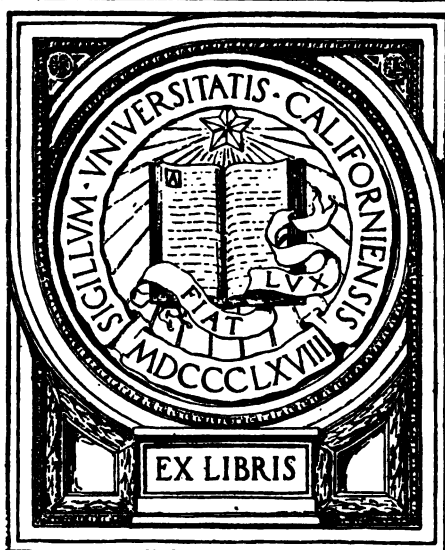
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

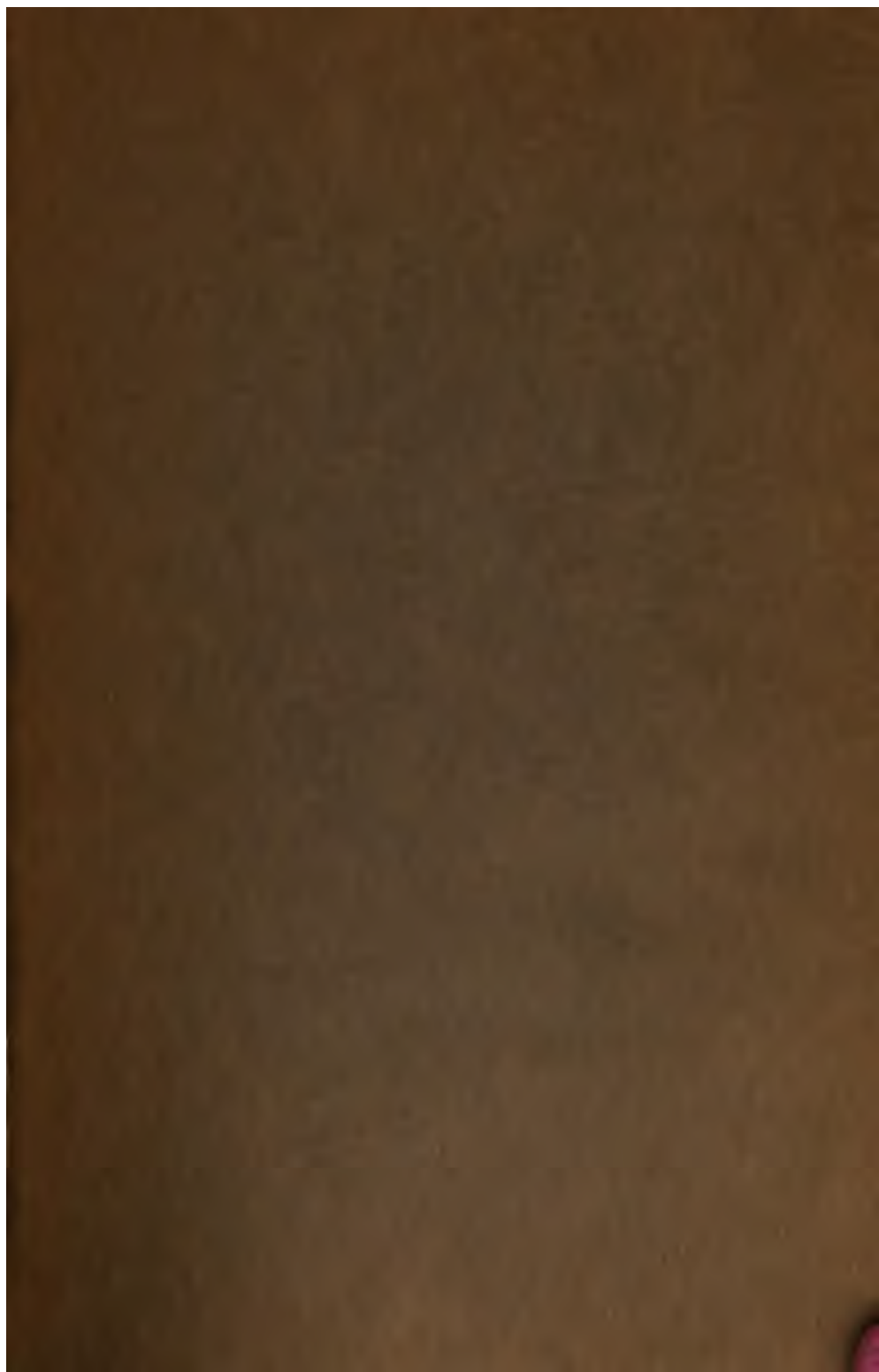
## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

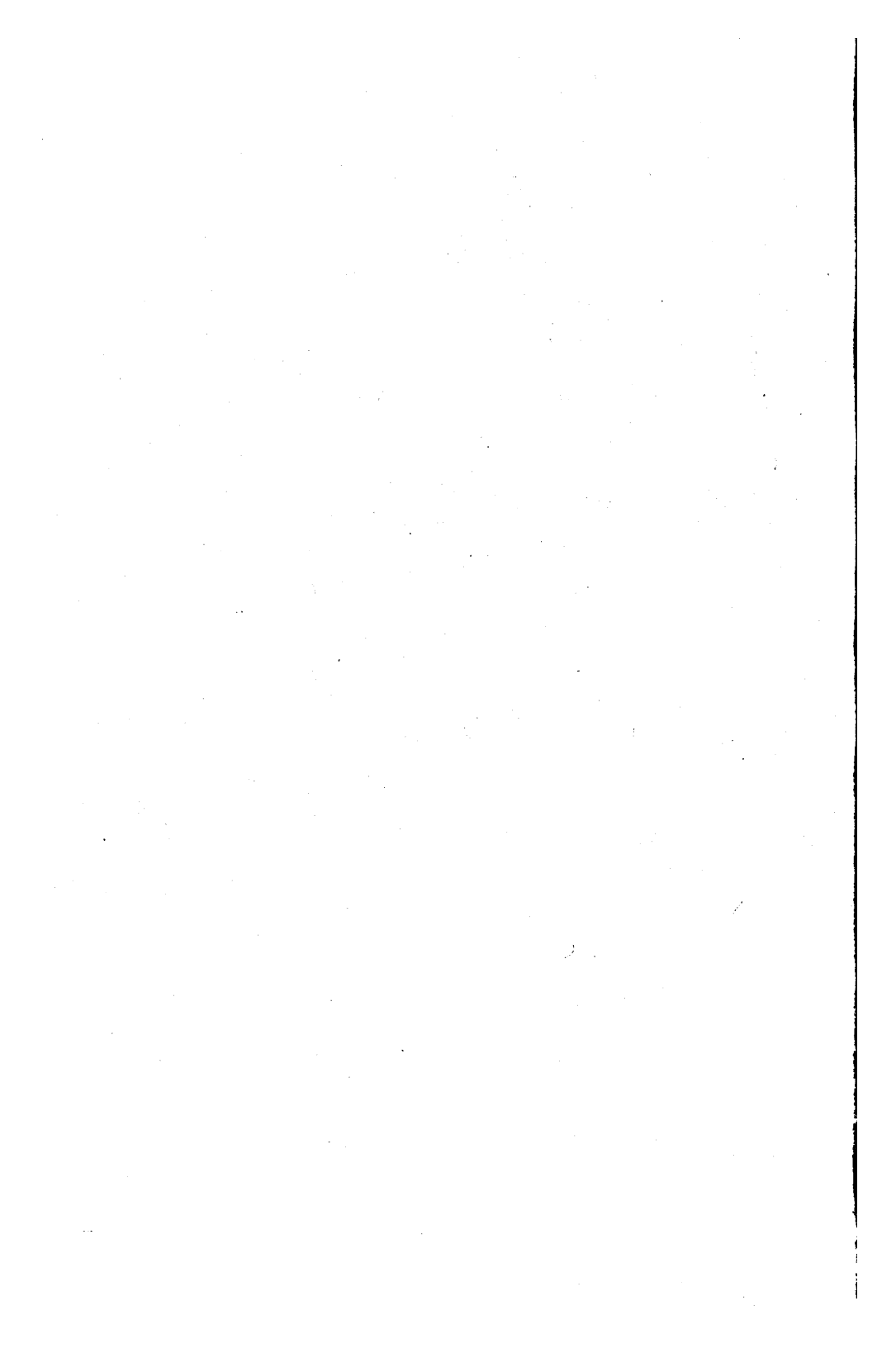
EXCHANGE



EX LIBRIS







TRADICIONES UNIV. OF  
CALIFORNIA

Y.

# Artículos Históricos

POR

RICARDO PALMA

*Correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia.*



L I M A

IMP. TORRES AGUIRRE, UNION 150

1899

F 3409

P23

TO VIKU  
ABROCHIAO



## CUATRO PALABRAS.

LA casa editorial de Montaner y Simón, establecida en Barcelona, publicó, ha pocos años, en cuatro volúmenes, artísticamente ilustrados, una selección de las ocho series de TRADICIONES PERUANAS que de 1881 á 1890, en edición humildísima, se imprimieron en Lima.

Lo desdeñado por mis buenos amigos Montaner y Simón era lo suficiente para compaginar otro volumen. Respeto los motivos que, para la exclusión, tuvieron los editores catalanes; pero yo que amo, con amor de padre, á esos infortunados escritos, quiero hoy reunirlos en este libro, agregándoles las tradiciones y artículos que han brotado de mi péñola en los últimos cinco años.

En las ocho series publicadas, en Lima, por la imprenta de don Carlos Prince, aparecieron juicios literarios suscritos por D. Rafael de Zayas Enriquez (mexicano), D. Ricardo Becerra (colombiano), D. Diego Barros Arana (chileno), D. Simón Camacho (venezolano), D. Juan María Gutiérrez (argentino),

D. Ricardo Bustamante (boliviano) D. Eugenio María Hostos (dominicano), D. Miguel Cané (argentino), D. Francisco Sosa (mexicano), D. José Rafael Arizaga (ecuatoriano), D. Luis Berisso (argentino), Arséne Arrus (literata, residente en París), D. Juan Valera y D. Vicente Barrantes (académicos españoles), D. Rubén Darío (nicaragüense), D. Gonzalo Bulnes (chileno), D. Godofredo Lozano (argentino), D. Francisco Gavidia (salvadoreño), D. Víctor Arreguine (uruguayo), D. Luis Capella Toledo (colombiano), D. Tomás O'Connor D'Arlach (boliviano) y omito nombrar á escritores peruanos, porque son de mi parroquia, y el aplauso, en ellos, podría estimarse por alguien como obligado tributo del personal afecto.

Plaza de hipócrita conquistaría si no declarara que mucho, muchísimo me halagaron, alentándome para no desmayar en la labor, los encomios que, con amable espontaneidad, me prodigaron eminencias literarias de los pueblos en que se habla y cultiva la lengua castellana. Y pues todas las series, impresas en Lima, han llevado, á guisa de prólogo, la reproducción de algunos de esos juicios, es natural y lógico que, en el presente volúmen dé cabida á varios de los que me ha dedicado, posteriormente, la prensa extranjera. Pruebe ello á sus bondadosos autores que no he acogido con indiferencia los conceptos con que me han honrado.

RICARDO PALMA.

Lima, Agosto de 1899.



## JUICIOS LITERARIOS.

---

**RICARDO PALMA.**

---

De dos grandes escritores modernos puede decirse que han sido maestros de estilo en Hispano-América:—Juan Montalvo y RICARDO PALMA. El uno fué todo fuerza; el otro es todo gracia; y ambos han trabajado primores en la lengua castellana. Montalvo dejó más numerosa familia de discípulos, porque enseñó la expresión viril del combate, las agrias notas del despecho, la risa nerviosa de la ironía, y los sublimes acentos de la ira, á una generación ardiente, ansiosa de luchar, á la cual hacia falta el rayo de la palabra, y él se lo envió en las magníficas explosiones de su olímpica soberbia.

Los discípulos de RICARDO PALMA son más escasos; porque el arte que él enseña es más difícil, y hay que venir á él con diploma de suficiencia firmado de puño y letra de la Naturaleza misma. Se ha de nacer con genio de pintor y con ingénita vis cómica; se ha de saber observar, y sentir lo que se observa; se ha de poseer la facultad eminentemente artística de dar con el lado débil que las más graves cosas humanas tienen, por donde quien graves las dispuso, olvidóse de hacerlas invulnerables á la riente malicia de la crítica.

Dotado así el pintor de costumbres, viene á adiestrarle el aprendizaje del dibujo y del colorido, eso que en literatura se llama lenguaje y estilo.

RICARDO PALMA ha sido periodista batallador, y es poeta de riquísima vena; pero por sobre todos esos títulos á la

fama, está el que le ha conquistado el dón soberano de la originalidad, revelada en sus admirables *Tradiciones*. En este género no tiene predecesores ni rivales. Lo encontró por una revelación de su ingenio, que ansiaba por darse un campo propio. Allí estaban, sin que nadie los tocara, los empolvados archivos; por ahí discurrían las populares leyendas, sin que nadie se dignara desprenderlas de los labios del vulgo para ennoblecer sus formas con las galas del lenguaje; ahí se estaba muerta y olvidada toda una época brillante ó anecdótica, triste ó festiva, sangrienta ó generosa, con sus figuras características y sus originales costumbres, sin que á nadie se le ocurriese abrir el viejo armario, sacudir el polvo, matar la polilla y sacar al sol toda esa caterva de dominadores con su abigarrada parafernalia colonial, exponiéndolos á la vista de las nuevas generaciones, para que con tan instructiva y amena exhibición recuerden, aprendan y sonrían.

RICARDO PALMA descubrió el filón, lo trabajó con el prodigioso instrumento de su estilo, y á todos nos ha enriquecido con el oro que de allí sacara, aventándolo á puñados por el campo de nuestra literatura.

Sus cuadros son pinturas vivas. Contemplándolos se ponen delante de nuestra retina la cosas, los hombres y los tiempos que ya no son. En ellos desfila todo un siglo, y á veces se siente discurrir por los nervios una sensación de terror retrospectivo:—se cree uno en plena colonia, en presencia de aquellos temidos y rumbosos virreyes, de aquellos ceñudos capitanes, y de aquellos magistrados atrabiliosos, con cara de ley marcial. Por fortuna, el gran pintor, que adivina nuestro miedo pueril, no lo deja convertirse en temor de varón fuerte, y sonriendo donosamente, dá un papirotaso al espantajo, como diciéndonos:—«no le temais, que es una excelente persona.» Y entonces advierte uno que el artista ha estirado un tantico las comisuras de las bocas severas, y que ha rebajado no poco la ominosa curva de las ojivales cejas, con lo cual, en efecto, se esparce en aquellos rostros vitandos cierta encantadora *bonhomie* que nivita á la familiaridad y al buen humor.

En cuanto á los recursos de lenguaje con que cuenta RICARDO PALMA, ¿se quiere saber hasta donde posee él y domina el idioma? No hay más que darle un puñado de vocablos recogidos en el arroyo, los más prosáicos y ruines,

de esos que el vulgo encanalla con su hablar pedestre; y al punto se verá cómo el mago los incrusta, los combina, los dignifica y les da viso, haciéndolos entrar en su debido puesto en la hermosa escala de tonos de una frase hábilmente graduada de colores.

Pero ni el conocimiento profundo de la índole y artificios de una lengua, ni la posesión de un copioso léxico forman por sí solos al prosista trascendente. Se necesita algo más, es indispensable aquello que, con tanta gracia como acierto, nos dice el mismo PALMA ser preciso para escribir buenos versos:

Forme usted líneas de medidas iguales,  
Y luego en fila las coloca juntas  
Poniendo consonantes en las puntas;  
—Y en el medio?—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!  
Hay que poner talento!

Y es cabalmente lo que él pone, en el medio y por todas partes de sus renglones de inimitable prosa. Lo que en ella mejor reluce y más encanta, no es la palabra escogida, ni la frase bien compuesta; es el talento; es ese polvillo luminoso de ideas que á sus escritos abrillanta. A veces el estilo de PALMA parece caer en una sencillez tan ingénua, que las medianías se regocijan, porque se imaginan que allí sí pueden llegar ellas. Pero eso no es sino puro espejismo retórico. De sencillo no hay allí más que la apariencia. Un magistral alarde artístico es lo que al cabo se descubre en esas formas de engañosa naturalidad, de las cuales, una vez que se nos ha mostrado el autor como el atleta en descuidado reposo, vuelve á la actitud estatuaria por un giro nuevo, gallardo, inesperado, que nos deja suspensos.

RICARDO PALMA escribe poco por ahora. Se ha encariñado con la Biblioteca nacional de Lima, destruida en 1881 por las tropas chilenas, y á la cual se ha propuesto enriquecer. En mientes tiene un trabajo que habrá de ser interesantísimo. Su idea es escribir las monografías de los literatos españoles á quienes trató de cerca en Madrid, cuando aquel su glorioso paseo, en que tantos agasajoreciera de los príncipes de las letras castellanas. Detiénele, sin embargo, el escrúpulo de pensar que, en esos artículos, habrá por fuerza de ir algo personal suyo. Y á



nuestro ver, esto será justamente lo que haga más valiosos y gratos para la América semejantes trabajos; porque los honores rendidos á PALMA en el extranjero, vienen á ser la ratificación insospechable de la admiración y el orgullo que su egregio talento ha despertado entre sus hermanos en la raza.

N. BOLET PERAZA.

Nueva York—1894.

---

## LA TRADICIÓN.

---

Á DON RICARDO PALMA.

Ella no invoca á la severa Clío,  
Ni requiere de Tácito la pluma:  
Lleva un tinte de historia que se esfuma  
Como arrebol nocturno en el vacío.

Mas reclama del arte el señorío  
Para dar á la forma gracia suma,  
Y que el conjunto original resuma  
Interés, concisión, pureza y brío.

Tú has descubierto los secretos de ella  
Y, del polvo de archivos seculares,  
Surgir la ordenas vivaracha y bella,

Al golpe de tu mágica varilla,  
Con honra de tu nombre y de tus lares  
Y de la hermosa lengua de Castilla.

MANUEL NICOLÁS ARÍZAGA.

Guayaquil—1893.

## EL PLEITO DEL ESTILO.

---

La antigua disputa de los clásicos y románticos, con formas nuevas, se ha reproducido en nuestros días, con mayores ramificaciones, entre idealistas y naturalistas. Los antagonismos de escuela, las divergencias en el procedimiento, al fin y al cabo, se han reducido á límites más circunscritos, convirtiéndose, ó, para ser más exactos, transformándose en el pleito sobre estilo. En este campo y en este estado la polémica se halla mejor fundamentada y definida, envolviendo el problema de psicología que, en definitiva, ha de resolverse dentro de los principios más generales del arte literario.

### I

Los tratados de retórica, aun aquellos que están basados en los más rígidos preceptos, consideran el estilo como la expresión más fiel y exacta del carácter del escritor. Y todos ellos, al propio tiempo que expresan, con más ó menos claridad, que los cánones son medios que propenden á un objeto dado, proclaman que, por encima de todo, está la genialidad del que concibe y compone. Como se ve, el preceptismo, á pesar de su apego á la letra, al molde consagrado, que es la causa de sus intransigencias, resuelve la cuestión, en principio, de acuerdo con la solución más moderna de la crítica moderna. Pero lo mismo el crítico formalista que el crítico más laxo, incurriendo en las más deplorables contradicciones, suelen condenar con severidad magistral eso mismo que antes han considerado como fiel expresión del carácter del escritor á quien juzgan. Sobreviene en los más lúcidos como pasajera ofuscación; sentencian cuando debieran explicar, aun anteponiendo ó proclamando sus personales preferencias; y el partidarismo literario se sobrepone á aquella serenidad, á aquel desinterés que

debe mantener al crítico, respecto de la obra que estudia, en el mismo estado de ánimo que al geólogo en presencia de un conglomerado. La ofuscación es evidente. Se borra ó se suprime el hecho psicológico, y no se tiene ni sigue más norma que la ley que creó y puso en vigor el genio de las escuelas clásicas.

Supongamos un crítico que tuviese que estudiar tres escritores tan disímiles, por ejemplo, como RICARDO PALMA, MIGUEL ANTONIO CARO y RUBÉN DARÍO. En nombre del Precepto, Palma saldría condenado por su propensión al arcaísmo; Caro, por sus gritos anticuados y el sabor untuoso de su lenguaje; Darío, por la oriental opulencia de su ornamentación, sería quemado en efígie, escribiendo sobre sus cenizas la purificadora leyenda: *Limpia, fija y da esplendor*. Otros ministros del Precepto, llegarían á exigir de Darío la sobriedad de Caro, lo cual, para que no fuese golloría, debiera enmendarse pidiendo que nuevamente se rehiciese el cerebro de Darío, fundiéndolo en el mismo molde y con los mismos materiales con que Natura fundió el cerebro del doctor laico de la iglesia colombiana. Porque Darío posee una imaginación exhuberante, es un pecador; porque Caro carece de imaginación, es un virtuoso. Es, en suma, un criterio tan singular y tan pueril como el del que pretenda decidir si la belleza es patrimonio exclusivo de la mujer de ojos azules y cabellos rubios, por el hecho de tener ojos color de cielo y cabellos color de oro.

Si aceptásemos ese sistema de estudio que consiste en crear una escala de valores comparativos, dejándonos llevar de ciertas preferencias, ó si prescindiendo de nuestras simpatías, llevásemos la cuestión á un campo análogo, llegaríamos á la conclusión de que probablemente Darío podría realizar idénticas labores á las realizadas por Caro, en tanto que Caro, con todo su esfuerzo, no podría realizar labor parecida á la de Darío. No se pierda de vista que nos referimos al estilo, en donde vemos la fotografía de las facultades del escritor, no como tales facultades en sí, sino en el fruto peculiar de sus naturales producciones. Para un escritor de gran potencia imaginativa, y éste es el caso en que está Darío, hacer que su estilo sea sobrio es tarea relativamente más fácil que para un escritor exento de imaginación; y este es el caso en que está Caro: hacer que su estilo tenga brillos de pedrerías, ornamentos de todas formas

y colores, y armonias indescritibles en la rigurosa correspondencia entre el ritmo de la idea y el ritmo de la forma. El primero tendria que someterse á una verdadera penitencia, mientras que el segundo se veria obligado á un *tour de force* muy semejante al del que se propusiera pintar al óleo un paisaje, careciendo de nociones y aptitudes para el arte de la pintura.

Aunque se demostrase, lo que no sería difícil, y compartiríamos de buen grado, que la diferencia consiste en la peculiar intelectualidad de cada escritor, que tan espontáneo es en uno concebir sobriamente como en el otro concebir por sucesión de imágenes continuas y conexas, siempre resaltará el privilegio del escritor imaginativo, y la absoluta ó relativa impotencia del escritor sóbrio. Porque el imaginativo, á costa de poco esfuerzo, será sencillo, claro, enérgico y conciso, con solo echar á un lado las propias ideas, en tanto que el escritor sóbrio tendrá que crear una primavera, empezando por el terreno fecundo y adecuado para producirla.

No es que condenemos á este ó aquel escritor, incurriendo en el mismo vicio que censuramos. Vamos, por lo contrario, protestando de esos dogmatismos, que se muestran tan intolerantes con el escritor imaginativo, á quien excomulgan en nombre del Precepto. Y en prueba de que nuestro punto de vista se alza por encima de esas bastardías mentales que no avanzan sin la propia comparación, que tiene por postulado la preferencia, nos adelantamos á decir que antes que pararnos en la frívola tarea de investigar si son más puros y valiosos los merecimientos de Palma que los de Caro, ó los de éste que los de Darío, emplearíamos ese tiempo con más fruto y con verdadero deleite, en explicar á cada uno de esos autores por las circunstancias de medio, historia, antecedentes y educación, evitando la censura, en nombre de principios opuestos, y comparaciones que no tienen más valor ni alcance que el de auxiliares secundarios para la adquisición del conocimiento.

El drama de la conquista y la colonización del Perú, el papel que desempeñó Lima en aquellas memorables tragedias, la crónica y el archivo, sepulcros de aquella épica poesía, formaron, por decirlo así, los elementos externos en que vinculó Palma su actividad mental. Su ingenio felici-

simo, del mismo metal y los mismos quilates que el de aquellos ingenios creadores castellanos y fomentadores de la novela y el romance picaresco, fué el elemento y el raudal interno que corrió á embeberse y saturarse en aquellas memorias y cronicones, y de aquel raudal y aquellas antigüedades nació el caracter esencial de su obra en que la leyenda se esfuma en la historia, y viceversa, en que el modismo es el elemento principal, el nervio de su lenguaje, en que el arcaísmo, que es una necesidad por la época del drama, vaga y flota con la naturalidad que la espuma en la cresta de la ola. Este tosco esbozo, susceptible de lato desarrollo basado en la obra del leyendista peruano, bosqueja la crítica que haríamos, si entrase ahora en nuestro propósito, del brillantísimo escritor nicaragüense y del teólogo civil que, como latinista y hablista, es gloria legítima de la república de Colombia.

Prosiguiendo ahora la definición de semejanzas y diferencias entre Caro y Darío, dentro del tema que vamos desenvolviendo, hallamos todavía una fuerza más en que el escritor imaginativo lleva positiva ventaja al escritor sóbrio. Todo escritor de las cualidades y temple de Darío, como todo perfecto modernista, procede, más ó menos directamente, de la dispersa y gloriosa legión romántica. Una de las grandes acciones de la legión fué la revolución y renovación del Léxico. El clasicismo hizo una lengua encogida, estratificada, con no sé qué de inmovilidad y aspecto de momia en medio de su vitalidad. El romanticismo, como una erupción ígnea de los periodos de formación del planeta todo lo sacudió, rompió, resquebrajó y metamorfoseó, convirtiendo los elementos primordiales en mármoles, jaspes, pórfidos y piedras preciosas. Los sucesores del romanticismo han completado su obra, circunscribiendo y precisando la acción del vocablo. De aquí, que uno de los caracteres de ese tan censurado modernismo sea una abundancia fraseológica, realmente espléndida y que, de todo en todo, corresponde á la opulencia del vocabulario. Los parnasianos, con tal renovación, han llegado á producir verdaderas maravillas. Y es claro que la riqueza del Léxico que ha venido á ser patrimonio de cada autor, poniéndolo en más completo dominio de los secretos de la lengua, más en posesión de su genio y de su indole, le ha de permitir mejor variar á voluntad la forma de su estilo, variar á capricho

la expresión. El escritor sobrio, que sigue de cerca á los clásicos, de educación clásica, especialmente cuando ha tenido por guías y mentores á los teólogos, se distingue por la penuria del Léxico, por la redundancia fraseológica, cuyo origen puede muchas veces rastrearse y fijarse en los modelos preferidos. Hay críticos, y algunos muy dignos de atención, por el valor intrínseco de sus opiniones, que han llegado á censurar, en obras puramente literarias, la riqueza léxica. El cargo es injusto á todas luces, y para que fuese justo debiera comenzar por reprochar á nuestra habla su caudal, que es maravilla, y su pompa, que tanto pugna con la verdadera sobriedad. ¡Cuan distantes estamos de la época en que Juan de la Encina deploraba la rudeza y pobreza de la lengua, al punto que tenía que aumentar el Léxico porque, de otro modo, no hubiera podido verter en él las églogas de Virgilio! Pero si bien se mira, esos neo-clásicos lo que deploran es que la lengua no esté en el estado bárbaro que era el tormento del viejo poeta castellano. La lingüística va haciéndose más popular cada día; sus adquisiciones pueden tener aplicación utilísima para el mejor conocimiento de ciertos idiomas en su peculiar estructura, sobre todo para las que con gran propiedad se denominan lenguas romanas. Pues bien, la lingüística, en su clasificación de las lenguas, coloca en la cima á la sonora lengua castellana, como una de las que más ha sido depurada por el desarrollo literario. Y aún sin el valioso testimonio de la lingüística, por nuestros gustos, por nuestras tendencias, por la complicación misma de la cultura que forzosamente tiende á multiplicar el instrumento de expresión, hallaríamos en el idioma castellano el cosmos ideal que contiene, en su varia expresión, el genio de la raza en sus matices más variados. El español, por su historia, necesitaba una lengua como la que hoy posee. Cuando llega á la cúspide de su desenvolvimiento histórico, la lengua se difunde, como un rompimiento de aurora boreal entre cascadas de armonía; y sus vicios, como sus defectos, tienen una expresión más ó menos fiel en la índole de su lengua. Hagamos notar que, si es la lengua de los áridos cronicones, es también el lenguaje de los romances moriscos, en época en que todavía no había cumplido el ciclo de su pulimento.

De manera que siendo por excelencia la lengua gramatical, literaria, tiene, dentro de su índole, amplios moldes

para la pompa de la más fastuosa fantasía y para la sobriedad más pulcra del más severo y disciplinado de los reflexivos. Escritor castellano cuyo lenguaje merezca la censura consiguiente á la deficiencia del Léxico, es, seguramente escritor que ha descuidado el estudio preliminar del Diccionario, aceptando el valor convencional que un uso iletrado ha ido asignando á numerosas pa'abras de significación bien determinada en los mejores hablistas.

La lucha entre clásicos y románticos revistió, en la misma España, en época en que se desconocían tales términos, porque la lucha era, en rigor, un combate entre partidarios de lo antiguo y partidarios de lo moderno, un carácter muy parecido al que ahora tiene, cuando ya se había consumado la ruina del imperio árabe por las armas de los reyes católicos. Hubo quienes iban en pos de temas para el romance, para la incipiente novela, para el drama, todavía embrionario, poniendo á contribución todo lo que había contribuido á la formación del carácter nacional, abriendo brechas en la lengua á vocablos nuevos, á nuevos giros, á modismos recién creados. Hubo quienes se opusieron á esa tendencia, y ciñéndose al carácter que revestía el renacimiento, carácter que, con tanta propiedad, el famoso autor de la *Filosofía del Progreso* calificó de resurrección de la era clásica, impusieron como modelos á algunos autores latinos ó á los griegos popularizados por los eruditos árabes. Lebrija, Arias Barbosa, los otros iniciadores de estudios literarios, eran clásicos perfectos: para ellos el ideal era la imitación servil de los autores latinos, copiar de una civilización, de una lengua, de un mundo completamente diverso del que ya formaba la sociedad unificada y redimida al cabo de prolongados esfuerzos.

Este remoto ascendiente de los iniciadores creó una tradición que, ensalzada y continuada, ha llegado á nuestros días, en los cuales todavía pretende legislar el gusto y expedir pragmáticas para la composición literaria.

## II

Somos los modernos, productos heterogéneos que, en fuerza de influencias opuestas y diversas, ó llevamos la tolerancia hasta la complacencia, ó aceptamos la emoción sin

preguntar á lo que la provoca el lugar de su procedencia ni el cuadro de sus aspiraciones. Nuestro gusto, por lo común, está exento de prejuicios, y es, por lo mismo, más espontáneo y natural. Leemos con el mismo deleite una poesía de Rubén Darío, una leyenda de Ricardo Palma, una réplica de Miguel A. Caro, una novela de Acevedo Díaz, que páginas de autores tan desemejantes como Alarcón, Loti, Daudet, Feuillet, Zola, Du Camp, Prescott. Somos hijos, vecinos, ciudadanos de Cosmópolis. Realista, romántico, clásico, naturalista, modernista, pesimista, optimista, liberal, retrógado, moderado, y ¿qué importa la iglesia, escuela, secta ó bandería? Nos contentamos con que el escritor tenga verdadera personalidad, con que sea original, con que exprese sus ideas con novedad y logre dominarnos con su emoción creadora al punto que nos haga vivir durante unas horas, durante unos días, en la atmósfera, en el medio creado por su sensibilidad de artista. Y es que leyendo á Loti ó á Camp, ocurre que no vemos á dos franceses, viejo el último, joven el primero, físicamente considerados; ocurre que creemos haber tenido á nuestro lado, haber departido, en horas amenísimas, ó con un espíritu extraño, de un lado contemporáneo del poeta de *Cain* ó *Childe Harold*, de un colorista primitivo, oriental, clásico á estilo de los profetas judíos enamorado de lo salvaje, de las civilizaciones paráliticas, del oriente amarillo y narcotizado ó del salvajismo paradisiaco de los isleños de Tahiti. Y en el caso de Du Camp, á través de su estilo terso, animado, de una unidad y una armonía extraordinarias, vemos un espíritu en quien los años han madurado todas las facultades, sin que ninguna haya decaído, ecuánime, sereno, que mira con melancolía y dulzura el cuadro de su pasado, sin remordimientos ni ódios, lleno de experiencia que derrama con mano pródiga, y en tono que persuade y cautiva sin causar una sola rasgadura, haciendo el mismo efecto con su amor y su consagración á la lucha y el arte, que uno de esos moralistas sin sistema, desinteresados propagandistas del bien y de la verdad, que confortan el ánimo y dan vigor al corazón. Y esto es así porque el estilo es eso, un hombre que se revela, que se describe hasta lo más íntimo, que se retrata en la fisonomía de su corazón. Retrátase entero, con sus luces y sus sombras, con sus excelencias y sus defectos, sin que el más refinado artificio logre desvirtuar las primeras ni encubrir ó



disimular los segundos. Naturalmente el gusto aceptará ó rechazará tales ó cuales maneras que, exageradas en uno ú otro sentido, ante los buenos y convencionales principios de la estética, resultarán verdaderos defectos.

¿Será un defecto en Zolá su tendencia, su propensión á la pintura de lo sombrío? No, ciertamente, porque Zolá tiene el ojo que todo, ó la mayoría de lo que ve, lo ve sombrío, por temperamento, por organización; porque Zolá es un pintor trágico, un pintor épico, y necesita para sus cuadros sombras, oscuro, sangre, ayes. Pero si es un defecto en Zolá el abuso, el exceso de descripción; porque, sin echar en el olvido sus principios peculiares, habidos de Balzac, puede asegurarse que reduciendo las descripciones de aromas, plantas y flores en que superabunda la narración del idilio del abate Mauret, el lector quedaría siempre impregnado, saturado, sumergido en un verdadero mar de hojas, de pétalos, de perfumes. Sobrias, si con estas se comparan, son las descripciones capitales de su magno poema épico, *La Debacle*, y la emoción es más honda y duradera, más intensa, más reintegradora de lo real que el romancista concibió en su fiebre fecunda de exteriorización. Pero la descripción excesiva es ante todo un defecto, porque, fisiológicamente, fatiga los nervios y los músculos; porque, psicológicamente, esfuma y borra la impresión antes que perfilarla y colorearla, como el autor desea y el lector tiene derecho á esperar. Coopera á pronunciar esta tendencia, en el mismo autor, el hecho verificado de que otras descripciones suyas, más enérgicas y concisas, logran y exceden en sus resultados á los de esas pinturas desmesuradas, monótonas, que muchas veces se saltan como para evitar su acción soporífera, que indudablemente perjudica al conjunto.

El arte, en sus principios más generales ¿qué otra cosa es sino el conjunto de expresiones de inmensas y distinguidas personalidades creadoras? A él ha llevado cada génio, clásico ó romántico, sobrio ú opulento, su tributo, la carne y la sangre de su ser más íntimo; y lo excelso dentro de esa múltiple y compleja contribución es la esencia del arte, es la estética, que no cabe en los cepos de las fórmulas, que escapa siempre libre, siempre inefable. Pero un artista, por disímil que sea respecto de otro artista, tiende á formar con aquel una tradición que va multiplicando sus anillos de oro, y que, sin oprimir ni ahogar las facultades creadoras, va

creando modelos, modelos que, sin pretender la categoría del arquetipo, desafían en su magestuosidad estatuaría los análisis de la posteridad, irguiéndose serenos y augustos sobre el oleaje y el tropel de las disputas sectarias y de las polémicas dogmáticas, con ese sello de lo eterno de la montaña que parece lanzar un reto á la locura del viento y á la furia de las aguas.

Cuando se ha aspirado la atmósfera de ese mundo, y se ha dejado atrás la costra de crisálida del neófito, y se ha abierto fácil camino entre otras convicciones la de que el arte es emoción pura, entonces no se acepta, porque no se concibe, la polémica del estilo, porque nadie discute la naturaleza tal cual es. Procura, sí, penetrarla, escrutarla, desentrañarla, para comprenderla y explicarla.

Hay críticos que, como ciertos moralistas empíricos, quisieran que cada autor se disolviese como ciertas sales en ciertos ácidos, para reconstruirlos ellos después conforme á no sé qué prototipos que llevan en la mente, como dechados de todas las perfecciones. A los tales, como á los niños que piden la razón de fenómenos que no es posible explicarles por sus limitadas y oscuras nociones de conocimientos fundamentales, cuando enderezan una censura al estilo de Palma, en nombre del modernismo, ó al estilo de Darío, en nombre de los preceptos clásicos, habrá que decirles:—El cerebro del tradicionista peruano es como un palacio, con aires de castillo feudal, coronado de estandartes, y poblado de reyes indios, de plebes de color cobrizo, de caballeros armados de punta en blanco, de damas, visorreyes, obispos, frailes, monaguillos, letrados, verdugos, mozas de pelo en pecho, armarios atestados de infolios, panoplias, joyeles, leyendas cabalísticas. En una mazmorra de ese palacio habita un geniecillo, no más grande ni bullicioso que una abeja, con cuernos y cola como un diablo, burlón, laborioso, astuto, muy ducho en todo género de tretas; y ese geniecillo, cuando está para el paso, arma en el castillo con tanto personaje y tanto adorno una zambra de Dios es Cristo y resuena un alboroto de dos mil diablos. De pronto silencio sepulcral, pedacitos de papel que arremolina el viento . . . y héte una leyenda peruana. ¿Y no más que eso? Eso y nada más. Cada árbol da su fruto peculiar y distinto; el olivo no produce manzanas; Palma produce leyendas amenísimas, sóbrias, ingeniosas;

Darío estrofas de mármol con arabescos de oro, porque tiene en lo oscuro del cráneo canteras y áureas minas.

Es deplorable que se pierda y derroche el tiempo en polémicas como esa polémica del estilo; pero es más deplorable todavía que ni críticos ni humanidad, en arte como en moral, no se contenten, como los niños, con un cuento de maravillas que deslumbre y sacie su impertinente curiosidad ó su maliciosa pertinacia.

MANUEL DE LA CRUZ.

Habana, 1893.

---

## LITERATOS AMERICANOS.

---

Hace algunos años solazábame yo, allá en las soledades del aburrido Ateneo de provincia, que era mi centro intelectual, con la lectura de unos sabrosísimos cuentos, titulados *Tradiciones*, que publicaba en la hoja literaria del *DIA*, un señor llamado Ricardo Palma.

¡Caramba!—decía yo para mis adentros.—¿quien será este don Ricardo, que escribe con tanta gracia y en castellano tan pulido? Y como á fuer de buen estudiante de literatura española llevara yo, por entonces, la flaqueza de las pompas mundanales por el lado de la Academia de la Lengua, debo confesar que me enamoraba, sobre todo, lo castizo y retocado de la frase, el tufillo clásico, arcaizante y rancio que exhalaban las *Tradiciones*. Claro es que no se me ocurrió pensar que el señor Palma fuese americano. De América sabía yo poco; y desde luego me figuraba que, en punto á idioma, había de ser preciso poner una tabla de voces al final de cada libro de aquellas tierras. Bien es verdad que al sustantivo *Tradiciones* acompañaba un adjetivo: peruanas. Pero no caía en la cuenta, ni en el Ateneo había nadie que supiese cosa mayor. Me consuela de este yerro pensar que todavía siguen sabiendo muchos españoles tanto como mis consocios y yo sabíamos entonces de literatura americana.

Al fin, un chico que se había venido de la capital de España nos trajo, en su primer vuelta á la tierra, la confianza importante, adquirida en plena cacharrería del Ateneo matritense, de que el autor de *Tradiciones* peruanas era peruano legítimo. A la vez caía en mis manos la novela *Maria* de Jorge Isaacs, que gusté, á pesar de mis aficiones naturalistas, que iban entonces comenzando; y estos dos solos hechos fueron suficientes á que yo convirtiese mi atención á la literatura de los pueblos hermanos del Sur de América.

Desde entonces, uno de mis más constantes propósitos ha sido contribuir á que, en España, se conociesen los nombres y los libros que son populares allá; y huélgome en decir que, por lo que toca á la poesía, el pandero está ya en otras manos, pero infinitamente mejores, en las de Menéndez y Pelayo, que tiene ya terminada—según me ha dicho—una Antología de poetas hispano-americanos.

Y vuelvo á Ricardo Palma.

\* \* \*

La segunda relación intelectual que con él he tenido la debo á otras *Tradiciones* publicadas en «La Ilustración Artística» de Barcelona, y especialmente á unas que se refieren á Carbajal, el gran guerrero de Pizarro. Aun no hace muchos meses volví á leerlas, con ocasión de la conferencia que, sobre La Gasca, dió en el Ateneo Rafael Salillas; y recuerdo que Salillas y yo charlamos acerca de la figura característica y salvaje del brioso soldado, en función de la cual se explayaron las aficiones y sabidurías antropológicas de mi amigo, en grandes disquisiciones curiosas. Estas renovaciones de amistades literarias con Palma hicieron renacer mi deseo de procurarme todos sus libros, é ideando estaba el modo de conseguirlo, cuando cádate que un lunes, en plena reunión en casa de mi distinguida amiga Enilia Pardo Bazán, estando discutiendo sobre dramática la dueña de la casa, Luis Vidart, el insigne orador portugués Pinheiro-Chagas y el infrascrito, entra un caballero alto, delgado, serio, correctísimo de modales, y de aspecto, al parecer, entre militar y diplomático, á quien la insigne escritora presentó, diciendo:

—Don Ricardo Palma, literato peruano.

Si, señores. Palma, el propio Palma de las *Tradiciones*. Ha venido á España como Delegado del Perú en los congresos americanista, literario y geográfico, y es nuestro huésped.

Quedé asombrado de mi buena estrella. A poco que pude, arrinconé á Palma y formé con él rancho aparte. Tenía yo ansiedad por hablar con aquel señor que escribía tan correcto castellano, para preguntarle, cuando menos, cómo diantres había conseguido tal gracia en estos tiempos de galicismos y de tutela extranjera, que con toda razón (dicho sea en honor de la verdad), sufrimos en punto á la vida intelectual.

Encantóme la suavidad y pureza del habla de mi interlocutor. Algo se le nota en el acento que es americano; mas, por la serenidad imperturbable con que conversa, no lo parece.

Claro que no hube de contentarme con aquella entrevista. Fui á verlo una mañana, en su habitación de viajero, en la calle del Cármen. La sala rebosa libros por todos lados: libros españoles, regalados ó adquiridos, que Ricardo Palma, como buen patriota, envía por cajones á la Biblioteca Nacional del Perú, de que es Director. Hablamos mucho de literatura americana, un poco de la española y algo de política. Entonces ví animarse el rostro de Palma, al contarme cosas de la patria lejana, recuerdos de sus bohemías de muchacho y de sus luchas de político, pues lo mismo ha pronunciado discursos en las Cámaras, que ha manejado el fusil en la guerra y esgrimido la pluma en el periodismo.

Respecto de España, tiene ideas muy peregrinas, ó que, á lo menos, nos lo parecen á nosotros los españoles. Cree en el triunfo del carlismo: y no porque Palma sea de esta cuerda, que antes bien es liberal, de los que llaman radicales en el Perú, y así lo ha demostrado toda su vida.

\* \* \*

Nació Ricardo Palma, en Lima, el 7 de Febrero de 1833 y empezó á bullir entre la juventud literaria de 1848, importadora de las novedades románticas, y en cuyas filas figuraban nombres que luego fueron ilustres, Velarde, Arnaldo Márquez, Numa Pompilio Llona, Nicolás Corpancho, Adolfo García, Clemente Althausy otros. El mismo cuenta

las proezas de aquella animosa juventud en un sabrosísimo prólogo que, con el título de la *Bohemia Limeña* de 1848 á 1860, encabeza la edición completa de sus *Poesías* hecha en Lima, en 1887.

No puedo arrancar, como sería de mi gusto, toda esa historia literaria, tan curiosa y simpática, que trae al recuerdo la novela de la bohemia parisién que escribió Murger. Me falta espacio, y temo, además con razón, deslucir el asunto, que, después de tocado por la prosa elegante de Palma, queda por terreno vedado á los que solo nominalmente escribimos en la lengua de Cervantes.

Recordaré solo los nombres de Fernando Velarde, el poeta, jefe de toda aquella generación revolucionaria; el de Llona, poeta también, deliciosísimo (que hoy vive en Guayaquil, casado con una escritora igualmente célebre, Lastenia Larriva); el del lírico Márquez; los de los novelistas Cisneros y Aréstegui; el del poeta cómico Segura; el de Pardo, educado en Madrid con sus compatriotas Mazo y Pezuela, que es nuestro conde de Cheste; y en fin, el de la señora Gorriti, novelista, entre cuyas obras se cuenta una titulada *La Quena*, que Palma tiene «después de ese idilio de Jorge Isaacs, que se llama *Maria*», por «la más bella novela que se ha publicado en la América latina».

Conviene advertir que, lo mismo en tiempo de la bohemia que hoy día—pero sobre todo ahora—la mayor parte de los novelistas peruanos son (como en Inglaterra) mujeres. Aparte de la Gorriti, que nació en 1819 y acaba de morir aún no hace un mes, díganlo los nombres de Mercedes Cabello de Carbonera, de Clorinda Matto de Turner, y de Teresa G. de Fanning, cuyo libro, *LUCECITAS*, aparecerá muy en breve en Madrid, con un prólogo de Emilia Pardo Bazán.

Palma debutó con varios dramas, tributo que pagan todos los literatos jóvenes á la casi inevitable seducción de la escena; pero desistió pronto de este camino, y su gloria literaria la debe á seis colecciones de poesías y á las ocho series de *Tradiciones* en prosa que, juntas, van á editarse ahora en Barcelona.

Como poeta apenas se conoce á Palma en España. Por eso conviene decir que, en las colecciones citadas, y especialmente en la que se titula *Armonías*, que es también la que prefiere su autor, hay poesías dignas de ser aprendidas

por todos. Entre ellas figura una, delicadísima, titulada *Camino del cielo*, que mereció el honor de ser traducida al portugués por Serra, y al alemán por Darapsky, y cuya factura es análoga á la que, años más tarde, había de usar el gran Anthero de Quental en su epitafio á una niña, hermana del periodista y poeta portugués Joaquín de Araujo.

En cuanto á las *Tradiciones*, ¿qué he de decir? Bien conocidas son de nuestro público español. Reproducir alguna, sería traer innecesariamente á la memoria cosas que una vez leídas no se olvidan jamás. Por eso yo he querido proporcionar á mis lectores placer todavía más grande, cual es el de gustar una tradición inédita; y, gracias á la amabilidad del autor, así será en el número próximo de la «Justicia.»

Y con esto de conceder la palabra al literato limeño, es obligado que cierre yo la desaliñada semblanza que he intentado escribir.

RAFAEL ALTAMIRA.

Madrid—1892.

---

## DE LAS CARTAS AMERICANAS

---

A DON RICARDO PALMA.

Muy estimado señor mio: Grandísimo gusto me ha dado el recibir y leer el libro que usted me envía, recién publicado en Lima con el título de *ROPA VIEJA*. Lo que me aflige es la segunda parte del libro: *Ultima serie* de Tradiciones. En esas historias que usted refiere, como el vulgo y las viejas cuentan cuentos; donde hay, según usted afirma, algo de verdad y algo de mentira, yo no reconozco ni sospecho la mentira sino en las menudencias. Lo esencial y más de bulto es verdad del todo, en mi sentir, salvo que usted borda la verdad y la adorna con mil primores que la hacen divertida, bonita y alegre. Por esto me duele la frase amenazadora *última serie* de Tradiciones. Quisiera yo,

y estoy seguro de que lo querrian muchos, que escribiese usted otros tres ó cuatro tomos más sobre los ya escritos. Yo tengo la firme persuasión de que no hay historia grave, severa y rica de documentos fehacientes, que venza á las Tradiciones de usted en dar idea clara de lo que fué el Perú, hasta hace poco, y en presentar su fiel retrato.

Soy andaluz, y no lo puedo remediar ni disimular. Soy además, y procuro ser, optimista, y como me parece esa gente que usted nos pinta, la flor y nata del hombre y de la mujer de Andalucía, que se han extremado y elevado á la tercera potencia al trasplantarse y al aclimatarse allí, todo me cae en gracia, y no me avengo á las declamaciones que hacen algunos críticos americanos, al elogiar la obra de usted como sin duda lo merece.

¿Para qué he de ocultarselo á usted? Aunque soy muy entusiasta de la América española, ó dígase latina, ya que, por no llamarla española, le han puesto ustedes ese apodo, confieso que me aburre, más que me enoja, la manía de encarecer, con lamentos ó con maldiciones, todas las picardías, crueldades, estupideces y burradas, que dicen que los españoles hicimos por ahí. Se diría que, los que fueron á hacerlas, las hicieron, y luego se volvieron á España, y no se quedaron en América sino los que no las hicieron. Se diría que la Inquisición, las autos de fe, las brujas y los herejes achicharrados, la enorme cantidad de monjas y de frailes, la afición á la holganza y los amorios, la ninguna afición á trabajar, y todos los demás vicios, errores y defectos, los llevamos nosotros allá, donde solo había virtudes y perfecciones. Se diría que nada bueno llevamos nosotros á América, ni siquiera á ustedes, ya que en este supuesto, ó no serían ustedes blancos, ó serían indios, ó nacerían ahí, no de padres y madres españolas, sino por generación espontánea. Y se diría, por último, que de todos los milagros que hicieron los santos que hubo en el Perú, tiene España la culpa, como si solo en España y en sus colonias se hubieran hecho milagros, se hubiera quemado brujas y hubiera sido la gente más inclinada al bureo que al estudio, al despilfarro que al ahorro, á divertirse que á atarearse.

Si aquellos polvos traen estos lodos; si de resultas de no haber filosofado bien, de haber sido holgazanes y fanáticos, y de los otros mil pecados de que se nos acusa, somos hoy



más pobres, más débiles, más desgobernados y más infelices nosotros que los franceses y alemanes, y ustedes que los yankees, no está bien que toda la culpa caiga sobre nosotros, y que los discursos de esos críticos sean una paráfrasis de aquello que dijo el cazo á la sartén; quítate, que me tiznas, negra.

Procuremos enmendarnos aquí y allá; arrepintámonos de nuestras culpas, y no juguemos con ellas á la pelota, arrojándonoslas unos á otros. ¿Quién sabe entonces, si es que la elevación de unas naciones sobre otras y el predominio nacen de merecimientos, y de circunstancias y de leyes históricas, y que talvez ni se sustraen á la voluntad humana, y que talvez ni se ven ni se explican por los entendimientos más agudos; quién sabe, digo, si volveremos á levantarlos de la postración y hundimiento en que nos hallamos ahora?

Entre tanto lo mejor es que cesen las recriminaciones que á nada conducen; y lo peor es que cada español ó cada hispano-americano se crea ser excepcional y reniegue de su casta, en la cual se considera el único discreto, hábil, listo, laborioso, justo y benéfico.

Va todo esto contra los críticos de ahí que, al elogiar la obra de usted, nos maltratan. Nada va contra usted, que describe la época colonial como fué, pero con amor, piedad é indulgencia filiales.

La obra de usted es amenísima. El asunto está despilfarrado, tan conciso es el estilo. Anécdotas, leyendas, cuadros de costumbres, estudios críticos, todo se sucede con rapidez; prestando grata variedad á la obra, cuya unidad consiste en que todo concurre á pintar la sociedad, la vida y las costumbres peruanas, desde la llegada de Francisco Pizarro hasta casi nuestros días.

En la manera de escribir de usted hay algo parecido á la manera de mi antiguo y grande amigo Serafín Estebáñez Calderón, *El Solitario*; portentosa riqueza de voces, frases y giros, tomadas alternativamente de boca del vulgo, de la gente que bulle en mercados y tabernas, y de los libros y demás escritos antiguos de los siglos XVI y XVII, y barajado todo ello y combinado con no pequeño artificio. En *El Solitario* había más elegancia y atildamiento; en usted mucho más facilidad, espontaneidad y concisión.

Por lo menos las dos terceras partes de las historias que

usted refiere, me saben á poco; me pesa de que no estén contadas con dos ó tres veces más detención y desarrollo. Algunas hay en las que veo materia bastante para una extensa novela, y que, sin embargo, apenas llenan un par de páginas del libro de usted.

Aunque es usted tan conciso tiene usted el arte de animar las figuras, dejándolas grabadas en la imaginación del lector. Los personajes que hace usted desfilir por delante de nosotros, virreyes, generales, jueces, frailes, inquisidores, insurgentes y realistas, nos parecen vivos y conocidos, como si en realidad los tratásemos.

Todo lo demás que contiene su libro me parece bien. Solo me pesa el aborrecimiento de usted á los jesuitas, y lo mal que los quiere y trata. Però, en fin, no hemos de estar de acuerdo en todo.

De cuanto queda dicho infiero yo, y doy por cierto, que es usted un escritor muy original y de nota, cuya popularidad por toda la América española es fundadísima, cunde y no ha de ser efimera, sino muy duradera.

Mil gracias por su divertidísimo libro, y créame siempre su amigo.

JUAN VALERA.  
(De la Academia Española)

Madrid.





*Tradiciones  
y  
Artículos Históricos*





## CRONIQUELLAS DE MI ABUELA.

---

Á MI HIJA RENÉ.

En el nome del Padre que fizo toda cosa,  
e de Don Jesucristo, fijo de la Gloriosa;  
en el nome del Rey, que reina por natura,  
e que es fin e comienzo de toda creatura;  
en el nome bendito del Rey Omnipotent,  
que fizo sol e luna nascen en el Orient;

voy á contarte, René mía, el origen de dos frases que, entre otras muchas, (como la de—á San Juan se le puede pedir todo, menos camisa—) oí de boca de mi abuela, que era de lo más limeño que tuvo Lima en los tiempos de Abascal, frases á las que yo di la importancia que se da á una charada, y que, á fuerza de ojear y hojear cronicones de convento, he alcanzado á descifrar.

Para mi abuela no había más santos, merecedores de santidad y dignos de que á pie juntillas se creyese en sus milagros, que los santos españoles, portugueses é italianos. Los de otra nacionalidad eran para ella santos hechizos, apócrifos ó falsificados. Muy á regañadientes soportaba á san Luis; pero no le rezaba sin musitar antes esta redondilla:

San Luis, rey de Francia, es  
el que con Dios pudo tanto  
que, para que fuese santo,  
le dispensó el ser francés.

Si los chicos de la familia la hostigábamos para que nos aumentase la ración, la buena señora (que esté en gloria) nos contestaba:—Ah, tragaldabas! ¿Creen ustedes que la olla de casa es *la olla del padre Panchito*?

Y cuando, de sobremesa, comentábase a'lgun notición político que á mi padre regocijara, no dejaba la abuela de meter su cucharada, diciendo:—Lo malo será que nos salgan un día de estos con *el traquido de la Capitana*.

Y que no eran badomias ó badajadas ni cuodlibetos de vieja las frases de mi perilustre antepasada, sino frases meritorias de ser loadas en un soneto caudato, es lo que voy á comprobar con las dos consejas siguientes:

# I

## La Olla del padre Panchito.

El padre Panchito era, por los tiempos del devoto virrey conde de Lemos, un negro retinto, con tal fama de virtud y santidad que su excelencia lo había, sin escrúpulo, aceptado por padrino de pila de uno de sus hijos, en representación de un acaudalado minero de Potosí. Aunque simple lego ó donado, el pueblo llamaba padre Panchito, y no hermano Panchito, al humildísimo cocinero del convento de san Francisco; y el excelentísimo representante del monarca de España é Indias hablaba siempre con fruición de su santo compadre el padre Panchito, al que diz que consultaba en casos graves de gobierno.

No faltaba quienes murmurasen de la familiaridad con que su excelencia trataba á un negro con un gеме de geta; pero el buen virrey acallaba la murmuración, diciendo:—El talento y la virtud no son blancos, negros, ni amarillos; y Cristo en el Calvario murió por los blancos, por los negros, por los amarillos, por la humanidad entera. Todos venimos de Adán y Eva, y las razas no son más que variedades de la unidad.

Contábase que, cuando principiaba á servir en el claustro, contrajo íntima amistad con otro lego, y que ambos celebraron el compromiso de que el primero que falleciese vendría á dar cuenta al superviviente ó sobreviviente (que aún está en litigio ante la Real Academia la *casticidad* de estos vocablos) de cómo lo habían recibido y tratado por allá.

Y fué el caso que una noche se le apareció al lego Panchito el alma de su difunto compañero, y le dijo que, por la impertinente curiosidad é irreflexivo compromiso, había sido penado con seis meses más de purgatorio; y por ende, le pedía que rogase á Dios para que le fuese descontado ese medio año de pena ó que, por lo menos, se redujese ésta á tres meses, cargándose los otros tres á la cuenta corriente que en el otro mundo, donde la contabilidad se lleva muy al pespunte, tenía abierta Panchito.

Tal fué el origen del penitente ascetismo del último. Lamentamos que el cronista no hubiera también averiguado si allá, en el otro barrio, entraron en componendas para perdonar ó rebajar los meses de castigo.

Convencido de que en la otra vida se hila muy delgadito, al encargarse de la cocina el padre Panchito se propuso hacer economías en el consumo de carbón y leña; pues una de las crónicas conventuales narraba que un cocinero, gran consumidor de leña, había sido penado, por el derroche, con una semana de purgatorio. Por eso el seráfico cocinero de esta conseja no ponía en el fogón más que una olla . . . ¡pero qué olla! . . . sobre una docena de brasas de carbón.

Siempre que, en la mañana, se celebraba alguna fiesta en la iglesia, el padre Panchito se declaraba, por sí y ante sí, obligado asistente. Ocasión hubo en que visto por el superior se le aproximó éste, y le dijo:

—Hermano, á su cocina, que la comunidad no ha de almorzar avemarías y padrenuestros.

—Descuide su reverencia, padre guardián, que de mi cuenta corre el almuerzo con todos sus ajilimójilis.

Y ello es que apenas tomaban los frailes asiento en el espacioso refectorio, cuando la olla empezaba á hacer maravillas como suyas. De ella salía ración colmada para dejar ahitas doscientas andorgas de fraile y cien barrigas más, por lo menos, de agregados á la sopa bobà del convento, que era, como la bondad de Dios, inagotable la olla del padre Panchito.

Cuando éste falleció, perdió la olla su prodigiosa virtud, y fué á confundirse entre la cacharrería de la cocina.



## II

## El traquido de la Capitana.

Francisco Camacho, nacido en Jerez por los años de 1629, después de haber militado en España y haber sido tan buena ficha que en Cádiz lo sentenciaron á ser ahorcado, llegándole el indulto cuando ya estaba al pie de la horca, vino á Lima, donde, habiendo oído predicar al célebre padre Castillo, resolvió abandonar la truhanesca existencia, que hasta entonces llevara, y meterse fraile juandediano. Y tan magnífica adquisición hizo con él la hospitalaria orden, que sus cronistas todos convienen en que el padre Camacho murió en indiscutible olor de santidad, allá por los años de 1698. Abultado infolio bastaría apenas para relatar los milagros que hizo, en vida y en muerte. Como no hay ahora quien mueva el pandero (desentendencia que, por estas que son cruces, no le perdono al Congreso Católico de mi tierra) continúa en Roma, bajo espesa capa de polvo, el expediente que la religiosidad limeña organizó pidiendo la canonización del venerable siervo de Dios.

El padre Camacho, no embargante el ayuno y la disciplina, era, físicamente, lo que se llama un hombre morocho, y á pesar del hábito trasparentebase en él al soldado. En sus modales, aunque no la echaba de plancheta, había algo del bravucón rajabroqueles, y al caminar eran su paso y donaire más propios de militar que de fraile. Nació de aquí que la gente del pueblo lo bautizara con el mote de—el padre *guaragüero*—á lo que el juandediano contestaba, con acento andaluz y sonriéndose:—Déjenme en paz, reyes de taifa (tunantes), que cada quisque anda como Dios le ayuda.

Desde los primeros tiempos encomendóse al padre Camacho la colecta de limosnas, para terminar la fábrica de iglesia, convento y hospital; y tan activo y afortunado debió andar en el desempeño de la comisión que, en breve, recogió sesenta mil pesos. A la larga había llegado á imponerse al cariño y veneración popular, pues era notorio que poseía el don de hacer milagros. Para muestra un par de botones.

A una joven, que iba muy emperejilada y despidiendo tufaradas de almizcle, la detuvo en la calle el juandediano, diciéndola:

—¿De cuando acá Marica con guantes? Vaya, hija, vuélvase á casita, que en sus ojos estoy leyendo que iba á mala parte, y con ánimo de ofender á Dios y á su marido.

Y la muchacha, que por primera vez acudía á una cita amorosa, al ver sorprendido su secreto, deshizo camino y salvó de caer en el abismo del adulterio.

Reprobaba siempre el sensato religioso que algunas mujeres pasasen de iglesia en iglesia las horas matinales, que debían consagrar al cuidado de la familia y á la limpieza doméstica. Un día se acercó en el templo á una de las beatas fanáticas, y la dijo:

—Dígame, hermana, ¿le falta todavía mucho por rezar?

—Sí, padre. Me faltan cuatro misterios del rosario y la letanía.

—Pues yo rezaré todo por usted, y lárguese corriendo á su casa, que en ella está haciendo falta.

Y en verdad que así era; porque un hijo de la rezadora había caído en el pozo, y habría perecido sin el oportuno regreso de la madre.

Pero, como no quiero conquistar renombre de mojarrilla, me dejo de chafalditas y de chacharear sobre milagros, y me voy al grano que, en este relato, es lo del *traquido de la Capitana*.

\* \* \*

El pirata Eduardo Davies, al mando de diez bajeles, llevaba ya muchos meses de pasear por el Pacífico, como Pedro por su casa, talando la costa del Norte desde Panamá hasta Huaura, que dista veinticinco leguas de Lima. Alarmados el virrey y el vecindario, se procedió á armar y equipar en el Callao una escuadra compuesta de siete naves; pero su excelencia hizo el grandísimo disparate de nombrar para el comando de ella nada menos que á tres generales, que lo fueron don Tomás Paravicino (cuñado del virrey, duque de la Palata), don Pedro Pontejo y don Antonio Bas. Así, aunque la escuadra sostuvo con los piratas, cerca de Panamá, siete horas de recio combate el 8 de Julio de 1585, éstos lograron escapar, mal trechos y con muchas bajas, merced á lo contradictorio de las órdenes de los tres almirantes españoles, que estuvieron siempre, durante la campaña naval, en perpetuo antagonismo. Bien dice el refrán: ni

masa sin pan ni ejército sin capitán, que muchas manos en la masa mal amasan.

En aquellos tiempos, la travesía entre Panamá y el Callao no se realizaba en menos de tres meses. En 1568 se estimó como suceso portentoso que el buque en que vinieron los primeros jesuitas hubiera hecho tal navegación en veintisiete días, maravilla que no había vuelto á repetirse. Así solo el 7 de Setiembre, esto es, á los sesenta días, vino á recibirse en Lima la noticia del combate y de la dispersión de los piratas.

El Cabildo dispuso celebrar la nueva el día siguiente, que era festividad de la Virgen, con árboles de fuego, toros embolados, banquete, misa de gracias, cucaña, lidia de gallos, luminarias, danza de pallas y de africanos, amén de otros festejos populares.

El padre Camacho llegó, como acostumbraba, aquella tarde al Cabildo, y encontró al alcalde y regidores entregados al regocijo y sin voluntad para atender al postulante.

—¿Qué motiva, señores,—preguntó el juandediano—tanto barullo?

—¡Cómo, padre! ¿No sabe usted la gran noticia?—le respondió un regidor, poniéndolo al corriente de todo.

—¡Ah! ¡Bueno! ¡Muy bueno! Pero dígame usiria, ¿la cuchipanda y los jolgorios son también por el *traquido de la Capitana*?

—¿Qué es eso del traquido? Explíquese usted, padre,—dijeron alarmados varios de los cabildantes.

—¡Nada! ¡Nada! Yo me entiendo y Dios me entiende. Déjenle usirias tiempo al tiempo, que él les dirá lo que yo no les digo. Y no insistan en sacarme palabras del cuerpo, que conmigo no vale lo de—tío, pásame el río.

Y como no hubo forma de que el juandediano fuéase más esplicito, los regidores se dijeron:—¡Pajarotadas de fraile loco!—y al día siguiente se efectuaron los anunciados festejos, en los que, sin embargo, no hubo gran alborozo, porque cascabeleaba en muchos ánimos aquello del *traquido*.

\* \* \*

Diez ó doce días después echó ancla en el Callao un patache, el que comunicó que, fatigados los de la escuadra de buscar inutilmente á los dispersos piratas, habían resuelto

los generales dirigirse al puerto de Paita con el objeto de renovar provisiones, pues el escorbuto principiaba á hacer estragos en la tripulación. Fondearon los siete buques en la mansísima bahía, en la mañana del 5 de Septiembre; y el general Paravicino, que iba á bordo de la Capitana, se trasladó á tierra, donde estaba convidado á almorzar, en compañía de cinco de los oficiales. Y sucedió (no se sabe si por descuido ó malicia) que el pañol de la pólvora ó santa Bárbara hizo explosión, pereciendo más de cuatrocientos de los que tripulaban la Capitana. Sólo salvaron, y de manera que se consideró como providencial, el alférez Pontejo, hijo del general, y catorce marineros y soldados.

¿Cómo pudo tener el padre Camacho conocimiento de la catástrofe cuarenta y ocho ó cincuenta horas después de acaecida? ¿Cómo? Ya se lo preguntaremos en el otro mundo cuando lo veamos que, de seguro, lo veremos.







## LOS SIETE PELOS DEL DIABLO.

(Cuento Tradicional)

Á OLIVO CHIARELLA

### I

—Teniente Mandujano!

—Presente, mi coronel.

—Vaya usted, por veinticuatro horas, arrestado al cuarto de banderas.

—Con su permiso, mi coronel—contestó el oficial, saludó militarmente, y fué, sin rezongar poco ni mucho, á cumplir la orden.

El coronel acababa de tener noticia de no sé qué pequeño escándalo dado por el subalterno en la calle del Chivato. Asunto de faldas, de esas benditas faldas que fueron, son y serán, perdición de Adanes.

Cuando al día siguiente pusieron en libertad al oficial, que el entrar en Melilla no es maravilla, y el salir de ella es ella, se encaminó aquél á la mayoría del cuerpo, donde á la sazón se encontraba el primer jefe, y le dijo:

—Mi coronel, el que habla está expedito para el servicio.

—Quedo enterado—contestó laconicamente el superior.

—Ahora ruego á usía que se digne decirme el motivo del arresto, para no reincidir en la falta.

—El motivo, eh? El motivo es que ha echado usted á lucir varios de los siete pelos del diablo, en la calle del Chivato . . . y no le digo á usted más. Puede retirarse.

Y el teniente Mandujano se alejó architurulato, y se echó á averiguar qué alcance tenía aquello de los siete pelos del diablo, frase que ya había oído en boca de viejas.

Compulsando me hallaba yo unas papeletas bibliotecarias cuando se me presentó el teniente, y después de referirme su percalce de cuartel, me pidió la explicación de lo que, en vano, llevaba ya una semana de averiguar.

Como no soy, y huélgome en declararlo, un egoistón de marca, á pesar de que

en este mundo enemigo  
no hay nadie de quien fiar;  
cada cual cuide de sígo,  
yo de migo y tú de tigo . . .  
y procúrese salvar,

como diz que dijo un jesuita que, ha dos siglos, comía pan en mi tierra, tuve que sacar de curiosidad al pobre militroncho, que fué como sacar ánima del purgatorio, narrándole el cuento que dió vida á la frase. Ahí va, *mío caro* don Olivo.

## II

Quando Luzbel, que era un ángel muy guapote y engreído, armó en el cielo la primera trifulca revolucionaria de que hace mención la Historia, el Señor, sin andarse con proclamas ni decretos suspendiendo garantías individuales ó declarando á la corte celestial y sus alrededores en estado de sitio, le aplicó tan soberano puntapié en salva la parte que, rodando de estrella en estrella y de astro en astro, vino el muy faccioso, insurgente y montonero á caer en este planeta que astrónomos y geógrafos bautizaron con el nombre de Tierra.

Sabida cosa es que los ángeles son unos seres mofletudos, de cabellera riza y rubia, de carita alegre, de aire travieso, con piel más suave que el raso de Filipinas, y sin pizca de vello. Y cata que al ángel caído lo que más le llamó la atención en la fisonomía de los hombres fué el bigote; y suspiró por tenerlo, y se echó á comprar menjurjes y cosméticos de esos que venden los charlatanes, jurando y rejurando que hacen nacer pelo hasta en la palma de la mano.

El diablo renegaba del afeminado aspecto de su rostro sin bigote, y habria ofrecido el oro y el moro por unos mostachos á lo Víctor Manuel rey de Italia. Y aunque sabia que para satisfacer el antojo bastaría dirigirla un memorialito bien hablado, pidiendo esa merced á Dios, que es toda generosidad para con sus criaturas, por picaras que ellas le hayan salido, se obstinó en no arriar bandera, diciéndose *in pecto*:

—Pues no faltaba más sino que yo me rebajase hasta pedirle favor á mi enemigo!

No hay odio superior al del presidiario por el grillete.

—Hola!—exclamó el Señor que, como es notorio, tiene oído tan fino que percibe hasta el vuelo del pensamiento.—¿Esas tenemos? ¿Envidiosillo y soberbio? Pues tendrás lo que mereces, grandísimo bellaco.

Arrogante, moro, estáis,  
y eso que en un mal caballo  
como don Quijote váis;  
ya os bajaremos el gallo,  
si antes vos no lo bajáis—

Y amaneció, y se levantó el ángel protervo luciendo bajo las narices dos gruesas hebras de pelo, á manera de dos viboreznos. Eran la SOBERBIA y la ENVIDIA.

Aquí fué el crujir de dientes y el encabritarse. Apeló á tijeras y á navaja de buen filo, y allí estaban, resistentes á dejarse cortar, el par de pelos.

—Para esta mezquindad mejor me estaba con mi carita de hembra—decía el muy zamarro; y reconcomiéndose de rabia fué á consultarse con el más sabio de los alfajemes, que era nada menos que el que afeita é inspira en la confección de leyes á un mi amigo, diputado á Congreso. Pero el socarrón barbero, después de alambicarlo mucho, le contestó: —Paciencia y *non gurrufñate*, que á lo que vuesamerced desea no alcanza mi saber.

Al día siguiente despertó el rebelde con un pelito ó viborrilla más. Era la IRA.

—A ahogar penas, se ha dicho—pensó el desventurado.

—Y sin más encaminóse á una parranda de lujo, de esas que hacen temblar el mundo, en las que hay abundancia de viandas y de vinos, y superabundancia de buenas mozas, de



aquellas que con una mirada le dicen á un prójimo—dése usted preso!

Dios de Dios y la *mona* que se arrimó el maldito! Al despertar miróse al espejo, y se halló con dos huéspedes más en el proyecto de bigote. La GULA y la LUXURIA.

Abotagado por los licores y comistrajos de la vispera, y estenuado por las ofrendas en aras de la Venus pacotillera, se pasó Luzbel ocho días sin moverse de la cama, fumando cigarrillos de la fábrica de *Cuba libre* y contando las vigas del techo. Feliz semana para la humanidad porque, sin diablo enredador y perverso, estuvo el mundo tranquilo como balsa de aceite.

Cuando Luzbel volvió á darse á luz le había brotado otra cerda: la PEREZA.

Y durante años y años anduvo el diablo por la tierra luciendo solo seis pelos en el bigote, hasta que un día, por malos de sus pecados, se le ocurrió aposentarse dentro del cuerpo de un usurero, y cuando, hastiado de picardías, le convino cambiar de domicilio, lo hizo luciendo un pelo más: la AVARICIA.

De fijo que el muy bellaco murmuró lo de:

Dios, que es la suma bondad,  
hace lo que nos conviene.  
(—Pues bien *fregado* me tiene  
su divina Majestad!)  
Hágase su voluntad.

Tal es la historia tradicional de los siete pelos que forman el bigote del diablo, historia que he leído en un palimpsesto contemporáneo del estornudo y de las cosquillas.





## LAS BARBAS DE CAPISTRANO.

---

No fueron pocas las contemporáneas del virrey Abascal que yo alcancé á conocer y tratar que, cuando hablaban de varones de poblada barba, solían decir:—este hombre tiene más pelos en la cara que Capistrano.

Por supuesto que ellas no conocieron al tal Capistrano, y la frase la habían aprendido de sus abuelas y madres.

Buscaba yo ayer un dato que me interesaba en la *Crónica franciscana* del padre Torrubia, dato que no encontré, cuando ¡váyase lo uno por lo otro! las barbas de Capistrano aparecieron ante mis quevedos, y como no soy baul cerrado, ahí va la historieta.

\* \* \*

Muy gran devoto de nuestro padre san Francisco era, allá por los años de 1780, don Juan Capistrano Ronceros, rico minero de Pasco, avecindado en Lima. De más es decir que mensualmente contribuía con gruesa limosna para el culto del seráfico y que, por ende, los frailes lo trataban con mucho mimo, consideración y respeto.

Este don Juan Capistrano militó, en los tiempos del virrey Amat, entre los guardianes del fortín que, en las riberas del río Perené, se levantara para defender esa región de un ataque de indios salvajes, los que al cabo asaltaron el fortín con éxito para ellos. Entre las ruinas se conserva todavía un cañón fundido en el Perú, en el que se lee la inscripción siguiente:

QUIEN Á MI REY OFENDIERE  
Á VEINTE CUADRAS ME ESPERE

1741

AVE MARÍA.

Una pulmonía doble, de esas que no perdonan, atacó de improviso á Capistrano; y cinco galenos, en junta, declararon que la enfermedad era tan incortable como un *solo* de espadas con cinco matadores, salvo un renuncio, obra de la Providencia. Pero, como ésta no quiso tomar cartas en el juego, tuvo el paciente que emprender viaje al otro barrio.

Yacía, tibio aún, el cadáver en el dormitorio, del que cuidaban, en una habitación vecina, dos mujeres abrumadas de sueño y de cansancio, cuando se les apareció un franciscano, con capucha calada y brazos cruzados sobre el pecho, quien las dijo:—Hermanitas, ya queda amortajado el difunto.—Y dicho esto desapareció, dejando patidifusas á las guardianas que no habían visto entrar alma viviente en el cuarto mortuario.

La esposa de Capistrano hizo llamar al padre guardián, que era de los íntimos de la casa, y éste la aseguró que ninguno de sus recoletos había puesto pie fuera de cláustros después de las ocho de la noche. La única novedad ocurrida era que la efigie de san Francisco había amanecido despojada de hábito, capilla y cordón, prendas con las que aparecía amortajado el difunto, al que se hizo muy pomposo entierro, dándose sepultura al cadáver en el cementerio vecino á la huerta, que era donde reposaban los restos de los conventuales y de los buenos cristianos favorecedores del culto seráfico.

Pasaron más de veinte años, y acaeció la muerte del mayorazgo de don Juan, el cual había imitado á su padre en la devoción. En su testamento dejaba un bonito legado á los franciscanos, pidiéndoles ser sepultado en la misma fosa en que yacía su padre.

Abierta la sepultura de Capistrano se encontró el cadáver incorrupto, lo que nada de maravilloso ofrece. Lo que sí tiene tres pares de perendengues, en materia de milagros, y que yo creo á pie juntillas porque lo asegura el padre Torrubia, que fué la veracidad andando, es . . . es que al muerto le habían crecido las barbas, y que éstas le llegaban hasta la cintura, lujo de que no disfrutó ni el mismo Jaime el Barbudo.



## LA CAPA DE SAN JOSÉ

---

El padre fray Antonio José de Pastrana, definidor que fué en Lima de la órden de predicadores, refiere en su curioso cronicón *Vida y excelencias de San José*—(impreso en Madrid por los años de 1696) que en el monasterio de las Descalzas conservaban las monjas, entre otras reliquias, nada menos que la capa de San José, olvidando el cronista consignar si era la capa que usaba el patriarca en los días de manejar escoplo y martillo, ó la capa dominguera y de gala.

De suyo se adivina que la bendita prenda fué muy milagrera y que hizo caldo gordo á conventuales y capellán, con las limosnas y regalos de los agradecidos creyentes. Ya tendría para rato si me echara á hablar de los cólicos misereres, zaratanes, tabardillos y pulmonías curados sin auxilio de médico ni jaropes de botica. Recuerdo, entre otros milagros sustanciosos y morrocotudos relatados por el padre Pastrana, el que se realizó con una honrada paisana mía que anhelaba tener fruto de bendición, y á la que bastó para alcanzar redondez de vientre poner sobre éste la capa del santísimo carpintero.

No he cuidado de informarme, que así soy yo de desidioso, si todavía se conserva la capa en el monasterio; si bien tengo para mí que, de tanto traída y llevada, desde hace más de dos siglos, estará ya convertida en hilachas. Lo que á mí me ha interesado averiguar es el cómo, y porqué vino á Lima la capa patriarcal.

Dicen que, por los años de 1640, hubo en mi tierra una cuadrilla de ladrones que ejercitaban su industria asaltando

los monasterios de monjas donde era fama que, amagados como vivíamos por piratas ingleses y holandeses, depositaban muchas familias alhajas valiosas y hasta saquitos repletos de onzas de oro. Alabo la confianza.

Las Descalzas, cuyo monasterio databa desde 1603, no pudieron dejar de ser también amenazadas de asalto, y por turno riguroso cumplía á una monja la vigilancia nocturna del claustro.

Cierta noche en que, farolillo en mano, desempeñaba sus funciones de vigilancia una monjita de almidonada y limpia toca sobre rostro de ángel, creyó ver un bulto que se recataba tras de una pilastra, y alarmada dió la voz de—¿Quién está ahí?

—No se asuste, madrecita. Soy yo, San José, que, como patrón de este convento, vengo á acompañarla en la ronda.

La monjita era de hígados, y á la vez que jesuseando daba voces de alarma, se abalanzó sobre el oficioso; pero éste se evaporó dejándola la capa entre las manos.

Las conventuales todas se pusieron en movimiento para descubrir por dónde habría podido escapar el misterioso rondador; y todas convinieron, á la postre, en que el tal no podría ser persona humana sino celeste.

Desde ese día entró la capa en la categoría de reliquia, y principió á menudear milagros.





## ENTRE JESUITAS, AGUSTINIANOS Y DOMINICOS.

---

Arreglando, para su encuadernación, algunos volúmenes de manuscritos en la Biblioteca Nacional, he tropezado con un proceso de 90 folios, proceso que, á mi juicio, vale la pena de emprender la tarea de extraerlo. Es curioso y entretenido.

---

El 18 de Mayo de 1589, el padre Diego de Torres, rector del Colegio de la Compañía de Jesús en el Cuzco, presentóse ante don Luis de Olivera, clérigo, beneficiado de Santa Maria de Belén, querellándose de que los frailes agustinos y dominicos hacían circular unas coplas, injuriosas al padre jesuita Lucio Garcete y al buen nombre de la Compañía.

Aceptado por Olivera el cargo de juez conservador apostólico, y nombrado notario el padre jesuita Antonio López, dióse principio al sumario para averiguar quien era el autor de las siguientes

### **Redondillas al padre Lucio Garcete**

El padre Lucio Garcete  
reprima su libertad,  
si no quiere algún cachete:  
no piense que su bonete  
le dá tanta autoridad.

Si de cálido se abrasa,  
refresque su corazón  
con lágrimas y oración;

y, cristiano, ponga tasa  
á su libre condición.

El buen Jesús no le enseña  
ese modo en el oficio;  
y, á fe, que entiendo que es vicio  
apasquinado, y reseña  
de marfródico ejercicio.

Y si piensa reformar  
á todos con ese celo,  
es de necedad anzuelo,  
no bueno para pescar  
á los hijos de este suelo.

Ya pasó, por vida mia,  
la famosa pesquería  
de chinchorros, con que han hecho  
de plomo en la Iglesia el techo,  
y de oro la sillería.

Y así prueban su ambición,  
y su poca caridad,  
y su necia presunción,  
y su falsa religión,  
y su falsa santidad.

Noramala los cajones  
que han ido de plata á España!  
y esos nuevos tendejones  
¿qué son sino presunciones  
de siglo, mundo y maraña?

Coro, coro y disciplina,  
lágrimas por los pecados,  
y no la mejor gallina,  
la mejor carne porquina  
y los mejores bocados.

Que la humana condición  
al fin tiene que expeler  
la gruesa congelación;  
pues la furia y tentación  
nacen del mucho comer.

Y mire, padre, que veo  
que las santas religiones  
no siguen sus condiciones,  
aunque con sutil rodeo  
les cuelgue mil invenciones.

Asombro del niño tienen  
no sé cuantas cofradías,  
donde cien agorerías  
se sustentan y mantienen  
cantando las letanías.

Sabida la pretensión  
de esa obra singular  
es que haya en todo lugar  
que comer, casa y colchón,  
y todo gasto escusar.

Poseen, por eso, en San Blas  
más de catorce casitas;  
en Santa Ana unas poquitas;  
en Santiago unas seis más;  
y en Belén tres moraditas.

Pues los tristes naturales,  
como son casi bestiales,  
están con simplicidad  
á título de hermandad  
de los bienes gananciales.

Y á la hija y á la mujer  
dejan, para su comer,  
los bienes de la natura,  
porque los de la ventura  
son de vuestro menester.

Hermano, menos codicia,  
más prudencia en predicar,  
que arguye mucha malicia  
tratar mal de la justicia  
y á ninguno perdonar.

Estas quintillas (bautizadas en el proceso con el nombre de redondillas,) se hallan muy lejos de ser un primor poético, que más chabacana no pudo ser la musa inspiradora; pero, en cambio, están salpimentadas con muy intencionada mostaza. Eran como para levantar ampolla; pero no como para promover ruidoso litigio. Mas á los jesuitas les ha gustado siempre meter bulla y atraer sobre sí la atención pública.

Después de varias diligencias judiciales, que no daban la menor luz, pidió el padre Diego de Torres que en las puertas de la Iglesia Mayor, Santo Domingo, San Francisco,



San Agustín, monjas Clarisas, Cabildo y Hospital de naturales, se fijasen *lectrons* citando á declarar, bajo pena de excomunión mayor, *late sententia*, *trina canonica monitione ipso facto incurrenda*, en término de tercero día, á cuantos hubieran leído las coplas ó conservasen traslado de ellas, ó supieren cuyo era el autor. En efecto, el 19 se fijaron cartelones en las mencionadas puertas y en las esquinas de algunas calles.

Antes de tres días llovieron declarantes, temerosos de incurrir en excomunión. Once clérigos, treinta y seis frailes de diversas órdenes, veintisiete vecinos, cinco damas principales, once mujeres del pueblo, dos soldados, una monja, diez y ocho indios . . . . en fin ¡la mar de declaraciones! Juez y escribano apenas se daban trazas para interrogar el uno y escribir el otro.

Todos confesaban haber leído los endiablados versos, y aún algunos los sabían de memoria. Varios declaraban haber sacado cópia de ellos; pero que ésta se les había perdido ó traspapelado. Entretanto, en lo relativo al autor, éste se hacía cada vez más difícil de descubrir. Todo no pasaba de sospechas ó conjeturas contra el clérigo tal ó el fraile cual. Embarullada la justicia, iba en camino de dar la paternidad de las coplas á diez y seis autores: es decir, á padre por quintilla,

más padres que sobre Roma  
con Borbón por Cárlos quinto.

Pero por una mujer se perdió el mundo; y por una Dalila le cortaron el cabello á Sansón; y por una Bethsabé el santo rey David perdió hasta el seso y la santidad; y por una doña Leonor Hurtado se supo que el padre de las quintillas era fray Juan Gutierrez, de la religión agustiniana. Las mujeres sólo saben guardar un secreto:—el de su edad.

Declaró esta dama que, estando de visita en su casa, el padre Gutiérrez la leyó los versos y, en confianza, la dijo que él los había escrito.

También la monja sor Inés de Santa Clara, vino á agravar la situación; porque declaró que no sólo había leído los versos motivo del juicio, sino también un papel titulado *Los mandamientos de los Teatinos*, en que se ponía como hoja

de peregril á la Compañía de Jesús; y finalmente una octava, que conservaba en la memoria y que decía, pintando lo que son los jesuitas

Soberbia y ambición disimulada,  
en cuellos altos, sucios y sencillos;  
arrogancia filástica fundada  
en rostros tristes, secos y amarillos;  
venganza eterna, no perdonar nada;  
amigos de honras, bandos y puntillos;  
reir de Dios, vivir á humano modo  
de las puertas adentro—he ahí todo.

Alabo la memoria de la monjita que se aprendió de coro octava tan ramplona en la forma, si bien muy conceptuosa y veráz en el fondo. Bien se ve que no era monja de las Catalinas: pues estas, por un caminito subterráneo, de convento á monasterio, vivían en intimidad con los jesuitas. El subterráneo es, actualmente, visitado en el Cuzco por los curiosos.

Con fecha 29 de Mayo se expidió auto de prisión contra fray Juan Gutierrez, sacerdote de San Agustin, previniéndose que fuese encerrado en la carcel de su convento, y que se le plantara una barra de grillos, conminándolo con excomunión mayor en caso de fuga ó quebrantamiento de carcelería.

El prior de los agustinos empleó mil subterfugios para no cumplimentar el mandamiento de prisión.

Fray Juan Gutiérrez dijo entónces que él no reconocía otro juez que el Cabildo en Sede vacante; que, realmente, los versos eran suyos, en lo cual no pensaba haber cometido pecado de herejía, pues no atacaba al dogma sino á un hombre pretencioso y vano, como el jesuita Lucio Garcete; que si el juez Olivera no echaba tierra sobre el proceso, él sabría armar una de Dios es Cristo, y ocurrir no sólo á Lima, sino á Roma. Añadió que el motivo que lo obligara á escribir contra el padre Garcete fué que éste, en un sermón, había satirizado á dominicos y agustinos, tildándolos de malos sacerdotes, porque asistieron á una corrida de toros; y por fin, que él, aunque fraile, tenía sangre en el ojo, y no era hombre de aguantar púa sin dar corcobo. Se negó á firmar la notificación, haciendo constar el notario las frases que había vertido el camorrista fraile.

Así las cosas, mandó el juez Olivera promulgar privilegios y bulas pontificias en favor de la Compañía de Jesús, y se armó la gorda. El Cabildo en Sede vacante, compuesto del dean licenciado Carrillo de Albornóz, del chantere Hernando Arias, de los canónigos Esteban Villalón, Alonso Martínez y Diego de Valencia, se opuso á la promulgación. Olivera amenazó al Cabildo con excomulgarlo, y el Cabildo le contestó con idéntica promesa de excomunión.

Entre tanto fray Juan Gutiérrez, que andaba más suelto que lengua de beata, apoyado por dominicos y agustinos, obtuvo que el canónigo Alonso Martínez fuera nombrado, por el Cabildo eclesiástico, juez de la causa. Nueva pelotera. El juez Olivera dictó auto de prisión contra el juez canónigo, y este le correspondió con la misma moneda. La autoridad civil estaba entre la espada y la pared, y sin saber á qué carta quedarse.

Los partidarios del fraile Gutiérrez, fueron á aprehender en su casa al clérigo Olivera; pero éste, que se había evaporado á tiempo, hizo poner cartelones excomulgando formalmente al canónigo y al agustino. Ellos quitaron los letrones de las puertas de las iglesias, y en su lugar plantaron otros contra Olivera y los jesuitas.

En aquellos tiempos las excomuniones andaban bobas, y producían menos efecto que los polvos de Jalapa, purgativo á la moda. Excomulgaba la Inquisición, excomulgaban los obispos y cabildos, excomulgaban los curas, excomulgaban los superiores de órdenes monásticas, en fin, todo títere con hopalandas sacerdotales tenía derecho para declarar al prójimo fuera de la comunión católica—apostólica—romana, condenándolo al fuego eterno del infierno. Por lo más insignificante, por una duda de conciencia, por una barragania ó amancebamiento, por leer un libro prohibido, por no ayunar en cuaresma, etcétera, le caía á uno encima, expresa ó tácita, una excomunión que lo partía por la hipotenusa. Puede afirmarse, sin exageración, que las dos tercias partes de los peruanos vivían excomulgados. Parece que las excomuniones se les convertían en salud: no quitaban sueño ni apetito. Hasta virreyes excomulgados tuvimos, y gobernaron como si tal cosa.

Veáanse este par de cartelones:

« Tengan por descomulgado á Juan Gutiérrez, de la órden de San Agustín, por no haber parecido presente ante

« Luis de Olivera, juez apostólico conservador de la Compañía de Jesús de esta ciudad del Cuzco, y se manda, só pena de excomunión, *late sententiæ ipso facto incurrenda*, que nadie quite este papel. »—

« Tengan por descomulgado, papalmente y á *divinis*, al canónigo Alonso Martínez, por impedir el oficio de Juez conservador de la Compañía de Jesús á Luis de Olivera; y mando, só pena de excomunión, cuya absolución en mi reservo, que ninguna persona sea osada á borrar ó quitar este papel.—Fecho en la ciudad del Cuzco, á los 7 dias del mes de Junio de 1589. »

El clérigo Olivera y el jesuita padre Torres que no eran hombres de dormirse en las pajas, sino caracteres activos y enérgicos, notificaron á la real justicia, compuesta del teniente corregidor don Luis de Espinoza, y de los rejidores don Pedro Vásquez de Vargas y don Luis Trejo Paniagua, para que, bajo pena de excomunión, no prestasen el menor amparo al juez canónigo Martínez. Otro conflicto. El teniente corregidor se declaró partidario de los agustinos, y los otros dos caballeros se pronunciaron en pró de los jesuitas.

El escándalo tomaba creces de hora en hora, y el vecindario cuzqueño andaba dividido en bandos. Cierto que no hubo *meeting* como ogaño, y que las señoras ni chistaron ni mistaron; pero sí se suscribieron, por el sexo barbudo, representaciones ó actas al Cabildo y á la Real Audiencia, pidiendo se refrenase el escándalo.

En la representación de los partidarios de los jesuitas, hemos encontrado una firma de gran significación histórica. Es la de Mancio Sierra de Leguizamo, aquel soldado de caballería compañero de Pizarro, *que jugó el sol por salir*, y el único de los conquistadores que aun vivía en 1589. Mancio Sierra era casi nonajenario cuando suscribió el acta ó representación á que nos referimos. Decididamente, el bravo militar de la conquista se encontraba ya ñoño.

Por fin, tanto Olivera como Martínez, accediendo al empeño de las autoridades y de los principales vecinos del Cuzco, que veían la ciudad amagada de motín, se reunieron el 9 de Junio y firmaron un compromiso, en virtud del cual ambos retiraban y daban por nulas las excomuniones y censuras, se abstendían de interpretar las bulas y privilegios concedidos por Su Santidad á dominicos, agustinianos

y jesuitas, y convenían en ocurrir á Lima para que la Real Audiencia decidiera cual de los dos jueces *hacia fuerza*, y á cual de ellos correspondía seguir en el conocimiento de la causa.

Así se aquietaron los ánimos y, en la apariencia, quedó el Cuzco como una balsa de aceite, si bien por debajo la excitación continuaba latente.

Venido el proceso á Lima, el padre Juan de Atienza, provincial de la Compañía de Jesús en estos reinos del Perú, se declaró personero de sus hermanos del Cuzco, y con fecha 3 de Julio la Real Audiencia, compuesta por el doctor Ramírez de Cartajena y los licenciados Alonso Criado y Vicente Maldonado, declaró *inhibido* al canónigo Martínez, y que el presbítero Luis de Olivera prosiguiera en el conocimiento de la causa.

¡Victoria por los jesuitas!!! Verdad es que sus adversarios (desde el principio del juicio) anduvieron desacertados; pues treinta y un frailes, entre dominicos y agustinianos, habían reconocido la competencia del clérigo Olivera, con el hecho de acudir á su juzgado á prestar declaración. Item, el misino canónigo Alonso Martínez y su compañero el canónigo Valencia, figuraban en el número de los declarantes. Era contradictorio salir después con la antífona de desconocer la jurisdicción que, pocos días antes, acataran. La Real Audiencia estuvo, pues, en lo justo, según mi leal saber y entender. Allá los hombres del foro fallarán si ando errado en el concepto.

Aquí termina el código que tengo sobre mi mesa de trabajo. Ignoro si llegó ó nó á pronunciarse sentencia definitiva, en el Cuzco, por el juez Olivera.

\* \* \*

De este proceso, á la lijera extractado, sacará el lector en limpio que, apenas llegados los jesuitas al Perú, (pues, en 1589, contaban veintiun años de establecidos en Lima, y quince en el Cuzco), cuando ya eran combatidos por las demás congregaciones monásticas y por una parte de la sociedad. Y nótese que en aquel siglo no había masones, rojos, ni liberales y que, como dijo Juan Gutiérrez, no es punto de dogma ni herejía el desenmascarar á los discípulos de Loyola y Laynez. ¿Serían impíos contuma-

ces, herejes vitandos, cristianos renegados, sacerdotes apóstatas, los agustinianos y dominicos del Cuzco, que hicieron causa común con el padre Gutiérrez?

El hecho incontrovertible es que los jesuitas, en el Perú, han sido siempre batalladores y *motinistas*, insolentes para con la autoridad y sembradores de zizaña.

Y á fin de que no se diga que, al llamar motinistas á los sectarios de Loyola, escribimos á la birlonga ó sin pruebas, ahí vá una real cédula que copio de un tomo de manuscritos de la Biblioteca:

— Venerable y devoto padre provincial de la Compañía « de Jesús en las provincias del Pirú. He sido informado « que teniendo presos los Alcaldes del crimen de mi Audiencia Real tres esclavos, por indicios de haber dado la « muerte á un español pulpero, y confesado el delito en el « tormento que se les dió, salió á la plaza el padre Alonso « Mexía, religioso de vuestra Compañía y dijo en el púlpito, « en presencia de grande auditorio, que los presos padecían « sin culpa, y que á él le constaba quienes fueron los verdaderos delincuentes, cosa que causó notable escándalo y de « que pudo resultar sedición y muchos daños é inconvenientes. Y después, teniendo preso en la calle un alguacil á un hombre, dió voces Mexía y salieron del colegio « de San Martín mucho número de colegiales y religiosos « de la Compañía, y con violencia y fuerza se le quitaron; y « conviniendo poner el remedio conveniente, ordeno que los « predicadores, cuando suban al púlpito, examinen bien lo « que han de decir, por el poco recato y modestia que en « ello tienen, y que no se metan á impedir la ejecución de « la justicia. Y visto por los de mi Consejo de las Indias, « se ha extrañado mucho este modo de proceder en religiosos á quien más verdaderamente pertenece la modestia y « buen ejemplo, ayudando de su parte á la administración « de justicia, que no embarazándola, al escarmiento que deben tomar todos con el castigo de los delitos. Y porque « de los que cometieron los religiosos vuestros súbditos está « á vuestro cargo el castigo, os encargo y mando que los « castigueis con demostración por lo que conviene á la satisfacción pública, y á los fueros de los magistrados que administran justicia. De que me avisareis en particular, « no dando lugar á otra. Fecha en San Lorenzo, á postre- « ro de Octubre de 1624.—*Yo el Rey*—Por mandato del « Rey nuestro Señor, *Pedro de Ledesma*. »

La reprimenda es mayúscula y muy merecida. ¿Habrá sociedad posible acordando á los jesuitas poder para inmiscuirse hasta en los procedimientos de gobernantes y magistrados? Hizo bien el monarca en cortarles las alas aplicándoles varapalo tan contundente.

Soberbios y engreídos siempre los jesuitas, tuvieron en 1648, con motivo del proceso á que los sometió el ilustre franciscano fray Bernardino de Cárdenas, obispo del Paraguay, la insolencia de hacer circular entre los vecinos de la Asunción este jactancioso pasquín:

Todos nos han menester;  
frailes, Cabildos y Audiencia;  
y todos, en competencia,  
tiemblan de nuestro poder.  
Y pues hemos de vencer  
á esta canalla enemiga,  
que todo el pueblo nos siga,  
y no quieran, inconstantes,  
perder amigos *gigantes*  
por un solo obispo *hormiga*.

Vulgo loco y desatento  
que te pagas de mentiras,  
pues con más afecto miras  
lo que menos está á cuento!  
La enseñanza y sacramento  
nos debes, que son tu guía;  
porque aunque todo, á porfía,  
te acude de polo á polo,  
vas ciego, perdido y solo,  
cuando vas sin *Compañía*.

Y ya que hemos sacado á plaza estas décimas, no desperdiciaremos la oportunidad de dar á conocer una historieta que, manuscrita, hemos hallado en un folio de la Biblioteca de Lima. Dice así:

« En el colegio de la Compañía, en México, amaneció  
« ahorcado el jesuita padre Antonio Segura. Pocos días  
« después de este suceso llegó á la capital el obispo de  
« Guadalajara, muy gran patrocinador de los ignacianos, y  
« se hospedó en el colegio. Una semana más tarde amaneció

« ció su ilustrísima difunto, reclinado en un sillón y con un  
« dedo en la boca. De aquí tomó pié un poeta para escri-  
« bir esta redondilla:

« Haber venido á parar  
« donde no hay vida *segura*  
« fué, señor, mucha locura . . .  
« y así . . . morir y callar. »

Volviendo á lo del libelo cuzqueño, ¿merecían tanta alharaca las desventuradas coplas contra el padre Garcete? A fé que no. Franciscanos, dominicos, mercenarios y agustinos fueron siempre, en España y en el Perú, objeto de sátira mordaz para la pluma de poetas traviesos, y nunca ocurrió á esas comunidades alborotar el gallinero por dicharacho más ó dicharacho menos. Pero la Compañía quiso gozar de inmunidad, y su soberbia la arrastró al extremo de iniciar ridiculo proceso contra un hijastro de Apolo y de las musas. *Ne touchez pas les jésuites.*







## EL ABAD DE LUNAHUANÁ.

---

Por los años de 1581 estaba Su Santidad el Papa Gregorio XIII tan seriamente enfermo que ya los conclavistas principiaban á agitarse, pues se desencadenaban ambiciones en pós de la tiara. La dolencia del Padre Santo, en puridad de verdad, no era tal que justificase la alharaca; pues no pasaba de una fluxión recia en el aparato de masticación. El dolor de muelas era rebelde á cataplasmas, emolientes, pediluvios y sangrías, que en aquel siglo la ciencia odontológica andaba tan en mantillas, que cirujano ó barbero alguno de toda la cristiandad no se habría atrevido á emplear lamedor de gatillo, mientras hubiese cachete hinchado.

Con el sistema curativo empleado por los galenos de Roma, iba el egrejo enfermo en camino de liar el petate, y lo que, al principio, fué una bagatela se iba, por obra de médicos torpes, convirtiendo en gravísimo mal.

Dos meses llevaba Su Santidad postrado en el lecho; dos meses de constante y doloroso insomnio; dos meses de alimentarse con líquidos; y, para complemento de alarma, el pulso denunciaba fiebre. Reunidos, en consulta, los más diestros mata-sanos de la ciudad papal, opinaron que el sujeto estaba ya atacado de caries maxilar, lo que, tratándose de un anciano y teniendo en cuenta el poco saber quirúrgico de sus mercedes, importaba tanto como declarar próxima vacancia de la silla de San Pedro.

Y de fijo que Su Santidad Gregorio XIII habría, en esa ocasión, ido á pudrir tierra, si no se hubiera encontrado de tránsito, en Roma, un fraile perulero, fray Miguel de Carmona, definidor del convento agustiniano de Lima.

Habíalo su comunidad enviado á la ciudad de las siete colinas, en compañía de otros dos conventuales, para que gestionase sobre asuntos de la orden; y, de paso, adquiriese algunos huesecitos de santo, que gran falta hacían en el templo de Lima. Las demás comunidades tenían abundancia de reliquias auténticas, con las que ganaban en prestigio ante la gente devota; y los agustinos andaban escasos de esa mercadería en sus altares.

Dos meses llevaban los comisionados de residencia en Roma, sin haberles sido posible avistarse con el Pontífice que, por causa de su dolencia, estaba invisible para frailucos y gente de escalera abajo. Solo sus médicos, y tal cual cardenal ó personaje, lograban acercársele.

En este conflicto ocurriósele al padre Carmona dirigirse al camarlengo y decirle que, pues Su Santidad se encontraba desahuciado, nada se perdía con permitirle que intentara su curación, empleando yerbas que había traído del Perú, y cuya eficacia entre los naturales de América, para dolencias tales, le constaba. Refirió el camarlengo al Papa la conversación con el perulero, y Su Santidad, como quien se acoje á una última esperanza, mandó entrar en su dormitorio al padre Carmona, y después de obsequiarle una bendición papal, le dijo:

—A ti me encomiendo. *Age.*

Y ello fué que sin más que enjuagatorios de *yerba santa* con leche, cataplasmas de *llantén* con *vinagrillo*, y parches de *tabaco* bracamoro en las sienes, á los tres días estuvo Su Santidad Gregorio XIII como nuevo; y tanto que hasta la hora de su muerte, que acaeció años más tarde, no volvió á dolerle muela ni diente. Ni siquiera se vió en el caso de aquel marido á quien, oyéndolo quejarse de dolor en la frente, lo interrumpió su mujer diciéndole:—tranquilízate, eso pasará pronto cuando te hayan brotado un par de colmillos.

Dice el cronista Calancha, tal vez por encarecer el merecimiento del curandero que, en los primeros ratos, sufrió el enfermo náuseas atroces, calambres y sudores, terminando por aletargarse, lo que dió motivo para que los palaciegos se alarmasen, recelando que el fraile perulero hubiera administrado algún tósigo al Pontífice. En amargos aprietos se vió su paternidad.

\* \* \*

Restablecido por completo Gregorio XIII, empezó por acordar al padre Carmona todas las bulas, privilegios, indulgencias, jubileos y demás gangas que anhelaban los agustinos para sus conventos del Perú, concluyendo por brindarle un obispado, que fray Miguel tuvo sus razones para no aceptar, prefiriendo el título de abad de Lunahuaná, con doce mil ducados de renta anual sobre el arzobispado de Lima; con lo que, sin las fatigas que trae el obispar, venía á ser nuestro agustino un verdadero potentado en estas tierras de América, y altísima dignidad en su Iglesia. Era el primer abad que iba á tener el Perú, y hasta entiendo que ha sido el único.

Por bula de 28 de Setiembre de 1581 fué autorizado el flamante abad para escojer, con destino al convento de Lima, cuanta reliquia le pluguiere. Tosco fué el manotón que dió su paternidad en el depósito ó almacén; porque se apoderó de la cabeza de Longino, de un pedazo de la cruz del buen Ladrón, y de un zarcillo ó arete que perteneció á María de Magdala.

En materia de huesos escojiólos de San Pedro, San Pablo, San Sebastián, San Andrés, San Agustín, San Lorenzo, San Estéban, San Marcos, San Vicente, San Dionisio, San Sixto, San Marcelo, Santa Ursula, Santa Susana y . . . . basta de nombres. La lista, que no es corta, la trae la bula, y no vale la pena de copiarla íntegra.

En Lima, los agustinos se reservaron la mitad del cargamento de huesos, y el resto lo distribuyeron entre la Catedral y las parroquias. Tenían ya reliquias hasta para regalar.

En cuanto al padre Carmona no llegó á lucir, en el Perú, la mitra abacial, por que murió en el viaje, quedándose Lunahuaná sin abad, desdicha que hasta ahora lamentan los vecinos de ese valle que tan famosas chirimoyas y tan ricas paltas produce.





## VIVA EL PUFF!!!

---

Arreglando manuscritos dispersos, en la Biblioteca Nacional, dime con un proceso así intitulado:—*Autos criminales, seguidos de oficio, contra los que quitaban á las mujeres el postizo que cargan á la cintura—Año de 1783—Lima—Real Sala del Crimen.*

El título era tentador para mí. Echéme á leer el proceso y, después de leído, resolvíme á presentarlo, en extracto, á mis lectores, á riesgo de que digan que traigo sin tornillo el reloj de la cabeza, pues ocupó mis horas de descanso en sacar á plaza antiguallas.

Fué el caso que el ilustrísimo señor don José Domingo González de la Reguera, arzobispo de Lima, escandalizado de la exajeración de los guarda-infantes ó faldellines, fomentos ó tafanarios, como entonces se decía, ó sea crinolinas, embuchados, polisones, categorías, colchoncitos y *puffs*, como hoy decimos, con que las mujeres daban al prójimo gato por liebre, fabricándose formas que no eran, por cierto, las verdaderas, promulgó edicto eclesiástico prohibiendo los postizos. No aparece el edicto en el proceso; y por eso no puedo asegurar si había ó nó pena de excomunión para las hijas de Eva que se obstinasen en seguir abultando el hemisferio occidental, dando con ello motivo de pecadero á nosotros los pobrecitos hijos de Adán.

Extractemos ahora.

Don Valerio Gassols, capitán de la guardia de su excelencia el Virrey don Agustín de Jáuregui, se presentó el 10 de Noviembre de 1783 ante el Alcalde del Crimen, dando cuenta de haber metido en chirona á más de cuaren-

ta muchachos que andaban, en la mañana de ese día, por las calles principales de la ciudad, desnudando mujeres, de esas de ortografía dudosa, para ver si llevaban ó no postizo. Añadió su merced que aquello era una indecencia sin nombre, y que para ponerle coto á tiempo, antes que, alentándose con la impunidad ó desentendencia de los oficiales de justicia, llevaran el desacato y el insulto á personas de calidad, había echado guante á los turbulentos, empezando por el cabecilla que era un chileno, mocetón de veinticinco años, el cual iba, á caballo, batiendo una bandera de tafetán colorado, enarbolada en la punta de una caña de dos varas de largo.

La Sala del Crimen mandó organizar el respectivo sumario, y aquí entra lo sabroso.

Chepita Navarro, cuarterona, de veintitres años de edad, hembra de cuya cara llovía gracia, y de profesión la que tuvo Magdalena antes de amar á Cristo, juró, por una señal de cruz, que pasando á las diez de la mañana por la plazuela de San Agustín, acompañada de una amiga, dada como ella á hacer obras de caridad, fueron asaltadas y . . . no prosigo, por que el resto de la declaración es muy *colorado*, y la Chepita catedrática en el vocabulario libre de las cellencas.

Idéntica declaración es la de Antuca Rojas, blanca, de veinticinco años, moza que lucía un pie mentira en pantoquilla verdad, y de oficio *corsaria* de ensenada y charco.

Cuentan de esta Antuquita que yendo en una procesión entre las tapadas de saya y manto, un galancete, que motivos de resentimiento para con ella tendría, la dijo groseramente:

—Adios, grandísima p . . . erral

A lo que ella, sin morderse la lengua, contestó:

—Gracias, caballerito, por la honra que me dispensa igualándome con su madre y con sus hermanas.

También declaró Marcelina Ramos, otra que tal, mestiza, de veinte años de edad y que ostentaba, en vez de un par de ojos negros, dos alguaciles que prendían voluntades.

El escribano debió ser, por mi cuenta, pescador de mar ancha y un tuno de primera fuerza; porque redactó las declaraciones con una crudeza de palabras que . . . yal yal En cuanto á detalles, háylos en el proceso que son de *gurrumendi en salsa verde* como dicen los mozos *malambinos*.

Resulta de las declaraciones todas, que los cuadrilleros aseguraban que el Arzobispo les había dado la comisión de *arranchar* . . . *postizos*; y que no fué culpa de los arranchadores el que, junto con los postizos, desaparecieran sortijitas, aretitos de oro, y otros *chamelicos*.

Las declaraciones de los muchachos (que casi todos tenían apodo como Misturita, Pedro el Malo, Masca-coca, y Corcobita) parecen cortadas por un patrón. Todos creyeron que el hombre de á caballo, que enarbolaba la bandera de tafetán, sería alguacil cumplidor de mandato de la justicia y que, como buenos vasallos, no hicieron sino prestarle ayuda y brazo fuerte.

Sólo uno de los declarantes, Pepe Martínez, negro, esclavo, y de trece años de edad, discrepa en algo de sus compañeros. Dice este muchacho que, en la esquina de la Pescadería, un hombre *sacó cuchillo* en defensa de una mujer: que, á la bulla, salió del palacio arzobispal un pajecito de su ilustrísima quien, después de informarse de lo que ocurría, dijo—lo mandado, mandado: sigan arranchando c . . . s, y al que se oponga aflojénle *su* pedrada, y que vaya á quejarse á la *madre* que lo parió.—Añade el declarante (y esto es, para mi, lo grave) que el Arzobispo estaba asomado á los balcones presenciando el bochinche.

Por fin, á los diez días de iniciada la causa la Sala del crimen, compuesta de los oidores Arredondo, Cerdán, Vélez, Cabeza y Rezabal, mandó poner en libertad á los muchachos, y expidió el fallo que sigue:

« Vistos estos autos, y haciendo justicia, condenaron al « mestizo Francisco de la Cruz, natural de Concepción de « Chile, en un mes de presidio al del Callao, para que sirva á « su Majestad en sus reales obras, á ración y sin sueldo, y se « le apercibe muy seriamente que, en caso de que reincida « en los alborotos por los que ha sido encausado, se le castigará con el mayor rigor para su escarmiento.—Lima, y « Noviembre 20 de 1783.—Cinco rúbricas,—*Egúsquiza*. »

Desde este año quedó, en mi tierra, autorizada por el Gobierno civil la libertad de postizos, libertad que ha ido en *creciendo* hasta llegar al abominable *puff* de nuestros días. Afortunadamente, las limeñas están hoy libres de que Arzobispo escrupuloso azuce á los mataperros. ¡Viva el *puff*!





## TÍTULOS DE CASTILLA.

---

### I

Después que el Perú quedó en reposo de las guerras civiles que siguieron á la conquista, era consiguiente que, en su territorio, se conociesen los títulos ó dignidades que, en España, aparecieron en el reinado de Recaredo, que posteriormente se renovaron, imitando á otras naciones, y que más tarde se concedieron á muchos ilustres caballeros.

Se habían trasladado y avecinado, en el Perú, no pocos sujetos de noble ascendencia, relacionados con familias distinguidas de la metrópoli, y que poseían bienes más ó menos vinculados ó libres. Contábanse, entre estos, varios funcionarios y empleados de la corona, cuya sangre y gerarquía les daba preferente lugar en la sociedad; y otros individuos que descendían de conquistadores, entre los cuales muchos habían contraído posteriormente, en la pacificación del reino, méritos bastantes por sí solos para engrandecerlos.

Reunida así una clase superior, por la diferencia antidemocrática que establecen la cuna, el talento y la riqueza (clase que con el tiempo tuvo mucho aumento,) natural fué que asomasen las aspiraciones á elevados títulos y dignidad. Véanse entre los vecinos del Perú (españoles y americanos) caballeros de las órdenes militares, que vinieron cruzados de España, ó las obtuvieron aquí, por gracia de los reyes.

Crecía ya el número de mayorazgos por fundaciones que se hacían con autorización y requisitos competentes; y el poder y fortuna de los encomenderos, colocaba á estos en posición ventajosa para pretender, con éxito, honores duraderos y hereditarios. Y si en cualquier país está siempre visible la gente que se considera de alta esfera, en el Perú había superior razón para que así sucediese; por que no era grande el número de personas á quienes favorecían felices excepciones; porque éstas, necesariamente, tenían que hacerse notables entre la muchedumbre de españoles del estado llano; porque la masa de indígenas era mirada como muchedumbre de idiotas; y por último, porque había negros esclavos y otras castas que, con:iguientemente, componían lo que se llamó última plebe.

Casi hasta mediados del siglo XVII puede decirse que no se conocieron, en el Perú, otros títulos de Castilla (fuera del de marqués, dado por el rey á don Francisco Pizarro) que los de algunos virreyes, como los marqueses de Cañete, de Salinas, de Montesclaros, de Guadalcázar y de Mansera, y los condes de Nieva, del Villar-don-Pardo y de Monte Rey. Los más de estos virreyes suscribían muchos de sus actos poniendo sólo *El Conde ó El Marqués*, sin expresar en sus firmas cual era el dictado de sus títulos, cosa que, entonces, pudo usarse así, pero que parece se hiciera por no haber en el reino otro conde ó marqués; y á manera de los grandes señores que, escribiendo para dentro de sus dominios y á sus propios vasallos, no necesitaban, en España, firmarse de otra suerte.

El Cabildo de Lima, que se componía de los hombres más ilustres del país, tuvo un registro fiel de los caballeros hijosdalgo, que existían en el vecindario; y era de esa lista que se sacaban anualmente, por elección, los que habían de servir el alto y distinguido cargo de Alcalde ordinario. Así era en los antiguos tiempos: probándose que, desde la fundación de Lima, habitaron en su recinto personas ilustres, sin que pueda decirse que el rey ennobleció á algunas; por que, aunque sea evidente, hubo muchas otras que no necesitaron de esa gracia.

Encuéntanse, aún en los conquistadores conocidos por los *Trece de la Gorgona*, hombres de limpia ascendencia; entre ellos Nicolás de Rivera, el Viejo, primer alcalde de Lima en 1535. Y esto se acredita con haber dicho la reyna



en la capitulación de Toledo, el 26 de Julio de 1529, que hacía hidalgos á los que no lo eran, y á los hidalgos los hacía *caballeros de espuela dorada*.

Ahora, en cuanto á los títulos de Castilla que se conocieron en el Perú, dirémos que el de Cazares, conferido á la casa de Pastrana, fué el primero de marqués que se concedió, siguiéndose el de Santiago, creado en 1660, en favor del oidor don Dionisio Perez de Manrique, primer título de Castilla que hubo en la Audiencia de Lima. Aunque antes del de Santiago eran el marqués de Villarrubia de Langre, nombrado desde 1649, y el marqués de Castellón, desde 1657, los poseedores de ambos estaban en España, y no vinieron á familias y vecinos del Perú, sino en años posteriores, y cuando ya existia, en Lima, el título de Santiago. El de marqués de Guadalcázar que trajo, en 1622, el virrey D. Diego Fernandez de Córdova, recayó años después en un pariente suyo, vecino del Perú, establecido según creo en Moquegua, despues de cuyos días no lo invistió aquí ninguna otra persona.

El primer conde que hubo, de familia radicada en el Perú, fué el del Puerto, título que se confirió, en 1632, á don Juan de Vargas y Carbajal, cuarto señor de la villa del Puerto de Santa Cruz de la Sierra. Siguiose el de conde del Portillo, el cual lo obtuvo como vizconde, en 1642, don Agustín Sarmiento de Sotomayor, vecino de Lima, y quedó erigido en condado en 1670.

Fueron 58 los títulos de marqués que, durante la dominación de España, se conocieron como pertenecientes á familias y vecinos del Perú, según datos que hemos consultado, sin contar algunos de otros lugares de Sud-América que dependieron en un tiempo de este virreynato. El número de los condes llegó á 44, excluido el de San Donás que fué sólo vizconde, el único que habia en el Perú, y á quien la vulgaridad denominaba conde. Este título era de la nobleza de Flandes, y no de la de Castilla.

Grandeza de España, no enumerando, como no debemos hacerlo, la que varios virreyes investían, como el conde de Alba de Liste (que fué el primero que trajo esa gerarquía en 1655,) el de Lemos, el de la Monclova, el marqués de Castell-dos-rius y el príncipe de Santo Buono (que fué el último en 1716) diremos que sólo hubo una, conferida á familia peruana, y fué la que obtuvo en 1779, con el título

de duque de San Carlos, el correo mayor de las Indias don Fermin de Carbajal y Vargas, natural de Lima; y recayó en él después de tener la Grandeza honoraria, desde 1768. Era el favorito de Carlos III, quién, para más honrarlo, le dió su propio nombre por título del ducado.

Concediéronse siempre los títulos en favor de familias ilustres y con antecedentes honrosos, aunque en algunas no hubiese tan antigua nobleza; y previos requisitos, informaciones, documentos y pruebas, que jamás se dispensaron, aunque muchos de dichos títulos se alcanzasen mediante erogaciones de dinero, directas ó indirectas, en favor de la corona. Hubo un caso que merece citarse, por extraordinario, en cuanto á dispensa de esenciales condiciones: este fué el del marquesado de Villarrica de Salcedo, otorgado por Felipe V, en 1703, al capitán don José Salcedo, siendo hijo de *letra gótica* (es decir, hijo natural) del célebre minero de Laycacota, porque cedió al rey ciento cuarenta mil pesos, y por considerable suma que debía la real Hacienda á su padre y abuelo, fuera de préstamos y donativos. Entre los títulos radicados en el Perú, no pocos se libraron por pura recompensa á señalados servicios hechos por los que los obtuvieron ó por sus ascendientes en España ó América, en los ejércitos, ó de otras maneras. De esta clase fueron los marquesados de Villarrubia de Langre, de Valle-umbroso, de Montemira, de Lara, de Castellón, de Corpa, de Feria, de Otero, de Casa Boza, de Fuente Hermosa, de Tabalosos, etc. y los condados de Montemar, del Puerto, de Castel blanco, de las Lagunas y otros.

Los hubo también adquiridos por sólo el lustre de algunas casas, como las de los marqueses de Moscoso, de Casa Calderón, de Casa Concha, de Valdelirios, &; y las de los condes del Puerto, de Monteblanco, de las Torres, de Sierra Bella, de Valle Osellé y muchos otros.

Los títulos eran gravados con el derecho llamado de lanzas y con el de media anata, que se pagaban al recibir la concesión, y después anualmente. Podían redimirse ambos gravámenes ó uno de ellos, como varios lo hicieron. No faltaron títulos á los cuales los reyes dispensaron uno de esos derechos ó los dos, para siempre ó para durante la vida de los agraciados, por servicios notables ú otras causas.

Podían los interesados consignar juros para la satisfacción de lanzas, y quedaban así relevados de este cargo cuando

los productos llenaban el objeto. Así lo hicieron el conde de Montemar, el marqués de Lara, el conde del Portillo y otros.

## II

Hubo en el Perú títulos de procedencia extranjera, y por eso no pagaban lanzas. Era esto conforme á las antiguas reglas de Castilla, y se comprendía entre ellos á los que habían tenido principio en Navarra. Estaban en esa línea los marquesados de Castellón, que fué de Nápoles; el de San Miguel, cuyo origen fué en Sicilia; el de Fera y el de Fuente Hermosa, salidos de Navarra; y el vizconde de San Donás, que procedía de Flandes.

El virrey duque de la Palata debió traer autorización del rey para otorgar unos pocos títulos; aunque motivos tenemos para creer que procedió por sí y ante sí, al crear el condado de Torre Blanca, conferido en 1683 á la casa de Ibañez y Orellana. Al virrey conde de Superunda se le dió también autoridad para hacer esa clase de nombramientos, con las condiciones y limitaciones contenidas en reales cédulas de 30 de Abril y 14 de Setiembre de 1743, y 19 de Junio de 1748.

Fueron grandes los atrasos de la real Hacienda en esa época, reagravados con las pérdidas y destrucción causadas, en Lima, por el terremoto de 28 de Octubre de 1746: y es evidente que los títulos de Castilla, que dicho virrey confirió, fueron, como se dice, beneficiados; ó lo que es lo mismo, conseguidos en virtud de donativos pecuniarios, y de la entrega de las sumas correspondientes á los derechos de lanzas y media anata; porque todos ellos se expidieron libres perpetuamente de tales gravámenes. Pero recayeron en familias de rango y mérito notorio, como las de los marqueses de Campo Ameno, San Felipe el Real y Torre Hermosa, y las de los condes de San Javier, de Torre Velarde, de Valle Hermoso, de Castañeda de los Lamos y de Vista Florida, previos los requisitos y pruebas legales acostumbradas.

También al virrey don Manuel Amat se le enviaron cuatro títulos que el rey concedió al Perú, para que se llenasen con los nombres de personas dignas de llevarlos; y así se verificó, en 1771, la creación y nombramiento de los condes

de San Pascual Bailón y San Antonio de Vista Alegre, & confirmados por Carlos III en 1774. No consta ni aparece noticia de que otros virreyes, además de los antes citados, hubiesen recibido autorización para hacer esas altas concesiones.

Felipe IV dispuso que á nadie se le invitiese de la dignidad de conde ó marqués, sin haber sido antes vizconde. El cumplimiento de esta disposición, hemos visto, por testimonios y ejemplos diferentes, que se reducía á nombrar al agraciado vizconde, y en la misma fecha cancelarle el despacho, otorgándole otro del título de conde. Prescindiendo de si era ó no inútil ese trámite, sólo diremos que fué oneroso, porque ocasionaba gastos escusables á los que alcanzaban dicha gerarquía.

Después de expedirse en forma los reales despachos para los títulos de Castilla, quedaban estos inscritos y reconocidos en España, entre los de su clase. Pero se otorgaban, en seguida, por la Cámara de Indias, las que se llamaban cartas auxilatorias. Dábanse estas, en favor de los agraciados, con el objeto de que hiciesen fe en los dominios de América, y se les tuviese en ellos por tales condes ó marqueses.

El primer título de Castilla que hubo en el Cabildo de Lima fué el marqués de Guadalcázar, alcalde ordinario en el año de 1673, siguiéndole el marqués de Villafuerte, alcalde en 1712, el conde del Portillo en 1714, &.

El último á quien se concedió el título de marqués, en el Perú, fué el regidor don Tomás Muñoz y Lobatón, que recibió el de Casa Muñoz, en 1817; y el último conde, el de Casa Saavedra, que lo fué el regidor y coronel D. Francisco Arias de Saavedra, por despacho del año 1820: ambos fueron naturales de Lima.

Los títulos de Castilla caducaban por insolvencia, caso en que, no pudiendo los poseedores sostener su rango, ni pagar lanzas ni medias anatas, hacían renuncia y abandonaban la investidura. De estos fueron los condes de Olmos y marqueses de Casa Montijo, Sotohermoso, Casafuerte, Villar del Tajo, Torre Bermeja y Casa Torres. También se suspendía el ejercicio de los títulos por deudas crecidas en aquellos gravámenes, ó por que se litigiaba entre partes el derecho á sucesión. No era prohibido hacer dejación del título por atrasos, conservando facultad para reasumirlo en mejor oportunidad. De esto ocurrieron ejemplares.

Otros títulos se extinguieron porque faltó heredero directo, y no hubo parientes del último poseedor, ó si los hubo, no pretendió ninguno que recayese en él la sucesión.

Todo sucesor tenía obligación de pedir al rey carta de sucesión para que le permitiesen usar de su título y honores, antes de lo cual no podía firmar con la denominación respectiva. Lo mismo pasó y pasa hoy, en España, reservándose los monarcas la facultad de permitir la continuación de aquellos, aunque hubiesen sido concedidos para todos sus descendientes. Exeptuábanse de estas reglas los Grandes de España, que entraban en la sucesión sin otro deber que el de participarlo al rey.

Los herederos ó sucesores ocurrían al trono por conducto de los virreyes, y estos proveían entre tanto la prosecución del título, previo el pago de la media anata, con lo que desde luego entraban en posesión, sin exijirseles otros derechos, ni bajo el caracter de voluntarios. Después el rey libraba, por la Cámara de Indias, la carta correspondiente.

Tenían pena de mil pesos, los que usaban de los honores y firma del título sin los requisitos ya dichos. Y cuando algunos, por no satisfacer la media anata, tardaban en pedir la carta, creyendo que podían aceptar ó renunciar cuando les acomodase, el juzgado de lanzas los estrechaba á que cumpliesen con uno ú otro extremo, dentro del plazo que les estaba dado.

Solo cuando los títulos no tenían mayorazgo ó territorio anexo, podían los que lo gozaban renunciarlos y hacer libre dimisión de ellos. De lo contrario, aún cuando fuese en favor de sus inmediatos, no les era dado verificarlo sin renunciar también el mayorazgo inseparable del título. Para las renunciaciones y acciones, era preciso ocurrir al rey y alcanzar su licencia y aprobación; por que los títulos, siendo dignidades reales, eran intrasmisibles sin este trámite, que si no se llenaba, caducaban y tenían reversión á la corona. Los que una vez llegaban á obtenerlo, aún después de hecha renuncia en favor de otra persona, siempre quedaban con el derecho de disfrutar las mismas honras y distinciones.

Tampoco podían los títulos ni sus primogénitos contraer matrimonio sin real permiso, expedido por la Cámara de Castilla. Esta providencia se extendió á la América, por real cédula de 8 de Marzo de 1787, autorizándose á los vi-

rreyes para otorgar aquel, en razón á la distancia, y sin necesidad de voto consultivo de las Audiencias.

Esta, como las demás disposiciones sobre la sucesión, bien se vé que tenia por objeto conservar el brillo y estimación de dichas dignidades.

A los títulos de América podía expedírseles sus despachos por la Cámara de Castilla y por la de Indias, según real resolución de 24 de Mayo de 1776. Guardábanseles las mismas honras y preminencias que en España, y la ley 13, título 15, libro 4.<sup>o</sup> mandó se les diese asiento en las Audiencias, como en las chancillerías de Valladolid y Granada. Disfrutaban del tratamiento de Señoría. En sus carruajes usaban cuatro caballos, y tenían asiento, en las funciones de Catedral, en el coro, y con los canónigos.

### III

Para concluir, insertamos por orden de antigüedad, los títulos de Castilla que hubo en el Perú; y en cuanto á la historia particular de cada uno de ellos, véase ésta en los respectivos artículos del *Diccionario Histórico Biográfico* de Mendiburu, en la *Estadística* de Córdova y Urrutia ó en el *Nobiliario* de Rezabal titulado *Lanzas y Anatas del Perú*.

#### Duques.

El de San Carlos (con grandeza de España.)

#### Marqueses.

De Guadalcazar.

—Cazares.

—Villarrubia de Langre.

—Castellón.

—Santiago.

—San Juan de Buenavista.

—Villafuerte.

—Corpa.

—Maenza.

—Santa Lucía de Conchán.

De Feria.

- Monterrico.
- San Lorenzo de Valleumbroso.
- Zelada de la Fuente.
- Casafuerte.
- Otero.
- Villablanca.
- Villahermosa de San José.
- Torre Bermeja.
- Sotoflorido.
- Moscoso.
- Villar del Tajo.
- La Puente y Sotomayor.
- Valdelirios.
- Villarrica de Salcedo.
- Salinas.
- Sotohermoso.
- Santa María de Pacoyán.
- Negreiros.
- Torre Tagle.
- Casa Calderón.
- Mozobamba del Pozo.
- Casa Boza.
- Monte Alegre de Aulestia.
- Casa Torres.
- Lara.
- Bellavista.
- Casa Jara.
- San Felipe el Real.
- Casa Montijo.
- Rocafuerte.
- San Miguel de Híjar.
- Campo Ameno.
- Torre Hermosa.
- Casa Flores.
- Casa Castillo.
- Fuente Hermosa.
- Tabalosos.
- Herrera.
- la Real Confianza.
- Casa Hermosa.
- Montemira.

De Casa Dávila.

—San Juan Nepomuceno.

—Castell Bravo.

—Casa Concha.

—Casa Muñóz.

### Condes

Del Puerto.

Del Portillo.

Del Castillejo.

De Torreblanca.

—Santa Ana de las Torres.

—La Vega del Rén.

—Villanueva del Soto.

—Cartago.

—Laguna de Chancocaye.

—Olmos.

—Montemar.

—Sierra Bella.

—San Juan de Lurigancho.

—Castell Blanco.

—La Dehesa de Velayos.

—Polentinos.

—Las Lagunas.

—Fuente Roja.

—Casa Dávalos.

—Casa Tagle.

—San Isidro.

—Torre Velarde.

—Valle Hermoso.

—San Javier y Casa Laredo.

—Valle Oselle.

—Monteblanco.

—Vistaflorida.

—Villar de Fuentes.

—Montesclaros de Sapán.

—La Unión.

—Montes de Oro.

—Alastaya.

—San Antonio de Vista Alegre.

—San Pascual Bailón.



De Valdemar de Bracamonte.

—Castañeda de los Lamos.

—San Carlos.

—Premio Real.

—Fuente Gonzalez.

—Guaqui.

—Torre antigua de Oré.

—Casa Saavedra.

Vizconde de San Donás.

El título de marqués de Santa Rosa, aunque es razonable presumir que fuera acordado á peruano, solo una vez, y de un modo incidental, lo hemos visto citado. Hay también quienes afirman que no existió tal título en el Perú, fundándose en que no figura en ninguno de los nobiliarios americanos; pero es hecho comprobado que personaje de tal título fué casado, en Lima, con una ilustre dama que, en segunda nupcias, contrajo matrimonio nada menos que con un virrey (Aviléz). Quizá fué uno de los títulos que, á poco tiempo de creados, se extinguieron por alguna de las causales que dejamos apuntadas.

En cuanto al título de conde de la Granja, que disfrutó un gobernador de Potosí, poeta notabilísimo de su época, parece que no fué título del Perú sino de España. Lo mismo decimos sobre el marquesado de Casa Guisla.

Aunque la Capitanía General de Chile estuvo siempre bajo la jurisdicción de los virreyes del Perú, los títulos que en esa región se crearon, y que no excedieron de diez, no se consideraron en los registros de la Audiencia de Lima ni en el Nobiliario del Perú. El temor de incurrir en inexactitudes, por la deficiencia de nuestros datos, nos obliga á no designarlos.





## LA ASTROLOGÍA EN EL PERÚ.

---

### I

Para los médicos, cirujanos, boticarios y barberos de Lima, eran, en el siglo XVII, artículos de fé y parte integrante de la ciencia las supersticiones astrológicas. A la vista tengo un libro de 700 páginas en 4º, impreso en Lima por los años de 1660, y del que es autor Juan de Figueroa, familiar del Santo Oficio de la Inquisición, veinticuatro de Potosí y tesorero de la Casa de Moneda de esta ciudad de los Reyes, quien dedicó su abultada obra al virey conde de Alba de Aliste. Titúlase el librote—*La Astrologia en la medicina*.

Según Figueroa, cuando el Sol entra en el signo de Aries, la tisis está de plácemes; y cuando domina Virgo abundan los tumores en el vientre. A Tauro le dá el señorío de los dolores de cabeza; á Cáncer el de la sífilis; á Escorpión el de los reumatismos; á Piscis el de las hidropesías; á Capricornio el de la ictericia; y así á cada signo del zodiaco le adjudica el patronato de una dolencia.

Entre otras, no menos peregrinas invenciones, prohíbe hacer gargarismos ó aplicarse un clister, mientras Piscis no haya entrado en cierta casilla que el autor señala en un planito por él ideado; y califica poco menos que de suicida al que toma un vomitivo ó se hace sangrar, cuando Marte se halla de visita en la casa de Mercurio.

Medicinarse estando el Sol y la Luna en conjunción es, para nuestro autor, epilepsia segura; y en materia de san-

grías y de ventosas, sólo las consiente cuando el Sol se vá acercando al medio día.

El que enfermaba, aunque fuera de un dolor de muelas, cuando ciertos signos que él apunta se hallasen de bureo en cierta casilla, no tenía otro remedio que mandar por mortaja y cajón, para hacerse enterrar.

Para tener larga cabellera había que hacérsela cortar estando la Luna creciente en Virgo; y para conseguir que el pelo no creciera pronto, esperar á la Luna menguante en Libra. Las uñas debían cortarse estando la Luna en Tauro ó en León.

Quien tuviese la desgracia de engendrar un muchacho, estando Venus, Marte, Saturno y Mercurio en cierta posición, no debía culpar más que á su ignorancia en Astrología, si el mamón resultaba (lo que no podía marrar, según Figueroa) con joroba, seis dedos en la mano, como diz que los tuvo Ana Bolena, ú otro desperfecto.

Engendrar bajo la influencia de tales y cuales astros era para que el muchacho saliese un facineroso, ó si era hembra el engendro, una pelanduzca. En cambio todo el que se sujetase á las reglas astrológicas, tendría los hijos con cualidades á medida del deseo. Por lo menos, serafines de altarcico.

Cuando, en una mujer embarazada, las pulsaciones de la mano derecha eran más vigorosas que las de la mano izquierda, sin gerónimo de duda que el fruto sería varón.

No es cuento de que yo me eche á borrar carillas de papel, que con lo apuntado sobra para que el lector se forme cabal concepto del libro, que tuvo gran boga en su tiempo, y del que no había, en Lima, casa de buen gobierno ó de matrimonio bien avenido, donde no hubiese un ejemplar, más manoseado que el *Año cristiano*, la *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo* y la Bula de Cruzada.

Esos eran tiempos en los que cuando uno se encontraba con un pelo en la sopa, decía:—Demonios! de quién será esta hebra de pelo?—La conozco, contestaba de fijo un comensal, es de la hija de la cocinera, que es una muchacha muy guapa.—De veras? Pues me la guardo—y limpiaba la hebra con la servilleta y se la guardaba en el bolsillo. Dicen los astrólogos que un cabello de buena moza traía ventura al poseedor.

Y tan rodeada de supersticiosas y pueriles prácticas an-

daba la ciencia médica, en Lima, que cuando el profesor de Anatomía se hallaba en el compromiso de dar á sus discípulos lección sobre el cadáver, en el anfiteatro, antes de esgrimir cuchilla y escalpelo, rezaba en unión de los presentes, una plegaria en latín por el alma del difunto.

## II

La Astrología médica tuvo también sus impugnadores, y el más enérgico fué don Juan Gerónimo Navarro, médico valenciano que, con el título *Disertación astronómica*, publicó, en Lima, un interesante opúsculo, impreso en 1645.

Ocurrióle al doctor Navarro, (y precisamente esta ocurrencia fué la que lo impulsó á escribir su *Disertación*) que habiendo recetado un purgante á uno de sus enfermos, que era encumbrado personaje, negóse el boticario á despacharlo. Y no solo se negó sino que le escribió al enfermo la siguiente esquelita que, *ad pedem literæ*, copio del ya citado librejo.

« Señor mío: Vuesamerced no siga el parecer del doctor, aunque él lo mande; porque mañana, á las cinco, es la conjunción, que si fuera por la tarde no correría vuesamerced tanto riesgo. De más que hoy no he hecho purga ninguna, ni tal se puede hacer hasta que pase la conjunción. Vuesamerced vea lo que le que parece, que á mí no me mueve otra cosa más que la conciencia.—Guarde Dios á Vuesamerced. »

Combatiendo la crasa ignorancia y necesidad del boticario chapucero, dice el doctor Navarro que acatar las supersticiones astrológicas, tan bien acogidas por el pueblo, no redundaba sino en descrédito del médico y regalo para curas y sacristanes.

Los deudos del finado, como era de cajón, se dividieron en bandos. Unos echaban pestes contra el boticario, entrometido y *palangana*, y otros bufaban contra el galeno ignoranton. Este protestó más que el protestante inglés, y acudió al protomedico solicitando que impusiese castigo severo al criticastro de autorizada receta. El boticario contestando al traslado, puso al querellante de camueso y farfullero que no había por donde cojerlo; y lo peor es que con

el manipulador de píldoras, ungüentos y jaropes hicieron causa común los demás del gremio, entusiastas creyentes en la Astrología y sus maravillas, á pesar de que ya empezaba á popularizarse la redondilla que dice:

El mentir de las estrellas  
es muy seguro mentir,  
porque ninguno ha de ir  
á preguntárselo á ellas.

El protomédico se vió en *las delgaditas*, ó en apuros para fallar. No se sentía con coraje para declararse contra las preocupaciones dominantes, y en tamaño conflicto cortó por lo sano; esto es, declinó de jurisdicción enviando el proceso á Madrid, que fué como mandarlo al Limbo. Por el vapor de la primera quincena del siglo entrante espero la sentencia del proceso.





## EL MARQUÉS DE LA BULA

---

Lujo para las familias aristocráticas de Lima, en el pasado siglo, era tener en casa oratorio ó altar portátil, á fin de que las señoras y servidumbre doméstica no necesitaran, en los días de precepto, salir á la calle y andar de iglesia en iglesia en pos de la obligada y obligatoria misa. Exedían de cuarenta las familias que, en la ciudad, gozaban de tal privilegio, y que, por ende, tenían capellán y confesor propio, decentemente rentado.

Su ilustrísima el Arzobispo don Juan Domingo González de la Reguera tuvo, allá por los años de 1784, noticia de que no en todos los oratorios se celebraba el sacrificio con la decencia debida; y aun se le informó de que algunos funcionaban sin licencia en regla. Para cortar el abuso, nombró Visitador General de capillas y oratorios de esta ciudad de los Reyes y sus suburbios, al doctor don José Francisco de Arquellada y Sacrestán, racionero de esta Santa Iglesia Metropolitana y rector del Convictorio de San Carlos.

Su señoría no anduvo con piés de plomo en la visita; y, en un mes que ella durara, ratificó la concesión en cuarenta y tres fundos rústicos del valle de Lima, denegándola en solo cinco. Pasó luego á las visitas domiciliarias, y únicamente en dos casas tuvo algo que objetar al privilegio.

El 8 de Enero se hizo anunciar el Visitador en casa del marqués de C . . . . . quien se negó á hacer abrir las puertas del oratorio, alegando que, por Breve de su Santidad Clemente VII, acordado en 20 de Marzo de 1530 á su abue-

lo Lope de Antillón y á sus descendientes, estaba en la legítima posesión de los siguientes derechos:

1º De poder dar de trompadas á cualquier sacerdote, siempre que no fuese obispo; y que así anduviese muy circunspecto su señoría el racionero Visitador.

2º Que para él adulterio, estupro y hasta seducción de monjas, eran pecadillos de poca monta; pues, según la Bula, le estaban perdonados.

3º Que todo voto ó juramento no lo obligaba á él ni á los suyos; que con él no rezaban las excomuniones; y que le era lícito promiscuar y quebrantar ayunos.

4º Que podía tener oratorio y capellán en casa, sin necesidad de licencia arzobispal.

El señor Arquellada y Sacrestán arguyó cuanto pudo para hacer práctico su deber de visitar el oratorio ó capilla; pero viendo que el marqués principiaba á amostazarse, receló que éste, autorizado como aseguraba estarlo por Su Santidad, lo acometiese á mojicones y no le dejase hueso sano y que bien lo quisiera. El Visitador se despidió cortésmente, y fué con la novedad al Arzobispo, pidiendo, á la vez, que comisionase á otro sacerdote para la visita al oratorio del rebelde, que era hombre de malas pulgas, irrespetuoso con los sacerdotes y capaz de un desaguisado.

Sobrevino de aquí litigio.

El Arzobispo dudaba de la existencia de tal Breve ó Bula pontificia; y el marqués, como para quemarle más la pañuela, se hacía remolón para exhibirla. A la postre, tuvo que ceder; y así el señor de la Reguera como su coro de canónigos casi se cayeron de espaldas al leer el Breve, en latín, con el auténtico sello, y la traducción castellana debidamente legalizada, documentos ambos que á la vista tengo, yo el tradicionista, y de que doy fé en toda forma y como en derecho se previene.

Como para el lector carece de importancia el texto latino, limitaréme á reproducir la traducción, suprimiendo apellidos, con el caritativo propósito de impedir que algunos de los descendientes, (que no son pocos en Lima) de las familias favorecidas, se echen á golpear frailes y seducir monjas, en la certidumbre de que, si pecan en ello, ahí está la Bula que los absuelve.

## Clemente, Papa VII.

A los amados hijos, Salud y Apostólica bendición. El efecto de la sincera devoción que nos teneis, y á la Iglesia Romana, merece que te concedamos favorablemente aquellas cosas por las cuales pueda constarte á tí y á las almas de todas las personas que te tocan, que no hay cosa que por tus rendidos ruegos no te queramos conceder, á tí y á nuestra querida hija en Cristo Ana tu mujer, y también á los amados hijos . . . (aquí siguen diez y siete nombres de jefes de familia, nombres que suprimimos) y á los hijos de todos, de uno ú otro sexo, á sus padres que son, y en adelante fueren. A todos los cuales concedemos, que puedan elegir un sacerdote secular ó regular, á quien se comete, por la vida y la de los mencionados, que pueda absolverte á tí y á ellos, de cualquiera excomunión, censura, suspensiones y entredichos, y de otras cualesquiera sentencia y penas eclesiásticas impuestas *á jure*, ó por jueces, por cualquiera causa, ú ocasión, porque las hayas tú y todos ellos contraído. Y así mismo que os absuelva de los votos, y de cualquiera juramentos, aunque hayan dimanado de la Iglesia, que hubiereis hecho; y también de las trasgresiones de los ajenos, conmutandoos las penitencias que hubiereis omitido en el todo, ó en parte, y también dichos ayunos, en alguna limosna según tu devoción, y la de los referidos; como también de las censuras por manos violentas puestas en cualquiera persona eclesiástica, como no sean Obispos y otros superiores á ellos; y también de los perjuicios de los homicidios mentales, ó casuales, del adulterio, del incesto y de la fornicación, de estupro sacrilego, y de los restos y manchas de las usuras, de la rebeldía, é inobediencia contra los superiores. Y por fin, de todos y cualquiera exceso y delitos, por más graves y enormes que sean, de los cuales podeis ser absueltos, tantas y cuantas veces fuere necesario. Y así mismo, una vez en el año, de todos los casos así especialmente como personalmente reservados á la Silla Apostólica, exceptuando solamente los contenidos en la Bula de la Cena. Mas de todos los demás, que no son éstos, os podrá absolver á todos los mencionados, y ponerlos, cuantas veces fuere oportuno, saludable penitencia. Pero cualesquiera votos que acaso hiciereis, ya sean los de visitar los Santos Luga-



res de Jerusalén, ya los simines de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y ya la ciudad de Santiago en Compostela, os podrá dicho confesor conmutar en otras obras de piedad, excepto los votos solemnes de religión, de castidad y perpétua continencia. Y también os podrá relajar cualesquiera juramento. Y así mismo á vos y todos los nominados por vuestros propios nombres, una vez en la vida, y á todos en artículo de muerte aunque ésta no se siga, imponiendoos penitencia, os podrá absolver y conceder remisión de todos vuestros pecados por autoridad Apóstólica. Y también os sea lícito tener altar portátil, con la debida honestidad y reverencia, usando de él en cualquiera lugar, aunque esté en entredicho por cualquiera autoridad, aunque sea Apóstólica, con tal que vosotros no hayais dado causa para el tal entredicho, y mucho menos si por vuestra causa se haya impuesto dicho entredicho apostólico. Y los que fueren sacerdotes, así seculares como regulares, podrán celebrar en sus casas; y los que no lo fueren hacer celebrar á otros misas y divinos oficios en ellas, en presencia de otros familiares y domésticos, sin perjuicio de incurrir en excomunión, excluyendo solamente á los que estuvieren excomulgados. Y así vosotros, como todos los que por vuestro nombramiento celebraren en dichos oratorios, pueden ganar y hacer que se ganen todos las indulgencias y remisión de los pecados, según está referido, que consiguieran y ganaren si visitaren los altares de San Sebastián y San Lorenzo, que están fuera de los muros de Roma, y los de Santa Potenciana, de San Gregorio y de Santa María de Pami, y, en ellos, celebraren el Santo Sacrificio de la Misa. Y por último en todo tiempo, aunque sea del referido entredicho, podeis vosotros y todos vuestros domésticos ser sepultados en sepultura eclesiástica, y recibir todos los Santos Sacramentos, excepto en el tiempo de Pascua Florida de Resurrección. Así mismo, mientras vosotros y vuestros descendientes referidos vivieren, podreis comer los alimentos prohibidos en tiempo de Cuaresma, y usar de ellos en cualesquiera tiempo y días del año. Y en cualquiera parte donde residan y ellos residieren, podreis ganar las indulgencias que se consiguen haciendo las estaciones de Roma, con tal que visitéis una ó dos Iglesias, ó Capillas, ó en una Iglesia tres altares, los que vosotros ó los vuestros eligieren por su devoción, con cuya sola diligencia ganareis todas y cualesquiera

gracias, y remisión de vuestros pecados, que consiguierais visitando y haciendo las dichas estaciones de las Iglesias Basílicas que se visitan, así dentro de Roma como fuera de sus muros. Y si acaso vosotros, ó cualesquiera de los referidos, por enfermedad, debilidad ú oprimidos de algún lejítimo impedimento no pudiere hacer la sobre dicha visita de capillas y altares, ganarán las mismas gracias, indulgencias y remisión de todos sus pecados, con solo que hagan una piadosa limosna y algunos devotos sufragios y oraciones á su arbitrio. Y también sea lícito á los que de vosotros fuere su voluntad rezar el Oficio Divino según la costumbre de la Santa Iglesia Romana, anteponiéndolo ó posponiéndolo por un día natural, y esto en cualquiera Iglesia ó lugar donde residierais, como no sea dentro del Coro. Fuera de esto podeis usar en las Cuaresma, y demás dias en que son prohibidos por derecho, de todos los lacticinios, como son huevos, queso, leche, manteca; y no solamente vosotros sino todos aquellos que fueren vuestros domésticos y familiares, y que sustentareis á vuestras expensas en vuestra mesa; lo cual podreis ejecutar sin escrúpulo de conciencia; y en dichos tiempos, cuando fuere congruo á vuestra salud, usareis carnes prohibidas por derecho, así vosotros como todos los referidos. Y en los Sábados podréis, á vuestro arbitrio, usar y comer grosuras y extremos de todas carnes, según el uso y costumbre de los reinos de Castilla. Y así mismo, á vosotros y todos los vuestros, concedemos licencia para que, mientras viviereis, podais hacer la colación en los dias de ayuno. Demás de esto concedemos que las sobredichas mujeres, juntamente con otras cuatro extrañas que eligieren, como sean honestas, puedan una vez al mes entrar en la clausura de los monasterios de monjas, por todo el día, y conversar, y comer con las monjas, con tal que no hagan noche en dicha clausura; para cuyo fin les concedemos nuestra Apostólica bendición, facultad y licencia, no obstante cualesquiera prohibiciones Apostólicas, ó de Concilios Generales, Provinciales, y Sinodales, ó de otras especiales Constituciones y Ordenaciones; y determinamos que estas facultades, y la de elegir confesor, las tengais sin ser comprendidas en cualesquiera labor de la Santa Cruzada, ya en favor de la fábrica del Príncipe de los Apostóles, ó de otras cualesquiera, por cualquier forma, tenor ó cláusulas que sean ordenadas, bajo de las cuales prohibiciones y limitacio-

nes resolvemos que no sean comprendidos los sobredichos indultos y facultades, si no es que en ellas se haga expresa mención de vosotros por vuestros propios nombres, según que en este Breve *motu proprio* ván referidos, y expresados. Pero queremos y deseamos, que, por esta gracia y facultad de elegir confesor, á vuestro beneplácito, no os volváis (lo que Dios no permita) más propensos é inducibles á cometer escándalos y delitos; por que, siendoos de pretexto esta confesión faltareis á la sinceridad de la fé católica, y á la unidad de la Santa Romana Iglesia, y á la obediencia del Sumo Pontifice y sus Sacerdotes que canónicamente entran en ó en confianza de este indulto y facultades, cometiereis algunos enormes delitos, la dicha nuestra confesión y remisión, y todo lo que en ella se contiene, queremos que no os valga ni favorezca. Así mismo queremos que useis moderadamente del indulto de hacer celebrar el Santo Sacramento de la Misa, antes del día; porque como en el Ministerio se ofrece á Nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios, el candor de la Luz Eterna, es muy conveniente que se haga este sacrificio, no en las tinieblas de la noche sino con la claridad del día. Y todo lo referido sea y tenga valor y firmeza, no obstante cualquiera prohibición. Y finalmente queremos que á todos los trasuntos de nuestras letras originales, ya impresos, ya manuscritos, autorizados de cualquiera Notorio público y sellados con el sello de cualquiera persona eclesiástica constituida en dignidad, se dé la misma fé y crédito que se diera á dicho original, si fuera exigido y manifestado, entendiéndose esto para todas ó cada una de las personas mencionadas en este Breve.—Dado en Benonia bajo el anillo del Pescador, en 20 de Marzo de 1533 años, y en el 7º de Nuestro Pontificado.

\* \* \*

Creo de más añadir que el Arzobispo de Lima, acatando el Breve Pontificio, dejó al marqués tranquilo en su privilegio de capilla propia. El zumbón pueblo de Lima lo bautizó, desde entonces, con el apodo de—*El Marqués de la Bula*.





## JUEZ Y ENAMORADIZO

---

La regia prohibición de que los Oidores pudieran contraer matrimonio en el territorio en que administraban justicia, obligaba á estos señores á doblegar muchas veces la inflexible vara ante empeño de faldas.

Si no miente el Obispo Villarroel, en sus *Dos cuchillos*, hubo, allá por los años de 1630, un don Juan, Oidor de la Real Audiencia de Lima que, en lo mujeriego, fué otro don Juan Tenorio. Andaba el tal que bebía los vientos por alcanzar los favores de una muchacha, de esas cuyos ojos hablan de tú al prójimo á quien miran; pero que tenía el femenil capricho de gastar, para con el doctor del *tibi quoque*, resistencias de piedra berroqueña.

Empezaba ya el galán á desesperar de la victoria, cuando una mañana, que fué la del sábado vispera del Domingo de Ramos, recibió zahumado billetico que, á la letra, así decía: —«La correspondencia en mí será hija de las finezas de «vuesamerced. Un mi deudo, Pedro Otárola, está penado «con ocho meses de cárcel, y le restan de cinco á seis para «quedar quito. En el querer de vuesamerced está el com- «placer á su amiga.—ISABEL.»

Su señoría se restregó muy alegre las manos, y dijo á la fámula portadora del billete, después de darla, por vía de alboroque, un dobloncito de oro: —Dí á tu señorita que será servida hoy mismo.

De práctica era que la vispera de Ramos hiciese un Oidor la visita de cárceles, con facultad para disponer la encarcelación de los presos por causa leve, y aun la de aquellos á quienes faltare poco tiempo de castigo. También era

costumbre que el Jueves Santo conmutase el Virrey la pena á un reo sentenciado á muerte.

Como en chirona nunca hay un sólo criminal, sino que todos están por una calumnia ó una mala voluntad, los jueces creen, en ocasiones, que hacen obra meritoria para conquistarse el cielo, poniendo en libertad á tanto y tanto inocente angelito—Ah! tunante, tus vicios te han traído á la cárcel, dijo un juez—No señor, contestó el preso, quien me ha traído es la policía.—Pues que lo suelten. La policía es siempre muy arbitraria.

En su alborozo, olvidó el señor Oidor echarse la carta en el bolsillo de la chupa y la dejó sobre la escribanía, siéndole imposible, en el acto de la visita, recordar el apellido del recomendado delincuente. Estaba, sí, seguro de que era Pedro el nombre de pila.

—He empeñado palabra (se dijo su señoría) de dar libertad á un Pedro, y en el conflicto en que mi falta de memoria me pone, no tengo otro camino que el de dar por horros de pena á todos los Pedros de la cárcel.

Y como lo pensó, lo dispuso.

Y tres pícaros, por sólo haber tenido la buena suerte de ser bautizados con el nombre del apóstol de las llaves, salieron á respirar la fresca brisa de la calle, gracias á que su señoría tuvo en poco el rigor de la justicia, y en mucho sus anhelos de galanteador.





## LOS VERSOS DE CABO ROTO.

(TRADICIÓN ESPAÑOLA)

—●●—

Cuando (y ya hace fecha) éramos, en el colegio, estudiantes de literatura castellana, cascabeleábanos, no poco, la estructura de esta y otras espinelas que se encuentran en el Quijote del gran Cervantes.

Advierte que es desati-,  
siendo de vidrio el teja-,  
tomar piedras en la ma-  
para tirar al veci-.  
Deja que el hombre de jui-,  
en las obras que compo-,  
se vaya con pies de plo-,  
que el que saca á luz pape-  
para entretener donce-  
escribe á tontas y á lo-.

En ese siglo, en que los poetas derrochaban ingenio, escribiendo acrósticos, abusando de las paronomasias, ó inventando combinaciones rítmicas, más ó menos estafalarías, cupo á Cervantes poner á la moda los versos llamados de *cabo roto*, y de los que la décima que acabamos de copiar es una muestra.

Pero no fué el príncipe de los ingenios españoles, como generalmente se cree, el primero en escribir espinelas de esa especie. Fué á fines de 1603 cuando apareció en Madrid el *Ingenioso hidalgo*, y ya á principios del mismo año, habían profusamente circulado, en Sevilla, coplas de *cabo roto*.

Fundador de ese género singular de metrificaci3n truanesca, fué un poeta calavera, que tuvo trágico fin. Hé aquí su historia que extractamos de un antiguo periódico madrileño.

Vivía en Sevilla, en los comienzos del siglo XVII, un mozo inquieto y de lucido ingenio, llamado Alonso Alvarez de Soria, hijo de un jurado del mismo nombre. Burlón y maleante, gustábale el trato de la gente perdida, y había contraído el hábito de mofarse de todos. Para extremar sus burlas y darlas mayor escozor, inventó una jamás oída manera de versos, los de *cabo roto*, hecha observaci3n de que los brabucones y ternejales de Triana solían comerse las últimas sílabas de un período, para hacer más huecas é importantes sus fanfarronerías.

En 1603, y en una décima de *cabo roto*, la primera que se escribió en castellano, ridiculizó Alonso Alvarez el haber sometido Lope de Vega su libro *El Peregrino* á la censura del poeta Arguijo, buscando mentidos elogios, antes que advertencia y enseñaanza.

Como el 25 de Setiembre de 1604 hubiesen disparado un pistoletazo á don Rodrigo Calder3n que, juntamente con don Pedro Franqueza y don Alonso Ramírez del Prado, hacían tráfico infame de los destinos públicos, y Prado y Franqueza fuesen reducidos á prisi3n, conservándose don Rodrigo en la plenitud de su valimiento con el monarca, Alvarez no se pudo contener, y le envi3 al poderoso Ministro una décima de *cabo roto*, aconsejándole pusiese la barba en remojo y se dispusiera para un funesto término. ¡Qué ageno estaba el aconsejante de que él precedería á don Rodrigo en muerte ignominiosa!

Andaba por Sevilla un pobre ó bellaco, pidiendo limosna para san Zoilo, abogado de los riñones. Habíanle puesto los muchachos un feo nombre ó apodo: llamábanlo el *Tío C...alzones*. El pobrete se enfurecía, y los chicos le tiraban pelotas de lodo y aún peladillas de San Pedro. Algún vecino de buena alma, á fin de aplacarlo, le daba unos maravedises de limosna, y entonces el pedigüeño colocaba en el suelo la imágen del santo, bailaba al rededor de ella, y decía:—«yo me llamo Juan Ajenjos, natural de Córdoba, y no soy el *Tío C...alzones* que decís.»

Pues Alonso Alvarez tuvo la fatal ocurrencia de poner ese propio mal nombre, nada menos que al Asistente de Se-

villa don Bernardino de Avellaneda, señor de Castrillo. Cunde entre el vulgo, llega á oídos del Asistente, y jura su señoría que el malandrín poeta le ha de pagar caro la injuria. Promuévele un altercado en la calle; ordena á los alguaciles que lo lleven á la cárcel, por desacato á la autoridad; pone el amenazado piés en polvorosa; le sacan de Santa Ana, donde había tomado iglesia; enciérranle en un calabozo, y tras darle el Asistente tres horas para encomendarse á Dios, le cuelga, sin más proceso, de la horca. Justicia expeditiva.

En vano fué que, en la capilla, escribiese Alvarez el bellísimo y cristiano romance que así termina:

Muera el cuerpo que pecó,  
pues bien la pena merece,  
y vaya el alma inmortal  
á vivir eternamente.

En vano todos los poetas sevillanos se arremolinaron pidiendo gracia para su camarada, llevando la voz el noble y famosísimo dramático don Juan de la Cueva, quien presentó al Asistente, por vía de memorial, este soneto, menos bueno que bien intencionado:

No dés al fébeo Alvarez la muerte  
¡oh gran don Bernardino! Así te veas  
conseguir todo aquello que desees,  
en aumento y mejora de tu suerte.

El odio estéril en piedad convierte,  
que en usar de él tu calidad afeas;  
cierra el oído, ciérralo, no creas  
al vano adulator que te divierte.

De ese que tienes preso el dios Apolo  
es el juez, no es sufragáneo tuyo;  
pónlo en su libertad, dalo á su foro.

Vé que, de hacerlo así, de polo á polo  
irá tu insigne nombre, y en el suyo  
Hispális te pondrá una estatua de oro.



El orgulloso resentimiento, la vanidad herida, son implacables. El Asistente se mantuvo inflexible, y el poeta Alvarez pereció en público y afrentoso cadalso. *Homo, humus; fama, funus; finis, cinis!*

En cuanto á los versos de *cabo roto*, de que él fué el inventor, á pesar del empeño de Cervantes por popularizarlos, puede decirse que no han hecho ni harán fortuna. Nacieron con desgracia.





## ALGO DE CRÓNICA JUDICIAL ESPAÑOLA

A MANUEL N. ARIZAGA.

Con el título *Documentos* hay en la Biblioteca Nacional varios gruesos volúmenes, en folio, conteniendo más de cien alegatos jurídicos en causas criminales. Todos los alegatos se hallan impresos en folletos, y pertenecen al siglo XVII. Las alegaciones sobre robos y asesinatos poco de singular ofrecen; pero las que se relacionan con el sexto mandamiento del Decálogo son divertidísimas. Más que en castellano estos últimos alegatos están en latín, única lengua en que las obscenidades parecen menos crudas. Como yo no quiero escandalizar á nadie, haré caso omiso de cuanto se relacione con el pecado de la manzana, y sólo me ocuparé de extraer dos exposiciones que me han parecido muy originales, y aún graciosas.

### I

#### *Causa contra Antonio Rodriguez por un carbúnculo.*

Esta causa es de lo más original que se ha visto en los tribunales del mundo. Se trata de un hombre acusado criminalmente, preso, secuestrados sus bienes, consumidos más de mil ducados de ellos, y atormentado cuatro veces en el potro, siendo el cuerpo del delito una fábula de la Mitología.

Un Pedro Lamier se querelló contra Antonio Rodriguez, acusándolo de haberle quitado mañosamente, sin querer devolvérsela, una piedra que él valoraba en un millón, pie-

dra única sobre la tierra, pues de noche alumbraba más que una vela. Los testigos que presentó difieren en cuanto al color y sus cualidades. Unos dicen que era jaspeada, otros azul y otros color de brasa. Uno declara que echaba rayos como el sol; otro que no hacía más que unos visos; otro que era mitad resplandeciente y mitad oscura; otro que tenía unas centellas separadas; y el más juicioso dijo que, en su concepto, la piedra de la cuestión no pasaba de ser un bonito rubí.

Rodríguez confiesa que, realmente, Lamier le había vendido una piedra, y que él la estimó en tan poco que se la rega'ó á una moza.

El abogado de Rodríguez, en su alegato, niega, por supuesto, la existencia de esa piedra fantástica bautizada por los poetas con el nombre de *carbúnculo*, y conviene en que se trata sólo de un rubí, piedra muy conocida y cuyo precio su defendido está llano á pagar, á juicio de peritos lapidarios.

Parece que los jueces se inclinaban á creer en la existencia del carbúnculo ó piedra luminosa. Deducimoslo así de ciertas reticencias que hay en el alegato.

## II

### *Causa contra don Alonso de Torres sobre si dijo cornudo ó dijo cabrón.*

De todos los tiempos ha sido el que los apasionados de las cómicas se afanen por penetrar en el vestuario, durante los entreactos. El alcalde don Pedro de Olaverría se propuso desterrar esta costumbre, y al efecto se constituyó entre bastidores, acompañado de los alguaciles Matías de Barro y Diego Hurtado.

Don Alonso de Torres, que era un alfeñique, currutaco ó mancebito de la hoja, y que bebía los vientos no sé si por una actriz ó una *suripanta*, se propuso entrar. Detúvolo uno de los alguaciles, diciéndole cortesmente:

—Téngase vuesa merced, señor caballero.

—Voto á Cristo que he de entrar, que soy don Alonso de Torres, contestó el mancebo empujando al corchete.

—Téngase el señor don Alonso y acate el mandamiento

del señor alcalde, que no mío, y no se empeñe en pasar—insistió el alguacil.

—Pues por encima del alcalde tengo de entrar.

Al alboroto acudió el alcalde, armado de vara, y encarándose con el galán le dijo:

—Téngase el caballero que por aquí no ha de pasar, que para estorbarlo estoy yo aquí.

—¿Conóceme vuesamerced?

—¿Conóceme á mi el insolente?

—¿Y para qué le tengo de conocer, cuerpo de Cristo?

—¿Cómo me habla de esa manera? Favor á la justicia y prendan á este picaro!—gritó exasperado el alcalde.

—Picaro será el muy cabrón, contestó don Alonso, desenvainando la espada y arremetiéndole al alcalde. Este, ante lo brusco de la embestida, retrocedió y cayó al suelo, y en la caída se le rompió la vara.

Por supuesto que los circunstantes se echaron sobre Torres, y lo aprehendieron.

Lo gracioso de la causa es que siete testigos declararon que don Alonso dijo—Picaro será el muy cornudo; y otros siete afirmaron que lo dicho por el reo fué—Picaro será el muy cabrón.

La verdad es que de palabra á palabra no va más filo de la uña, sino el de que el uno lo es sin saberlo, y el otro lo es por su gusto.

También hay de curioso en el alegato que el abogado tacha el testimonio de un testigo « por ser hermafrodita, y no « guardar sexo, como está probado, andando unas veces « vestido de hombre y otras de mujer, y á esto se junta el « haber parido, como lo deponen algunos testigos. » Esto es típico. Las anchas tragaderas del letrado eran muy propias de todos los que comían pan en ese siglo de brujas y sortilegios.

¿Cuál fué el fallo recaído sobre estas dos causas? Eso no hemos podido averiguar, ni hace falta.





## EL CIEGO DE LA MERCED.

---

Trueba el inimitable autor del *Libro de los Cantares*, ha dicho que el pueblo es un gran poeta porque posee en alto grado el sentimiento. En efecto, la poesía-virgen, por decirlo así, no es la que se atavía con las galas del arte y de la erudición. Los cantos del trovador provenzal, las baladas del lemosín, los cielitos del payador argentino, son la poesía de la naturaleza. Allí no hay alambicamiento en la forma ni en la idea: esas rimas son arranques espontáneos del espíritu; nada deben al arte. Por eso hemos mirado siempre con profunda admiración á los improvisadores de versos, atendiendo poco á la corrección del consonante y mucho á lo sentencioso del concepto. Y la multitud comprende así al poeta, negando el título de tal á aquellos que el mundo literario aplaude, si estos no saben componer sus versos de otra manera que en el silencio de la noche, encerrados en un gabinete, y provistos de pluma y papel. Para el pueblo, pues, el solo poeta digno de su aplauso es el improvisador. Los otros serán filósofos y todo lo que se quiera concederles; pero, para él, no pasan de artistas que fabrican y liman versos como el zapatero hace zapatos. Quevedo debió gran parte de su popularidad á sus frecuentes improvisaciones; y lo mismo ha sucedido, en el Perú, con el *Ciego de la Merced*, apodo con que, desde la infancia, hemos oído hablar de un vate limeño, cuyo verdadero nombre es solo conocido por los aficionados al estudio serio de nuestra literatura.

La única noticia biográfica que hemos podido obtener, acerca del afamado repentista, se encuentra en el número 43

de la *Gaceta de Lima* correspondiente al 27 de Enero de 1771. Según ella, fray Francisco del Castillo, natural de Lima y religioso lego de la orden de Nuestra Señora de las Mercedes, falleció en Diciembre de 1770, á la edad de 56 años, «causando general sentimiento en su muerte el que, en vida, dió pábulo á la comun admiración.»

Aunque ciego de nacimiento, su instrucción en las ciencias era notoria, y tocaba con suma habilidad varios instrumentos.

Hablando de sus dotes poéticas dice su biógrafo:—« No improvisaba tan solo sobre cuantos asuntos le proponían, sino que componía con igual facundia y despejo hasta piezas cómicas. Y por fin, si las conversaciones que sostenía versificando se hubieran escrito, habría para llenar inmensos volúmenes. » (1)

Bien podrá ser que haya algo de exajerado en estas líneas; pero es innegable la agudeza y facilidad que respiran los versos del padre Castillo. Transmitir algunas de sus improvisaciones á la posteridad es la tarea que nos hemos propuesto en este artículo, fruto de largas investigaciones.

En diversas ocasiones se le pidieron al Ciego décimas con pies forzados, y hé aquí algunas de las que hemos obtenido:

(1) En uno de los tomos de manuscritos de la librería Zegarra, comprada en 1898 por el gobierno del Perú para aumento de la Biblioteca Nacional, hay cuatro hojas encontradas entre los papeles de don Perfecto Salas, asesor del virrey Guirior, de las que estractamos las siguientes noticias sobre el Ciego de la Merced.

« Por los años de 1720, siendo corregidor de Piura don Luis del Castillo, dió á luz su mujer doña Joaquina Tamayo y Sosa, el día 2 de Abril, un niño al que, en homenaje al Santo que ese día celebra la Iglesia, se le puso por nombre Francisco de Paula, niño que á pesar del cuidado con que le criaban sus padres, perdió la vista á los tres meses, y ya de edad de cuatro años lo trajeron á la capital. A los catorce años quedó huérfano, y sin más bienes que una imprenta administrada por un pariente suyo. Una vieja le tendió redes al joven para casarlo con su hija, y sobrecojido del susto pidió el ciego consejo á uno de sus deudos, el que, para libertarlo de conflictos, lo indujo á que se asilase en la Merced, donde á poco pidió el hábito, y más tarde profesó solemnemente. »

El manuscrito se estiende en elogiar las dotes musicales del poeta y sus dotes para el canto.

Según el articulista de *La Gaceta*, el padre Castillo nació en Lima y murió á los 56 años de edad. En esto discrepa el manuscrito. Lo único comprobado es que murió en Diciembre de 1770.

Hizo un famoso ebanista  
un Santo-Cristo de pino;  
hizo un demonio muy fino  
y ambos los puso á la vista.  
Pasó un célebre organista,  
que goza gran patrimonio,  
y dijo:—señor Antonio,  
¿qué precio tienen los dos?—  
Y él contestó:—Para vos  
*lo mismo es Dios que el demonio.*

Dos señoritas había  
paseándose en un jardín:  
la una como un serafín,  
la otra un dragón parecía.  
Y viendo la pena mía  
tal diferencia en las dos,  
las dije—Niñas, á vos  
quien tales rostros ha dado?  
La fea dijo:—el pecado.  
*La más hermosa:—que Dios.*

La mujer en el querer  
es un salero con sal,  
que es salero universal  
el amor de la mujer.  
Mas si dá en aborrecer  
aquello que más amó,  
no tiene sal digo yo;  
porque es la mujer, se infiere,  
salero con sal, si quiere,  
*salero sin sal, si no.*

Preñada estaba una niña  
y en riesgo de malparir,  
y vinolo á conseguir  
por antojo de una piña.  
En la casa hubo gran riña:  
la jóven dijo:—me empré . . . .  
la madre la dijo:—¿qué . . . ?  
Y tal fué el grito que dió  
que la niña malparió  
*y no pudo decir ñé.*

Quien se quisiere exaltar  
se ha de procurar rendir,  
que la razón del subir  
consiste en la del bajar.  
Ignacio supo lograr  
la gloria de este modelo;  
humilde fué como el suelo  
hasta que llegó su muerte,  
y por vivir de esta suerte,  
*hacia abajo, subió al cielo.*

Muchacho, cierra esa *caja*  
y, mientras voy á la *torre*,  
cuida que no se te *borre*  
el dibujo de la *faja*.  
Todos los colores *maja*,  
barre el cuarto, enciende *luces*;  
si el señor de los *capuces*  
viniese, dale el *sombrero* . . . .  
Ahí tienes pluma y *tintero*:  
entretente haciendo *cruces*.

Pasa por una sentencia  
del rico la necedad,  
la mentira por verdad  
y por juicio la demencia.  
También se vé, con frecuencia,  
que la discreción de un pobre  
es escoria, es barro, es cobre;  
por lo que, en tan duro azar,  
*calle quien no puede hablar*  
*aunque la razón le sobre.*

Elejido rector de la Universidad un doctor Morales, conocido con el apodo de *Culebra*, le dedicó el padre Castillo esta chistosa décima:

Morales, á la verdad  
estoy viendo, de hito en hito,  
que hoy has puesto un sambenito  
en esta Universidad.  
Dios nos mire con piedad;



porque si tu calavera  
por más tiempo persevera  
en el cargo de rector,  
se graduará de doctor  
toda mula calesera.

A un comerciante apellidado Castañeda, que edificó una espléndida casa, en la calle de las Mantas, y puso por adorno, en la fachada, una cabeza de león:

Este león de Castañeda  
con tamaña boca abierta  
dice:—caudales, alerta,  
porque me trago al que pueda.

---

#### A Jesús Nazareno.

Estos frailes, buen Jesús,  
te vistieron su librea,  
sin duda porque se crea  
que mereciste la cruz.

---

#### En elogio del padre Mesía.

Cuando la Virgen María  
al niño Dios arrullaba,  
la comunidad cantaba  
y el padre Alonso . . . mecía.

---

#### A uno que se apellidaba Paniagua.

Un fortunón desmedido  
en su nombre lleva usted;  
pues para el hambre y la sed  
le basta con su apellido.

**Pié forzado.**

Si no es hostia consagrada  
la que está en el relicario,  
digo, mi padre vicario,  
que *el Sacramento no es nada.*

Habiéndolo invitado un amigo para que contribuyera con algún dinero á la fábrica del Paseo de Aguas, principiada por el virrey Amat, contestó:

Vuestra Curia diligente,  
ilustres señores, fragua  
un claro paseo de agua  
que hará el ingenio corriente.  
Para obra tan eminente  
convite llegué á tener;  
pero no llego á ofrecer  
por ser cosa irregular  
que haya un ciego de pagar  
lo que no es capaz de ver.

A esta décima contestó un franciscano con la siguiente:

Pudiste haber ofrecido  
aunque vista te faltara,  
pues del agua es cosa clara  
que también divierte el ruido.  
Gozando tú del oído,  
tu disculpa solo fué  
por no dar nada, pues que  
pudo tu paternidad  
haber dado la mitad  
que ofreció aquel que oye y vé.

En elogio de un vendedor de canela apellidado Besares, dijo el Ciego de la Merced:

Permita el cielo estrellado  
que, en tus dares y tomares,  
á rica canela sepa  
la boca que tú . . . besares.

Pasemos á una improvisación religiosa:

De un sacerdote prolijo  
la misa vengo de oír,  
que bien se pudo imprimir  
en el tiempo que la dijo;  
mas no por esto me aflijo  
ni digo estuve impaciente  
en acto tan reverente,  
pues, en el tiempo que echó,  
no solo á Dios consumió  
sino también á la gente.

A un pobre diablo que solicitaba la plaza de abanderado en un regimiento:

Pretendes una bandera  
y es cosa que me da risa,  
pues quien no tiene camisa  
no há menester la . . vandera.

Corren de fray Francisco del Castillo multitud de improvisaciones un tanto libres. De ellas elejimos las menos picarescas.

Con motivo de estar embarazada una sirvienta, sus patronas resuelven despedirla. Hé aquí la carta de retiro:

Mostrarme severo y vario  
con la criada conviene,  
porque he notado que tiene  
muchas faltas de ordinario.  
Yo la hé pagado el salario  
sin ponerle en ello tasa;  
y si mi cólera pasa  
á extremo de despedirla,  
sin querer verla ni oirla,  
es porque no *para* en casa.

Habiéndole pedido una mujer medio real, el Ciego se lo remitió con la siguiente:

Un medio por la mañana  
fué causa de tu cuidado,  
y, aunque medio escarmentado,  
va el medio de buena gana.  
Y si tu remedio, Juana,  
es para pedirme medio,  
ahí va el medio sin remedio;  
porque, si he de remediarte,  
el medio tengo de darte  
por darte de medio á medio.

Revelando una mujer los deslices que con ella tuvo el le-  
go, éste creyó oportuno reprenderla. Véase la manera co-  
mo lo hizo:

Dicha si no fuera dicha,  
dicha si fuera callada . . .  
¿no te bastó ser lograda  
sino ser lograda y dicha?  
Oh qué notable desdicha!  
Viene de los pocos sabios  
que retornan con agravios  
el beneficio, y es mengua  
que tenga tan mala lengua  
quien tiene tan buenos labios.

Visitando un día los claustros del convento un Oidor de  
la Real Audiencia, que era tuerto, se detuvo ante un cua-  
dro que representaba á Santa Lucía con un plato en la ma-  
no, sobre el cual se hallaban los ojos que el verdugo había  
sacado á la Santa. El Oidor exigió á nuestro poeta ciego  
que improvisase algo y, hé aquí como salió fray Francisco  
del compromiso:

Gloriosa santa Lucía;  
pues gozas de preeminencia,  
dáme un ojo para mí  
y otro para su excelencia.

Habiendo doña Lucía de la Presa, esposa de don Gas-  
par de la Puente, derribado con un tiro de escopeta á un  
pájaro que estaba en un árbol, improvisó el padre Castillo  
la siguiente:

Esta Diana encantadora,  
cuyo tiro se ha logrado,  
consiguió haberse casado  
sólo por ser cazadora;  
y aún siendo la triunfadora,  
en su notable destreza  
Gaspar es quien se interesa;  
pues cuando con bizarría  
el tiro fué de Lucía,  
fué de don Gaspar la presa.

Dándosele por pie forzado *San Gerónimo es mujer—si fina  
¿cómo no amais?—nunca hizo Dios cosa buena—reniego de  
Dios eterno—la Virgen fué grande.....—Dios y el diablo en  
un costal...*improvisó las coplas que pasamos á copiar, en  
todas las que se revela la travesura é ingenio del poeta:

Pechos en camisas hechos  
mujeres saben romper;  
y en esto de romper pechos  
san Gerónimo es mujer.

---

Si Serafina os llamáis  
vuestro nombre no entendéis.  
Si cera ¿cómo no ardeis?  
Si fina ¿cómo no amais?

---

De la una para las dos  
venis á tentar mi vena...  
Si todas son como vos,  
nuncà hizo Dios cosa buena.

---

Yo conquisté una judía  
debajo de un árbol tierno,  
donde siempre repetía  
reniego de Dios eterno.

---

A un soldado preguntó  
 una mujer disoluta:  
 ¿cuál fué la que no pecó?  
 Y el soldado contestó:  
 la Virgen fué, grande . . .

Siendo Dios el Sumo Bien  
 y el demonio el sumo mal  
 ¿cómo podrán estar bien  
 Dios y el diablo en un costal?

En momentos en que el reloj de San Pedro, convento de los jesuitas, daba los tres cuartos para las tres, dijo el ciego, respondiendo á un curioso que le preguntaba la hora:

Tres cuartos para las tres  
 ha dado el reloj vecino,  
 y lo que me admira es  
 que, siendo reloj teatino,  
 dé cuartos sin interés.

A los que ignoran quien es el autor de muchas coplas licenciosas que corren en boca del pueblo, nos bastará indicarles que son del padre Castillo las siguientes:

Cierta niña de un lugar  
 latín se puso á aprender . . . etc.

. . . . .

Aquel cuento ¡voto á tal!  
 de dos modos lo he entendido . . . etc.

. . . . .

El chivato de Cimbal . . . etc.

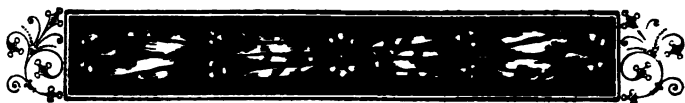
. . . . .

Si lo dije ya lo dije;  
 si lo dije, dije mal; etc.

. . . . .

Sensible es que la juguetona musa de nuestro compatriota, haya imitado muchas veces la inmunda y obscena inspiración de Batachi, sin que el hábito religioso que vestía fuese bastante á apartarlo de tan mal camino. Pero qué mucho si también Quevedo se extravió, malgastando su envidiable númen en jácaras y romances que, á pesar de los siglos que sobre ellos han pasado, conservan fresco un repugnante olor á lupanar? Si entre las improvisaciones que hemos reproducido íntegras hay algunas en que resalta ese vicio, séanle perdonadas al poeta, en gracia de la chispa con que están ejecutadas. Más que un estudio sobre el padre Castillo hemos hecho una compilación de versos que, acaso sin nuestro oportuno auxilio, no habrían encontrado mano salvadora que los librase del olvido, pena reservada á copleros de tres en libra; pero de la que no era merecedor el ingenioso Ciego de la Merced.





## EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA LAURA DE SANTA CRUZ.

---

Ha querido usted, señora mía, un autógrafo de este viejo emborronador de papel, y mal puede negarse á complacerla quien, como yo, blasona de cortés, amén de confesarse honrado con la amable petición. Pide usted, con la cultura de formas que á cumplida dama cabe, y ya estoy hecho un azucarillo por rendir homenaje á su deseo.

¿Pero ha de ser, precisamente, una tradición lo que usted exige que escriba en las páginas de su aristocrático álbum? Eso ya tiene bemoles, y aunque estoy decidido á obedecerla, no lo haré sin referirla antes un chascarrillo de mis mocedades.

Dios me hizo feo (y no lo digo por alabarme), y fué el caso que zumbando yo más que un tábano al oído de una joven, á la que cantaba el credo cimarrón que cantan los enamorados, encontró la mamá, que nunca me tuvo por ángel de su coro, la manera de ahuyentarme, y fué ella pedirme que la obsequiase mi tarjeta fotográfica—Oh! señora, la dije ¿para qué quiere usted el retrato de un mozo feo y desgarrado como yo?—Por eso mismo, por lo feo, me contestó. Me hace falta para asustar á mis nietecitos que son unos diablos de traviesos.—Ya adivinará usted que me entraron súbitos escalofríos, al considerar que esa señora no era todavía para mí más que proyecto de suegra . . . ¡y ya *suegreaba*!!! Qué porvenir tan rico y delicioso me sonreía si, por malos de mis pecados, que son pocos pero gordos, el proyecto hubiera pasado á la categoría de ley!



Como no la creo á usted capaz de abrigar burlesco propósito con su exigencia, y como dicen que la gracia del barbero está en sacar patilla de donde no hay pelo, vamos á ver si consigo dar saborcito tradicional y que al paladar de usted sea gustoso, á un cuento que oí contar á mi abuela que esté en gloria, que si estará, por que fué más buena que el pan cuando es de buen trigo y buena masa.

---

## GETHSEMANÍ

---

José Maní era un indio de Huacho, propietario, en la jurisdicción de Lauriama, de tres hectáreas de terreno conocidas con el nombre de *Huerto de José Maní*.

Al dicho propietario le estorbaba lo negro de la tinta, es decir que, en materia de saber leer, no conocía ni la O por redonda ni la I por larga; pero ello no obstó para que, vendiendo naranjas, chirimoyas y aguacates, adquiriese un decente caudalito y, con él, prestigio bastante para elevarse á la altura de regidor en el Cabildo de su pueblo.

En la cuaresma de 1795, los vecinos contrataron á un dominico del convento de Lima para que se encargase de predicar en Huacho el sermón de las *Tres horas*, al que dió origen en Lima el jesuita limeño Alonso Mesía y que, poco á poco, y por mandato pontificio, se ha generalizado en el orbe católico.

El Viernes Santo no cabía ya ni un alfiler de punta en la iglesia parroquial, tanto era el concurso, no sólo de los fieles residentes en el pueblo sino de los venidos de cinco leguas á la redonda. Por supuesto que José Maní, en traje de gala, esto es, con capa española que lo hacía sudar á chorros por lo recio de la estación veraniega, se repantigaba en uno de los cómodos sillones destinados á los cabil-dantes.

El predicador, que era un pozo de sabiduría, después de un exordio en que afirmó, bajo la honrada palabra de no recuerdo qué autores, que las suras del Korán son seis mil seiscientos sesenta y seis, y que las palabras de Cristo *Eli, Eli, lamma sabacthani* pertenecen á la lengua maya, y no al

idioma hebreo, ni al asirio, ni al sanscrito, ni al caldeo, entró de lleno en el tuétano de la Pasión.

Cada vez que el orador hablaba del huerto de Gethsemaní, las miradas del concurso se volvían hácia el cabildante José Maní, que se ponía muy orondo al informarse del importante papel que su huerto desempeñaba en la vida de Cristo. ¡Qué honra para Huacho y para los huachanos!

Eso de que el predicador llamase al huerto *Gethsemaní*, y no *Josemaní*, lo atribuyeron los huachanos á *lapsus lingua* muy disculpable en un fraile forastero. En toda pila falta alguna vez el agua, y hasta los académicos somos propensos á pronunciar disparatadamente, no diré si por distracción ó por ignorancia. Siquiera cuando, en letra de molde, aparece *hilación* (con h) en vez de *ilación*, ó *balija* del correo, en lugar de *valija*, tenemos el socorrido recurso de echarle la culpa al cajista, especie de cordero pascual que carga con muchos pecados de los literatos.

Pero cuando el dominico dijo que fué en el huerto de Gethsemaní donde los sayones judíos se apoderaron de la persona del Maestro, los ojos todos se volvieron irritados á mirar al ensimismado huachano, como reconviniéndolo por su cobardía y vileza en haber consentido que, en su casa, en terreno de su propiedad, se cometiese tamaña felonía con un huésped. Y qué huésped, Dios de Isrrael!

Hasta el alcalde del Cabildo no pudo dominar su indignación, y volviéndose hacia José Maní le dijo en voz baja: —Defiéndase, compañero, si no quiere que, cuando salgamos, lo mate el pueblo á pedradas.

Entónces José Maní, poniéndose de pié, interrumpió al predicador, diciendo:

—Oiga usted, padre. No me meta á mí en esa danza, que yo no he conocido á Jesucristo ni nunca le vendí fruta, y pido que haga usted constar que, si se metió en mi huerto, lo hizo porque le dió la gana y sin licencia mía, y que yo no tuve arte ni parte en que lo llevaran á la cárcel, y

¡Aleluya! ¡Aleluya!  
Cada cual está á la suya.





## DE GALLO A GALLO

### HISTORIA DE DOS IMPROVISACIONES.

---

Entre el doctor don José Joaquín de Larriya y el presbítero Echegaray existía, por los años de 1828, constante cambio de bromas en verso. Ambos eran limeños, poetas festivos y, aunque sacerdotes, de costumbres nada edificantes.

Con ménos culto público que hubiera tributado á Vénus y con un poco más de consecuencia política, Larriya habría alcanzado, por su talento y erudición, á ocupar los más altos puestos del Estado. Con la misma pluma con que escribiera, en 1807, el elogio universitario de Abascal; en 1812, el discurso contra los insurjentes del Alto-Perú; en 1816, el elogio del virrey Pezuela; y en 1819, la oración fúnebre por los prisioneros realistas en la Puna de San Luis, producciones todas de subido mérito literario; con esa misma pluma, repetimos, escribió, en 1824, el sermón por los patriotas que murieron en la batalla de Junín; el elogio académico de Bolívar, en 1826; el bellissimo artículo crítico titulado—*el Fusilico*—en que puso al Libertador como ropa de pascua, y la tan popular letrilla

Sucre, en el año veintiocho,  
irse á su tierra promete . . .  
¡cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

Hasta 1820, juzgándolo por sus escritos, fué Larriya más monarquista y godo que el rey Wamba; y desde 1824 á

1826 más republicano y bolivarista que Bolívar. Después fué, en política, todo lo que Dios quiso permitirle que fuera. Siempre oportunista ó partidario del sol que alumbra.

Un día hace frío  
y otro hace calor . . .  
¡qué tiempo, Dios mío,  
tan jeringador!

Muy ventajosa idea del risueño poeta tendrá que formarse todo el que lea la parte que llegó á publicar de su poema *La Angulada*, y sus preciosas fábulas *la Araña y el Mono y los Gatos*. Musa verdaderamente traviesa inspiraba al poeta que escribía, como el mismo nos lo dice,

en el silencio de la noche, cuando,  
tosiendo y rebuznando,  
los hombres y borricos  
tienen en movimiento los hocicos.

Como periodista no está Larriva á la altura de su mérito como orador. En 1821 publicó varios números del *Nuevo Depositario*; y, en 1825, la *Nueva Depositaria*, papeluchos que, aunque chistosos, no tuvieron significación política ni social. Ambos fueron hacinamiento de injurias personales contra don Gaspar Rico y Angulo, periodista español de revesado estilo. No faltó quien echase en cara á nuestro paisano el que malgastara su tiempo ocupándose tan *tesonadamente* de un pobre diablo. Pero Larriva contestó:—«Cada vez que se me dirige este reproche, me quiero desbautizar. ¡Hay empeño de la laya! Yo no escribo para todos, y si se me apura no escribo para nadie sino para mí solo; por que me agrada ver mis escritos en letras de molde. A na- die le pongo puñal sobre el pecho para que compre y lea el *Depositario* ¿Qué cuenta tiene nadie con que yo *gaste mi tiempo* en lo que me diere la gana? ¿Yo gasto el tiempo de otro? ¿No es mío el que gasto? Si yo, para escribir, pidiese prestada una noche á zutano, un día á perensejo, y á mengano una semana, entonces sí que tendrían fundamento para hablar; pero, gracias á Dios que puedo

« dar una vuelta en redondo, sin que nadie me señale con el  
« dedo y diga que le debo ni un minuto. » (\*)

Graciosa es la defensa; mas no por ella merecerá Larriva  
puesto culminante en el periodismo del Perú.

---

El presbítero Echegaray era, como hemos dicho, un clérigo libertino; pero justo es también consignar que, si en la mocedad dió no flojo escándalo, fué en la vejez austero sacerdote.

De sus producciones literarias sólo nos son conocidas algunas fáciles y graciosas letrillas, impresas en los listines de toros; y entre las composiciones místicas, que escribió en los últimos años de su vida, es muy notable un soneto que existe en una pared del convento de los padres Descalzos.

Tertulios del café de Bodegones eran Larriva y Echegaray. El primero padecía de reumatismo en una pierna, dolencia que le había conquistado el apodo de *cojo*; y el segundo era de una gordura fenomenal, por lo que el pueblo lo bautizó con el nombre de *tinaja*.

En el frecuente tiroteo de chanzas entre los dos poetas, decía *el cojo Larriva* que Echegaray era

Juicio final con patas;  
nido de garrapatas;  
envoltorio estupendo;  
tambora de retreta y sin remiendo;  
demonio vil injerto en papagayo  
que viste largo sayo;  
judío de Levante  
que lleva el pujavante  
para cortar los callos á Lonjino,  
su padre y su padrino.

El adversario no tenía necesidad de ir á Roma por la respuesta y, entre otras bromas, ensartaba estos pareados:

---

(\*) En 1872, es decir, años después de publicado este artículo, coleccionó Odriozola, en el tomo II de sus *Documentos literarios*, las principales producciones de Larriva.

Cállese usted, cojete;  
cojo y recojo, cojo con bonete;  
cojo con muletilla;  
cojo y cojin con sudadero y silla;  
cojo requiem-eterna  
que se desencuaderna;  
palitroque cojito;  
muleta de costilla de mosquito;  
misero monigote,  
cojo desde los piés hasta el cogote.

Pero ya es tiempo de entrar en la historia de las dos improvisaciones, historia á la que ha servido de *inrtoibo* todo el largo párrafo hasta aquí escrito.

\* \* \*

Una noche charlábase sobre política, manjar de gente ociosa, entre los tertulios del café de Bodegones. Larriva había volteado la casaca y dejado de ser bolivarista. No se acordaba ya de que dos años antes, en 1826, había dicho en el discurso universitario, que ni con los ojos de la imaginación quería ver á Bolívar lejos del Perú, que la Fama necesitaba de clarín nuevo para ensalzar á un heroe tan grande como Alejandro, César y demás capitanes de la antigüedad, y pongo punto á las demás exageraciones lisonjeras. Ahora decia Larriva:

El tal San Simón  
nunca ha sido santo  
de mi devoción.

Desmemoriado poeta! A esa época de su vida pertenecen también estos popularísimos versos, que los peruanos repetimos siempre:

Cuando de España las trabas  
en Ayacucho rompimos,  
otra cosa más no hicimos  
que cambiar mocos por babas.  
Mudamos de condición;  
pero fué solo pasando  
del poder de Don Fernando  
al poder de Don Simón.

No había por aquél tiempo hombre ilustrado que, en la conversación familiar, y como entre col y col lechuga, no soltase un latinajo. No sabemos á propósito de qué objeción que, sobre sucesos ó partidos políticos, hizo Echegaray, contestó Larriva:—Puede que así sea. El *potest* ni los teólogos lo rechazan. *Nihil difficile est.*—y levantándose de la silla se dispuso á salir del café.

Echegaray lo detuvo, largándole á quemarropa este trabucazo:

*Si nihil difficile est,*  
según tu lengua relata,  
enderézate esa pata  
que la llevas al revés.

Una salva de palmadas acogió la feliz redondilla. Larriva tomó vuelo, se terció el manteo, y poniendo la mano sobre el hombro de su rival en Apolo, contestó al pelo:

Cuando Dios hizo esta alhaja,  
tan ancha de vientre y lomo,  
no dijo:—*faciamus homo*—  
sino:—*faciamus tinaja*.

No menos ruidosos aplausos obtuvo la improvisación de Larriva que los tributados á la de Echegaray.

¿En cual de las dos improvisaciones hay mayor mérito? Decídalo el lector. De mí sé decir que no doy preferencia á la una sobre la otra. La lucha fué de bueno á bueno, de potencia á potencia, de gallo á gallo.





## DOS CUENTOS POPULARES.

---

Los que van á leerse no son fruto íntegro de mi cálamo. Me los envió un amigo, y solo he tenido que alterar la forma.

### I

Guardián de los franciscanos de Lima, por los años de 1816, era un fraile notable, más que por su ciencia y virtud, por lo estremado de su avaricia. Llegaba ésta á punto de mermar á los conventuales hasta el pan del refectorio.

El famoso padre Chuecas, que á la sazón era corista, fastidióse del mal trato; y en uno de los días del novenario de San Antonio, hallándose el guardián en un confesonario atendiendo al desbalijo de culpas de una vieja, subió nuestro corista al púlpito para rezar en voz alta la novena del santo lisbonense. Chuecas se propuso afrontar, en público, la tacañería del reverendo padre guardián, seguro, segurísimo de que las beatas contestarian como loros con el estribillo de costumbre.

Empezó así el corista:

Los frailes en las tarimas  
y el guardián en los colchones . . .  
á lo que las devotas contestaron en coro:  
Humilde y divino Antonio,  
ruega por los pecadores.



Y prosiguió el travieso fraile:

El guardián come gallina,  
los frailes comen frejoles . . .

y las rezadoras, sin darse cuenta de la pulla, volvieron á canturrear

Humilde y divino Antonio,  
ruega por los pecadores.

Y tornó fray Mateo Chuecas:

Todos los frailes en cueros  
y el guardián buenos calzones . . .

y, dále que le darás, las hembras repitieron el consabido estribillo.

Y por este tono siguió el tunante corista cantándole á su superior las verdades del barquero.

Amostazóse, á la postre, el guardián, y sacando la cabeza del confesonario, dijo:

Baje del púlpito el pillo  
antes que yo lo acogote . . .

y las beatas contestaron:

Humilde y divino Antonio,  
ruega por los pecadores.

El corista obedeció y su guardián lo plantó en la cárcel del convento, á pan y agua por ocho días; pero la cosa llegó á oídos del arzobispo Las-Heras, quien llamó al superior franciscano, le echó una repasata de padre y muy señor mío, y lo obligó á cambiar de conducta para con los conventuales que, gracias á la aguda iniciativa del corista Chuecas, se vieron desde ese día bien vestidos y mejor alimentados.

## II

En el pueblo de . . . (bautíclo el lector con el nombre que le cuadre) . . . se veneraba como patrona á la Santísima Virgen. Andando los tiempos, la polilla que no respeta ni el manto real ni las efigies de los santos, les comió las orejas y el cuerpo, de modo que las puso inservibles para el culto. Visto lo cual el señor cura, el alcalde, los sacristanes, los mayordomos, los notables y feligreses pertenecientes á ambas cofradías, se reunieron en junta solemne, y después de

más larga discusión que la paciencia de un pobre, se acordó y resolvió hacer santos nuevos; y al efecto se nombró una comisión de cinco gamonales del pueblo para contratar la obra.

*Ipsa facto* la comisión se dirigió á Lima y, después de averiguar por el tallador ó escultor de imágenes que de mayor fama disfrutara en la ciudad, ajustó contrato con don Pascual, y regresó con él al pueblo, donde se le recibió con música, *camaretazos*, repique y mesa de once. Brindó el alcalde, brindó el cura, brindaron los mayordomos, y cuando le llegó turno á don Pascual, este dijo: que tenía á mucha honra el haber sido contratado para ejecutar obra de tanta importancia, y que el mal de polilla, de que adolecían con frecuencia los santos, provenía de la pésima calidad de la madera ó de torpeza del artista en la preparación del barniz; por ende, lo primero que había que hacer era escojer buenos troncos, y que para ello iría él mismo, acompañado de las autoridades y vecinos de fuste, á recorrer el campo hasta dar con los troncos de que había menester. Aplauso atornador del auditorio.

Al otro día, muy de madrugada, salió don Pascual con la comitiva, y después de recorrer gran trecho de monte sin dar con árbol que petase, llegaron á un sitio llamado el Romeral, en el cual se detuvo el artista, fijándose en un tronco hermoso que estaba frente á la choza de un pobre viejo, conocido por el apodo de *ño Pachurro*, tronco que le servía para amarrar su asno.

—Muchachos,—exclamó gozoso don Pascual—mano á las hachas, y á ver si en cuatro minutos cortamos este tronco, que no lo he visto mejor, en los días de mi vida, para hacer de él á la Virgen.

—Alto, alto, caballeros!—brincó el viejo—No aguanto infracción constitucional ¿O soy peruano ó no soy peruano? El tronco es mio, y no lo dejo cortar sin que haya resuelto el supremo gobierno el espediente de utilidad y necesidad para expropiarme de mi propiedad; y aun así, si no se me paga el justo precio del tronco, tendremos pleito hasta que San Juan baje el dedo.

Como el alcalde y los cabildantes eran de la comitiva, y el ladino viejo hablaba en razón, entraron en componendas con él; y por cuatro reales de plata y una botella de *cañazo*, se convino en que, siendo el tronco bastante largo se corta-

ra, de la parte de arriba, lo suficiente para labrar la imagen de la Virgen, dejando la de abajo para que *ño Pachurro* atase su borrico.

Hecho el corte regresaron al pueblo como en procesión triunfal, siendo recibidos con muchas aclamaciones y vivas; y patán hubo que se arrodilló al pasar el tronco, como si fuera ya la misma Santísima Virgen, tributándole lo que la Iglesia llama culto de hiperdulía.

Trascurrieron tres días y, cuando don Pascual estaba ya acabando de descortezar y pulir el tronco, el señor cura volvió á convocar á junta solemne, y en ella expuso: que la fiesta del patrón San Saturnino, que se celebra mucho antes que la de la patrona, se venía encima, y que era más urgente hacer el santo; que, por consiguiente, el tronco que se había escogido para la Virgen se destinara para aquél, y que después se buscaría otro para la patrona. Hubo de parecer á todos sesuda la proposición, se comunicó lo resuelto á don Pascual, y este labró la imagen del santo, que diz que salió una obra de arte . . . .

El día de la fiesta y estreno de la imagen, le cantaron al Santo las siguientes coplas:

Glorioso San Saturnino,  
que nunca os olvideis vos  
de que fuisteis escogido  
para ser madre de Dios.

Naciste en el Romeral,  
en frente de ño Pachurro,  
y el pesebre de su burro  
vuestro hermano natural.

De raíz de árbol nacido,  
sin pecado original,  
hás tomado forma humana  
por obra de don Pascual.

Dios te libre de polilla,  
y á nosotros del afán  
de andar en busca de tronco  
que te venga tás con tás.

De este modo tú en el cielo,  
y nosotros por acá,  
cantando tus alabanzas  
tendremos la fiesta en paz.

Esperemos tus milagros,  
nuevecito como estás,  
y que no salgan diciendo  
que el santo viejo hacía más.

Que viva San Saturnino  
y que viva don Pascual,  
y que todos nos juntemos  
en la patria celestial,  
y el señor cura también,  
por siempre jamás, amén.





## SISTEMA DECIMAL ENTRE LOS ANTIGUOS PERUANOS



El ilustrado señor Daubrée, miembro de la Academia de Ciencias de París, juzgando los dos primeros volúmenes de los *Anales de Construcciones Cíviles y de Minas*, que publica en Lima la Escuela de Ingenieros, pone en duda que los americanos, antes de la conquista, hubieran conocido la numeración decimal, tal como, en un artículo de los citados *Anales*, lo asegura el ingeniero señor Chalon.

Ciertamente que la historia del Perú, así en sus tiempos prehistóricos ó anteriores á la fundación del Imperio Tiahuantisuyo por Manco-Capac, como en aquellos en que la civilización incásica convirtió en pueblos sujetos á vida regular y ordenada, á las que antes eran tribus nómades y salvajes, tiene puntos tan oscuros que casi se confunden con la fábula. La teogonía ó culto religioso de los Incas, no está aún suficientemente estudiada, ni hay datos fijos, sino contradictorios, para formarnos de ella una idea clara. Y lo mismo puede decirse de su legislación y costumbres. Lo único que hay de determinado y ya indiscutible es, que la dinastía incásica tuvo hábitos belicosos y de conquista, y fué ingénita en ella la generosidad para con los vencidos.

Hablando de la literatura, tuvimos en una ocasión la buena suerte de anotar que la poesía dramática, el teatro, fué desconocido para los antiguos peruanos. Sólo el historiador Garcilaso da noticia de representaciones escénicas, noticia que, sin exámen crítico, ha sido aceptada por casi todos las americanistas contemporáneos. Existe una obra de este género, *Ollantay*, escrita en quechua, de la cual nadie había tenido noticia en el Perú antes de 1780, en que se re-

presentó á presencia del rebelde Tupac-Amaru y de su improvisada corte. La crítica ha venido á demostrar, recientemente, que el cura de Sicuani, don Antonio Valdés, gran conocedor de los teatros griego y español, fué el poeta autor del *Ollantay*. Por mucho que halagara nuestro nacionalismo la especie de que tuvimos poesía dramática, el buen sentido nos aconseja renunciar á esa gloria, por más que, aparte de Garcilaso, dos notables americanistas modernos, Clemente Markham y Sebastián Barranca, se empeñen aún en sostenerla, sin que influyan en ellos, no los débiles argumentos por mí presentados de una manera incidental, sino los que, en luminoso y concienzudo trabajo *ad hoc*, ha aducido el historiador argentino don Bartolomé Mitre.

Pero, si somos de los primeros en convenir que hay mucho en los tiempos incásicos que admite controversia, es para nosotros clarísimo y ya bien dilucidado punto, el de que la numeración decimal, base del sistema generalizado hoy en el mundo, fué la usada por los antiguos peruanos.

Fernando Hoefer, en su *Historia de las Matemáticas*, dice: «La contemplación de los cinco dedos de la mano derecha unidos á los cinco dedos de la mano izquierda, es la cuna del primer sistema de numeración y la base de la Aritmética, que es la ciencia de los números. Contar por los dedos de la mano, es el verdadero método de numeración universal y primitivo. Los salvajes de la América cuentan sin fatiga hasta *diez*: juntando dos veces las manos expresan la cifra *veinte*; y sucesivamente las decenas restantes.»

Y esta afirmación de Hoefer, corroborada por el testimonio de viajeros antiguos y modernos, dió campo á un escritor de buen humor para decir, que el sistema decimal era de origen divino; pues no otro usó ni usar pudo Adán en el Paraíso.

Pero estos argumentos, por su mismo carácter de generalidad, no bastan para probar que, entre los peruanos, no fué otro el método de numeración.

Los *quipus*, exclusivos del Perú y de algunos pueblos de Asia, no servían, como algunos sostuvieron, para consignar hechos, sino cantidades. No reemplazaban á la palabra escrita, sino á la numeración. Eran un manojo de hilos de diversos colores, en los que, por medio de nudos, se marcan la unidad, la decena, la centena y el millar. Por lo menos tales mi creencia, que no me propongo imponer á los demás.

Otro argumento en el que, como en el de los *quipus*, están uniformes todos los cronistas de Indias, es el de la organización que los Incas daban á sus ejércitos y aún á sus pueblos, lo que les permitía tener una base firme para la formación de un exacto censo y cobro de contribución. Las decurias y centurias de los romanos existieron en el Perú. Cada cuerpo de ejército ó batallón, entre los peruanos, se componía de diez centurias ó sea mil soldados.

Dice literalmente Garcilaso: «Todos los juegos se llaman en quichua *chunca* (diez), por que todos los números van á parar al deceno. Los peruanos tomaron, pues, el número *diez* por el *juego*, y para decir *juguemos* dicen *chuncasun*, que, en rigor de significación, es: *contemos por dieces*. (Comentarios Reales. Capítulo 14 libro 20.)

Otras razones en apoyo de mi creencia de que la numeración decimal fué la usada por los antiguos peruanos, podría alegar; pero excuso hacerlo, porque carecen de la importancia decisiva que revisten las ya apuntadas. Una de ellas sería, por ejemplo, la de que en los ya casi destruidos caminos reales del Cuzco á Quito, y que hasta hoy se llaman *Camino del Inca*, á cada distancia de diez mil pasos colocaban una piedra ó señal especial.

Poneinos punto, que para expresar los fundamentos en que apoyamos nuestra opinión histórica, sobra con lo escrito.





## EL AVISO.

---

Cada vez que llegaba al Callao el cajón de España, como si dijéramos hoy la valija de la mala real, suceso magno que, por lo menos, se realizaba tres veces en el año, anunciábase tan fausta nueva á los honrados pobladores de esta ciudad de Lima con general repique de campanas. Era de ver entonces la animación del vecindario, y cómo entraban y salían á la *casa de postas* en demanda de cartas y *Avisos*, que tal era el título del único periódico que, hasta fines del siglo XVII, se publicaba semanalmente en Madrid.

Como es sabido, fué solo en el último cuarto del pasado siglo cuando, en Lima, empezamos á tener periódico propio. Hasta entonces vivíamos exclusivamente, en materia de prensa, de la vida de la Metrópoli.

Todo español, con deudos ó amigos en Madrid, era agasajado por éstos con el envío de un paquete de *Avisos*, agasajo que nuestros abuelos agradecían cordialmente, porque era, para ellos, como un soplo de las brisas patrias.

Cada *Aviso* era leído y releído en familia desde el título hasta lo que, en tipografía, se llama el pié de imprenta; y en los ratos de huelga veíase al honrado mercader, tras el mostrador de la tienda, *Aviso* en mano, y dando cabezadas.

El *Aviso*, salvo cuando la importancia de los sucesos exigía número extraordinario, se publicaba los sábados. Formábase un pliego, en folio menor, á cuatro columnas por página.

Empezaba por la *tasa* ó precio del papel, que era de 34 maravedises, y la *licencia* que el escribano de la Real Cámara acordaba para la publicación, por no contener nada di-



sonante á la verdad católica, ni agravio á la Magestad real. Era ésta una especie de censura previa, contra la que habríamos puesto el grito en el sétimo cielo los escritores de ogaño.

Seguía el editorial con el epígrafe *Avisos de la Semana* y que era una apreciación, siempre en sentido ministerial, de la política europea ó de alguna alta cuestión de Estado.

Venía luego un extracto de las sesiones de las Cortes, Consejo de Indias, Consejo de Ordenes, Ayuntamiento de Madrid, Consejo de Gobierno y, por fin, las Reales Cédulas de importancia. Era ésta, como quien dice, la sección oficial y que más nos interesaba á los peruleros; porque á veces, nos traía alguna pragmática que nos partía por el eje, ocasionando dolores de cabeza á virrey y vasallos.

A continuación entraban las cartas de los corresponsales de América y Europa, y tras éstas la gacetilla. Para dar una idea á nuestros lectores de cómo se escribía la crónica, en aquel siglo, reproduciremos varios *suellos*.

—Nos escriben de Málaga que han excomulgado al corregidor, por haber mandado dar garrote á un hombre, que ni pudo terminar siquiera la confesión, tanta fué la prisa de los jueces.

—Se han vuelto á juntar los cronistas para el arreglo de lo del Sacro Idonte de Granada. El Papa quiere que se remitan á Roma las reliquias; pero tanto el cronista mayor Pellicer, como Gil González, se han opuesto, y S. M. ha mandado conforme á lo que opinaron los cronistas.

—Corren papeles impresos escritos por D. José González y D. Alonso de la Carrera, sobre asuntos de Estado. Contienen reflexiones justas y provechosas, que debieran ser atendidas. Los ministros no consideran en lo que deben á los papeles públicos, que son consejeros de conciencia, ya que en tener conciencia y aconsejar bien está su estimación y su ganancia.

—Se han mandado vender todos los oficios de Indias. La nueva causó en la villa asombro; pues después de haberse vendido la jurisdicción de muchos lugares, no se imaginaba que se llegara á tanto.

—El 21 aparecieron unos carteles que decían: que quien supiese de un niño de ochenta años, con espada ceñida y vestido de terciopelo, que se llamaba D. Diego Alvarado Valle de la Cerda, lo dijere, y le darían hallazgo.» Y luego

otro que decia: *calla, bufón, que ya pareció en la Inquisición.*

—El domingo pasado entró monja, en las Descalzas Reales, la señora doña Catalina Vargas, hija del Sr. D. Juan de Vargas, vizconde del Puerto y primer caballero. Llamóse Sor Catalina de la Madre de Dios. Asistieron los Reyes, tarde y mañana, y la Reina comió en el convento y dió de comer á las religiosas.

—Dicen que prendió la Inquisición á don Diego Valle, sobrino de D. Pedro Valle de la Cerda. No se sabe si será cosa de herejía; pero la Inquisición anda muy diligente; pues sólo á nuestros pecados se deben tantos sucesos infelices, y sólo castigando á los perversos puede perdonarnos Su Divina Magestad.

—Há pocos días, el genovés Francisco María Piquenoti quebró, y se tornó loco por haber muerto su cajero. Desde que se supo, su casa se llenó de gentes que, con ansias mortales, preguntaban por la suerte del dinero que tenía Piquenoti ganando interés. Decían unos que el cajero lo había robado; otros que Piquenoti tenía demasiados coches, lindos caballos, libreas, galas y lacayos. Lo cierto fué que quebró en Barcelona, á causa de la guerra, algún mercader que tenía dineros de Piquenoti; esta es la razón de la desgracia. Antes de ayer murió, y ayer lo enterraron. Iban en el entierro ocho religiones; los hermanos de San Juan de Dios, que llevaban el cuerpo; los niños de la Doctrina y Desamparados; todo el Cabildo; veintidos pobres con sus hachas de cuatro palmos; muchas cofradías y sus mayordomos con cetros. El cuerpo iba en una caja cubierta de bayeta.

—En una de las últimas sesiones del Regimiento, D. Francisco de Alva y Guzmán comisario de la limpieza, dijo que se gastan 38,000 maravedises en la misma, á más del sueldo de muchos oficiales, y que siempre está todo sucio. El señor don Francisco contesta á nuestros ataques, *que no puede hacer cumplir lo que está ordenado, por que los demás Regidores y grandes señores prefieren dar á sus paniaguados oficios y dineros de la villa, á que estén cómodos los vecinos.*

—El Regimiento ha acordado dar al secretario del Sr. Presidente de Castilla doscientos ducados de ayuda de costa, y con esto son más de tres los donativos que se han hecho. Se conoce que los rejidores no lo sacan de su bolsa.

Como se vé, los cronistas de ahora son cortados por el

mismo patrón que los de hace dos siglos. Las gacetillas del *Aviso*, en poco ó nada discrepan de las del *Comercio* y demás diarios de nuestra hoy republicana capital.

Seguía á la crónica, y con el título de *Culto*, la vida sucinta de los santos de la semana, y la relación de las distribuciones religiosas en los diversos templos, sin olvidar, se entiende, el nombre de la iglesia donde estaba el jubileo y si el día era de sacar ánima, de vigilia ó de ayuno.

Entraban luego algunos renglones sobre el estado sanitario y meteorológico de Madrid, y á continuación venían datos sobre el mercado:—véanse estos, por ejemplo.

—El trigo se vendió ayer á 24 reales fanega. Ha bajado algo por la gran cantidad que trajeron los galeones de Indias. Me alegro por los pericotes.

—La carne de vaca ha subido mucho. Se vende á 60 maravedises la libra. La carne de cerdo no se puede comprar de puro cara; una testuz cuesta 15 maravedises y las pajarillas 18. Ahítense, glotonos!

—Los panaderos piden se suba dos maravedises á cada panecillo ¡Jesucristo!

—El chocolate á buen precio, por la gran remesa de América. No todo ha de ser desdichas.

—Los buñuelos, que costaban á 18 maravedises la libra, quieren subirlos á 20. Me opongo como hay Dios.

De cotizaciones bursátiles parece que no se ocuparon los *Avisos*. Verdad que todavía no se habían inventado los bonos, cupones, cédulas y demás enguinfingalfas modernas. Ni siquiera el italiano Tonti había descubierto las pólizas tontinas ó para tontos.

Remataba la última página con los *Anuncios*, sección que, en el siglo actual, ha hecho millonarios á los dueños del *Times* de Londres y que, en el resto del mundo, hay periódicos, no pocos, á los que esa sección basta para hacer caldo gordo. Diganlo el *Herald* de Nueva York y la *Prensa* de Buenos Aires. Apenas si el *Aviso* lograba llenar una columna de avisos. Entre ellos he leído algunos que, por ser típicos de la época, quiero reproducir.

—**ESPADERO.** Pedro de Salinas vende espadas de perillo y puñales de Toledo. En su casa enseña el manejo de la espada científicamente. En un día se aprenden las cuatro generales y, con un buen ánimo, no se necesita más para que el enemigo vaya á dar cuenta á Dios de sus pecados.

—Francisco Mudarra, platero y joyero, vende anillos para las orejas con unas calabacillas de coral que enamoran.

—Sebastián Caldiche, calle de Alcalá.—Pasteles de liebre y de conejo, gallos mechados con tocino que parecen pollos. Hay aposentos para comer á solas con una dama.

—Sastre: Pedro Canalesa, calle de la Amargura.—Vende calzones abiertos, para que se vean debajo los de lienzo, y sepan todos quien los tiene.

—Bernardo Alegre, portal de Bañeros.—Alamares de plata, los hay de toda clase y para todos, aún para los que tienen la bolsa escueta.

—A los galanes y damas, tienda del portugués, Puerta del Sol.—Se enseñan modos de hacerse lunares, teñir las canas y enrubiarse el pelo.

—Quitadora de vello junto al Buen Suceso—Quita el vello con vidrios, y si tiene cañones repela con un hilo. Agua que conserva el rostro limpio y sin arrugas. Papel para dar colorido á las mejillas, hecho con sangre de múrice. Limpia los dientes con palillos celestes. Tiene carboncillos para pintar las cejas.

—Vicente Simón, calcetero, al lado de la cárcel de la Villa—Medias de pelo y de arrugar.—Calcetas de hilo con algodón, que hacen buena pierna. Se enseña el modo de ponérselas para que no se conozca que hay relleno—A las damas. Único, barato y bueno—Ahuecadores de cuatro varas y no más, por no permitirlo la pragmática.

—Pedro Blamat, el de Gante, vende tapices flamencos con bellas figuras que, en tristeza, divierten y, en soledad, acompañan.

—El licenciado Juan Rodríguez, boticario y alquimista, se pinta solo para las enfermedades del bazo y del hígado. Todos sanan, y si alguno muere es porque así convendrá para el descanso de su alma.

Está visto que el charlatanismo y el *bombo* no son invención moderna. Varios de los avisos copiados corren parejas con los que ahora leemos en nuestros diarios. El rufián que, anunciándose como confeccionador de pasteles de liebre y conejo, ofrece cuartos para galán y dama, así como la bruja que fabrica lunares y tiñe canas, y quita el vello con vidrios, se han aclimatado entre nosotros. Ahí está, para no dejarme por mentiroso, en dos ó tres de los diarios de Lima, el aviso de una adivina, echadora de cartas, alge-

brista de voluntades y propinadora de menjurges y panáceas, sin que la Policía ni la Facultad de Medicina pongan coto al libre ejercicio del embaucador y funesto charlatanismo.

También los asuntos domésticos y personales hallaban cabida en el *Aviso*; y buena prueba de ello son las cuatro cartitas que voy á copiar; notables por su sabor clásico, á la vez que desvergonzado, y que originaron entre sus autores largo litigio, en el que gastaron muchos miles de maravedises, más por el fuero que por el huevo—Dicen así las cuatro cartitas cabeza de proceso:

—Hánme dicho que están en su poder cinco fanegas de trigo que son para mí. Enviémelas luego que, de no hacerlo así, lo habré á mal—Dios le guarde—*El de Cuenca*.

—Hánle dicho bien en haberle dicho que están en mi poder cinco fanegas de trigo, que son para él.

Envíe por ellas cuando quisiere, que sería bueno; porque el gorgojo no se vá á lo peor. Advierta que no se me dá nada de *él* ni de todos sus *eles*, y que otros mejores que *él* me hablan de vuesa merced—Dios le guarde—*El de Pareja*.

—Mucho he habido menester de Dios y de paciencia para sufrir su desvergüenza. Hámelas Dios dado por favor grande, pero no fie de ella, que es cerril, y le dará un par de coces—Dios le guarde—*El de Cuenca*.

—Nada he habido menester de Dios ni de paciencia, conociendo su ignorancia, para sufrir su desvergüenza. Ya sé que un asno no puede dar sino una coz; pero guárdese de mi bastón de acebo, que á macho lerdo arriero loco—Dios le guarde—*El de Pareja*.

¿No es verdad, lector, que las cuatro esquelitas son otras tantas mosquitas de Milán aplicadas sobre la piel? ¡Vaya si debieron arder y levantar ampolla!

No falta quien crea que el folletín, ocupando el piso bajo del periódico, es forma contemporánea. Nada de eso. A la vista tengo *Avisos* con folletín, titulado siempre *Revista de Madrid*. En ésta el escritor se ocupa, en estilo lijero y muy galano, de las corridas de toros, bailes de sociedad, fiestas de la corte, teatros, crítica literaria, bodas en proyecto, chismografía en las gradas de San Felipe el Real, y sucesos más ó menos curiosos de la semana.

Tal fué el periódico que hizo el deleite de nuestros tatarabuelos.



## UNA COLEGIALADA

---

Nuestras abuelas, (benditas mujeres que en gloria estén) que alcanzaron los tiempos de Avi'és, Abascal y Pezuela, cuando querían exajerar la necedad ó tontería de una persona decían que era *un cándido de calilla*.

Los seminaristas en el Perú (y no sé si en las demás colonias), por imitar á los estudiantes de Salamanca, dieron desde el siglo XVII en mantear á los colegiales novatos y á los acusones, y en aplicar calillas á los que, por afeminamiento, pobreza de espíritu ó candidez, estimaban merecedores de aquellas. Eso era como los rehiletes de fuego sobre el testuz de toro que no remata suerte.

A estas insolencias, nunca penadas con ejemplar castigo por los rectores, se dió el nombre de *colegialadas*, y no solo las festejaba el público sino que entraron en las costumbres sociales. Contábase, como gracia, y se desternillaban de risa los oyentes, que á tal ó cual mentecato le habían *echado calilla*.

Previo este preámbulo, paso á hacer el extracto de un auténtico proceso que á la vista tengo.

### I

Don Juan Bazo y Berry, que alcanzó á ser Oidor de la real Audiencia de Lima y que, después de jurada la Independencia, se embarcó para España, desempeñaba el cargo de Teniente-asesor en la intendencia de Trujillo.

Fué don Juan Bazo y Berry quien más influyó para que en la sesión que celebró el Cabildo el 10 de Enero de 1793 se eligiese, como en efecto se eligió, para Alcalde de Trujillo al Príncipe de la Paz y Duque de Alcudia don Manuel Godoy y Alvarez, disponiéndose que, por residir el electo en España, se entregase, en calidad de depósito, la vara de justicia al Alférez Real don Juan José Martínez de Pinillos. Sabido es que Godoy aceptó la honra que los trujillanos le dispensaban, y que obtuvo del rey tres ó cuatro cédulas acordando mercedes á la ciudad y á su puerto. Sigamos con Bazo y Berry, dejando dormir en paz al favorito de Carlos IV.

En el primer año de este siglo lo ascendió el rey á Oidor de la Audiencia de Buenos-Aires, ascenso que provocó envidiosas murmuraciones entre los leguleyos de la ciudad. Distinguióse entre los maldicientes un abogadillo ramplón, á quien nadie encomendaba la defensa de un pleito por que, amén de ser piramidal su reputación de bruto é ignorante, era persona ridícula de quien todos se mofaban, recargándola de apodos.

Habiase educado en un colegio de Lima; pero el colegio no entró en él, como decía el obispo Villarreal hablando de su convento. Mas tuvo padrino poderoso en el claustro Universitario y, por aquello de *accipiamus pecunia et mitamus assinus in patria sua*, le dieron el diploma de licenciado en leyes.

Un chismoso llevó á oídos de doña Josefa Villanueva, esposa del nuevo Oidor bonaerense, las ofensivas palabras que el licenciado don Mariano de Mendoza profiriera en uno de los corrillos, siendo una de las más graves injurias haber dicho que las oidorcitas, hijas de don Juan Bazo y Berry, eran unas señoritas del pan pringado.

Otro que tal llevó idéntico chisme á don Francisco Bazo y Villanueva, mancebo de veintiun años, seminarista ordenado de cuatro grados, y que había merecido del virrey inglés el título de sacristán mayor de Cajamarca, empleo nominal muy codiciado, pues daba honra y renta sin ocasionar la menor fatiga.

Entre madre, hijo y hermanas formáron consejo de familia, y por unanimidad de pareceres se resolvió aplicarle un par de calillas al licenciado don Mariano de Mendoza, en castigo de su bellaquería.

## II

Con fecha 2 de Diciembre de 1801 presentó Mendoza, ante el ilustrísimo obispo Minayo y Sobrino, un recurso querellándose contra el seminarista ordenado en grados menores don Francisco Bazo y Villanueva, porque éste, con el pretexto de que tenía una encomienda que entregarle, lo llevó á su casa en la tarde del domingo 29 de Noviembre, lo condujo á una de las habitaciones interiores, y con sus criados, que le menudeaban golpes, le hizo vendar los ojos y acostar sobre un colchón. En seguida le aplicaron dos velas de sebo, lo pusieron en la puerta de la calle y le dieron un puntapié, festejándose la colegialada por la oidora, las oidorcitas, y amigos y amigas que las acompañaban, amén del famulicio que actuara en el ultraje.

El seminarista don Francisco á quien el obispo corrió traslado del recurso se vió, como dicen, en mula chúcara y con estribos largos ó sea en calzas prietas, pues la colegialada podía costarle, por lo menos, la expulsión del Seminario y poner obstáculos para el logro de su aspiración al sacerdocio. Por eso, á la vez que intrigaba para entrar en componendas con el querellante, contestó al traslado pidiendo que Mendoza afianzase la calumnia, petición que fué apoyada por el promotor fiscal.

Tanto la opinión pública como la rectitud del obispo Minayo y Sobrino favorecían á la infeliz víctima del insolente colegialito; pero, repentinamente, fué general el cambio de simpatías, y todo Trujillo convino en que Mendoza era digno de que en él se consumiera todo el sebo de las velerías del Perú.

## III

Yo también, después de casi un siglo del suceso, opino lo mismo. ¿Por qué? Porque Mendoza, con fecha 7 de Diciembre, firmó un recurso, á presencia de dos testigos, en el que se desistía de la querella contra el seminarista, su señora madre y hermanas, á quienes confesaba haber agraviado



con su falta de consecuencia al buen trato que de esa familia había siempre merecido. Agregaba que, estando ya su espíritu más sereno, reconocía que Francisco, el futuro presbítero, no había desempeñado otro papel que el de mirón en una broma de la señora y de las niñas.

En el mismo día recayó sobre este recurso de desistimiento el siguiente notabilísimo auto:—« Por desistido; pague el « suplicante las costas, y archívese.—*El Obispo*.—Ante mí, « *Merino*. »

Aquí, con el auto en que no sólo se quedaba el licenciado muy fresco con las calillas dentro del cuerpo, sino que hasta las pagaba con el dinero que, por costas judiciales, se le condenaba á satisfacer, creará cualquiera fenecido el juicio. Pues no, señor: todavía hay rabo por desollar.

#### IV

Si estúpido y sinvergüenza estuvo Mendoza con su recurso de desistimiento, tres días después acabó de consolidar su reputación de tonto de capirote, presentando nuevo escrito que, por ser típico, quiero copiar *ad pedem literæ*:

« Ilmo. Señor: El licenciado Mendoza en los autos criminales contra doña Josefa Villanueva, sus hijos y criados, « digo: Que el día lunes de esta semana, 7 de Diciembre, « como á las diez de la mañana, el regidor don José de la « Puente me trajo cien pesos, en seis onzas de oro, para que « me desistiese del pleito, con más un escrito de puño y letra de la parte contraria para que lo firmara. En efecto, « así porque me hallaba en cama con las costillas maltratadas, como porque con ese dinero podía auxiliarme para « la curación, alimentos, médico y medicinas, accedí á firmar dicho escrito. Pero como documentos que se hacen « bajo la opresión, siempre que se reclame con tiempo, no « valen ni hacen fuerza—A Useñoría Ilustrísima rendidamente suplico se sirva mandar la prosecución del juicio, y « que se proceda á la sumaria. »—

—¡Vaya un hombre para indigno! ¡Valiente gazzápiro! —exclamó el obispo después de oír leer por el notario Merino este recurso.

Consideró su señoría que sería el cuento de la buena pi-

pa ó de nunca acabar el seguir admitiendo recursos de un *calillado* de condición tan bellaca. Es dar puñaladas al cielo ó intentar lo imposible el imaginarse que de un imbécil pueda sacarse un hombre discreto.

He aquí el auto final que dictó el ilustrísimo obispo:

« No há lugar, no há lugar y no há lugar. Quédese el « suplicante con sus calillas, y ocurra donde le conviniere, « no siendo ante esta Curia eclesiástica.—*El Obispo*—Ante « mí, *Merino*. »





## ¿ QUIÉN FUÉ GREGORIO LOPEZ ?

( CUESTIÓN HISTÓRICA )



En uno de los tomos de *Manuscritos curiosos* de la Biblioteca de Lima, se encuentra un códice, (en el que, dicho sea de paso, el trabajo del pendolista es sobresaliente) titulado *DECLARACIÓN DEL APOCALIPSIS, por Gregorio López, natural de la insigne villa de Madrid.* Aunque el autor del manuscrito revela gran ilustración, empiezo por declararme incompetente para juzgarlo como teólogo, materia en que del todo al todo soy profano.

Dicen sus biógrafos, el padre Francisco Losa y el licenciado Luis Muñoz, que el siervo de Dios Gregorio López escribió sobre Cosmografía, Historia, Medicina, Agricultura y otros ramos del saber humano; y, aunque alguno de sus libros pudiera hallarse á nuestro alcance, no son el sábio ni las producciones de su ingenio los que hoy nos impulsan á borrar cuartillas. Es el hombre quien despierta nuestra curiosidad.

¿Quién fué ese Gregorio López, colomboño del afamado jurista comentador de las *Partidas*?

¿Fué realmente, como muchos opinan, un hombre nacido para ser monarca legítimo de España y de las Indias, y que prefirió á tan humana grandeza la existencia del sábio y del eremita, alcanzando á morir, en América, en olor de santidad?

Tal es el tema que ponemos sobre el tapete de la discusión, principiando por dar rapidísima idea del personaje.

Muñoz, en su libro impreso en Madrid en 1657, dice que Gregorio López nació en la coronada villa del oso y el madroño, en 1542: que fué bautizado en San Gil, parroquia del Alcázar Real; que, en América, á nadie dijo jamás quiénes fueron sus padres; que rehuía hablar de su linaje y familia; que, en sus treinta y cuatro años de residencia en Mexico, nunca escribió cartas á sus deudos de España; y que, en la distinción y cultura de sus modales, se revelaba el hombre de esclarecida alcurnia—Mi patria es el cielo y mi padre es Dios—fué la respuesta que diera en una ocasión, para satisfacer la impertinente curiosidad de un magnate.

Sería de veinte años á lo sumo, dice el padre Losa, cuando desembarcó en San Juan de Ulúa, y al llegar á Veracruz repartió de limosna entre los pobres todo su equipaje, estimándose solo la ropa blanca en ocho mil cuatrocientos reales. Equipaje de príncipe para aquel siglo en que todo español, exceptuando los que venían con cargo público, traía una mano atrás y otra adelante. A Indias solo se venía en pos de la madre gallega.

Llegado á la capital de Mexico estuvo, por pocos meses, sirviendo como amanuense á dos escribanos, pues era hábil calígrafo y poseía tres ó cuatro formas de letra. En breve, separóse de los cartularios, y descalzo, sin sombrero, cubierto por un grosero sayo, anduvo peregrinando entre los chichimecas. Al fin, á los veintinueve años de edad, adoptó la vida eremítica, en Santa Fé, distante dos leguas de Mexico, donde murió en 1596, á los cincuenta y cuatro años de edad.

Treinta años más tarde (1625) el rey don Felipe IV mandó á Méjico, con el carácter de virrey, á don Rodrigo Pacheco y Osorio, marqués de Cerralvo, recomendándole muy mucho que recojiese y enviase á España las obras escritas por el Venerable siervo de Dios Gregorio López, de cuya beatificación y canonización se ocupó con empeño aquel monarca, según lo testifican una carta que dirigió á Urbano VIII, otra al marqués de Castel-Rodrigo, embajador de España en Roma, y otra al cardenal Barberino, deudo del Pontífice, documentos fechados en Mayo de 1636, y que á la vista tenemos.

Por supuesto que, en los dos libros *Vida del Siervo de Dios*, (y que en la Biblioteca de Lima se encuentran), se ocupan largamente los devotos biógrafos de las luchas que

su héroe sostuvo contra las tentaciones del demonio, de las visitas con que los ángeles lo favorecieron, de su ascetismo y penitencia, del cómo hizo la conversión de grandísimos pecadores, de los infinitos milagros que practicó antes y después de su muerte, y por fin aseguran que tuvo *ciencia infusa*, lo que es mucho asegurar.

Don Alonso de la Mata y Escobar obispo de Tlascala; el agustino don fray Gonzalo de Salazar, obispo de Yucatán; don Juan Bohorques, obispo de Guajaca; don Juan Zapata y Sandoval, obispo de Chiapa; don fray Domingo de Ulloa, obispo de Michoacan; y fray Pedro de Agurto, obispo de Cebu, así como el padre Rodrigo de Cabredo, superior de los jesuitas, y otros varones eminentes contemporáneos de Gregorio López, transmitieron á Roma entusiastas informes sobre la austeridad penitente, ejemplares virtudes, clarísima inteligencia y demás prodigiosas dotes del candidato á santidad.

Ocupándose del manuscrito que sobre el Apocalipsis poseemos, dice el padre Francisco Losa que, por encargo del autor, lo puso en manos del inquisidor Bonilla para que este lo censurase, y que después de consultarlo con muchas personas doctas, le acordó su beneplácito para que corriese libremente. Entonces se sacaron copias, y el original fué llevado á Filipinas de donde desapareció. Pero Gregorio López, que conservaba el texto en la memoria, lo escribió nuevamente, corriendo este manuscrito la misma suerte que el otro.

El virrey de México, y más tarde del Perú, don Luis de Salinas, lo hizo buscar para remitirlo á España; pero se ignora si consiguió ó nó recobrarlo.

¿No podría el manuscrito que existe en Lima ser uno de los primitivos?

En cuanto á un libro sobre medicina y propiedad curativa de varias plantas indijenas, que compuso López, el virrey marqués de Salinas trajo á Lima una copia, que es probable hallemos algún día entre los mamotretos del Archivo Nacional. En Madrid existen otras, y en México se conserva el original, escrito, según lo afirma Losa, *en letra muy pequeña, muy legible, muy hermosa, muy igual, bien formada y llena de la tinta, que á la primera vista parece de molde.*

El libro histórico *Cronología hasta la época de Clemente VIII*, quedó en poder del padre Losa, amigo y primer bió-

grafo de Gregorio López, quien dice, en su elogio, que mucha gente docta le pidió encarecidamente permiso para sacar traslados. Ignoramos si se conserva ó ha desaparecido este manuscrito.

Pasemos á otro orden de noticias personales sobre Gregorio López.

El general y literato Vicente Riva Palacio, en *México á través de los siglos*, dice.—« Popularizada creencia fué que « Gregorio López era el príncipe don Carlos, hijo de Felipe « II, cuya historia es tan conocida. Refiere la tradición que « el monarca español, queriendo deshacerse de su hijo, en- « cargó la ejecución del asesinato á un hombre que, condo- « lido de la juventud y desgracia del príncipe, convino en « salvarle la vida bajo la condición de que juraría solemne- « mente trasladarse á Indias, cambiar de nombre y no reve- « lar á nadie su secreto. Ha prestado alimento á esta tra- « dición, además de la vida misteriosa llevada por Gregorio « López en México, la circunstancia de que, en un retrato « suyo, hizo poner esta divisa ó lema:—*Secretum meum mi- « hi*—No puede afirmarse que Gregorio López fuera real- « mente el infante don Carlos; pero tampoco, en medio del « misterio que rodea la memoria de aquel príncipe infortu- « nado, puede asegurarse que no lo fuera. Si hay documen- « tos que prueban que el hijo de Felipe II murió desastrosa- « mente en Madrid, también los reyes y sus favoritos han « sabido suponer documentos para ocultar crímenes. De « Gregorio López se dice que nació en Madrid en 1524 y « que llegó á México en 1562, fechas que, con leves diferen- « cias, coinciden casi con la edad y desaparición del prin- « cipe. »

Incontrovertible verdad histórica, por ser la única en que están conformes los historiadores que de Felipe II y del infante don Carlos se ocupan, es que el príncipe era un muchacho sin seso y enemigo de leer é instruirse. A primera vista parece este argumento de fuerza bastante para destruir la popular creencia mexicana de que el ignorante don Carlos y el sabio Gregorio López fueron una sola personalidad; pero si aceptamos que el Espíritu Santo ilumina á quien iluminar le place, y que, en un guiñar de ojos, torna en pozo de sabiduría al más estúpido pelgar, bien pudo el hijo del rey Felipe adquirir *ciencia infusa* al pisar tierra de América.

A la vista tenemos un retrato de Felipe II, á la edad de cuarenta años, y el de Gregorio López á la de cincuenta y cuatro; y á fe que, entre el Demonio del Medio-día y el misterioso personaje de México, hay rasgos fisognomónicos de familia. La objeción más sólida que se ocurre para combatir la popular creencia, es que la desaparición ó muerte del príncipe fué en 1568, y que ya desde 1562 Gregorio López habitaba México. Pero el pueblo, que toma apego á todo lo fantástico y romancesco, no se dá por vencido ante tal argumento, y responde culpando á los biógrafos del siervo de Dios de haber adelantado en seis años la llegada del personaje á Veracruz. No es inverosímil una equivocación de fechas.

La investigación histórica no ha dicho aún su última palabra sobre el hombre de la máscara de hierro de la isla Margarita, ni sobre si Gabriel de Espinoza, el famoso pastelero de Madrigal, fué un impostor ó fué realmente el mismo rey don Sebastián. A semejanza de éstos, hay en la historia abundancia de puntos oscuros é indescifrables.

Como mi amigo Riva Palacio, ni acepto ni rechazo la idea de que en Gregorio López estuviera encarnada la personalidad del príncipe don Carlos. Carezco de pruebas decisivas para optar por uno ú otro extremo, y limitome á proponer la cuestión como tema curioso y digno de ser atendido por los aficionados á estudios históricos.





## PRUDENCIA EPISCOPAL

---

Contóme mi queridísimo é inolvidable amigo Lavallo, para que hoy lo cuente yo á ustedes que, allá por los años de 1814, una monja del monasterio del Cármen se escapó cierta noche para ir al teatro á gozar de la ópera italiana, representación que por primera vez se hacía en Lima. Realizó su escapatoria aprovechándose de que estaba en limpia el acequión ó brazo de río que provee al convento; y cubierta la cabeza con pañuelo lambayecano oyó, desde un *oculto* de platea, cantar á Carolina Griffoni el *Barbero de Sevilla* del maestro Paisiello, que Rossini no había aún escrito la ópera del mismo título, con la que ha immortalizado su nombre.

Con ánimo entre regocijado y receloso regresaba la *dilettante*, después de las diez de la noche, en medio del chipichipi ó *garúa* característico del invierno limeño, cuando al llegar á la Acequia de Islas se encontró con que los *tomeiros* habían soltado el agua, lo que para la monja melómana imposibilitaba la entrada al claustro por el mismo camino que, tres horas antes, utilizara para la salida.

En tribulación tamaña no le quedó á la desdichada otro recurso que el de dar aldabonazos á la puerta de la casa arobispal, hasta que alarmado su ilustrísima que, en esos momentos, concluida la colación chocolatesca, iba á acostarse en el lecho, mandó abrir y que entrase la importuna.

Después de revelarle ésta su cuita y de escuchar humildemente la merecida reprimenda, el sagaz arzobispo Las Hiras la hizo vestir la sotana, manteo y birretillo de su secretario, encaminándose al Cármen con el improvisado familiar.



Llegados al monasterio dejó á éste en la puerta y, penetrando sólo en la portería, ordenó á la portera previniese á la comunidad que, bajo pena de excomunión *ipso facto incurrenda*, prohibía á las monjas asomar las narices fuera de la celda, hasta que él tocara la campana convocando á coro.

—¿Qué habrá? ¿qué será ello? se decían entre sí las monjitas, viéndose en el caso de la colegiala á quién preguntó el examinador si *huevo* era masculino ó femenino.—Eso, contestó la chica, será según y conforme, y no se puede saber hasta que del huevo salga pollito ó pollita. Si sale pollito será masculino el huevo, y si sale pollita será femenino.

Alejada la hermana portera para cumplimentar el mandato, dió su ilustrísima entrada al fingido familiar, quien ya en su celda, cambió rápidamente de vestido.

Cuando quince minutos más tarde, se congregaron las monjas, el señor Las Heras dijo á la superiora:

—Madre abadesa, contad vuestras ovejas.

—Están completas, ilustrísimo señor. Veinte monjas y tres de velo blanco, contestó aquella después de pasar revista al rebaño.

—Bendigamos á Dios, hijas mías, porque ha resultado calumnioso un aviso anónimo que recibí ayer.

Y con voz arrogante entonó el *Te Deum laudamus*, acompañándolo las monjas, que nunca supieron la verdad sobre lo que motivara la visita del arzobispo en hora tan intempestiva.





## ASUNTO CONCLUIDO

---

El 28 de Setiembre de 1814 alzóse en la ciudad de La Paz un poste, colgado del cual se balanceaba un cadáver sobre cuya frente, y á guisa de *luri*, habian puesto un cartel con estas palabras:—ASUNTO CONCLUIDO.

I pues, á la corta ó á la larga, no hay tapada que no se destape, satisfagamos la curiosidad del lector, si bien confieso que, en esta tradición, me he embarcado con poca galleta. I digan, que de Dios dijeron!

### I

Don Gregorio de Hoyos, natural de la Habana, marqués de Valdehoyos y brigadier de los reales ejércitos, fué enviado á Lima desde la madrileña Corte, allá por los años de 1812, con recomendación al virrey Abascal para que utilizase sus servicios. Nombrólo su excelencia Gobernador, Intendente y Comandante general de la provincia de La Paz, y en 4 de Junio de 1813 tomó posesión del cargo.

Era el marqués de Valdehoyos hombre de muchos méritos y virtudes, y del todo al todo ajeno á vicios. Ni siquiera tenia los instintos de Cortés y Pizarro, en lo de dedicarse á la conquista de indias; pues su señoría hacía ascos á todo faldellín en cuerpo de buena moza.

Con él habria perdido lastimosamente su tiempo aquel criado de hotel que decia á cada huésped:—Si se le ofrece algo á media noche, llámeme con un solo golpe de timbre; pero si necesita á la camarera, que es muchacha preciosa y

amiga de hacer favores, empleará dos golpes de timbre; y si le urjiere hablar con la muger del patrón, que es bastante guapa, toque tres veces el timbre.

El señor Gobernador era de los que dicen que la mujer, en aritmética, es un multiplicador que no hace operaciones con un quebrado; en álgebra, la  $\times$  de una ecuación; en geometría, un poliedro de muchas caras; en botánica, flor bella y de grato aroma, pero de jugo venenoso; en zoología, bípodo lindo, pero indomesticable; en literatura, valiente paradoja de poetas chirles; en náutica, abismo que asusta y atrae; en medicina, pildora dorada y de sabor amargo; en ciencia administrativa, un banco hipotecario de la razón y el acierto y . . . *asunto concluido*, frase que era obligada muletilla en boca del marqués, y con la que ponía punto, remate y contera á toda conversación.

La verdad es que, en cuestión de amorosos trapicheos, nunca dió su señoría un cuarto al pregonero; pues, con cerca de medio siglo á cuestas, no fué de aquellos mancarrones con más mañas y marraquetas que mula de alquiler, por los que se ha escrito

que son como los membrillos,  
mientras más viejos más amarillos.

—¿Qué parentesco tiene el toro con la vaca? preguntaba un niño.

—El de marido, contestó la mamá.

—¿Y el buey?

—Será el de tío.

El de Valdehoyos estaba, pues, matriculado ante la opinión pública en la categoría de tío.

Dicho está con lo apuntado que las simpatías del bello sexo paceño no acompañaban á la superior autoridad, y menos las de los barbudos, para con los que desplegaba su señoría no poca aspereza de carácter. Era el marqués todo lo que se conoce por hombre de la cáscara amarga. Rectos ó torcidos, sus mandatos habian de obedecerse, sin que por Dios ni por sus santos amainara en terquedad, por mucho que se le probase que algunas de sus disposiciones redundaban en deservicio del rey ó desprestigio del gobierno, y que eran violatorias de la liberal Constitución promulgada en Cádiz por las Cortes del año 12. Para el de Valdehoyos

no había más credo político que—quien manda, manda, y cartuchera al cañón—que es el credo de los déspotas, y ponía término á toda discusión diciendo muy exaltado:

—Yo soy aquí el rey, yo soy, la Constitución, yo soy todo y . . . . . *asunto concluido!*

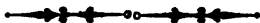
## II

En Julio de 1814 empezó á circular el runrún de que el brigadier *Asunto concluido*, apodo con que en todo el Sur del Perú era conocido don Gregorio, estaba designado por el virrey para reemplazar al brigadier Pomacahua en la presidencia de la real Audiencia del Cuzco. Llegada la noticia á la ciudad incásica, la irritación popular no tuvo límites; y el 2 de Agosto se desbordó el torrente, y estalló la gorda con la famosa rebeldía encabezada por Pomacahua. Como sabe todo el que ha leído algo sobre historia americana, en un tumbo de dado estuvo el triunfo de la buena causa y el que la Independencia del Perú hubiera sido, desde entónces, un hecho.

La revolución se extendió también, como aceite en pañuelo, por el Alto Perú, poniéndose á la cabeza de la indiada el famoso cura Muñecas quien, abandonando á su *suegra*, mote que algunos clérigos dan al breviario, se armó de sable, canana y trabuco, y el 24 de Setiembre emprendió el ataque de La Paz.

El marqués de Valdehoyos, con la pequeña guarnición española de que disponía, resistió hasta donde, humanamente, le fué posible; pero, arrollado por el número tuvo al fin que rendirse.

Cuatro días después, el 28, los indios que, desde la hora del triunfo, se habían entregado á la *bebendurria*, incendiaron el cuartel, mataron al Gobernador-Intendente y á más de cuarenta prisioneros y . . . . . *asunto concluido.*





## EL PADRE OROZ

---

Allá por los no remotos años en que dominaba el Perú la usurpadora autoridad del general Santa-Cruz, existía, en el convento de franciscanos de la ciudad del Cuzco, un sacerdote, conocido con el nombre del padre Oroz, y que gozaba de gran influencia en el pueblo. Debida era esta á su reputación de austeridad, y á su talento y dotes oratorias en el sagrado púlpito.

Los buenos habitantes de la imperial ciudad de los Incas miraban con tal respeto al franciscano, que no se encontró entre ellos motilón que no creyese, á pié juntillas y como verdad evangélica, cuanta palabra salía de los inspirados labios del recoleto. Los hipócritas no sirven á Dios; pero se sirven de Dios para engañar á los hombres.

Mas diz que un día el demonio de la ambición se le entró en el pecho y codició la mitra de obispo. El camino más fácil para obispar era, sin disputa, mezclarse en alguna intriga política; porque averiguada cosa es que nada lleva tan pronto á la horca y á todos los altos puestos, como tomar cartas en ese enmarañado juego.

Los cuzqueños miran con gran devoción una imagen del Señor de los Temblores, obsequiada á la ciudad por Carlos V, y que suponen pintada por el pincel de los ángeles. Una mañana empezó á esparcirse por la ciudad el rumor de que la efigie iba á ser robada por emisarios de Santa-Cruz, para trasladarla á un templo de Bolivia. El pueblo se arremolinó, acudió la fuerza armada, hubo campanas echadas á vuelo y, para decirlo de una vez, motín en toda forma, con su indispensable consecuencia de muertos y heridos.

El agitador de las turbas había sido el santo padre Oroz. Pero no fué sólo la ambición el sentimiento que de improviso brotara en su alma. También estaba locamente enamorado de una de sus confesadas, la hermosa Angela, hija de una respetable familia del Cuzco. La pasión del fraile por ella se convirtió en una de esas fiebres que matan la razón.

El se repetía con un poeta:

El alma que siento en mí  
está partida entre dos:  
la mitad es para tí,  
la otra mitad es de Dios.

El padre Oroz, que había pasado su juventud entera consagrado al estudio, que se había captado el respeto del pueblo, que, en distintas ocasiones, había sido elevado al primer rango de la comunidad franciscana, sacrificó en un instante su pasado de ascetismo y beatitud, manchándose con el crimen.

Angela, que tal vez no habría resistido á un seductor armado de rizados bigotes y guantes de Preville, tuvo odio y repugnancia por un amante que vestía hábito de jerga y mostraba rapado el cerviguillo. El fraile, convertido en rabioso sátiro, la amenazó con un puñal; y por fin, desesperado con el obstinado desdén de la jóven, terminó por asesinarla.

El mismo día desapareció del Cuzco el padre Oroz.

\* \* \*

Tal es, despojado de episodios, el argumento de una novela histórica que con el título—*El padre Horán*—publicó el malogrado Narciso Aréstegui. El autor de esa notable leyenda, murió el segundo día del Carnaval de 1869, siendo á la sazón Prefecto de Puno. Al regresar de un paseo en el lago Titicaca se volcó la embarcación, desapareciendo para siempre Aréstegui y algunos de sus compañeros.

*El padre Horán*, literariamente juzgado, fué un hábil ensayo en la novela nacional. Las letras americanas tuvieron una sensible pérdida con el triste fin del inteligente escritor cuzqueño. Tributámosle doloroso recuerdo!

Veinticinco años habían pasado sin que nadie supiese de la existencia de Oroz, hasta que, en 1862, apareció una carta, datada en Zepita el 4 de Marzo, y de la cual extractamos las siguientes líneas:—

Hace algunos años que en el pueblo de Zorata (próximo á la Paz, en Bolivia) se presentó un hombre de aspecto sério, que revelaba talento y, más que todo, caviliosidad. Se instaló en una pobre casita que arregló de tal modo que ninguno podía, por curioso que fuese, penetrar en su interior ni columbrar lo que allí había y se hacía. El desconocido se ocupaba en el santo empleo de enseñar á los niños las primeras letras. Su conducta era moral y austera. A veces se le veía rezar el oficio divino en el lugar más recóndito de la casa, y también se advertía que sus alimentos no pasaban de una sencilla sopa de pan y agua. Era un hombre retraído de la sociedad, sin que por eso tuviese su trato los resabios del misántropo; pues que su conversación era muy agradable á los que lo visitaban. Al fin cayó mortalmente enfermo; y después de haberse confesado, declaró de un modo humano que no se llamaba José Mariano Sánchez sino que era el padre Oroz, religioso franciscano conventual de la ciudad del Cuzco; que habiendo tenido la desgracia de dejarse vencer por unas afecciones poco honestas hacia una jóven, su hija de confesión, viendo que ésta iba á casarse la puso estorbos de todo género y que, siendo éstos inútiles, la asesinó á puñaladas. Dijo también al confesor que registrase el baúl que en su cuarto estaba, donde encontraría el hábito que vestía en la hora de su desgracia, y el puñal con que había causado su propia ruina y la de su desdichada víctima. Registrado el baúl se encontraron lo uno y lo otro, todavía con manchas de sangre. A los pocos días de esta declaración murió el desventurado padre Oroz, á los veinticinco años de haber empezado la expiación! Examinado el cuerpo del difunto, se le halló casi descarnado á disciplinazos. Los silicios apenas dejaban libres las coyunturas de los codos.—

El padre Oroz había expiado su crimen sobre la tierra durante un cuarto de siglo, y sus sufrimientos morales dejan en el espíritu esta magnífica lección: —Hay algo en el hombre tan severo como la justicia de Dios, y ese algo es el remordimiento.



## EL GRAN PODER DE DIOS

---

Cuando era yo muchacho oí, como frase corriente entre doncellas de malandanza, que, cuando querían deprimir el mérito ó precio de una alhaja, exclamaban haciendo un mohín nada mono:—Quíá! Si este anillo se parece á los del *Gran poder de Dios*.

Así me ocupé yo, por entonces, en profundizar el concepto, como me ocupó hogaño en averiguar de qué madera se fabrican las tablas de logaritmos; pero, cuando menos lo pensaba, saltó la liebre, ó lo que es lo mismo, el origen de la antedicha frase. Ahí va sin más perfi'es.

\* \* \*

A principios de 1818 fondeó en el Callao, conprocedencia de Cádiz, un bergantín con valioso cargamento de mercaderías peninsulares. Su capitán era don Pepe Rodríguez, gaditano, y los treinta tripulantes eran también andaluces. Hasta el nombre del bergantín, armado con seis cañoncitos, era una pura andaluzada, como que se llamaba...(agáchate, lector, que viene la bala fría)...se llamaba...(déjenme tomar resuello) se llamaba *El Gran poder de Dios!!!*

Lo pasmoso para mí es que la autoridad marítima de España, en esos tiempos de exajerado espíritu religioso, hubiera consentido que se bautizara con tan altisonante nombre á barquichuelo de menguado porte. Había mucho de irrisorio en tal nombre aplicado á tan pobre nave.

Para mí, sólo el Arca de Noé podía aspirar á merecer la rimbombancia del nombre; pues, en un libro místico, he lei-



do que la tal arquita media setecientos ochenta y un mil trescientos setenta pies castellanos, ni pulgada más ni pulgada menos, y que podía cargar, con buena estiva se entiende, y libre de vuelta de campana, cuarenta y dos mil cuatrocientas trece toneladas. ¡Valiente mentir el del autor que eso hiciera estampar en letra de molde! Responda él, y no yo, de la exactitud de la mensura.

Entre los pasajeros de la embarcación vino un comerciante pacotillero, malagueño por más señas, conductor de una gran caja que encerraba aretes y sortijas, las que, en vez de piedras finas, lucían cristal de Bohemia imitando el rubí, el zafiro y el brillante.

El pacotillero era hombre simpático y de letra muy menuda; y las alhajas, aunque hechizas, no carecían de forma artística. Poquito á poquito, y de casa en casa, fué el mercader colocando la mercancía, entre las mujeres del pueblo, en menos de un mes y con una ganancia loca. Hasta las jóvenes de la aristocracia, cuando vestían de trapillo para visitas de vecindad, no desdeñaban lucir aretes de coral falsificado. En una palabra, las alhajas y otras chucherías traídas por *El Gran poder de Dios* se pusieron á la moda en Lima.

Con la bodega ya escueta, zarpó el bergantín en Mayo con rumbo á Guayaquil donde, como cargamento de retorno, debía embarcar competente cantidad de sacos de cacao. Terminada la operación, en la mañana del 20 de Junio dejó la ría de Guayaquil, y el 21, á poco de haber perdido de vista la Puná, fué abordado por el corsario chileno *La Fortuna*.

*El Gran poder de Dios* no estuvo á la altura fanfarrónica de su nombre, pues se rindió sin oponer más resistencia que la que opone una pulga á los dedos pulgares.

*El Gran poder de Dios* fué llevado como buena presa á Coquimbo; y algunos meses después una braveza de mar lo arrojó sobre la playa, probando así una vez más que los nombres altisonantes, son, con frecuencia, pura filfa y grandísima mentecatería.





## ¿CARA O SELLO ?

---

En cierta noche del año 1824 hallábanse en un mezquino cuarto de posada, en la ciudad de Huamachuco, en conversación íntima, sazónada con sorbos á una taza de té y besos á una copa de ron de Jamaica, dos caballeros que vestían uniforme militar y que, por su fisonomía y acento, denunciaban de á legua su nacionalidad europea. Eran los coroneles irlandeses Arturo Sandes y Francisco O'Connor, ambos al servicio del ejército colombiano.—

O'Connor había llegado, en la tarde, á la ciudad, y como de larga data no veía á su camarada Sandes, ya supondrá el lector que tendrían mucha tela por cortar, muchas confidencias por hacerse y muchas añoranzas que compartir. Llevaban una hora de expansiva charla cuando á un discreto golpe de la puerta, anunciador de visita, contestó O'Connor: —¡Adelante!

El que venía á interrumpir el coloquio de los amigos era nada menos que el General Antonio José de Sucre, cuya frente orlaban ya los laureles de Pichincha, y que en breve obtendría también los de Junín y de Ayacucho.

O'Connor llamó al asistente, y le ordenó que sirviese taza de té y copita de ron al General.

Reanudóse la conversación, que fué toda sobre política y planes militares de campaña, y á propósito de un expreso que, pocas horas más tarde, debía salir del cuartel general con pliegos para Quito, dijo Sucre:

—Aproveche usted la oportunidad, coronel Sandes, si quiere enviar alguna carta. Yo sé que no le falta á quien escribir.

—No tengo urgencia, contestó lacónicamente el irlandés.

—Hablemos, continuó Sucre, con franqueza de soldados

y de caballeros. Sé que usted pretende, en Quito, á la hija del marqués de Solanda. Yo también pretendo casarme con esa señorita, y como nuestra sangre no se ha de derramar por otra causa que por la libertad americana, me permito proponer á usted que confiemos á la suerte nuestra pretensión. Tiremos un peso al aire para ver quien gana la mano de la marquesita.

—Convenido, General—contestó Sandes con la genial flemma irlandesa.

—Ea! O'Connor, saque usted un peso de su bolsillo—prosiguió Sucre—Elija usted, Sandes . . . .

¿Cara ó sello?

—No mi General: elija usted como mi superior.

—Precisamente, por eso no debo ser el primero en elegir. No es asunto de servicio militar . . . .

—Sino del servicio del dios Cupido—interrumpió O'Connor—servicio en que la igualdad es absoluta, pues en levas de amor no hay tallas. Déjense de cortesías, y acuérdenme el derecho de elegir.

—Muy bien! Aceptado!—contestaron á una los rivales.

—Cara para el General y sello para mi paisano, dijo O'Connor, y lanzó un peso fuerte hasta la altura del techo.

La suerte fué adversa para el coronel irlandés.

Ah! Los Libertadores! Los Libertadores!!!

En los tiempos de la capa y la espada los líos amorosos se desataban á cintarazos. Los Libertadores supieron, hasta en eso, romper con el rancio pasado, y jugaban la posesión de la dama á cara ó sello. Fueron muy hombres y . . muy *cundas*.

\* \* \*

Siendo ya Presidente de Bolivia, el General Sucre envió poder á Quito para su casamiento con la marquesa, ceremonia que se efectuó el mismo día en que el novio era herido en un brazo, al sofocar un motín revolucionario contra su gobierno.





## MONTALVAN

---

Las haciendas de *Montalván* y *Cuiva*, en el valle de Cañete, y la de *Ocucaje*, en la provincia de Ica, formaban parte de la cuantiosa fortuna del señor don Juan Fulgencio Apesteguía, segundo marqués de Torre-hermosa.

El título de Castilla de marqués de Torre-hermosa fué concedido á don Juan Fermín Apesteguía y Ubago, acaudalado vecino de Lima, el 14 de Abril de 1753, libre perpetuamente del pago de lanzas y medias-anatas, por el virrey conde de Superunda, en virtud de las facultades acordadas á éste por reales cédulas de 30 de Abril y 14 de Setiembre de 1747, y 19 de Judío de 1748. Fernando VI confirmó la concesión.

Por muerte de don Juan Fermín, recayó el título en su primogénito don Juan Fulgencio que era, en lo físico, un *feo* con *efe de fonda* de chinos, y en lo moral un *cándido* de los de sombrero con cuña.—¿Qué se vende en esta tienda?—Cabezas de borrico, contestó amostasado el mercader.—Si la de usted es la de muestra, no compro y sigo mi camino.—El cuentecito podría aplicársele al de Torre-hermosa. Pero cómo todo burro sabe irse al buen pasto, nuestro don Fulgencio escojó para esposa á la más linda muchacha de la aristocracia limeña.

Juanita Erze dió al bobalicón de su marido dos retoños que, por la pinta, denunciaban de á legua que, en lo de la paternidad, no hubo trampa. Las dos chicas salieron más feas y más tontas, si cabía, que el señor marqués.

## II

Llegó á Lima, por los años de 1779, el señor doctor don Manuel Antonio de Arredondo y Pelegrín natural del reino de Asturias, con el carácter de Oidor de esta Real Audiencia de Lima; de la cual llegó á ser Regente desde 1786 hasta 1816, año en que se jubiló. En este lapso de tiempo fué hecho por su Magestad caballero de la orden de Carlos III, camarista del Consejo de Indias y marqués de San Juan Nepomuceno, amén de que, á la muerte del virrey inglés, acaecida en Marzo de 1801, Arredondo, como presidente de la Real Audiencia, gobernó el Perú hasta Noviembre del mismo año, en que llegó el nuevo virrey Avilés. Dicen que, en esos ocho meses de mando interino, lo hizo muy *regularcito*.

Era el de Arredondo un buen mozo á carta cabal, y hombre de clarísima inteligencia; pero gozaba la triste reputación de no ser escrupuloso de conciencia, tratándose de adquirir dinero. No se paraba en barras y atropellaba por todo.

Casó, en primeras nupcias, con doña Juana Micheo Jiménez y Lobatón, de la familia de los marqueses de Rocafuerte, la cual doña Juana era viuda del Oidor Rezabal y Ugarte, que funcionó en la Audiencia de Lima, y más tarde fué Regente de la de Chile. La plazuela de la Micheo, vecina á la de San Juan de Dios, debió su nombre á la circunstancia de estar situada en ella la casa de esta noble dama, que fué notable por su belleza y virtudes. Quizá por lo último, el de Arredondo encontraba algo sosa la breve matrimonial, y se echó á merodear en el cercado ajeno. La mujer del marqués de Torre-hermosa fué para él la fruta de tentación; y como don Fulgencio vino al mundo predestinado *para serlo*, y mansísimo, la cosa marchó á pedir de boca. El de Arredondo pasaba, sin tropiezo, de los brazos de una Juana á los de otra Juana. Todo quedaba entre tocayas.

Afectóse la señora Micheo al tener, por una oficiosa amiga, noticia de la jugarreta de su cónyuge; y á tal extremo se la melancolizó el ánimo que, en breve, fué al hoyo, dejan-

do libre y viudo al flamante marqués de San Juan Nepomuceno.

Ocurrióse á éste, entónces, pensar que la aritmética divina no anduvo muy atinada en la regla de división; pues á un *tetelememe* como el de Torre-hermosa le había asignado, aparte de muchas casas en la ciudad, las valiosísimas haciendas de Montalván, Cuiva y Ocucaje, con mil quinientas piezas de ébano (esclavos) para el cultivo de las tres. Nada más hacedero que enmendarle á Dios la cuenta.

Empezaba ya el rún-rún de la emancipación americana, y los nombres de Washington, y de Iturbide, y de Miranda, y de San Martín, y de Bolívar y de otros próceres bullían en todas las bocas, ensalzados por unas y deprimidos por otras. El marqués don Fulgencio (que hasta en eso fué cándido) dió en la flor de echarla de *patriota*, si bien su patriotismo no pasaba de *boquimini*; y el de Arredondo, que era el consejero íntimo del virrey Abascal, encontró, en el patriotismo del hombre á quien servía de Cirineo, el mejor pretexto para eliminar al compañero. El de Torre-hermosa fué reducido á prisión por insurgente, y despachado á España bajo partida de registro; y tan bien *despachado* que murió en el viaje.

Viudo el Regente y viuda la marquesa se unieron *in facie ecclesie* ambas viudedades, y empezó el de Arredondo á manejar, como propia, la ingente fortuna de las dos niñas herederas de Apesteguía. Pero las muchachas, aunque feas como espantajos de maizal, y tontas como charada de periodista ultramontano, podían encontrar marido, por amor á sus monedas, y reclamar la paterna herencia, idea que bastaba para que el señor padrastro frunciera el entrecejo.

### III

Mucho murmurábase, en Lima, de que el Regente pasara con su familia largas temporadas en Montalván, con daño de los asuntos á la Audiencia encomendados; pero ¿quién podría hacer entrar en vereda á tan alto personaje?

En una de esas prolongadas residencias en la hacienda, sucedió que, estando las dos chicas en el corredor de la casa, se las presentó una muger del vecino pueblo de Cañete,

vendiendo *mates* de frejoles colados. Las muchachas, que eran golosas por ese dulce, compraron un *matesito*, y una hora después eran presa de convulsiones y dolores atroces en el estómago, siendo inútil, para salvarles la vida, la ciencia toda, que no sería gran cosa, del matasanos ó médico de Montalván.

Sobrentendido está que el Regente ordenó á cualquier gobernadorcillo ó alcalde de monterilla que levantase sumario, que se llenó la fórmula, que no fué habida la dolcera, y que, por falta de datos, se abandonó la causa. La voz pública, si bien creía á la marquesa libre de culpa en el doble envenenamiento, no era tan benévola para con su señoría el de San Juan Nepomuceno.

Así quedó doña Juana Erze de Arredondo como heredera universal de la sucesión de Apesteguía. Pero ella, que vió quizá sin sentimiento la muerte de su primer marido, no fué de estuco ante la violenta desaparición de las hijas de sus entrañas, y á poco tiempo dejó de existir instituyendo por heredero á su marido, acto que, sin duda, no fué muy claro y legal porque, andando el tiempo, vinieron de España deudos de doña Juana, y entablaron pleito á la señora doña Ignacia Novoa, viuda del brigadier don Manuel de Arredondo y Miaño, sobrino y heredero del Regente. Fué éste muy ruidoso litigio, del que prescindimos para no herir suceptibilidad de contemporáneos; y eso que habría tela como para cortar un buen sayo á jueces, abogados y escribanos.

El Regente murió en 1821, tres ó cuatro meses después de *entrada la patria*. Sus bienes se secuestraron por el gobierno independiente, y más tarde las haciendas de *Montalván* y *Cuiva* fueron obsequiadas por el Congreso al general don Bernardo O'Higgins, ex-Director Supremo de la República de Chile.

En la época de la Consolidación (1851 á 1853) se reconoció ese famoso crédito en favor de la señora Novoa, reconocimiento que motivó las, históricamente famosas, *Cartas de Elías*, que fueron como la campanada de la revolución que derrocó al gobierno del presidente constitucional general Echenique.

Sépase, pues, que Montalván significa hasta una guerra civil.

## IV

Que sobre Montalván ha pesado siempre algo de fatídico y misterioso, acabaremos de probarlo con la historia de sus últimos poseedores hasta 1870.

Dos ó tres años después de establecidos en el fundo don Bernardo O'Higgins y su hermana doña Rosa, ésta dió á luz un niño, que recibió en las aguas bautismales el nombre de Demetrio. ¿Quién fué el padre del infante? Misterio! Nosotros no hemos de repetir los decires de la maleficencia ó de la calumnia.

Montalván, heredado por don Demetrio á la muerte de doña Rosa, progresó muchísimo y enriqueció al joven, quien se echó á viajar desplegando más boato que Montecristo. A su regreso de Europa, se encontró con que los administradores habían abusado de su confianza y descuidado la hacienda. Don Demetrio tuvo que volver á consagrarse á la faena agrícola. Pasaba tres ó cuatro meses en Montalván y uno ó dos en Lima, á donde lo atraían sus relaciones amorosas con una bella criatura.

Una tarde recibió O'Higgins, por un expreso, carta de la capital, en que le participaban que su amada Cármén había muerto al dar á luz una niña, vivo retrato de don Demetrio. Inmediatamente contrató pasaje en el vaporcito que debía zarpar, al otro día, de Cerro-Azul para el Callao.

Aquella noche murió don Demetrio O'Higgins envenenado con esencia de almendras amargas, en una copa de aguardiente.

¿Fué casualidad? ¿Fué suicidio? Fué crimen cometido por persona interesada en que muriese el propietario de Montalván? Misterio y siempre misterio!







## EL CORONEL FRAY BRUNO

---

¿Fraile y coronel?  
Libreme Dios de él.

Entre los españoles del ejército realista, que sucumbió en la batalla de Ayacucho, eran muy repetidas, y alcanzaron autoridad de refrán, estas palabras:—*Fraile y coronel? Libreme Dios de él.*—Voy, pues, á emprender un ligero estudio biográfico del personaje que motivó el dicho, apoyándome en noticias que contemporáneos suyos me han proporcionado, y en documentos oficiales que á la vista tengo sobre mi mesa de trabajo.

### I.

Por los años de 1788 nació en el pueblo de Mito, á pocas leguas de Jauja, un muchacho, hijo de india y de español, á quien inscribieron en el libro parroquial con el nombre de Bruno Terreros.

Despejado era el rapaz, y cobrándole afición uno de los religiosos de Ocopa, llevólo al convento, hizole vestir la jeriga de novicio y, cuando lo vió espedito en el latín de Nebrija y en la filosofía de Heinecio, enviólo á Lima muy recomendado al guardián de San Francisco.

En breve Bruno Terreros, en cuya moralidad no hubo pero que poner, y cuya aplicación era ejemplar, se aprendió de coro un tratado de teología dogmática, y en 1810 recibió la orden del subdiaconado.

Años más tarde, el arzobispo Las-Heras lo nombró coadjutor del curato de Chupaca, y en esa condición se hallaba cuando estalló la guerra de Independencia. Fray Bruno se distinguía por la austeridad de sus costumbres y por llenar, conforme al espíritu del Evangelio, los deberes de su sagrado ministerio. Con esto, dicho está que fué muy querido de sus feligreses.

En la plática dominical fray Bruno se mostraba más realista que el rey, y decía que la revolución americana era cosa de herejes, fracmasones y gente pervertida por la lectura de libros excomulgados. Añadía que eso de derechos del hombre, y de patria y libertad, era pampiroladas sin piés ni cabeza; y que pues el rey nació para mandar y la grey para obedecer, lo mejor era no meterse á descomponer el tinglado, ni en barullos que comprometen la pelleja en este mundo y la vida eterna en el otro. Y con esto, amados oyentes míos, que viva el rey, y viva la religión, y viva la gallina, aunque sea con su pepita.

Vino el año de 1822, y con él la causa de la monarquía se echó á dar manotadas de ahogado. Los realistas cometieron estorsiones parecidas á las que, un año después, ejecutára Carratalá en Cangallo. Hubo templos incendiados, la soldadesca se entregó sin freno al pillaje de alhajas y objetos sagrados, y se escarneció á los sacerdotes, hasta el punto de que el jefe español Barandalla hiciera fusilar al cura Cerda.

Un capitán realista, al mando de sesenta soldados, llegó á Chupaca y amenazó á fray Bruno con darle de *patadas*, si no le entregaba un cáliz de oro. Nuestro humilde franciscano convirtiéndose en irritado león, amotinó á los indios, y la tropa escapó á descalza-perros.

Desde ese día fray Bruno colgó los hábitos, se plantó al cinto sable y pistolas y, trabuco en mano, se puso á la cabeza de doscientos montoneros, lanzando antes este original documento, que así puede pasar por proclama como por sermón ó pastoral.

«Compatriotas y hermanos muy amados:—Penetrado de los sentimientos naturales y revestido con las sagradas vestiduras de mi carácter, os anuncié muchas veces, desde la cátedra del Espíritu Santo, la felicidad de los peruanos, que ha de resultar después de las guerras. Y ahora, poseído de dolor, me veo precisado á tomar el sable desnudo, como

defensor de la religión, solo con el objeto de derribar esas felicidades lisongeras con que los tiranos nos tienen engañados, por saciar sus codiciosas ambiciones. Testigos los templos sagrados destruidos, violados los santos Evangelios de Jesucristo, y sus miembros perseguidos.—Sacerdotes del Altísimo, llorad con lágrimas de sangre, al ver convertidas en cenizas las casas de oración y los tabernáculos en astillas, por llevarse los vasos sagrados y las custodias con la Majestad colocada. Esos sacrílegos españoles, plegue á Dios, y hago testigos á los ángeles y á toda la corte celestial, que á todo trote caminan al extremo de su total ruina. Jamás levantó el brazo Jesucristo, sino cuando vió su templo infamado con ventas y comercios. Yo jamás hubiera tomado el sable, si no hubiera visto los santuarios servir de pesebreras de caballos. Separaos, verdaderos y fieles patriotas, y dejad solos á los contumaces en su desgraciada obstinación.»

Este curioso documento nos revela el temple de alma del franciscano. Inviéstese inmediatamente de un título militar, sin desdeñar por eso el que le correspondía por su condición religiosa. Así, sus proclamas y órdenes generales iban encabezadas con estas palabras:—*El Coronel fray Bruno Terreros.*

En el ejército argentino que San Martín condujo al Perú, vinieron también algunos frailes que colgaron los hábitos para vestir el uniforme militar. El más notable entre ellos fué fray Félix Aldao, de la orden de la Merced, capellán de un regimiento, que, sable en mano, se metía siempre en lo más reñido del combate. Aldao ganó en el Perú una fuerte suma al juego, y llevándose, con disfraz de paje, á una linda muchacha á quien sedujo, alcanzó durante la época de Rosas la clase de General. El fraile Aldao se entregó furiosamente á la embriaguez y á la lascivia, no dejó crimen por cometer como seide del tirano argentino, y murió (ejerciendo el cargo de gobernador ó autócrata en Mendoza,) devorado por un cáncer á la cara, blasfemando como un poseído.

Como se vé, el fraile Aldao fué un apóstata y su conducta no admite disculpa. Por el contrario, si el franciscano Terreros tomó las armas lo hizo, como lo revela su proclama, impulsado por un sentimiento religioso, exagerado acaso pero sincero.

Ni Vidal, ni Guavique, ni *Agustín el largo*, ni el famoso *Cholo-fuerte*, jefes de los guerrilleros, que tanto hostilizaron á las tropas realistas, igualaron en corage, actividad y astucia al coronel fray Bruno Terreros. Para él la guerra tenía el carácter de guerra religiosa, y sabía inflamar el ánimo de sus montoneros, arengándoles con el Evangelio en una mano y el trabuco en la otra, como lo hicieron en Francia los sacerdotes de la Vendée. Los hombres que le seguían asistían á la misa que su caudillo celebraba, en los días de precepto, y algunos se hacían administrar por él el sacramento de la Eucaristía. Aquellos guerrilleros, más que por su patria, se batían por su Dios. Morir en el combate era, para ellos, conquistarse la salvación eterna.

Vive aún (1878) en el convento de San Francisco un respetable sacerdote (el padre Cepeda) que recuerda haber visto llegar á la plazuela de la iglesia á fray Bruno, seguido de sus guerrilleros, y que, apeándose con gran agilidad, se dirigió á la sacristía, de donde salió revestido y celebró misa en el altar de la Purísima, con no poca murmuración de beatas y conventuales.

Cuentan que fray Bruno Terreros trataba sin misericordia á los españoles que tomaba prisioneros después de alguna escaramuza, y que su máxima era:—de los enemigos los menos.—Pero esta aseveración no la encontramos suficientemente comprobada en los boletines y gacetas de aquella época.

Lo positivo es que el nombre del franciscano llegó á inspirar pánico á los realistas, dando origen al refrán que dejamos apuntado.

Papel no menos importante que Terreros hizo, en la guerra de Independencia, otro sacerdote de la orden seráfica. El teniente coronel fray Luis Beltrán fué quien fundió los cañones que trajo San Martín á Chacabuco. En el Perú prestó también á la causa americana útiles servicios, como jefe de la maestranza y parque; pero desairado un día, en Trujillo, injustamente por el Libertador, fray Luis Beltrán intentó asfixiarse. Aunque salvado á tiempo por un amigo, nuestro franciscano quedó loco. La *figurita*, como llamaba el infeliz patriota á Bolívar, era el tema constante de su locura.

El comandante Beltrán regresó á Buenos Aires, donde volvió á vestir el santo hábito, muriendo poco tiempo después.

## II.

Afianzada la Independencia, renunció fray Bruno su clase de coronel, solicitando de Bolívar, por toda recompensa de sus servicios á la causa nacional, el permiso de volver á su convento. El guardián de San Francisco vió la pretensión de mal ojo, recelando sin duda que el ex-guerrillero trajese al claustro costumbres belicosas. Informado de ello Bolívar, se dirigió al gobernador del arzobispado con los dos oficios siguientes:

Marzo 4 de 1825.—*Al Gobernador del Arzobispado.*—Cuando por el feliz estado de las cosas ha creído el coronel don Bruno Terreros que sus servicios no son de necesidad, ha solicitado del gobierno permiso para retirarse á sus claustros del convento de San Francisco, de cuya religión es hijo; y Su Excelencia el Libertador, teniendo por esta solicitud toda la consideración que ella se merece, por la conocida piedad que ella demuestra, se ha servido acceder; y en su consecuencia, ha quedado el coronel Terreros separado del servicio y en estado de restituirse á su convento. Pero como no sería justo que se echase en olvido ni viese con indiferencia la buena conducta que el coronel Terreros ha observado, mientras ha estado sirviendo al gobierno, y los muchos é importantísimos servicios que ha prestado á la causa nacional en críticas circunstancias, Su Excelencia el Jefe Supremo de la República me manda recomendar á US. al espresado coronel Terreros, con el doble objeto de que su señoría lo atienda, dándole una colocación correspondiente á su distinguido comportamiento y de que, valiéndose de los respetos de Su Excelencia mismo, tome las medidas que sean conducentes, á fin de que los prelados de San Francisco vean á Terreros con el aprecio y consideraciones que tan justamente se ha grangeado.—Me suscribo de Useñoría atento servidor.—*Tomás Heres.*

Marzo 4 de 1825.—*Al Gobernador del Arzobispado.*—Su Excelencia el Libertador encargado del mando supremo de la República, ruega y encarga al Reverendo Gobernador Metropolitano que el padre fray Bruno Terreros, por

sus grandes servicios á la patria, por su buena conducta y aptitudes sacerdotales, sea habilitado para obtener en propiedad cualquier beneficio con anexa cura de almas y que, si es posible, se le dé colación del curato de Chupaca, previo el correspondiente exámen sinodal.—El ministro que suscribe se ofrece de Useñoria atento servidor.—*Tomás Heres.*

---

En 25 de Agosto de 1825 (dice el autor de la *Historia del Perú Independiente*) fué nombrado Torreros cura de Mito, beneficio que prefirió á otros por ser el lugar de su nacimiento. En su nueva vida religiosa olvidó sus costumbres de guerrillero; y fué tan solícito en el cumplimiento del deber sacerdotal que, en 1827, al atravesar el río de Jauja para ir á confesar á un moribundo, desoyendo el ruego de algunos indios que le pedían no se venturase por estar el río muy crecido, fué arrastrado por la corriente y pereció ahogado.

Tal fué, á grandes rasgos, el hombre por quien se dijo:—*Fraile y coronel? Líbrenos Dios de él.*





## EL PRIMER GRAN MARISCAL

---

El nombre del primer peruano que invistió, en la patria, la alta clase de Gran Mariscal del ejército, es casi desconocido para la generación actual. Aun los historiadores de la época de la Independencia apenas si hacen de él mención.

En cuanto á su desgraciado fin, pues concluyó por suicidarse, es tan ignorado en el Perú, como su hoja de servicios,

No entra en nuestro propósito escribir una biografía sino consignar sencillamente los datos personales que, sobre nuestro primer Gran Mariscal, adquirió el escritor bonaerense don Vicente G. Quezada, datos que ampliamos con los que, en cartas, nos han comunicado nuestro benévolos amigos los señores don Ricardo Trelles, don José María Zubiría, don Angel Justiniano Carranza y el general argentino don Gerónimo Espejo, ayudante de San Martín.

---

Don Toribio de Luzuriaga nació en Huaráz el 16 de Abril de 1782, y fueron sus padres doña María Josefa Mejía Estrada y Villavicencio (huarasina) y el vizcaino don Manuel de Luzuriaga y Elgarresta, acaudalado comerciante que se ocupaba en el rescate de pastas.

A la edad de 15 años, en 1797, era don Toribio amanuense del gobernador del Callao marqués de Avilés, quien le profesaba tan paternal cariño que, al ser promovido á la presidencia de Chile, lo llevó consigo. Nombrado Avilés virrey de Buenos Aires, acompañólo también Luzuriaga y allí obtuvo, en Junio de 1801, el empleo de alférez en un re-

gimiento de caballería. Sus ascensos, hasta el de capitán, los alcanzó batiéndose contra los ingleses, en 1806 y 1807.

Al estallar la revolución del 25 de mayo de 1810, era ya Luzuriaga comandante de artillería, y contribuyó no poco al buen éxito del movimiento.

---

Según Vicuña Mackenna, la elegancia y exquisitos modales de Luzuriaga influyeron mucho en el adelanto de su carrera. Llevaba en su físico un pasaporte que le conquistaba universales simpatías. Era del número de los favorecidos por Dios con varonil belleza, palabra halagüeña y despejada inteligencia. Así se explica que, después de haber desempeñado en Buenos Aires el cargo de director de la Academia militar, fuera en 1813, á los doce años de servicio, coronel del batallón número 7, encargándosele, aunque interinamente, del despacho del ministerio de Guerra.

---

De regreso del Alto Perú donde estuvo á órdenes de Belgrano, Balcarcel y Castelli, batiéndose contra las aguerridas tropas de España, fué ascendido á general; y en 1816 mereció ser nombrado gobernador de la provincia de Cuyo (Mendoza). En este importantísimo y delicado empleo, auxilió eficazmente la expedición de San Martín sobre Chile. Y tanto, que debióse á su actividad y acertados cálculos la memorable hazaña del paso de los Andes; y el gobierno argentino lo autorizó para reemplazar á San Martín, en el mando del ejército, si ocurría alguna eventualidad no prevista.

En Febrero de 1821, Chile, que había condecorado á Luzuriaga con la Legión de Mérito, le confirió la clase de Mariscal de campo.

---

San Martín que amaba á Luzuriaga como á leal hermano, y que, además, era padrino de uno de sus hijos, lo comprometió para que, renunciando la gobernación de Cuyo, lo acompañase á acometer más árdua empresa. Luzuriaga no había olvidado que era nacido en el Perú, y no vaciló un



momento. En Lima, fué condecorado con el distintivo de la Orden del Sol; y el 22 de Diciembre de 1821 obtuvo el ascenso á Gran Mariscal del Perú.

---

Corta fué la permanencia de Luzuriaga en su patria. Después de desempeñar satisfactoriamente una misión en Guayaquil, sirvió, por pocos meses, la prefectura ó presidencia de Huaráz, y luego regresó á Buenos Aires con el encargo, segun Paz Soldán, de influir cerca de Puirredón en el desarrollo del plan monarquizador que Garcia del Río y Paroissien iban á iniciar en Europa.

---

Cuando, en 1825, la anarquía empezó á enseñorearse del territorio argentino, Luzuriaga, que se inclinaba al partido presidencial, se retiró á la vida privada, no queriendo militar en bando opuesto al de su hermano don Manuel, entusiasta partidario de Dorrego.

Compró entonces, en subido precio, y comprometiendo su crédito para conseguir los capitales precisos, la estancia de Fontezuelas, confiando en que pocos años de asiduo trabajo bastarian para libertarlo de acreedores.

Pero la guerra civil que, en 1829 y 1830, devastó la *campaña* del norte, puso á nuestro compatriota casi en condición mendicante.

Comprobando el estado de penuria á que se vió reducido, nos refiere el señor Trelles:—«Luzuriaga tuvo que vender á « don Pedro de Angelis todas sus condecoraciones, adquiridas en la guerra de la Independencia, entre las cuales « figura una, que es personal, pues le fué decretada por haber descubierto y sofocado la conspiración de los prisioneros españoles en San Luis (1819). Las condecoraciones del Gran Mariscal fueron vendidas por el señor de « Angelis, en 1852, al doctor Lama, quien las conserva hoy « en su valiosa colección de medallas americanas. »

---

En 1835 publicó Luzuriaga, en Buenos Aires, un folleto documentado sobre los motivos que tuvo para hacer dimisión del mando de la provincia de Cuyo y afiliarse con San Martín, en la expedición libertadora que vino al Perú. También dió á luz, por entonces, una exposición relativa á los servicios que prestara en Guayaquil.

---

Las decepciones y sufrimientos produjeron en el organismo de Luzuriaga un principio de reblandecimiento cerebral. Su palabra se hizo lenta, su paso vacilante, y lo acometieron accesos de profundísima melancolía.

---

« El gran Mariscal del Perú don Toribio Luzuriaga (dice Quezada) tuvo un momento de debilidad. Acosado por la pérdida de su fortuna, aquel espíritu varonil se amilanó y puso término á su larga y trabajada existencia. La desgracia produce un vértigo que no disculpa, pero que explica ciertos desastres. »

Fué el 4 de Mayo de 1842, y á los sesenta años de edad, cuando el cañón de una pistola puso tristísimo fin á la angustiosa existencia de nuestro desventurado compatriota.

---

La clase de Gran Mariscal, equivalente á la de Capitán General en España, era, en la gerarquía militar, el *sumum* de las aspiraciones de nuestros hombres de espada. Cuantos motines de cuartel y cuanta sangre ha costado á mi patria ese tan codiciado ascenso! Felizmente, la Constitución política de 1860 se encargó de proscribirlo.

En ese año, investían el mariscalato don Miguel San Roman, don Ramón Castilla y don Antonio Gutierrez de La Fuente, tres soldados de la época de la Independencia que llegaron á ceñir la banda presidencial. Para un Gran Mariscal, el mando supremo de la república era un accesorio. A un Gran Mariscal no le era lícito morir sin haber sido gobierno.

Con La-Fuente, que falleció en 1878, murió el último

Gran Mariscal del Perú. En el desprestijio que pesa sobre el cesarismo con uniforme; cuando los pueblos empiezan á acatar, como dogma evangélico, el principio de que las glorias alcanzadas por la pluma, son más consistentes que las obtenidas por el sable, no hay que temer la resurrección de los grandes mariscalatos. ¡Dios mio! Haz que, como pasó para el mundo la época del predominio frailesco, acabe de pasar para la América la de las charreteras y entorchados





## SAN ANTONIO DEL FONDO

---

Por los años de 1838 á 1842 era, todos los Sábados, la avenida de Mercedarias un horiniguero de mujeres, no solo de las clases popular y media sino hasta de la aristocracia, que entraban y salían al, hasta hoy, conocido con el nombre de callejón del Fondo.

Aquello era una verdadera romería para la gente devota que iba á solicitar milagros de una efigie de San Antonio, á la cual una beata que, por vieja y fea, era ya de todo punto mujer infumable, que habitaba dos cuartos en el antedicho callejón del Fondo, tributaba fervoroso culto.

En el primero de los cuartos que mediría, sobre poco más ó menos, seis varas cuadradas, veíase un primoroso altarico sobre el que, entre columnas cubiertas por exvotos de oro y plata, se alzaba la efigie del santo, finamente labrada en piedra de Huamanga.

Hacia los honores á los visitantes de la capilla el confesor de la beata, que era un fraile francisco, más flaco que esqueleto de sardina, cuyo nombre he olvidado, y aunque lo recordara eso ni da ni quita interés á mi relato.

En un extremo de la capilla veíase un buzón en que las devotas, aparte de una moneda de plata como ofrenda para el mantenimiento del culto, depositaban una carta ó memorial dirigido á San Antonio, pidiéndole que se empeñase con Dios para obtener la realización de tal ó cual anhelo, y fuese la salud para un enfermo, un empleo para un deudor ó el premio gordo de la lotería próxima. Hasta los pícaros y las doncellas de malandanza tenían algo que pedirle á santo.

Lo seguro, para la beata y el confesor, era una cosecha semanal de pesetas, que nunca bajó de diez pesos.

Regresaban devotos y devotas el Sábado siguiente, y después de nueva ofrenda monetaria, les entregaba la beata, en representación del Santo, el memorial despachado, si no siempre con un decreto de interpretación sibilina, de esos que el vulgo llama

bambolla! bambolla!  
ni pan ni cebolla,

por lo menos con un—veremos—se hará lo que se pueda—confíe en Dios—no pierda la esperanza. Y no fué raro encontrarse con un—como lo pide la suplicante—sobre todo cuando la solicitud se reducía á pedirle novio á San Antonio, que era, hasta aquellos años, el Santo casamentero por excelencia. Por eso dijo un poeta de mi tierra:

¿A qué de Celestinas el servicio  
si, encendiéndole un cirio á San Antonio,  
consiguen las muchachas matrimonio?  
Pues, señor, tiene el santo buen oficio!

Persona que de estas cosas sabe me asegura que San Antonio ha sido destronado por San Expedito, que es hoy el Santo á la moda para proveer de marido á niñas crédulas y alborotadas.

Por el mes de Junio no era chico el toletole que se armaba, entre los devotos y devotas, para el novenario y fiesta de San Antonio. Hasta misa y sermón hubo el año 42, y vísperas con castillo de fuego en la puerta del callejón. El día de la fiesta repartió la beata, entre la concurrencia, mucha *mixtura* y una decimita (que á la vista tengo) impresa en papel verde, fruto primerizo de una joven que acababa de declararse en estado de poetisa.

### A San Antonio del Fondo

Oh! glorioso San Antonio  
que, en humilde callejón,  
sin hacer ostentación  
avasallas al demonio,

sigue dando testimonio  
de tu poder infinito,  
y alcanza de Dios bendito,  
como celeste laurel,  
gracias para todo aquel  
que á tí las pida contrito.

El escándalo llegó, á la postre, á oídos del arzobispo, que lo era á la sazón el franciscano padre Arrieta, quien hizo venir á su presencia al hermano capellán de San Antonio del Fondo, y lo conminó á que, sin alboroto, pusiese término á mojiganga que no era más que una de las muchas verrugas que nos legara el pasado. La superstición y el fanatismo son plantas que echan raíz muy honda.

En los *Avisos* de Jerónimo Barrionuevo, correspondientes al año 1665, habría leído, probablemente, nuestro simoniacofraile, que una vez despachó San Antonio el memorial de una señora, que le pedía al Santo trajese á buen camino á su marido que andaba un mucho estraviado, con el siguiente decretito:—Hermana, acuda á San Cayetano, que á lo que pide no alcanzan ni mi influencia ni mi mano.

Y en que lo leyó el franciscano limeño no cabe para mí dudar; pues el Sábado inmediato recibieron todas las peticionarias el respectivo memorial con este proveído:—Ya no despacho.

De aquí dedujeron los profanos que en el cielo había habido crisis, y que San Antonio estaba en la categoría de ministro cesante y sin pizca de favor para con el que le quitó la cartera.

A santo que se niega á despachar ó que no hace ya milagros, no hay por qué visitarlo ni rezarle—dijeron mis paisanitas—y desde ese día no volvió San Antonio del Fondo á ser importunado por pedigüeñas, ni volvió el buzón á recibir pesetas.





## EL PADRE PATA

---

A viejos y viejas oí relatar, allá en los días de mi infancia, como acaecido en Chancay, el mismo gracioso lance á que un ilustre escritor argentino da por teatro la ciudad de Mendoza. Como no soy de los que se ahogan en poca agua, y como en punto á cantar homilías á tiempos que fueron tanto da un teatro como otro, ahí va la cosa tal como me la contaron.

---

Cuando el General San Martín desembarcó en Pisco con el ejército patriota, que venía á emprender la ardúa faena complementaria de la Independencia americana, no faltaron ministros del Señor que, como el obispo Rangel en Maynas, predicasen atrocidades contra la causa libertadora y sus caudillos.

Que vociferen los que están con las armas en la mano y arriesgando la pelleja, es cosa muy puesta en razón; pero no lo es que los ministros de un Dios de paz y concordia sean los que más aticen el fuego. Parécense á aquel que en la catástrofe de un tren daba alharidos—¿Por qué se queja usted tanto?—Porque al brincar se me ha desconcertado un pié—Cállese usted, so marica. Quejarse por un pié torcido, cuando ve tanto muerto que no chilla !!!

Desempeñando interinamente el curato de Chancay estaba el franciscano fray Matías Zapata, que era un godo de primera agua, el cual, después de la misa dominical, se dirigía á los feligreses exhortándolos para que se mantuviesen

fieles á la causa del rey, nuestro amo y señor. Refiriéndose al Generalísimo, lo menos malo que contra él predicaba era lo siguiente:

— Carísimos hermanos: sabed que el nombre de ese pícaro insurgente San Martín es, por sí solo, una blasfemia; y que está en pecado mortal todo el que lo pronuncie, no siendo para execrarlo ¿Qué tiene de santo ese hombre malvado? ¿Llamarse San Martín ese sinvergüenza, con agravio del caritativo santo San Martín de Tours que dividió su capa entre los pobres? Confórmese con llamarse sencillamente Martín, y le estará bien, por lo que tiene de semejante con su colomboño el pérfido hereje Martín Lutero, y por que como éste tiene que arder en los profundos infiernos. Sabed, pues, hermanos y oyentes míos, que declaro excomulgado vitando á todo el que gritare ¡viva San Martín! por que es lo mismo que mofarse impiamente de la Santidad que Dios acuerda á los buenos.—

No pasaron muchos domingos sin que el Generalísimo trasladase su ejército al norte, y sin que fuerzas patriotas ocuparan Huacho y Chancay. Entre los tres ó cuatro vecinos que, por amigos de la *justa causa*, como decían los realistas, fué preciso poner en chirona, encontróse el energúmeno frailuco, el cual fué conducido ante el excomulgado caudillo.—Con que, seor godo—le dijo San Martín—¿es cierto que me ha comparado usted con Lutero y que le ha quitado una sílaba á mi apellido?

Al infeliz le entró temblor de nervios, y apenas si pudo hilbanar la excusa de que había cumplido órdenes de sus superiores, y que estaba llano á predicar devolviéndole á su señoría la sílaba.—No me devuelva usted nada y quédese con ella—continuó el General;—pero sepa usted que yo, en castigo de su insolencia, le quito también la primera sílaba de su apellido, y entienda que lo fusilo sin misericordia el día en que se le ocurra firmar *Zapata*. Desde hoy no es usted más que el padre *Pata*; y téngalo muy presente, padre *Pata*.

---

Y cuentan que hasta 1823 no hubo en Chancay partida de nacimiento, defunción ú otro documento parroquial que no llevase por firma *fray Matías Pata*. Vino Bolívar, y le devolvió el uso y el abuso de la sílaba eliminada.





## LA VIEJA DE BOLIVAR

---

Con este apodo se conoce hasta hoy (Julio de 1898) en la villa de Huailas, departamento de Ancachs, á una anciana de noventaídos navidades, y que, á juzgar por sus buenas condiciones físicas é intelectuales, promete no arriar bandera en la batalla de la vida sino después de que el siglo XX haya principiado á hacer pinicos. Que Dios la acuerde la realidad de la promesa, y después ábrase el hoyo, ya que

todo, todo en la tierra  
tiene descanso;  
todo . . . hasta las campanas  
el Viernes Santo (1)

\* \* \*

Manuelita Madroño era, en 1824, un fresquísimo y lindo pimpollo de dieziocho primaveras, pimpollo muy codiciado, así por los Tenorios de mamadera ó mozalvetes, como por los hombres graves. La doncellica pagaba á todos con desdenosas sonrisas, por que tenía la intuición de que no estaba predestinada para hacer las delicias de ningún pobre diablo de su tierra, así fuese buen mozo y millonario.

En una mañana del mes de Mayo de aquel año, hizo Bolívar su entrada oficial en Huailas, y ya se imaginará el lector toda la solemnidad del recibimiento y lo inmenso del

---

(1) El 12 de Julio escribí este artículo y ¡curiosa coincidencia! en ese mismo día falleció la nonagenaria protagonista, como si se hubiera propuesto desairar mi buen deseo.

popular regocijo. El Cabildo, que pródigo estuvo en fiestas y agasajos, decidió ofrecer al Libertador una corona de flores, la cual le sería presentada por la muchacha más bella y distinguida del pueblo. Claro está que Manuelita fué la designada como que, por su hermosura y lo despejado de su espíritu, era lo mejor de lo mejor en punto á hijas de Eva.

A don Simón Bolívar, que era golosillo por la fruta vedada del Paraíso, hubo de parecerle Manuelita *bocato di cardinale*, y á la fantástica niña antojósele también pensar que era el Libertador el hombre ideal por ella soñado. Dicho queda con esto que no pasaron cuarentaiocho horas sin que los enamorados ofrendasen á la diosa Venus.

Si el fósforo da candela  
¡qué dará la fosforera!

Y sea dicho en encomio del voluble Bolívar que, desde ese día hasta fines de Noviembre, en que se alejó del departamento, no cometió la más pequeña infidelidad al amor de la abuegada y entusiasta serrana que lo acompañó, como valiosa y necesaria prenda anexa al equipaje, en sus excursiones por el territorio de Ancachs, y aún lo siguió al glorioso campo de Junín, regresando con el Libertador que se proponía formar en el Norte algunos batallones de reserva.

Manuelita Madroño guardó tal culto por el nombre y recuerdo de su amante que jamás correspondió á pretensiones de galanes. A ella no la arrastraba el río por muy crecido que fuese.

\* \* \*

Hoy, en su edad senil, cuando ya el pedernal no da chispa, se alegra y siente como rejuvenecida cuando alguno de sus paisanos la saluda, diciéndola:

—¿Cómo está *la vieja de Bolívar*?

Pregunta á la que ella responde, sonriendo con picardía:

—Como cuando era *la moza*.





## LAS ETCÉTERAS DEL LIBERTADOR

---

### I

A fines de mayo de 1824 recibió el gobernador de la, por entonces, villa de San Idelfonso de Caráz, don Pablo Guzmán, un oficio del Jefe de Estado Mayor del ejército independiente, fechado en Huaylas, en el que se le prevenía que debiendo llegar, dos días más tarde, á la que desde 1868 fué elevada á la categoría de ciudad, una de las divisiones, aprestase sin pérdida de tiempo cuarteles, reses para rancho de la tropa y forraje para la caballada. Item se le ordenaba que, para su excelencia el Libertador, alistase cómodo y decente alojamiento, con buena mesa, buena cama y etc, etc, etc.

Que Bolívar tuvo gustos sibaríticos es tema que ya no se discute; y dice muy bien Menéndez y Pelayo cuando dice que la Historia saca partido de todo, y que no es raro encontrar en lo pequeño la revelación de lo grande. Muchas veces, sin parar mientes ello, oí á los militares de la ya extinguida generación que nos dió Patria é Independencia decir, cuando se proponían exagerar el gasto que una persona hiciera en el consumo de determinado artículo de no imperiosa necesidad:—hombre, usted gasta en cigarros (por ejemplo) más que el Libertador en agua de Colonia.

Que don Simón Bolívar cuidase mucho del aseo de su personita y que consumiera diariamente hasta un frasco de agua de Colonia, á fe que á nadie debe maravillar. Hacía bien, y le alabo la pulcritud. Pero es el caso que, en los

cuatro años de su permanencia en el Perú, tuvo el tesoro nacional que pagar ocho mil pesos ¡¡¡8,000!!! invertidos en agua de Colonia para uso y consumo de su excelencia el Libertador, gasto que corre parejas con la partida aquella del Gran Capitán:—en hachas, picas y azadones, tres millones.

Yo no invento. A no haber desaparecido en 1884, por consecuencia de voraz (y acaso malicioso) incendio, el archivo del Tribunal Mayor de Cuentas, podría exhibir copia certificada del reparo que á esa partida puso el vocal á quien se encomendó, en 1829, el exámen de cuentas de la comisaría del ejército libertador.

Lógico era, pues, que para el sibarita don Simón aprestasen en Caráz buena casa, buena mesa y etc, etc, etc.

Como las pulgas se hicieron, de preferencia, para los perros flacos, estas tres *etcéteras* dieron mucho en qué cavilar al bueno del gobernador, que era hombre de los que tienen el talento encerrado en jeringuilla y más tupido que caldo de habas.

Resultado de sus cavilaciones fué el convocar, para pedirles consejo, á don Domingo Guerrero, don Felipe Gastelumendi, don Justino de Milla y don Jacobo Campos que eran, como si dijéramos, los caciques ú hombres prominentes del vecindario.

Uno de los consultados, mozo que preciaba de no sufrir mal de piedra en el cerebro, dijo:

—¿Sabe usted, señor don Pablo, lo que, en castellano, quiere decir *etcétera*?

—Me gusta la pregunta. En priesa me ven y doncellez me demandan, como dijo una pazpuerca.

No he olvidado todavía mi latín, y sé bien que *etcétera* significa *y lo demás*, señor don Jacobo.

—Pues, entonces, lechuga ¿por qué te arrugas? Si la cosa está más clara que agua de *puquio*! ¿No se ha fijado usted en que esas tres *etcéterns* están puestas á continuación del encargo de buena cama?

—Vaya si me he fijado! Pero, con ello nada saco en mpio. Ese señor jefe de Estado Mayor debió escribir como Cristo nos enseña: pan, pan, y vino, vino, y no fatigar en que le adivine el pensamiento.

—Pero, hombre de Dios, ni que fuera usted de los que compran cebolla por no cargar rabo! ¿Concibe usted

buena cama sin una *etcétera* siquiera? ¿No cae usted todavía en la cuenta de lo que el Libertador, que es muy devoto de Venus, necesita para su gasto diario?

—No diga usted más, compañero—interrumpió don Felipe Gastelumendi—A moza por *etcétera*, si mi cuenta no marra.

—Pues á buscar tres ninfas, señor gobernador—dijo don Justino de Milla—en obediencia al superior mandato; y no se empeñe usted en escojerlas entre las muchachas de zapato de ponleví y basquiña de chamelote, que su excelencia, según mis noticias, ha de darse por bien servido siempre que las chicas sean como para cena de noche buena.

Según don Justino, en materia de paladar erótico, era Bolívar como aquel bebedor de cerveza á quien preguntó el criado de la fonda:—¿Qué cerveza prefiere usted que le sirva? ¿Blanca ó negra?—Sirvémla mulata.

—Y usted qué opina?—preguntó el gobernador, dirigiéndose á don Domingo Guerrero.

—Hombre, contestó don Domingo—para mí la cosa no tiene vuelta de hoja, y ya está usted perdiendo el tiempo que ha debido emplear en proveerse de *etcéteras*.

Y sin más discusión, y por unanimidad de pareceres, aceptó don Pablo Guzmán el cargo de Mercurio ó proveedor de *etcéteras*.

## II

Si don Simón Bolívar no hubiera tenido, en asunto de faldas, aficiones de sultán oriental, de fijo que no figuraría en la Historia como libertador de cinco repúblicas. Las mujeres le salvaron siempre la vida, pues mi amigo García Tosta, que está muy al dedillo informado en la vida privada del héroe, refiere dos trances que, en 1824, eran ya conocidos en el Perú.

Apuntemos el primero. Hallándose Bolívar en Jamaica, en 1810, el feroz Morillo ó su teniente Morales enviaron á Kingston un asesino, el cual clavó por dos veces un puñal en el pecho del comandante Amestoy, que se había acostado sobre la hamaca en que acostumbraba dormir el gene-

ral. Este, por causa de una lluvia torrencial, había pasado la noche en brazos de Luisa Crober, preciosa jóven dominicana, á la que bien podía cantársele lo de:

Morena del alma mía,  
morena, por tu querer  
pasaría yo la mar  
en barquito de papel.

Hablemos del segundo lance. Casi dos años después, un español Renovales penetró, á media noche, en el campamento patriota, se introdujo en la tienda de campaña, en la que había dos hamacas, y mató al coronel Garrido que ocupaba una de éstas. La de don Simón estaba vacía, por que el propietario andaba de aventura amorosa en una quinta de la vecindad.

I aunque parezca fuera de oportunidad, vale la pena recordar que, en la noche del 25 de Setiembre, en Bogotá, fué también una mujer quien salvó la existencia del Libertador, que se resistía á huir de los conjurados, diciéndole:—de la mujer el consejo—presentándose ella ante los asesinos, á los que supo detener mientras su amante escapaba por una ventana.

### III

La fama de mujeriego que había precedido á Bolívar contribuyó en mucho á que el gobernador encontrara lógica y acertada la descifración que de las tres *etcéteras* hicieron sus amigos, y después de pasar mentalmente revista á todas las muchachas bonitas de la villa, se decidió por tres de las que le parecieron de más sobresaliente belleza. A cada una de ellas podía, sin escrúpulo, cantársele esta copla:

de las flores, la violeta;  
de los emblemas, la cruz;  
de las naciones, mi tierra;  
y de las mujeres, tú.

Dos horas antes de que Bolívar llegara se dirigió el capitán de cívicos don Martín Gamero, por mandato de la au-

toridad, á casa de las escojidas, y sin muchos preámbulos las declaró presas; y en calidad de tales las condujo al domicilio preparado para alojamiento del Libertador: En vano protestaron las madres, alegando que sus hijas no eran godas sino patriotas hasta la pared del frente. Ya se sabe que el derecho de protesta es derecho femenino, y que las protestas se reservan para ser atendidas el día del juicio, á la hora de encender faroles.

—¿Porqué se lleva usted á mi hija? gritaba una madre.

—Qué quiere usted que haga?—contestaba el pobrete capitán de civicos—Me la llevo de orden suprema.

—Pues no cumpla usted tal orden—argumentaba otra vieja.

—¿Que no cumpla? ¿Está usted loca, comadre? Parece que usted quisiera que la complazca por sus ojos bellidos, para que luego el Libertador me fría por la desobediencia. No, hija, no entro en componendas.

Entretanto el gobernador Guzmán, con los notables, salió á recibir á su excelencia á media legna de camino. Bolívar le preguntó si estaba listo el rancho para la tropa, si los cuarteles ofrecían comodidad, si el forraje era abundante, si era decente la posada en que iba á alojarse; en fin, lo abrumó á preguntas. Pero, y esto chocaba á don Pablo, ni una palabra que revelase curiosidad sobre las cualidades y méritos de las tres *etcéteras* cautivas.

Felizmente para las atribuladas familias, el Libertador entró en San Ildefonso de Caráz á las dos de la tarde, impúsose de lo ocurrido, y ordenó que se abriese la jaula á las palomas, sin siquiera ejercer la prerogativa de una vista de ojos. Verdad que Bolívar estaba, por entonces, libre de tentaciones, pues traía desde Huaylas (supongo que en el equipaje) á Manuelita Madroño, que era una chica de dieziocho años, de lo más guapo que Dios creara en el género femenino del departamento de Ancachs.

En seguida le echó don Simón al gobernadorcillo una repasata, de aquellas que él sabía echar, y lo destituyó del cargo.

#### IV

Cuando corriendo los años, pues á don Pablo Guzmán se le enfrió el cielo de la boca en 1882, los amigos embroma-

ban al ex-gobernador hablándole del renuncio que, como autoridad, cometiera, él contestaba:

—La culpa no fué mía sino de quien, en el oficio, no se expresó con la claridad que Dios manda:

Y no me han de convencer  
con argnmentos al aire;  
pues no he de decir *Volttér*  
donde está escrito Voltaire.

Tres *etcéteras* al pié de una buena cama, para todo buen entendedor, son tres muchachas . . . . . y de aquí no apeo ni á balazos.







## EL CORPUS TRISTE DE 1812

---

### I

El 29 de Enero de 1810 se alzó en la ciudad de La Paz ignominioso cadalso, en el que fueron sacrificados don Pedro Domingo Murillo y ocho de sus amigos, por el crimen de haber enarbolado la enseña revolucionaria contra el gobierno de la metrópoli. Las últimas, pero proféticas, palabras del tan valeroso como infortunado caudillo, fueron:—Compatriotas, la hoguera que he encendido no la apagarán ya los españoles . . . ¡Viva la libertad!

En efecto; lejos de que el espectáculo del cadalso aterrizara al pueblo, volviéndolo manso para seguir tascando el freno, la idea revolucionaria se propagaba como un incendio, y el 14 de Setiembre el pueblo de Cochabamba proclamó los mismos principios por los que rindiera la existencia el mártir Murillo. Unidos los de Cochabamba á la división argentina que comandaban Castelli y Balcarcel alcanzaron, en Aroma, una importante victoria.

El virrey del Perú encomendó entonces al arequipeño don José Manuel de Goyeneche la pacificación del territorio sublevado; y el brigadier de los reales ejércitos, después de derrotar á los patriotas en la recia batalla de Guaqui, se dirigió sobre Cochabamba, donde nuevamente fueron vencidos los insurgentes en la sangrienta acción de Viluma, quedando la ciudad á merced del vencedor, quien no anduvo parco en castigos y estorsiones.

Creyendo Goyeneche aniquilado para siempre en los cochabambinos el espíritu de rebelión, se encaminó con su ejército á Chuquisaca y Potosí, para batir á los guerrilleros argentinos; pero Cochabamba se insurreccionó nuevamente, y después de prisionera y desarmada la guarnición realista, fué aclamado y reconocido en el carácter de gobernador don Mariano Antesana, criollo acaudalado y de gran prestigio en el pueblo por su ilustración y por lo enérgico de su carácter.

Goyeneche se vió forzado á desistir de la campaña iniciada sobre los rebeldes del Río de la Plata, y volvió sobre Cochabamba alentando á su ejército con una proclama, en la que decía á sus soldados que los declaraba dueños de vida y hacienda de los insurgentes, recomendándoles sólo que respetasen las iglesias y á los sacerdotes.

Aunque Antesana estaba convencido de la total insuficiencia de elementos bélicos para resistir, con probabilidades de éxito, á las bien disciplinadas y engreídas tropas del brigadier arequipeño, y opinaba por una retirada hasta reunirse con fuerzas argentinas, tuvo que inclinarse ante el entusiasmo del pueblo decidido á esperar á los españoles, en posiciones que estimaban ventajosas, á pocas millas de la ciudad. Las mujeres eran las más exaltadas, y excedió de doscientas el número de las que, armadas con fusiles, lanzas ó machetes, se enrolaron entre los combatientes. Y que en el momento decisivo no sirvieron de estorbo, sino que se batieron como leonas, lo comprueban los ochenta cadáveres de cochabambinas que, el 27 de Mayo de 1812, quedaron en las alturas de San Sebastián. En aquel feroz combate, el flamante Conde de Guaquí, sable en mano y á la cabeza de su escolta, espoleaba el caballo sobre los fugitivos, gritando—que no quede vivo uno solo de esta canalla!—Y en efecto, no se tomó un solo prisionero, y la soldadesca se entregó salvajemente al *repase* de heridos.

## II

Ocupada ese mismo día la ciudad por los vencedores, el desenfreno de éstos no tuvo límites. El saqueo, la matanza, la violación y el incendio dominaron en Cochabamba hasta la media noche del aciago 27 de Mayo.

Goyeneche, que blasonaba de católico fervoroso, pues mensualmente confesaba y comulgaba, no quiso que el Jueves 28 de Mayo, dejase de salir la procesión del *Corpus*, y dictó las órdenes del caso, á la vez que piquetes de tropa registraban las casas, para apresar á los vecinos principales denunciados como simpatizadores con la revolución vencida ó que, después de la derrota, se habían refugiado en su hogar.

El brigadier, acompañado de su Estado Mayor, en traje de parada y llevando en la mano el guión, concurrió á la fiesta que los cochabambinos bautizaron con el nombre del *Corpus Triste*. En el cortejo oficial iban diez ó doce de los notables de la ciudad, de esos que hoy llamamos *oportunistas*, y que se exhibieron, más que por devoción, por miedo á Goyeneche. En cuanto al concurso popular fué muy pequeño, pero en cambio, formaron más de ocho mil soldados. El Conde de Guaqui, con aire humilde y contrito, se arrodillaba y rezaba delante de los cuatro altares precipitadamente levantados en el trayecto que recorrió la procesión.

De cinco en cinco minutos, y á guisa de petardos, se oía una detonación de armas de fuego. En homenaje al *Corpus Triste* había dispuesto Goyeneche que, con pequeño intervalo de tiempo, se fusilase, en el cuartel de la Compañía, á los patriotas apresados en la ciudad. Cuarenta fueron las nobles víctimas.

A la una del día terminó la procesión, y hallábase Goyeneche en el salón de la casa, agasajando con refrescos á los de la comitiva, cuando se presentó un oficial llevando á don Mariano Antesana, vestido con el hábito de descalzo franciscano, pues lo habían sacado del convento de la Recoleta donde los frailes creyeron conveniente disfrazarlo, precaución que no lo salvó de un pícaro denunciante.

Viva satisfacción brilló en los ojos del Conde, y avanzando hacia el prisionero, le dijo.

—Ah! señor Antesana! Me alegro de verlo. No esperaba semejante visita que, por cierto, no me la hace usted de buena gana. Vendrá usted, arrepentido de su traición al rey nuestro señor, á pedir gracia . . .

Antesana no lo dejó continuar, interrumpiéndolo con estas palabras, según lo relata el autor de las *Memorias del último soldado de la Independencia*.

—No, señor general: no soy hombre de cometer una in-

dignidad cobarde. Estoy pronto á comparecer ante Dios.  
¡Viva la patria!

La ira enrojeció el rostro de Goyeneche, y alzó la mano crispada como en actitud de embestir al noble prisionero; mas, reportándose en breve, volvió la espalda y dijo al oficial:

—Fusilelo usted dentro de una hora, y que se confiese si quiere.

Pisaban ya el dintel de la puerta Antesana y su acompañante, cuando el Conde, como recordando algo que había olvidado, gritó:

—Ah! señor oficial! Que no le tiren á la cabeza . . . .  
la necesito intacta para clavarla en la plaza.

A las tres de la tarde sentaron á Antesana en un poyo de adobes, en la acera del oriente de la plaza. Su aspecto era sereno.

Cuatro soldados, á tres varas de distancia, dispararon sus fusiles sobre el pecho del gran patriota.

Su cabeza, clavada en una pica custodiada por un piquete de tropa, permaneció tres días en la plaza de Cochabamba.

Así festejó don José Manuel de Goyeneche, primer Conde de Guaqui, el *Corpus Christi* de 1812.





## LA CARTA DE LA LIBERTADORA

### I

Los limeños que, por los años de 1825 á 1828, oyeron cantar en la Catedral, entre la Epístola y el Evangelio, á guisa de antífona:

De tí viene todo  
lo bueno, Señor;  
nos diste á Bolívar,  
gloria á tí, gran Dios;

transmitieron á sus hijas, limeñas de los tiempos de mi mocedad, una frase que, según ellas, tenía mucho entripado y nada de cuodlibeto. Esta frase era: *la carta de la Libertadora*.

A galán marrullero, que pasaba meses y meses en chafalditas y ciquiricatas tenaces, pero insustanciales, con una chica, lo asaltaba de improviso la madre de ella con estas palabras:

—Oiga usted, mi amigo, todo está muy bueno; pero mi hija no tiene tiempo que perder, ni yo aspiro á catedrática en echacorvería. Con que así, ó se casa usted pronto, pronto, ó da por escrita y recibida *la carta de la Libertadora*.

—¿Qué es de fulano? ¿Por qué se ha retirado de tu casa? preguntaba una amiga á otra.

—Ya eso se acabó, hija, contestaba la interpelada. Mi mamá le escribió *la carta de la Libertadora*.

La susodicha epístola era, pues, equivalente á una notificación de desahucio, á darle á uno con la puerta en las narices y propinarle calabazas en toda regla.

Hasta mozconas y perendecas rabisalseras se daban tono con la frase:—Le he dicho á usted que no hay posada, y dale á desensillar. Si lo quiere usted más claro, le escribiré *la carta de la Libertadora*.

Por supuesto que ninguna limeña de mis juveniles tiempos, en que ya habían pasado de moda los versitos de la antífona, para ser reemplazados con estos otros,

Bolívar fundió á los godos  
y, desde ese infausto día,  
por un tirano que había  
se hicieron tiranos todos;

por supuesto, repito, que ninguna había podido leer la carta, que debió ser mucha carta, pues de tanta fama disfrutaba. Y tengo para mí que las mismas contemporáneas de doña Manuelita Saenz (la Libertadora) no conocieron el documento sino por referencias.

El cómo he alcanzado yo á adquirir copia de la carta de la Libertadora, para tener el gusto de echarla hoy á los cuatro vientos, es asunto que tiene historia, y, por ende, merece párrafo aparte.

## II

El presidente de Venezuela general Guzmán Blanco dispuso, allá por los años de 1880, que, por la imprenta del Estado, se publicase en Caracas una compilación de cartas á Bolívar, de las que fué poseedor el general Florencio O'Leary.

Terminada la importantísima publicación, quiso el gobierno complementarla dando también á luz las *Memorias* de O'Leary; y en efecto, llegaron á repartirse los tomos primero y segundo.

Casi al concluirse estaba la impresión del tomo tercero, pues lo impreso alcanzó hasta la página 512, cuando, por causa que no nos hemos fatigado en averiguar, hizo el go-

bierno un auto de fe con los pliegos ya tirados, salvándose de las llamas únicamente un ejemplar que conserva Guzmán Blanco, otro que posee el encargado de corregir las pruebas, y dos ejemplares más que existen en poder de literatos venezolanos que, en su impaciencia por leer, consiguieron de la amistad que con el impresor les ligara, que éste les diera un ejemplar de cada pliego, á medida que salían de la prensa.

Nosotros no hemos tenido la fortuna de ver un solo ejemplar del infortunado tomo tercero, cuyos poseedores diz que lo enseñan á los bibliófilos con más orgullo que Roschild el famoso billete de banco por un millón de libras esterlinas.

Gracias á nuestro excelente amigo el literato caraqueño Aristides Rojas, supimos que en ese tomo figura la carta de la Libertadora á su esposo el doctor Thorne. Este escribía constantemente á doña Manuelita solicitando una reconciliación, por supuesto sobre la base de lo pasado, pasado, cuenta nueva y baraja idem. El médico inglés (me decía Rojas) se habia convertido de hombre serio en niño llorón, y era, por lo tanto, más digno de babador que de corbata.

El doctor Thorne era de la misma pasta de aquel marido que le dijo á su mujer:

—Canalla! me has traicionado con mi mejor amigo.

—Malagradecido!—le contestó ella, que era de las hembras que tienen menos vergüenza que una gata de techo—¿no sería peor que te hubiera engañado con un extraño?

Toro á la plaza. Ahí va la carta.

### III

« No, no, no, no más, hombre, por Dios! ¿Porqué me hace usted faltar á mi resolución de no escribirle? Vamos  
« ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de  
« decirle mil veces que no?

« Usted es bueno, excelente, inimitable; jamás diré otra  
« cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar á usted  
« por el general Bolívar, es algo: dejar á otro marido, sin  
« las cualidades de usted, sería nada.

« Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar, y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, ó sea de la Santísima Trinidad?

« Yo sé muy bien que nada puede unirme á Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada, por ser él mi amante y no mi marido? Ah! yo no vivo de las preocupaciones sociales.

« Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos á casar; pero en la tierra, no.

« ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría que es usted muy descontentadizo.

« En la patria celestial pasaremos una vida angélica, que allá todo será á la inglesa, porque la vida monótona está reservada á su nación, en amor se entiende; pues, en lo demás ¿quienes más hábiles para el comercio? El amor les acomoda sin entusiasmo, la conversación sin gracia, la chanza sin risa, el saludar con reverencia, el caminar despacio, el sentarse con cuidado. Todas estas son formalidades divinas; pero á mí, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada á Inglaterra perpetua.

« Formalmente, sin rcirme, y con toda la seriedad de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. No, no y no.

« Su invariable amiga—*Manuela.*»

#### IV

Si don Simón Bolívar hubiera tropezado un día con el inglés, seguro que entre los dos habría habido el siguiente diálogo.

— Como yo vuelva á saber  
que escribe á mi dulcinea . . . .

— Pero, hombre, si es mi mujer!

— Qué me importa que lo sea!

¿No les parece á ustedes que la cartita es merecedora de la fama que alcanzó, y que más claro y repiqueteado no carea una gallina?





## CORONGUINOS

---

Ni después del 15 de Junio ni antes del 15 de Julio se encuentra en Lima, ni para un remedio, á un solo coronguino.

Los sirvientes de hotel, los heladeros ambulantes y los peones que la Municipalidad contrata para enlozar y empedrar las calles de la capital, son, con rarísimas excepciones, hijos todos de la que hoy es ciudad y que, hasta 1888, se conoció con el nombre de villa de San Pedro de Corongos, cabeza de la provincia de Pallasca.

El coronguino trabaja, empeñosa y honradamente, en Lima durante once meses del año, sin otra aspiración que la de tener cautivos para Junio siquiera cuarenta duros, cautivos á los que pone en libertad el día 29 festejando al santo patrono.

Es popular creencia la de que todo coronguino tiene ganado lugarcito en el cielo; gracias á que ha sabido conquistarse, en vida, el cariño del portero de la gloria eterna.

El 29 de Junio, desde que clarea el alba, empiezan los coronguinos á empinar el codo; y al medio día, hora en que el párroco saca al santo en procesión, han menudeado ya tanto las libaciones que, hombres y mujeres, están completamente peneques. Así cuando llega el momento en que las *pallas*, escojidas entre las mozas solteras más bonitas, bailan la *panatagua* delante de las andas, nunca faltan, por lo menos, media docena de coronguinos que, armados de sendos garrotes, se lanzan sobre las odaliscas con el propósito de llevárselas, á usanza chilena, por la razón ó la fuerza.

Allí se arma la gorda. Los padres y deudos de las sabinas acuden con poco brío y por pura fórmula; pero hay siempre algunos mozos del pueblo, galancetes no correspondidos por las muchachas, que, por berrinche, reparten garrotazos á la de veras sobre los raptores. Los amigos de estos acuden inmediatamente á prestarles ayuda y brazo fuerte, y en alguna festividad fué tan descomunal la batalla que hasta San Pedro resultó con la cabeza separada del tronco, lo que dió campo á los envidiosos pueblos vecinos para que bautizasen á los coronguinos con el mote de *mata á San Pedro*.

Cuando la lucha ha durado ya diez minutos, tiempo suficiente para que cada romano se haya evaporado con la respectiva sabiná, acude el Sub-prefecto con el piquete de gendarmes, y no sin fatiga consigue restablecer el orden público alterado y que siga su curso la procesión.

Es de rito que ocho días después, y sin cobrarles más que la mitad de los derechos, case el cura á las sabinas con sus raptores. Título de orgullo para toda coronguina, que en algo se estima valer, es entrar en la vida del matrimonio después de haber dado motivo para cabezas rotas y brazos desvencijados.

Las coronguinas, en su aspiración á ser robadas el día de San Pedro, tienen mucho de parecido á las antiguas chorrillanas que fincaban su gloria, no en haber sido conquistadas á garrotazo limpio, sino en casarse después de haber estado tres meses á *prueba* en casa del galán. Así los padres de la chorrillana, cuando querían convidar á alguien á la ceremonia de iglesia, empleaban la siguiente fórmula:—Participo á usted que mi hija ha salido bien de la prueba, y que se casa mañana.—Vamos! Si cuando yo digo que las buenas costumbres desaparecen, solo por ser buenas!

Después del octavario de San Pedro, cesa en Corongos todo jolgorio, y, ya sin un centavo en el bolsillo, regresan á Lima los coronguinos á trabajar de firme once meses . . para la fiesta siguiente.

## II

Que los coronguinos no inventaron la pólvora, y ni siquiera el palillo para los dientes, es artículo de fé en todo el departamento; pues hasta como heladeros quedan muy

por debajo de los indios de Huancayo. Y para que no digan que los calumnio, al negarles dotes de inteligencia, básteme relatar un hecho acaecido en 1865.

Un travieso muchacho fustigaba á un burro remolón, y tanto hubo de castigarlo que el cachazudo cuadrúpedo perdió su genial calma, y le aplicó tan tremenda cox en el ombligo que lo dejó patitieso. Acudió gente, y con ella el boticario, quien declaró que no quedaba ya más por hacer que enterrar al difunto.

Aquel año ejercía el cargo de Juez de paz en Corongos, un vecino principal llamado don Macario Remusgo, el cual á petición del pueblo, levantó sumaria información del suceso, y en vez de terminar declarando, con lo expuesto por los testigos, que la muerte del muchacho era, un hecho casual motivado por su travesura, concluyó dictando auto de prisión contra el burro.

Pero el condenado borrico se había hecho humo, y no hubo forma de encontrarlo y meterlo en la cárcel.

Y tanto se alborotaron los coronguinos celebrando la justificación y talento de su paisano Remusgo, que la cosa llegó á oídos del Juez letrado de la provincia, el cual pidió los autos, y en ellos estampó un decreto declarando la nulidad de todo lo actuado, por existir inmediato parentesco entre el juez de paz y el burro.





## LA MONJITA DE AYACUCHO

---

No sé porqué haya de ser causa de escándalo el que una monja rompa la clausura y votos (impuestos ó aceptados espontaneamente) contra las inmutables leyes de la naturaleza, á la que mal pueden contrariar las flacas criaturas terrestres. Los votos monásticos, y el de castidad perpetua sobre todo, son indefendibles en nuestra época. Subsisten por rutina ó costumbre, más que por disciplina ó necesidad de la Iglesia de Cristo. Así como una hormiga no hace verano, el que, entre cada centenar de frailes haya uno de organismo atrofiado, nada prueba en pró del celibato sacerdotal. Precisamente las excepciones sirven para vigorizar toda regla. La luz avanza, y el siglo XX, tenemos fe en ello, verá desaparecer muchas estupideces y barbaridades inventadas y mantenidas por la conveniencia del mercantilismo romano.

No somos de esos libre-pensadores que no quieren que los demás piensen libremente, sino á condición de que han de pensar como ellos piensan; pero, en medio de nuestro genial espíritu de tolerancia, no transijimos con farsas absurdas como las excomuniones, con la tiranía que sobre la conciencia se ejerce en el confesonario, con instituciones, como el jesuitismo, adversas al progreso social, y mucho menos con la subsistencia de esas asociaciones llamadas conventos de frailes y monjas, asociaciones que, en nuestros días, carecen de razón de ser. No siempre el agua es sucia; con frecuencia lo sucio es la botella. Mientras haya nidos, habrá cuervos y lechuzas ¡Abajo los conventos!

Hoy á nadie, y menos á la mujer, es lícito el aislamiento y lo que los teólogos llaman vida contemplativa, propia de ángeles espirituales y no de seres corporales. La humanidad es una inmensa colmena, y nadie tiene derecho á ser zángano en ella. En la tierra como en la tierra, y en el cielo como en el cielo.

Y hecha la moraleja, vamos ahora á la historieta contemporánea que nos ha inspirado aquella.

---

Por los años de 1848 á 1849, siendo obispo de Ayacucho el ilustrísimo señor Ofelán y prefecto el general don Isidro Frisancho, hubo una mañana gran conmoción popular en la ciudad, y no por motivo de política.

Decíase que el acaudalado agricultor don Remigio Jáuregui, personaje que en 1839 figuró mucho como diputado en el Congreso de Huancayo, había, en la noche, escalado el monasterio de las clarisas y robádose á sor Manuelita G . . . . ., monja que era, para quien no fuese un mililoto, todo lo que se entiende por bocado de cardenal.

Convencido el pueblo de que era realidad el rapto, y azuzado por algunos frailes envidiosos de la dicha de un lego, se lanzó sobre la casa de Jáuregui con el firme propósito de no dejar en ella piedra sobre piedra; y este acto de fanatismo, barbarie y justicia populachera se habría realizado, á ser el prefecto de pocos bríos. La chusma, *ad maiorem gloriam Dei*, opuso resistencia á la tropa, se cambiaron balas, hubo muertos y heridos, y el bochinche fué sofocado. Me alegre y vuelvo á alegrarme.

Entretando Jáuregui, con la paloma por supuesto, estaba en su hacienda de Huanta, á cinco ó seis leguas de Ayacucho, y sus peones, bien armados y municionados, habían también rechazado una embestida popular.

El obispo se limitó . . . á lo de siempre:—excomunió y tence perro.

La justicia, por hacer que hacemos, enredó el asunto en papel sellado, y aunque el juez llegó á librar mandamiento de prisión contra el excomulgado, no halló forma de hacerlo efectivo. A la postre, lo dejó en libertad, bajo de fianza, la causa siguió á paso de tortuga renga.

El presidente de la república y otros magnates patrocinan-

ban á Jáuregui, y tanto que, en 1851, se le nombró sub-prefecto de Huanta, por considerarlo el gobierno como hombre preciso para alcanzar el triunfo de una candidatura oficial. Fatalmente, á los belicosos huantinos les supo á chicharrón de sebo el nombramiento, y en la primera oportunidad propicia se rebelaron contra la autoridad provincial. Jáuregui y la monja escaparon milagrosamente, y fueron á refugiarse en un pueblo de la provincia de La-Mar.

Y allí vivieron tranquilamente, como vive todo matrimonio bien avenido, hasta 1860 en que *la flaca* se llevó al amante.

Cosa curiosa y que explotó á su sabor el fanatismo supersticioso! Tuvieron *trece* hijos, y todos varones. Item, los trece mamones, tan luego como eran bautizados, volaban al otro mundo.

Muerto Jáuregui volvió la monja á su convento, donde pasó veinte años de vida asaz penitente. Murió en 1881.





## ¿QUIÉN TOCA EL HARPA? JUAN PÉREZ

### ORIGEN DE ESTE REFRAN.

---

Creánme ustedes, por la cruz con que me santiguo, que en cierta villa del Perú, que no determino por evitarme desazones, existía un tocador de harpa tan eximio que, en certámen ó concurso musical, habría dejado tamañito al mismísimo santo rey David.

Juan Pérez, que así se llamaba el harpista, hacía vibrar armoniosamente las metálicas cuerdas solo por amor al arte, y nunca estimulado por las monedas que, con su habilidad, podría lucrar. No era, precisamente, rico; pero bastábanle una casita y unos terrenos bien cultivados, que de su padre heredara, para vivir en holgada medianía. No codiciaba tampoco aumento de bienes, y era feliz, á su manera, con lo que poseía y con tocar el harpa, libre de las preocupaciones y cuidados que la fortuna trae consigo.

Todo vecino precisado á festejar el bautizo de un mamón, un cumpleaños, matrimonio ú otra fiesta de familia, invitaba indefectiblemente á Juan Pérez, el cual no se hacía rogar para concurrir con su harpa y deleitar, *gratis et amore*, á los convidados. Era hombre muy querido y popular.

Cada gallo canta en su corral; pero el que es bueno, bueno, canta en el suyo y en el ajeno. A esta clase pertenecía Juan Pérez; por que, si en su casa tocaba bien, en la de los vecinos lo hacía maravillosamente. Mejor, solo Santa Cecilia en el cielo.

Si los aplausos lo embriagaban, no menor embriaguez le producian las reiteradas libaciones. Y como casi no pasaba noche sin parranda, se fué, poquito á poquito, aficionando al zumo de parra. El harpa y la copa llegaron, á la postre, á ser para él divinidades á las que tributaba fervoroso

culto. En cuanto á hijas de Eva no pasaba de ser pecado r de contrabando y á dure lo que durare, como cuchara de pan, y después,

de ella hacía tanto caso  
como el autócrata ruso  
del primer calzón de raso  
que se puso.

Frisaba ya Pérez en los cuarenta cuando Zoilita Véjar que era, como dijo el conde de Villamediana, una de tantas

santas del calendario de Cupido,

consiguió hacerlo pagar derechos en la aduana parroquial por ante su merced el padre cura.

Juan Pérez no se atuvo al refrán que dice:—ni cabra horra ni mujer machorra—y apuró el tósigo.

—Para marido sirve cualquiera, dijo para sus adentros la mozueta, como aquel pobre diablo que fué á solicitar empleo en una casa de comercio, y preguntándole el patrón si estaba espedito en el manejo de la caja, contestó:—calcule usted si lo estará quien, como yo, ha sido cinco años tambor en cuerpo de línea.

No es del todo exacto aquello de que estado cambia costumbres; por que, después de la luna de miel, que no fué larga, volvió Juan Pérez á sus casi olvidadas harpa y copa, pasándose las noches de turbio en turbio, como cuando era soltero, en las jaranas, y siempre entre participio y gerundio, es decir bebido y bebiendo.

Como Zoilita trajo al matrimonio, por todo dote, un regimiento de enamorados galanes, éstos se turnaban para acompañarla en la noche, cuidando solo de asomarse antes á la casa en que sonaran cuerdas, y preguntar—¿Quién toca el harpa? Ah! Juan Pérez—lo que equivalía á decirse: no hay cuidado de que, antes del alba, vaya el músico á interrumpirme la conversación con su oíslo.

¿Quien toca el harpa? Juan Pérez—fué, pues, frase que llegó á popularizarse adquiriendo honores de refrán, y así ya llegado hasta nosotros que la usamos familiarmente cuando, tratándose de un marido descuidado con su hogar, queremos dar á entender que lleva sobre la frente aquellos que, en los toros, son honra cuando son bien puestos, lisos y puntiagudos.





## EL DESAFÍO DEL MARISCAL CASTILLA

### REMINISCENCIA HISTÓRICA

DEDICADA Á RICARDO ORTIZ DE ZEVALLOS.



Entre el gran mariscal don Ramón Castilla y el cónsul de Francia monsieur de Saillard se pactó, en 1839, un duelo que debía realizarse un año después. Pero antes de dar á conocer la causa del desafío, y lo que impidió su realización, conviene que el lector sepa quien fué monsieur de Saillard, para que así no se vea en el caso de aquel que, ignorando lo que es un *ojo de gallo*, le preguntó á un amigo:

—¿Qué tiene usted, don Restituto, que lo veo tan aliquebrado?

—Poca cosa . . . un maldito ojo de gallo que me está haciendo ver estrellas.

—Hombre, eso es muy serio . . . Al ojo con el codo . . . No se descuide, y vea hoy mismo al oculista.

## I

A fines de 1829 la fragata francesa *Moselle*, de 60 cañones, se detuvo, sin fondear, frente á Valparaíso, el corto tiempo preciso para que desembarcase el vizcondé de Espinville que venía investido con el carácter de vice-cónsul, pues, por aquéllos tiempos, Inglaterra y Francia no acreditaban Ministros cerca de las nacientes repúblicas america-

nas sino Cónsules generales, á los que auxiliaba un vice-cónsul ó canciller.

La *Moselle* continuó su viaje para el Callao conduciendo también á monsieur de Saillard, vice-cónsul nombrado para el Perú.

Ambos agentes consulares eran tipos opuestos. El aristocrático vizconde era un simpático normando, de veintiocho años de edad, buen mozo, elegante y con refinamientos parisienses. Monsieur de Saillard era un provenzal, hijo de modesto receptor de rentas, pequeño y regordete como candidato á una apoplegia fulminante, y representaba treinta años, sobre poco más ó menos. Su genio era altanero é iracundo, también en oposición al del vizconde, que era todo moderación y amabilidad.

Para matar el fastidio de la larga navegación, entreteníanse una noche los dos vice-cónsules en una partida de naipes, en la que solo interesaban céntimos de franco, cuando, á propósito de una jugada, suscitó Saillard una disputa; y tanto hubieron de agriarse los ánimos que Espinville dió un bofetón á su compañero. Intervinieron el comandante de la nave y los oficiales; pero quedó concertado un duelo para cuando los dos adversarios se encontrasen en tierra. En el resto del viaje no cambiaron saludo ni palabra.

Al desembarcar el vizconde en Valparaíso, monsieur de Saillard, que estaba recostado en la borda, le gritó:

—Hasta muy pronto, señor de Espinville.

—Hasta cuando usted guste, señor de Saillard—le contestó el vizconde.

El vice-cónsul acreditado para Chile fué muy bien acogido por la sociedad de Valparaíso, y pasó ocho meses de paseo en paseo, de fiesta en fiesta y de baile en baile. La voz pública, que es muy vocinglera, lo daba por novio de una de las más bellas y ricas señoritas porteñas.

En tanto Saillard pasaba su tiempo en Lima, esquivo á frecuentar la sociedad, adiestrándose en el manejo de la pistola hasta llegar á conquistarse fama de eximio tirador.

Un día supo, por un comerciante chileno que estuvo en el consulado á hacer visar unos documentos, que el vizconde celebraría su enlace, en pocos meses más, y el vice-cónsul le dijo:

—Pues regresa usted pronto á Valparaíso, hágame el servicio de decirle que los hombres que tienen deudas como

la que él ha de pagarme, no pueden casarse sin faltar al honor y á la lealtad.

El comisionado cumplió con el encargo, y el vizconde le contestó:—Si escribe usted á ese caballero, dígame que soy de raza de buenos pagadores.

Paso por alto muchísimos pormenores que trae Vicuña Mackenna, en su libro *Relaciones*, para llegar al 11 de Junio de 1830, día en que Saillard se presentó en el domicilio de su compatriota, para decirle que había hecho un viaje de ochocientas leguas con solo el propósito de matarlo.

El duelo se efectuó en Polanco (que era, por entonces, un caserío vecino á Valparaíso) en la mañana del 13 de Junio, fiesta de San Antonio, día en que, por ser cumpleaños de la novia, se preparaba en casa de ésta un gran sarao.

El vizconde cayó con el corazón destrozado por una bala.

Saillard se embarcó inmediatamente en un buque ballenero que, á las dos de la tarde, levó anclas con destino al Callao.

## II

Ahora cúpleme narrar lo que motivó el duelo (cuya realización impidió la Providencia) con el general Castilla que, en 1839, era Ministro de Guerra en el gobierno del presidente Gamarra. También Saillard había adelantado en su carrera, y era, á la sazón, Cónsul General de Francia en el Perú.

Era una noche de tertulia, en palacio, con asistencia del cuerpo consular. Todavía no nos dábamos tono con tener en casa cuerpo diplomático.

En un grupo de militares charlábase sobre cosas de milicia, y monsieur de Saillard, estimulado acaso por el *champagne*, se enfrascó en críticas imprudentes sobre la manera como estaba organizado el ejército peruano; y hablando del arma de caballería, dijo que los soldados eran escojidos entre los facinerosos de la costa.

Feo, feísimo defecto es, en muchos europeos, no saber morderse la lengua antes de criticar públicamente nuestros errores y vicios. Conocí, y tuve por maestro en mis horas de estudiante, á un ilustrado caballero italiano, el cual solía decir siempre que escuchaba á algún europeo maledicente:

—Es posible que, en el Perú, todo sea malo, insoportable; pero nadie negará que esta tierra tiene una cosa buena, inmejorable; y esa cosa es, muchos y cómodos puertos para que puedan embarcarse los extranjeros que no estén contentos del país, de sus costumbres, ni de su gobierno.

Peor calamidad que las de Egipto es la de los patriotas en patria ajena.

Don Ramón Castilla que, hasta entonces, había escuchado con indiferencia los desahogos del francés, lo interrumpió con estas palabras:

—Eh! señor cónsul . . . ¡moderación! . . . mucha moderación . . . señor cónsul!

Para el irritable Saillard fué esto como avivar una hoguera. Se encaró con el ministro de Guerra, el cual le volvió la espalda, murmurando con el acento cortado que le era peculiar.

—Eh! Déjeme en paz, hombre! . . . Borrachito . . . ! Borracho . . . !

Al día siguiente Saillard le enviaba sus padrinos. El bravo general de caballería contestó:

—Está bien . . . ! Aceptado . . . cuando guste . . . elijo armas . . . es mi derecho . . . soy el desafiado . . . A caballo y lanza en mano . . . Así nos batimos los facinerosos . . . de caballería . . .

Los padrinos regresaron en la tarde á casa del general, y le comunicaron que su ahijado aceptaba la condición, pero que necesitaba un plazo para aprender el manejo de la lanza.

—Eso es! . . . Muy justo . . . que aprenda . . . tiene razón . . . no hay inconveniente.

—¿Y qué plazo le concede usted, general? preguntó uno de los padrinos, que era un acaudalado comerciante belga cuyo nombre he olvidado.

—Hombre! . . . el que ustedes quieran . . . Por mí . . . tanto da un año como un día . . .

—Pues será un año—dijo don Bernardo Poumaronx que era el otro padrino.

—Eh! . . . ya lo he dicho . . . me es indiferente . . .

Saillard, que contaba en Francia con protector ó amigos de gran influencia, recibió cuatro meses después el nombramiento de Cónsul general en Caracas.

Llegado á Venezuela, pasó cinco meses recibiendo lección diaria de equitación y manejo de lanza. Sus maestros, á los

que remuneraba con esplendidez, eran dos llaneros del Apure, de esos que, á las órdenes de Paez y á bote de lanza, destrozaron los aguerridos batallones del ejército español.

Cuando sus maestros le dijeron que nada tenían ya por enseñarle, lo que equivalía á expedirle y refrendarle título de *primera lanza* de Colombia, encomendó el consulado al canciller, y se dirigió á la Guaira con la firme resolución de embarcarse para el Perú. Faltaban menos de dos meses para la expiración del año de plazo.

Pero el hombre propone . . . . y la fiebre amarilla dispone.

Tres días después de llegado á la Guaira, recibía cristiana sepultura el cádaver del testarudo provenzal.





## DON POR LO MISMO

---

Á CÉSAR GONDRA, EN EL PARAGUAY.

El Gran Mariscal don Ramón Castilla, entre otras de sus cualidades de carácter tuvo la de la obstinación, y gracias á ella alcanzó, con frecuencia, éxito en sus empresas. Raro fué que cesase en lo que una vez acometía. ¿Era la cosa difícil ó peligrosa? Pues por lo mismo. Los obstáculos y riesgos eran para él un acicate.

Gran *rocamborista*, como decimos en América, ó jugador de tresillo, como dicen en España, era don Ramón Castilla. Después de las ocho de la noche, salvo cuando graves atenciones de gobierno se lo impedían, hasta sonadas las doce, tributaba culto á Birján, el dios de la baraja. Sobre jugar bien, diz que lo acompañaba buena suerte.

Don Ramón buscaba siempre con quien compartir la ganancia, y apenas ccjía entre las manos los cuarenta naipes ó cartulinas que componen la baraja, paseaba la mirada por el salón, y dirigiéndose á alguno de los palaciegos visitantes, decía:

—Eh! Don fulano . . acérquese . . siéntese de mirón á mi lado . . jugaremos á medias . . ya sabe usted . . calladito . . los mirones son de palo . .

Si terminada la partida que, por lo regular, era de á cuatro pesos el *apunte*, no resultaba ganancioso, se oponía tenazmente á que el compañero pagase la cuota que, en la pérdida, le correspondía.

—Déjese de eso, hombre . . Ha sido bufonada mía la de invitarlo . .

—Pero, general . .

—Nada! Nada! . . Obedecer es amar . . Yo sé mi cuento . . No me venga usted con algórgoras . .

Y no había más que callar, y no insistir ni con el gesto.

Por el contrario, cuando resultaba el mariscal favorecido, lo que era frecuente, con un centenar de fichas, decía al compañero, pasándole la mitad de ellas:

—Eh! mi amigo . . me ha traído usted buena suerte . . cobre lo que le corresponde . . es una pequeñez . . Paciencia! . . no está Dios muy enojado . . hay que aceptar lo que buenamente nos envía . .

Téngase en cuenta que casi siempre el compañero era algún diputado monosílabo, de esos cuya elocuencia parlamentaria se encierra en decir *sí* ó *no*, ajustándose á la consigna ministerial.

\* \* \*

Corría el año de 1845, año notable por que en él tuvo el Perú, por primera vez, ley de Presupuesto. Las rentas públicas se habían, hasta entonces, manejado de manera disrescional por el presidente de la república. Cabe á Don Ramón Castilla la gloria de haber roto con el inmoral abuso, que ya iba haciéndose mal crónico.

Formada una noche la partida de tresillo, *hacían la contra* al jugador los generales Castilla y Aparicio. Dobladas ya por don Ramón cuatro bazas, aconteció que *el hombre* ó jugador puso sobre la mesa un siete de bastos, y sirvió don Ramón el cinco, diciendo:

—Ya he cumplido con mi deber . . cumpla usted, don Manuel, con el suyo, haciendo esa baza . .

Grande fué la sorpresa para Castilla al ver que Aparicio soltaba el tres de bastos.

—Pero, hombre! . . ¿Está usted loco? . . ¿Porqué no ha plantado el rey?

—Por que no lo tengo, contestó el compañero.

—Por lo mismo!

—¿Cómo se entiende eso de *por lo mismo*? ¿No está usted viendo, general, que ese siete es todo un rey disfrazado?

—Pues por lo mismo!—insistió don Ramón—Ha debido usted pintar el rey, y no tolerar disfraces.

\* \* \*

El lance se hizo público, y desde esa noche quedó bautizado el presidente don Ramón Castilla con el mote de *Don por lo mismo*.



## LOS REPULGOS DE SAN BENITO

---

Si Deus non fuera Deus, sant  
Antonio sería . . . ¡un corno!

*Decires portugueses.*

Los pocos mataperros de 1845 que aún comen pan en esta metrópoli limeña, recordarán al hermano *Piojo blanco*, lego profeso del convento de San Francisco. Me parece que lo estoy viendo en pleno ejercicio de sus funciones de cuidador ó sacristán del altar de San Benito, santo del que era gran devoto.

El apodo de *Piojo blanco* veniale de que el pigmento ó materia colorante de su piel era de la naturaleza que caracteriza á los hombres que la ciencia denomina *albinos*.

El buen lego se había familiarizado tanto con San Benito que, cuando empleaba el plumero para sacudir el polvo del altar, lo hacía platicando con la efigie; y tan grande era su alucinación que afirmaba, formalmente, que el santo le respondía y que, en conversación íntima, lo había puesto al corriente en cosas de la otra vida.

Yo no sé por qué (pues no he tenido un cuarto de hora ocioso para leer la vida del santo) exhiben en los altares al bienaventurado italiano con rostro y manos de negro retinto. Sospecho que será por encomiar en él la virtud de la humildad; y si no estoy en lo cierto, que no valga.

En materia de santos milagreros disputábanse la palma, á Lima y por aquellos años, San Antonio y San Benito. Hoy son un par de pánfilos al lado de San Expedito que ha alcanzado á destronarlos.



Un grupo de granujas entre los que yo militaba solía, por la tarde, rodear á *Piojo blanco* en el atrio de San Francisco, y el bendito hermano no se hacía rogar para dar suelta á la sin hueso ni pelos, relatándonos maravillas de San Benito. Ciegos á los que el Santo hizo recobrar la vista, cojos á los que mandó arrojar la muleta, Magdalenas arrepentidas, pícaros que se metieron frailes, cadáveres que se echaron á caminar; en fin . . . la mar de milagros!

Uno de mis camaradas, que era un chico con más trastienda que una botica y más resabioso que un cornúpeta de la Rinconada de Mala, interrumpió al narrador diciéndole:

—En resumidas cuentas, hermano: si su San Benito es tan poderoso bien puede competir con Dios, echarle la zancadilla y reemplazarlo.

—Me parece—contestó el lego con el aplomo de un secretario entusiasta—y hasta creo que su merced no lo haría mal en el oficio de Dios.

—Cómo! Qué herejía! ¿Cómo es eso? exclamamos en coro y escandalizados los muchachos.

—No crean ustedes, prosiguió el hermano, que en el cielo no haya, como en la tierra, descontentos y bochincheros. Que los hay, lo sé de buena tinta; y diré á ustedes en confianza (y ¡cuidado! con que me comprometan contándoselo al Comisario del barrio ó al Intendente de policía) que una vez varios santos demagogos le propusieron á San Benito que fuese Dios. . . .

—¿Y qué contestó el negrito?—preguntó uno de nosotros.

—Contestó . . . que no quería ser Dios ni con plata encima, ni aunque lo fusilaran, hicieran cuartos ó lo convirtieran en picadillo. Esto me lo ha dicho el mismo San Benito, en conversación que tuvimos hace ocho días.

—Pero le habrá dicho también el porqué no quiere ser Dios—dijo un granujilla que, por lo espiritado, parecía que estaba haciendo estudios escolares para convertirse en alambre.

—Vaya si me lo ha dicho! Sepan ustedes que San Benito discurre que el oficio de Dios ha de ser oficio muy cócora, y que al que lo ejerce debe repudrirsele la sangre palpando que, no obstante su tan cacareada omnipotencia, no logra tener á todos satisfechos ni contentos.

Saco en limpio de estas palabras de *Piojo blanco* que el ser Presidente de la república ha de ser bocado más apetitoso que el ser Dios; pues no ha llegado á mi noticia que candidato alguno haya hecho ascos al puesto alegando los repulgos de San Benito. El que diga *no quiero* será por que encuentre que las uvas no están maduras; pero no por miedo á las desazones del mando ni á la cosecha de espinas.





## LAS MENTIRAS DE LERZUNDI

---

Allá, en los remotos días de mi niñez, conocí al general de caballería don Agustín Lerzundi. Era él, por entónces, aunque frisaba con medio siglo, lo que las francesas llaman un *bel homme*. Alto, de vigorosa musculatura, de frente despejada y grandes ojos negros, barba abundante, limpia y luciente como el ébano, elegante en el vestir, vamos, era el general todo lo que se entiende por un buen mozo. Añadamos que su renombre de valiente, en el campo de batalla, era de los ejecutoriados y que, por serlo, no se ponen en tela de juicio.

Como ginete era el primero en el ejército, y su gallardía sobre el brioso caballo de pelea no hallaba rivales.

Cuéntase que, siendo comandante, recibió del Ministerio de la Guerra órdenes para proveer á su regimiento de caballada, procurando recobrar los caballos que hubieran pertenecido al ejército y que se encontraran en poder de particulares. Don Agustín echó la zarpa encima á cuanto búcéfalo encontró en la ciudad. Los propietarios acudieron al cuartel de Barbones reclamando la devolución, y Lerzundi, reciéndolos muy cortesmente, les contestaba:

—Con mucho gusto, señor mío, devolveré á usted el caballo que reclama, si me comprueba que es propiedad suya y no del Estado.

—Muy bien, señor comandante. Basta con ver la marca que lleva el caballo en la anca izquierda. Es la inicial de mi apellido.

¿La marca era una A? Pues Lerzundi decía—Al *canchón* con el caballo, que esa A significa *Artillería volante*.—¿Era una B? Entonces el jamelgo pertenecía á *Batidores montados*.

Para Lerzundi la C significaba *Coraceros* ó *Carabineros*, la D *Dragones*, la E *Escolta*, la F *Fusileros de descubierta*, la G *Granaderos de á caballo*, la L *Lanceros*, la P *Parque*; en fin, á todas las letras del alfabeto les encontraba descifraci3n militar. Seg3n 3l, todos los caballos habian sido robados de la antigua caballada del ej3rcito. Lerzundi los *reivindicaba* en nombre de la patria.

Sexagenario ya, reumático, con el cuerpo lleno de alifafes y el alma llena de desengaños, dejó el servicio, y con letras de cuartel ó de retiro fué á avecindarse en el Cuzco, donde poseía un pequeño fundo, y donde vivía tranquilamente sin tomar cartas en la política, y tan alejado de la autoridad como de la oposici3n. Un día estalló un motin ó bochinche revolucionario; y Lerzundi, por amor al oficio, que maldito si á 3l le importaba que se llevase una legi3n de diablos al gobierno, con el cual no tenía vínculos, se echó á la calle á hacer el papel de Quijote amparador de la desvalida autoridad. Los revoltosos no se anduvieron con melindres y le clavaron una bala de á onza en el pecho, enviándolo sin más pasaporte al mundo de donde nadie ha regresado.

Sarah Bernhardt contaba que, representando en un teatro de América, después del segundo acto entró en su camarín á visitarla el presidente de la república. Terminó el tercer acto, y entró también á felicitarla un nuevo presidente. De acto á acto habia habido una revoluci3n. ¡Cosas de América! . . . contadas por los franceses, como si dijéramos por Lerzundi, pues lo único que ha sobrevivido á este general es su fama de mentiroso.

El célebre Manolito Vásquez, de quien tanto alardean los andaluces, no mentía con más gracejo é ingenio que mi paisano, el limeño don Agustín Lerzundi. Dejando no poco en el tintero, paso á comprobarlo.

## I.

Conversábase en un corro de amigos, siendo el tema referir cada uno el lance más crítico en que se hubiera encontrado. Tocóle turno á Lerzundi, y dijo:

—Pues, señores, cuando yo era mozo y alegroncillo con

las hijas de Eva, fui una tarde con otros camaradas á la *picantería* de *ña Petita*, en el Cercado. Allí encontramos una *muchachería* del coco y de *rechupete*, mozas todas de mucho *cututeo*; hembras, en fin, de la *hebra*. Ello es que, entre un camaroncito *pipirindingue*, acompañado de un vaso de chicha de *jora*, y un bocadito de *seviche* en zumo de naranja agria, seguido de una copita del *congratulámini quita pesares*, nos dieron las ocho de la noche, hora en que la oscuridad del Cercado era superior á la del Limbo. Nos disponíamos ya á emprender el regreso á la ciudad, llevando cada uno de bracero á la *percuncha* respectiva, cuando sentimos un gran tropel de caballos que se detuvieron á la puerta de la picantería, y una voz aguardentosa que gritó:

—Rendirse todo el mundo, vivos y muertos, que aquí está Lacunza el guapol!

Las mozas no tuvieron pataleta, que eran hembras de mucho juego y curtidas en el peligro; pero chillaron récio y sostenido, y como palomas asustadas por el gavilán corrieron á refugiarse en la huerta, encerrándose en ella á tranca y cerrojo.

Nosotros estábamos desarmados, y escapó cada cual por donde Dios quiso ayudarlo; pues los que nos asaltaron eran nada menos que los ladrones de la famosa cuadrilla del facineroso negro Lacunza, cuyas fechorías tenían en alarma la capital. Yo, escalando como gato una pared, que de esos prodigios hace el miedo, conseguí subir al techo; pero los bandidos empezaron á menudearme, con sus carabinas, petotillas de plomo. Corre que corre, y de techo en techo, no paré hasta Monserrate (1).

—Eso es mucho—comentó uno de los oyentes—¿Y las bocacalles, general? ¿Y las bocacalles?

—Hombre! En qué poca agua se ahoga usted!—contestó Lertzundi—Las bocacalles! ¡Valiente obstáculo! . . . Esas las saltaba de un brinco.

Roberto Robert, que saltó desde el almuerzo de un domingo á la comida de un jueves, sin tropezar siquiera con un garbanzo, no dió brinco mayor que el de las bocacalles de mi paisano.

---

(1) El Cercado y Monserrate son, en línea recta, extremos de la ciudad, ó sea un trayecto de más de una milla.

## II

Siendo Lerzundi capitán, una de nuestras rebujinas políticas lo forzó á ir á comer en el extranjero el, á veces amargo, pan del ostracismo. Residió por seis meses en Río Janeiro, y su corta permanencia en la capital del, por entonces, imperio americano, fué vengero en que ejercitó más tarde su vena de mentiroso inofensivo.

Corrieron años tras años; después de una revolución venía otra revolución; hoy se perdía una batalla, y mañana se ganaba otra batalla; cachiporrazo va, cachiporrazo viene; tan pronto vencido como vencedor; ello es que don Agustín Lerzundi llegó á ceñir la faja de General de brigada. Declaro aquí (y lo ratificaré en el valle de Josaphat, si algún militroncho se picare y me exigiese retractación) que entre un centenar, por lo menos, de generales que, en mi tierra, he alcanzado á conocer, ninguno me pareció más general á la de veras que don Agustín Lerzundi ¡Vaya un general bizarro! No se diría sino que Dios lo había criado para general y . . . para mentiroso.

Acompañaba siempre á Lerzundi el teniente López, un muchachote bobiculto que no conoció el Brasil más que en el mapamundi, y á quien su jefe, citándole no sé qué artículo de las Ordenanzas que prohíbe al inferior desmentir al superior, impuso la obligación de corroborar siempre cuanto él le preguntase en público.

Hablábase en una tertulia sobre la delicadeza y finura de algunas telas, producto de la industria moderna, y el general exclamó:

—Oh! Para finos, los pañuelos que me regaló el emperador del Brasil! ¿Se acuerda usted, teniente López?

—Sí, mi general . . . finos, muy finos!

—Calculen ustedes—prosiguió Lerzundi—si serían finos que los lavaba yo mismo echándolos, previamente, á remojar en un vaso de agua. Recién llegado al Brasil me aconsejaron, que como perservativo contra la fiebre amarilla, acostumbrase beber un vaso de leche á la hora de acostarme, y nunca olvidaba la *mucama* colocar éste sobre el velador. Sucedió que una noche llegué á mi cuarto rendido de sueño y apuré el consabido vaso, no sin chocarme algo que la le-

che tuviese mucha nata, y me prometí reconvenir por ello á la criada. Al otro vinome gana de desaguar cañería y . . . jala! jala! jala! salieron los doce pañuelos. Me los había bebido la víspera en lugar de leche . . . ¿no es verdad, teniente López?

—Sí, mi general, mucha verdad, contestó con aire beatífico el sufrido ayudante.

### III

Pero un día no estuvo el teniente López con el humor de seguir aceptando humildemente complicidad en las mentiras. Quiso echar, por cuenta propia, una mentirilla y . . . ese fué el día de su desgracia; porque el general lo separó de su lado, lo puso á disposición del Estado Mayor, éste lo destinó en filas, y en la primera zinguizarra ó escaramuza á que concurrió, lo *desmondongaron* de un balazo.

Historiemos la mentira que ocasionó tan triste suceso.

Hablábase de pesca y caza, y el general dijo:

—Oh! Para escopeta la que me regaló el emperador del Brasil. ¿No es verdad, teniente López?

—Sí, mi general . . . ¡buena! . . . ¡muy buena!

—Pues, señores, fui una mañana de caza, y en lo más enmarañado de un bosque descubrí un árbol en cuyas ramas habría por lo menos unas mil palomas . . . Teniente López ¿serían mil las palomas?

—Sí, mi general . . . tal vez más que menos.

—¿Qué hice? Me eché la escopeta á la cara, fijé el punto de mira y . . . ¡pum! fuego! ¿No es verdad, teniente López?

—Sí, mi general . . . Me consta que su señoría disparó.

—¿Cuántas palomas creen ustedes que mataría del tiro?

—Tres ó cuatro, contestó uno de los tertulios.

—¡Quíá! Noventainueve palomas . . . ¿No es verdad, teniente López?

—Sí, mi general . . . Noventainueve palomas . . . y un lorito.

Pero Lerzundi aspiraba al monopolio de la mentira, y no tolerando una mentirilla en su subalterno, replicó:

—Hombre, López . . . ! ¿Cómo es eso? . . . Yo no ví el lorito.

—Pues, mi general, contestó picado el ayudante, yo tampoco ví las noventainueve palomas.



## UN SANTO VARÓN

---

Á LUIS BERISSO, EN BUENOS AIRES.

Vivo y comiendo pán está todavía en Huauya, estancia vecina á Caráz, el protagonista de este artículo: Llámase José Mercedes Tamariz, aunque generalmente se le conoce por *el Tuerto*, si bien él se requema cuando oye el mote y la emprende á puñetazo limpio con el burlón.

Hasta hace pocos años fué Tamariz persona de fuste en la parroquia de San Ildefonso de Caráz, como que ejercía los socorridos cargos de sacristán, campanero, misario en las misas rezadas, organista en las fiestas solemnes, y cantor fúnebre en todo sepelio. Era hombre á quien nadie habría tenido entrañas para negarle un par de zapatos viejos.

Gran devoto del zumo de parra, que en tan buen predicamento para con la humanidad puso el abuelo Noé, era frecuente que, para la misa dominical, tuviese el párroco que ir en persona á sacar al organista de alguna tracamandana. El bellaco *Tuerto* era un don Preciso, pues en diez leguas á la redonda no había hombre capaz de manejar el órgano.

Y sucedió que un domingo, en que lo sacaron de una chipanda para llevarlo á la iglesia, en vez de arrancar al órgano notas que pudieran pasar por imitación del *Gloria in excelsis*, tocó una *cachua* con todos sus ajilimógilis. Los cabildantes que á la misa concurrieron se sulfuraron ante tamaña irreverencia, y ordenaron al alguacil que, amarrado codo con codo, llevase á la cárcel al tuno del organista, el cual protestaba con esta badajada, propia de un trufaldín.

—Dios no entiende de música terrena, y para él da lo mismo una tonada que otra.



Acostumbrábase, en muchos pueblos del Perú, celebrar la Semana Santa con mojigangas populacheras que ni pizca tenían de religiosas. En Lima misma, como quien dice en el cogollito de la civilización, tuvimos hasta *que entró la patria* la exhibición, en San Agustín, de la *Llorona* de Viernes Santo, de la *Muerte carcancha* y otras profanaciones de idéntico carácter. A Dios gracias van desapareciendo del país esas extravagancias de una mal entendida devoción.

En la costa y en la sierra, toda mestiza de quince á veinte primaveras y de apetitoso palmito en disponibilidad para noviazgo, se desvivía por que la designase el Cura para representar en la iglesia á la Verónica, la pecadora de Magdala, á María Cleofe ú otra de las devotas mujeres que asistieron al drama del Calvario.

No hace aún medio siglo que, en Paita y otros pueblos del departamento de Piura, ponían en la cruz al mancebo más gallardo del lugar, y cuentan que una vez interrumpió éste al predicador, diciendo:

—Mande su paternidad que se vaya la bendita Magdarena, porque me está haciendo cosquillas.

En cuanto á los hombres, el papel de *santos varones* no tenía menos pretendientes. Durante la cuaresma el cura los ensayaba para que, en *las tres horas* del Viernes Santo, varones y varonesas desempeñasen correctamente su papel.

El cura de Caráz presbítero don José María Saenz que, corriendo los años, murió en el antiguo manicomio de San Andrés, designó en una ocasión á Mercedes Tamariz para que funcionara como santo varón á quien correspondía desclavar la mano izquierda de Cristo.

Pero fué el caso que imaginándose el orador que era más culto emplear las palabras *diestra* y *sinistra*, en vez de *derecha* é *izquierda*, vocablos de uso corriente, dijo dirigiéndose á Tamariz.

—Santo varón, desclava la mano *sinistra* del Señor.

Tamariz se quedó hecho un pasmarote, y *sotto voce* dijo á su compañero.

—Eso de *sinistra* irá contigo . . . . desclava, hombre.

—No, Mercedes, á ti te toca.

—¿Qué diablos va á tocarme á mí? Me corresponde la *izquierda*.

El cura, viendo que el sacristán se hacía remolón, para

cumplir la orden, repitió:—Santo varón, desclava la mano *sinistra* del Señor.

Ni por esas. Mercedes Tamariz no se daba por notificado y seguía disputando con el otro prógimo.

Entonces, aburrido el párroco, le gritó:

—Tuerto borracho! Desclava la mano izquierda del Señor.

Eso de llamarlo *Tuerto*, y en público para mayor agravio, le llegó al sacristán á la pepita del alma, le removió el *concho* alcohólico, arrojó con estrépito la herramienta que para desclavar tenía en la mano, y se salió furioso de la iglesia parroquial, diciendo:

—Padre, no tiene usted la culpa sino yo, por haberme metido en semejantes candideces.





## EL POETA DE LA RIBERA

DON JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES.



En 1859 tuvimos la fortuna de que viniera á nuestro poder un manuscrito de enredada y antigua escritura. Era una copia, hecha en 1693, de los versos que, bajo el mordedor título de *Diente del Parnaso*, escribió, por los años de 1683 á 1691, un limeño nombrado don Juan del Valle y Caviedes.

Caviedes fué hijo de un acaudalado comerciante español, y hasta la edad de veinte años lo mantuvo el padre á su lado, empleándolo en ocupaciones mercantiles. A esa edad, enviólo á España; pero, á los tres años de residencia en la metrópoli, regresó el jóven á Lima, obligado por el fallecimiento del autor de sus días.

A los veinticuatro años, se encontró Caviedes poseedor de modesta fortuna, y echóse á triunfar y darse vida de calavera, con gran detrimento de la herencia y no poco de la salud. Hasta entonces no se le había ocurrido nunca escribir versos; y fué en 1681 cuando vino á darse cuenta de que en su cerebro ardía el fuego de la inspiración.

Convaleciente de una grave enfermedad, fruto de sus excesos, resolvió reformar su conducta. Casóse, y con los restos de su fortuna puso, en una de las covachuelas ó tenduchos vecinos al palacio de los virreyes, lo que, en esos tiempos se llamaba un *cajón de ribera*, especie de arca de Noé, donde se vendían al menudeo mil baratijas.

Pocos años después quedó viudo; y *el poeta de la Ribera*, apodo con que era generalmente conocido, por consolar su

pena, se dió al abuso de las bebidas alcohólicas que remataron con él en 1692, antes de cumplir los cuarenta años, como él mismo lo presentía en uno de sus más galanos romances.

Por entonces, era costosísima la impresión de un libro, y los versos de Caviedes volaban manuscritos, de mano en mano, dando justa reputación al poeta. Después de su muerte fueron infinitas las copias que se sacaron de los dos libros que escribió, titulados *Diente del Parnaso* y *Poesías varias*. En Lima, además del manuscrito que poseíamos, y que nos fué sustraído con otros papeles curiosos, hemos visto en bibliotecas particulares tres copias de estas obras; y en Valparaíso, en 1862, tuvimos ocasión de examinar otra, en la colección de manuscritos americanos que posee el bibliófilo don Gregorio Beeche.

Caviedes ha sido un poeta bien desgraciado. Muchas veces hemos encontrado versos suyos en periódicos del Perú y del extranjero, anónimos ó suscritos por algún pelafustan. En vida, fué Caviedes víctima de los empiricos; y en muerte, vino á serlo de la piratería literaria. Coleccionar hoy sus obras es practicar un acto de honrada reivindicación. Al César lo que es del César.

El bibliotecario de Lima don Manuel de Odriozola, que tan útilmente sirve á la historia y á la literatura patrias, dando á la stampa documentos poco ó nada conocidos, es poseedor de una copia de los versos de Caviedes, hecha en 1694. Desgraciadamente el manuscrito, amén de lo descolorido de la tinta en el trascurso de dos siglos, tiene tan garrafales descuidos del plumario, que hacen de la lectura de una página tarea más penosa que la de descifrar logogrifos. Sin embargo, á fuerza de empeño y tiempo, haciendo á la vez una nueva copia, hemos conseguido ponerla en condición de poder pasar á manos del cajista. (\*)

Habríamos querido corregir también frases, giros poéticos, faltas gramaticales y aún eliminar algo; pero, aparte el temor de que un zoilo nos niegue competencia, hemos pensado que á un poeta debe juzgársele con sus bellezas y defectos, tal como Dios lo hizo, y que hay mucho de preten-

---

(\*) Este artículo fué escrito para servir de prólogo á la colección de poesías de Caviedes. Esta se imprimió en Lima, en 1873, y forma el tomo 5.º de los *Documentos Literarios del Perú*, compilación notable hecha por Odriozola.

cioso y algo de profanación, en enmendar la plana al que escribió para otro siglo y para sociedad distinta.

Caviedes no se contaminó con las estravagancias y el mal gusto de su época, en que no hubo alumno de Apolo que no pagase tributo al gongorismo.

En la regocijada musa de nuestro compatriota no hay ese alambicamiento culteriano, esa manía de lucir erudición indijesta, que afea tanto las producciones de los mejores ingenios del siglo XVII. A Caviedes lo salvarán de hundirse en el osario de las vulgaridades, la sencillez y naturalidad de sus versos, y la ninguna pretensión de sentar plaza de sábio. Décimas y romances tiene Caviedes tan frescos, tan castizos, que parecen escritos en nuestros días.

A riesgo de que se nos tache de apasionados, vamos á emitir, en síntesis, nuestro juicio sobre el poeta de la Ribera.—En el género festivo y epigramático, no ha producido hasta hoy la América española un poeta que aventaje á Caviedes—Tal es nuestra conciencia literaria.

Las galanas espinelas á un médico corcobado, á quien llama *más doblado que capa de pobre cuando nueva y*

más torcido que una ley  
cuando no quieren que sirva;

el sabroso coloquio entre la Muerte y un doctor moribundo; el repiqueteado romance á la bella Anarda, y otras muchas de sus composiciones, no serian desdeñadas por el inmortal vate de la sátira contra el matrimonio.

Réstanos aún, como se dice, el rabo por desollar. Este libro escandalizará oídos susceptibles, sublevará estómagos delicados, y no faltará quien lo califique de desvergonzadamente inmoral. Vamos á cuentas.

Que más que las ideas son nauseabundas y mal sonantes las palabras que emplea el poeta en varios de sus romances, es punto que no controvertimos; aunque pudiera decirse que el tema forzaba al escritor á no andarse con muchos perfiles ni cultura. ¡Gordo pecado es llamar al pan, pan, y al vino, vino! Pero en esto no vemos razón para que, por los siglos de los siglos, se conserve inédito y sirviendo de pasto á ratones y polilla un libro que, dígame lo que se quiera en contrario, será siempre tenido en gran estima por los que sabemos apreciar los quilates del humano ingenio. Si

fuera razón atendible la de la desnudez de la frase, muchos de los mejores romances de Quevedo (y entre ellos el que empieza—*yo el menor padre de todos*)—y muchas admirables producciones de otros escritores antiguos, no habrían alcanzado la gloria de vivir en letras de molde.

Pero por delicados y quisquillosos que seamos, en estos tiempos de oropel y de máscaras; por mucho que pretendamos disfrazar las ideas, haciendo para ellas antifaces de las palabras, hay que reconocer que, en la lengua de Castilla, tiene Caviades pocos que lo superen en donaire y travesura.

Tenemos á la vista los tres tomos con que, en 1872, ha iniciado la casa editorial de Rivadeneira, en Madrid, la publicación de libros raros ó inéditos y, exceptuando el volúmen del *Cancionero de Estúñiga*, los otros dos corren parejas, si no exceden, en cuanto á *pulcritud* de voces, con el *Diente del Parnaso*. Y téngase muy en cuenta que tal publicación se hace bajo los auspicios de la Real Academia Española, cuerpo respetable que, en materia de estilo, *limpia, fija y da esplendor*.

El volúmen de la *Trajicomedia de Lisandro y Roselia*, centón de picantes y obscenos chistes, es juzgado por don Juan Eugenio Hartzenbuch; y el de la *Lozana Andaluza*, historia en que se pintan con colores muy verdes y gran desnudez de imágenes, las escandalosas aventuras de una meretriz, ha merecido ser citado con elogio, en la Biblioteca de autores españoles, por el culto don Pascual de Gayangos.

La autoridad, por mil títulos respetable, de estos dos ilustres académicos, destierra de nuestra alma todo escrúpulo por haber descifrado el manuscrito y alentado al señor Odriozola para su impresión. Para la gente frívola, será este un libro gracioso, y nada más. Para los hipócritas, un libro repugnante y digno de figurar en el *Índice*. Pero para todo hombre de letras será la obra de un gran poeta peruano, de un poeta que rivaliza, en agudeza y sal epigramática, con el señor de la torre de Juan de Abad.





## LAS CORTINAS

( COSTUMBRES )

---

No lo puedo remediar, no está en mi mano, como dicen las viejas; pero la risa me retoza en el cuerpo cuando palpo costumbres que, no por rancias sino por ridículas, debían proscribirse de esta capital, emporio de la civilización peruana.

Y ya que en Domingo de Cuasimodo no tiene el diablo permiso para dar un verde por el mundo, bien puedo echar una cana al aire pidiéndole á mi péñola un artículo de carácter entre religioso y humorístico.

Y no digan que soy como aquel pícaro santero que pedía limosna para una estampa de Jesús Nazareno, y que después de hacer buena colecta de reales entre los devotos, sacaba una baraja y le decía al buen Jesús:

—En la cara te conozco que tú quieres que echemos una partidita de *treintaiuna*. A como vá á ser el juego? ¿A peseta? Bueno, como tú quieras. Te doy cartas: un seis de oros, un tres de copas y una sota de espadas. Hombre! tienes diez y nueve ¿Pides carta? Claro está . . . ¡Zás! El caballo de bastos. ¿Te plantas? Buen punto es veintinueve. Ahora me toca á mí. Seis de bastos, cinco de oros y caballo de copas. Pido carta. Rey de espadas. Hombre ¡qué casualidad! Treintaiuna.

Y de partida en partida concluía por ganarle al Cristo toda la colecta, diciéndole para mayor burla:—A ver si escarmientas, y te dejas de vicios que no son para tí.

Eso de adornar puertas y balcones con cortinas, cuando

ha de pasar procesión por una calle, es costumbre que . . ¡vamos! se me atraganta é indigesta.

Convengo en que se gaste el oro y el moro para levantar arcos triunfales, bajo los cuales deba pasar el Santísimo. En ello hay lujo y arte, á la vez que el sentimiento religioso paga tributo á la Divinidad.

Nada digo de alfombrar la calle con flores, con tapices de los gobelinos, ó con barras de plata; como diz que se vió en los bienaventurados tiempos del virrey conde de Lemus. Eso revela opulencia, y bien se puede echar la casa por la ventana para dar lucimiento á la procesión.

Santo y bueno que nubes de incienso encapoten la atmósfera y nos asfixien; y hasta tolero que un cohete de arranque deje tuerto á un sacristán ó monaguillo.

Encintar las calles y hacer que flameen en ellas banderitas de madapolán ó de papel picado, tiene siquiera su lado pastoril y patriarcal, capaz de inspirar églogas é idilios á vates que yo me sé.

Pero con las cortinas, ya lo he dicho, no transijo, aunque me aspen como á San Bartolomé ó achicharren como á San Lorenzo.

En la época colonial, ciertas casas aristocráticas de Lima ostentaban cortinaje de terciopelo de Flandes recamado de oro. Pero ya se sabía que este adorno no tenía otro uso y que, concluida la fiesta, se guardaba hasta la inmediata. No es, pues, esta cortina la de mi crítica.

Conforme fuimos avanzando camino en la vida democrática, discurrimos que siendo Dios el primero de los republicanos (por mucho que el catecismo lo llame Rey, y no Presidente, de cielos y tierra) le cuadraban mal resabios y humillos aristocráticos, que eso y no otra cosa significaban los cortinajes *ad hoc* de terciopelo y brocato.

Y pensado y hecho, sin otra discusión, pobres y ricos, sacaron á lucir colchas y sobrecamas, más ó menos historiadas. Y cata resuelto el gran problema de la igualdad social.

La sola palabra *cortina* nos trae á las mientes algo de *encubridora* ó *tapadora*; pues no á humo de pajas, sino con mucho retintín, dicen las limeñas esta frase:—ñiña, yo no soy cortina de nadie.—Y corte usted el vuelo á la imaginación que se siente asaltada por un tropel de pensamientos pecaminosos!



Doyme de calabazadas por explicarme el simbolismo de las cortinas como signo externo de devoción, y en puridad de verdad que, mientras más luz busco, más se me oscurece el horizonte. Será (y es lo seguro) que soy un gagnápiro y no sé de la misa la media.

Pero no me digan que colchas y sobrecamas, siquiera sean de *crochet* ó de raso de China, son muestra de cristiano respeto; porque á esa chilindrina respondo muy suelto de huesos, que la prenda precisamente es de lo más irrespetuoso que cabe, porque trae consigo recuerdos de dormitorio que no siempre son pulcros ni castos. Mía la cuenta si hay algo de más prosáico y churrigueresco.

Y prueba de esta verdad es que, un minuto después de pasada la procesión, las cortinas han desaparecido, como por encanto, y vuelto á la habitación de donde nunca debieron haber salido. Sin darse cuenta de ello, instintivamente, conoce la dueño de una casa que esa prenda ha estado fuera de su sitio y destino.

Prendas hay que no se hicieron para lucidas como cara de buena moza pegada á cuerpo de sílfide. En la última procesión, vimos cortinas tan abigarradas y zurcidas que, á gritos, se quejaban de que las hubiesen sacado á vergüenza pública, haciéndolas comidilla de epigramas y murmuraciones.

Francamente, que en buena ordenanza municipal debería empezarse decretando la jubilación ó cesantía de cortinas valetudinarias, para concluir más tarde con la abolición del adorno, que maldito si adorna, y que hace tanta falta en las procesiones como los gatos en misa.

A Dios lo que es digno de Dios . . . y á la cama la sobrecama.





## DELIRIOS DE UN LOCO

(COLECCIÓN DE POESIAS DE D. ANGEL FERNANDO DE QUIRÓS)

---

El extranjero que recorra las calles de Lima se encontrará frecuentemente con un hombre sesentón, desharrapado, envuelto en una vieja capa de indefinible color, que entra en todos los cafés, que habla (con no poco acierto á veces) de Garibaldi y la cuestión de México, y á quien jóvenes y viejos no desdeñan escuchar. Siempre se le vé con un cuaderno de billetes de lotería debajo del brazo, lo que ha dado motivo á los zumbones para fastidiarlo con la infernal muletilla *¿se vende el gallo?* El buen hombre añade á su oficio de *suertero* ó vendedor de billetes de lotería, el de litigante; pues hace más de quince años que reclama ante los tribunales de Justicia la posesión de una herencia.

Mania de litigante es maldecir de los jueces. Para el que no obtiene providencia á medida de su deseo, el juez es pícaro, bruto y venal. Aconteció á nuestro personaje que un día, en los momentos mismos en que su procurador le daba noticia de un auto ó decreto adverso, empezaron á moverse los corredores del palacio de Justicia, por causa de un fuerte temblor; y jueces y escribanos salieron asustados y pidiendo misericordia. Arreciaba el temblor en violencia, las paredes amenazaban desplomarse, y nuestro litigante, rodillado en medio del patio, no impetraba la clemencia divina sino gritaba:—Señor! Señor! que no se calme tu ira! ¡Aquí pillaste á todos los pícaros juntitos. Conviértelos en ortilla, aunque me lleves de encuentro.

Si pregunta el curioso extranjero quien es ese individuo le contestarán los unos que es un loco rematado, que el desaseo de su traje descubre desde á legua que está atacado de hidrofobia, enfermedad caracterizada por horror instintivo al agua, y que es un crítico mordaz para quien no hay gobierno ni literato á vida. Otros dirán que es un gran poeta, un republicano de camisa limpia, y que si murmura es porque su rígida conciencia no entra en transacciones, ni es calzón de mandarin chino, ancho y holgado. Quizá todos tienen razón, aunque exajeran un tanto.

El desaseo de Quirós es estudiado, y entra en sus rarísimas y extravagantes convicciones de filósofo. Como Diógenes tenía por vivienda un barril, Quirós tiene por lecho un cajón en forma de atahud. Sumerjido en él, consagra sus noches solitarias á la lectura y al cultivo de su fecunda musa.

Quirós es el poeta *sonetero* por excelencia. Por una taza de café ó por una peseta, improvisa un soneto en plena calle. Según él, pasan de tres mil ¡prodigioso guarismo! los catorcenos con cuyo paternidad se enorgullece. Verdad es que de ese piélagó infinito de endecasílabos, apenas podría sacarse un centenar dignos de sobrevivir á su autor. Quirós tiene la fiebre del soneto, composición en la que han escollado los más esclarecidos ingenios.

Don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, llamado en el siglo XV gloria y delicia de las musas de Castilla, no satisfecho con reproducir, en el habla que más tarde ennobleció Cervantes, las bellezas de Ausias March, Mosen Jordi y de los trovadores provenzales, introdujo en España el soneto italiano, que, según la opinión de don Modesto de Lafuente fué, en breve, aclimatado por Boscán, y obtuvo carta de naturalización entre las distintas combinaciones rítmicas de nuestra poesía. Tengo para mí que el marqués de Santillana llevó al Parnaso una plaga peor que las de Egipto, y que las pudorosas vírgenes del Castalio corren peligro de ahogarse en un oceano de sonetos infelices. Entre una nube de mosquitos de trompetilla y una andanada de sonetos, elija el diablo que no yo.

Don Anjel Fernando Quirós nació en Arequipa en 1799, y pertenece á una de las familias más ilustres de aquella ciudad. Uno de sus hermanos llegó á ser General en los ejércitos de la república; y otro, el más pretigioso de los

abogados de nuestro foro, siendo hoy mismo la excelente compilación de leyes, que publicó y anotó, obra de constante consulta.

Niño era aún Angel Fernando, pues apenas contaba doce años de edad, cuando, al recibirse en Arequipa la noticia de los triunfos alcanzados por Belgrano sobre las tropas realistas, abandonó la escuela y el hogar paterno, con ánimo de incorporarse en las filas insurgentes. Por desgracia ó fortuna de nuestro vate, fué sorprendido al tercer día de su fuga y castigado con una azotaina, de esas de padre y muy señor mío.

En 1857, empezó Quirós á coleccionar sus versos habiendo dado á luz, hasta hoy, cinco entregas bajo el original titulado de *Delirios de un loco*. Objeto de burla para la muchedumbre ignorante, nos pinta Quirós su situación en este soneto:

### Mi retrato.

Lancéme sin timón, con ardimiento,  
á los escollos de la mar bravia;  
al vuelo de mi ardiente fantasía  
corto espacio juzgaba el firmamento.

Ansiaba, con heróico atrevimiento,  
exceder á Voltaire en nombradía,  
á Byron y Virgilio en armonía,  
y á Pascal de los siglos ornamento.

Quise ser el primero en este mundo,  
describir de los cielos la excelencia,  
y bajar cual un rayo hasta el profundo;  
aplausos arrancar por mi alta ciencia . .  
y hoy, en miserias espantosas me hundo  
y sufro de la chusma la insolencia!

Hasta donde sea tierno y sentimental el tono del último terceto, dice el entendido autor del prólogo de los *Delirios*, lo podrán comprender tan solo las almas que agoviadas bajo el peso de una honda melancolía sientan su corazón trahado por la maléfica influencia de constantes desengaños. Toda la hiel que encierra, en sus hermosos versos, la terrible amenaza del implacable gibelino, la ha gustado siempre nuestro viejo poeta.

*Tu proverai si come sa di sale  
lo pane altrui, é come é duro calle  
lo scendere é salir per la altrui scale.*

Alguno hay, sin embargo, que encuentra más desgarradora amargura en este otro lamento;

### ¿Se vende el gallo?

Quiero mi pecho herir, y no hallo espada;  
voy á ahorcarme después, y encuentro gente;  
subo á un monte á lanzarme, é inclemente  
plebe al punto diviso congregada.

Marcho luego á un café con planta osada;  
me siento en una mesa diligente,  
y, de pronto, un mozuelo impertinente  
me dice ¿qué se lee?—respondo: nada!

De allí parto á la casa de una hermosa,  
me rodean, me insultan y me gritan  
*cse gallo se vende y . . . . . ¡tanta cosa!*

Qué algazara! qué risa! que repitan!  
Cumplen con lo mandado . . ¡suerte odiosa!  
¡Cuánto me martirizan y me agitan!

Como ha visto el lector, Quirós no es un poeta muy rico en rimas ni muy fecundo en imágenes.

Aunque descuidado en su persona é indiferente para con los que lo rodean, parece que Quirós no ha sido siempre de hielo á los atractivos de la muger. Júzguese de sus inspiraciones amorosas por esta muestra:

### Lucha.

Mil veces á tus plantas he corrido,  
volví atrás otras tantas asombrado,  
torné con más empeño é irritado  
juré salir triunfante, y fui vencido.

Si no fuera en mi impulso detenido,  
belleza celestial, dueño adorado,  
recojiendo tu aliento perfumado  
el mío rendiría enternecido.

¿Pero qué me detiene, Elvira mía?  
un genio impío, la horrorosa suerte  
que prolonga y aumenta mi agonía.  
Por eso invoco sin cesar la muerte,  
me vé lloroso el sol, la noche umbría!  
Cuanto sufro mi bien por merecerte!

La suerte de Polonia, esa heroica tribu de bravos para quienes la esperanza nunca muere, inspiró á Quirós el más entusiasta de sus cantos. Es á la vez un grito de guerra y una gota del consolador rocío del cielo lanzada sobre la frente de ese aherrrojado pueblo:

### A Polonia.

¿Cuando saldrás del sepulcral letargo,  
Polonia, orgullo de la tierra un día?  
¿cuando tu diestra que ostentó energía  
tornará en gozo el cautiverio largo?  
¿Siempre del cáliz beberás amargo,  
junto á la orilla de la tumba fría,  
bajo la lanza de la hueste impia  
que de un jay! te hace riguroso cargo?  
Y lloras, lloras tu pasada gloria,  
como Isrrael por su Sión querida  
al verse esclava y de la tierra escoria.  
¿Sucumbirás por el dolor rendida?  
nó! . . . lograrás la singular victoria!  
brillará el sol de libertad, de vida!

Este es, en nuestro concepto, uno de los mejores y menos incorrectos sonetos del vate arequipeño. Repetimos, que en los *Delirios de un loco* hay versos muy malos; pero acostumbrados á ser poco exigentes en las obras del arte, nos sentimos satisfechos cuando, entre cien composiciones, encontramos alguna de positivo mérito. Por otra parte, escribir buenos sonetos no es tan hacedero como se cree; y en este género de poesía, la inspiración se encuentra seriamente contrabada por la tiranía de la forma. Seamos, pues, indulgentes con los sonetos imperfectos, y tributemos sincero aplauso á los pocos que alcanzan á llenar las exigencias del buen gusto y de los preceptistas.

Entre los sonetos de Quirós, los que vamos á transcribir merecen justiciero elogio;

### Al Redentor.

Y en sombra, siendo luz, te convertiste?  
y de infinito en víctima inmolada?  
y del seno del Padre, á esta morada,  
sin igual bienhechor, bajar quisiste?

Angustias y martirios padeciste  
de un hombre por la prole infortunada,  
y en cruz para el infame destinada  
libertad, igualdad, nos prometiste.

Se turba al verte la falange impía;  
se oculta rauda el astro rubicundo;  
salen los muertos con la faz sombría;  
se estremecen los senos del profundo,  
y la ancha creación clama aquel día—  
murió Jesús, el Redentor del mundo!

Pasa con este soneto lo que con el famoso catorceno de Quevedo á *una nariz*. Es tan bueno el primer verso **que**, á su lado, son pálidas las imágenes y expresión de los trece restantes.

### Despedida.

Adios, campiñas de mi patria hermosa,  
dulces ensueños de mi bien perdido!  
Adios, recuerdos de mi Abril florido,  
éxtasis breves de una edad dichosa!

Adios! Me ausento con la faz llorosa  
de lo que un tiempo mi consuelo ha sido . . !  
os abandono de dolor transido . . !  
sonó la hora de la ausencia odiosa!

Adios, repito por la vez postrera,  
caras reliquias del hogar paterno  
donde estrechaba al que su ser me diera,  
y hurté el aliento del amor materno . . .  
Sed dulce alivio en mi existencia fiera,  
ya que mi dicha se trocó en infierno.

Escasas en número son las composiciones de Quirós en otro metro que no sea el embarazoso soneto. Las más notables son la titulada *Maldiciones al Sol*, escrita en versos de catorce sílabas, y un *Himno al amor*, en sáficos.

Por conclusión, formulemos sintéticamente nuestro juicio sobre los *Delirios de un loco*. Si su autor no es gran poeta, si no le es dado alcanzar á puesto culminante entre los literatos del Perú, no es tampoco merecedor de insultante desdén y de que sobre su libro se haya hecho la conjuración del silencio. Quirós, en el campo de las letras, es una humilde pero apreciable medianía; un buen soldado raso que no ascenderá á oficial.

Irrítase, en buena hora, contra nosotros el poeta anciano en quien, aunque reconocemos muchas virtudes, no es la modestia la que lo hará ganar el cielo; mas, colocados en la condición del crítico, tenemos que ser severos. Con este artículo hemos querido romper la conjuración del silencio, y nada más. Nuestra opinión no es un evangelio ni nace de una autoridad. Buena ó mala, es hija de nuestra humilde conciencia literaria y del deber que nos hemos impuesto, en medio de los sufrimientos del ostracismo, de dar á conocer en el extranjero á los que, en el Perú, cultivan las bellas letras, tarea que, sin darnos cuenta acaso, nos hace vivir en los horizontes de la patria.

---

En Mayo de 1861, publicamos el artículo que precede en un periódico literario de Valparaíso.

Un año después, agolpábase curiosa muchedumbre á la puerta de una misera habitación en una de las calles menos frecuentadas de Lima, inmediata á la Alameda de los Descalzos.

El inquilino acostumbraba salir á las siete de la mañana; eran las once, y alarmados los vecinos resolvieron dar aviso á la autoridad, y ésta mandó descerrajar la puerta.

En el humilde cuartucho veíanse algunos libros esparcidos por el suelo, un candelero, y el cajón que servía de lecho al Diógenes peruano.

Dentro de aquel cajón yacía el cadáver de Angel Fernando de Quirós, que acababa de morir repentinamente.





## LOS MILAGROS DEL PADRE RACIMO

---

En la librería del convento franciscano de Lima tuve, en 1884, oportunidad para leer un manuscrito de 21 folios con el siguiente título:—*CARTA que escribió el P. Fr. Juan García Racimo, religioso descalzo y procurador general de la orden de N. P. San Francisco en Filipinas.*

De buena gana habría sacado copia íntegra del curioso manuscrito, que ha desaparecido ya de la librería; pero tuve que limitarme á hacer un extracto de los principales milagros que el autor consigna. Discurriendo, años más tarde, en Madrid, con un entendido bibliófilo, me aseguró éste que la carta del padre Racimo se había impreso, en España, por los años de 1670 á 1674.

Sin comentarios, va el extracto de todo lo que, como maravilloso, relata en su carta el padre Racimo.

\* \* \*

Dice el buen franciscano que en 1667, hallándose en una gran ciudad de la China, fué testigo de que durante tres horas cayó lluvia de ceniza, y que en el cielo se vieron una columna, una mitra y un azote formados por las estrellas.

\* \* \*

En el convento de Santo Domingo de Manila, estando un religioso en el coro, vió entrar á nuestro padre San Francisco en la capilla mayor, el cual, por señas, le ordenó que se retirase á los claustros. Un minuto después de salido éste, se derrumbó el coro.

Habiéndose un caimán comido el costado derecho de un indio, llevaron, en la noche, el cadáver á la iglesia para darle sepultura, y el obispo dispuso que hasta el día siguiente se dejase al pie de la imágen de San Francisco. Por la mañana hallaron el cuerpo íntegro, sin faltarle lo devorado por el caimán, y lo enterraron.

\* \* \*

Doce mil chinos fueron á demoler y quemar el convento de San Diego; pero no lo toleró el santo, porque, á cordonazos, arrojó á los enemigos en el río, donde se ahogaron muchos, pereciendo los restantes á manos de la pequeña guarnición española.

¡Valientazo el San Diego!

\* \* \*

Una escuadra holandesa de doce navíos comenzó á batir la fortaleza de Cavite, junto á la cual se alzaban la iglesia y el convento de San Diego. Apareció en la torre una señora (María Santísima) vestida de blanco, que cojía las balas en el aire y las devolvía sobre los buques con mayor fuerza que las lanzadas por los cañones, forzando á los buques á retirarse con avería.

¡Qué lástima que el milagrito no se haya repetido, en nuestros días, cuando los norte-americanos descargaron su gruesa artillería sobre Cavite!





## SILUETAS

En lo creado hay cosas más fuertes las  
unas que las otras.

Las montañas.

El fierro que las allana.

El fuego que funde el fierro.

El agua que apaga el fuego.

La nube que absorbe el agua.

El viento que arrastra la nube.

El hombre que desafía el viento.

La embriaguez que aturde al hombre.

El sueño que disipa la embriaguez.

La ambición que quita el sueño.

La muerte que mata la ambición.

MAHOMA.—*El Koran.*

### I

#### Hernando de Soto.

Animoso, prudente y liberal, es Hernando de Soto la figura más simpática entre los hombres que acompañaron á Pizarro para la captura de Atahualpa.

Hernando de Soto, que había sido uno de los conquistadores de Nicaragua y que disfrutaba de fortuna y honores, como primer regidor de la ciudad de León, acogió á Nicolás de Rivera el Viejo que fué á proponerle, en nombre de don Francisco Pizarro, que tomase parte en la conquista del Perú. Soto se unió á Pizarro, en Panamá, con dos buques,

en los que traía sesenta hombres aguerridos y diez caballos. El jefe de la conquista, reconociendo la importancia de Hernando, lo nombró por su segundo, no sin oposición de los hermanos Pizarro.

Soto fué el primer español que habló con Atahualpa, en su carácter de embajador mandado por don Francisco al campamento del Inca, y logró de éste que aceptase la invitación de pasar á Cajamarca.

Atahualpa, en su prisión, tomó gran cariño por Hernando de Soto, en el cual vió siempre un defensor. Hernando de Soto era verdaderamente caballero, y tal vez el único corazón noble entre los ciento setenta españoles que apresaron al hijo del Sol.—Aun es fama que este conquistador pasaba horas acompañando en su prisión al desventurado monarca, y enseñándole á jugar ajedrez. El discípulo llegó á aventajar al maestro.

Cuando regresó de una exploración, á que lo había enviado Pizarro, se encontró con que el Inca acababa de ser decapitado.

Gran enojo manifestó Soto por el crimen de sus compañeros y, disgustándose cada día más con la conducta de los Pizarro, se regresó á España en 1536, llevándose diez y siete mil setecientas onzas de oro que le correspondieron en el rescate del Inca.

El rey le dió el título de Adelantado, le concedió muchas mercedes y honores, y lo autorizó para sacar de España mil hombres y emprender con ellos la conquista de la Florida. En ésta no fué menos heróico y prudente que en el Perú, y falleció, en medio de los bosques, atacado de una fiebre maligna.

La historia es injusta. Toda la gloria, en la conquista del Perú, refleja sobre Pizarro, y apenas hace mención del valiente y caballeroso Hernando de Soto.

Era hidalgo de nacimiento, natural de Villanueva de Barcarrota, buen mozo, moreno de color, sufridor de trabajos y el primero en los peligros, con lo que daba ejemplo á los soldados, desprendido de la riqueza, clemente en perdonar, y de gran juicio y cautela. Tal es el retrato que de Hernando de Soto hace un cronista.

Murió, muy llorado de los suyos, á la edad de cuarenta y cinco años.

## II

**Pedro de Candia**

Cuando Francisco Pizarro se vió, en la isla del Gallo, abandonado por sus compañeros de aventura, solo trece hombres se resolvieron á permanecer con él y sufrir todas las penalidades anexas á lo desesperado de la situación. Esos trece hombres eran almas verdaderamente heroicas. Llamábanse Nicolás de Rivera el Viejo, Bartolomé Ruiz, Juan de La Torre, Francisco de Cuellar, Alonso Briceño, Cristóbal de Peralta, Alonso de Molina, Pedro Alcón, Domingo de Sorialuce, Antonio de Carrión, García de Jerez, Martín Paz y Pedro de Candia.

Tres de ellos debían morir sin ver realizada la conquista. Alonso de Molina se quedó en Tumbes, enamorado de una india, y fué asesinado por los naturales; Pedro Alcón murió loco; Martín Paz falleció en la Gorgona, víctima de la fiebre; Alonso de Moilna es el héroe de una novela de Marmontel; y Francisco de Cuellar murió á manos del verdugo, ignorándose por completo si Carrión y Sorialuce militaron después en el Perú. Estos dos nombres no son recordados por ningún cronista, ni en los combates con los indios ni en las guerras civiles de los conquistadores. Solo Alonso Briceño regresó á España, donde vivió holgadamente con la parte que le cupo del tesoro de Atahualpa.

En cuanto á Juan de La Torre, murió muy tranquilamente en su lecho, y siendo uno de los fundadores y más acaudalados vecinos de Arequipa.

Luego que Pizarro, trascurridos muchos meses, recibió refuerzos y salvó de la crítica situación en que se había hallado en las islas del Gallo y de la Gorgona, se dirigió á Tumbes, en cuyo puerto hizo desembarcar á Pedro de Candia en calidad de embajador. Todos los cronistas están conformes en que Pedro, natural de la isla de Candia, en el archipiélago griego, era un mancebo de arrogantisimo porte. Se presentó en Tumbes ante los indios, armado de coraza y casco relucientes, espada, rodela y una cruz; y su sola figura ejerció influencia mágica sobre los sencillos habitantes.

A propósito de su embajada, muchos historiadores refie-

ren con gran seriedad la fábula siguiente:—Los habitantes de Tumbes aceptaron la amistad de los españoles, convencidos de que eran seres divinos; pues habiéndole echado un tigre al embajador Pedro de Candia para que lo devorase, éste amansó á la fiera presentándole la cruz que llevaba en la mano. En tiempo del virrey Toledo, se levantó una información minuciosa que vino á destruir el prestigio de tal fábula.

Después de esta expedición, Pizarro se dirigió á España para entenderse directamente con el emperador y alcanzar mercedes y facilidades para realizar la conquista. Su compañero de viaje fué Pedro de Candia, á quien la reina doña Juana acordó el uso del Don, declarándolo hidalgo, por mucho que en sus primeros años hubiera sido marinero y luego pirata. Además, lo nombró regidor perpetuo de Tumbes y artillero mayor de Pizarro.

En la captura del inca Atahualpa, fué Pedro de Candia quien, disparando una bombardita ó pequeña pieza de artillería, dió la señal para que comenzase la matanza de los indios.

Del rescate del Inca le tocaron á Pedro de Candia cuatrocientos siete marcos de plata y nueve mil novecientas onzas de oro.

Ya que incidentalmente hemos hablado del rescate de Atahualpa, es oportuno consignar que lo repartido entre los ciento setenta audaces aventureros que apresaron al Inca, subió á treinta y cinco mil cuatrocientos ochenta y seis marcos de plata, y novecientas cincuenta y un mil novecientas treinta y dos onzas de oro.

Además, la parte del emperador fué la litera de oro macizo sobre la que era conducido Atahualpa.

Quimérica parecería tanta riqueza, acumulada en la prisión de Cajamarca en reducido espacio de tiempo, si no existiera en forma el documento que comprueba la repartición hecha del tesoro.

Después de Francisco, Juan y Gonzalo Pizarro y de los capitanes Benalcázar y Hernando de Soto, fué Pedro de Candia el que alcanzó mayor suma del rescate.

Pizarro comisionó á Candia para que explorase el valle de Jauja, y más tarde le dió igual encargo en las montañas. Pedro de Candia escaló los Andes con increíble trabajo y, en algunos sitios, tuvo que hacer subir los caballos por

medio de maromas, y poniendo en ejercicio su práctica é industrias de marineró. Fatigada la gente por todo género de miserias, se dirigió al Collao, y obtuvo, en el Cuzco, de Hernando Pizarro que lo autorizase para reclutar gente y emprender la conquista de Carabaya, aventura en la que también fué desgraciado.

Uno de los capitanes, Alonso Mesa el Canario, conspiraba contra Hernando. Este, creyendo que Candia no era extraño al proyecto revolucionario, lo hizo arrestar y quitó el mando de la conquista. Candia logró probar su inocencia, y Hernando Pizarro mandó decapitar á Mesa.

Alonso Mesa, natural de las islas Canarias, era soldado de infantería en la traición de Cajamarca y fué el que, en unión de Miguel de Astete, tomó prisionero á Atahualpa; y le hubiera dado muerte á no impedirlo Pizarro. Del reparato del tesoro le tocaron ciento treinta y cinco marcos de plata, y tres mil trescientas treinta onzas de oro. Hombre vulgarísimo, pero muy valiente, tenía á veces arranques hidalgos; y cuando, en la entrevista de Mala, se propusieron los pizarristas apoderarse por traición de la persona de Almagro el viejo, Alonso de Mesa fué de los pocos que protestaron indignados contra esa felonía, y cuéntase que al pasar junto al Mariscal lo hizo cantando esta popular copla del romancero español:

tiempo es el caballero,  
tiempo es de huir de aquí,  
que me crece la barriga  
y se me acorta el vestir;

con lo que Almagro se dió por avisado y escapó á la celada que tan indignamente le tendían.

Desde entónces Pedro de Candia vivió resentido con los Pizarro; y cuando, muerto el marqués, Almagro el Mozo se proclamó gobernador del Perú, aceptó sin vacilar el mando de la artillería. En esta época desplegó Candia toda su actividad é inteligencia y, en breve tiempo, fabricó mosquetes y cañones.

El yerno de Pedro de Candia, que militaba en las filas de Vaca de Castro, le escribió pidiéndole que falsease la artillería, arma en que los almagristas cifraban toda su superioridad sobre el enemigo. Candia mostró inmediatamente la

carta á su caudillo, dándole así una prueba de lealtad. Esto sucedía en los momentos en que Vaca de Castro enviaba á Almagro proposiciones de paz. Almagro desconfió, y con justicia, del negociador, que á la vez que proponía un arreglo estaba minándole el ejército.

En el acto el campo almagrista se puso en movimiento sobre Chupas para presentar la batalla. Esta fué reñidísima. El grito en ambos ejércitos era—¡Santiago! Viva el Rey y Almagro! ó ¡Santiago! Viva el Rey y Vaca de Castro!—Allí murió Peralvarez Holguín, el más distinguido de los capitanes realistas, que entró al combate con sobreveste blanca, y salió herido Garcilaso de la Vega, padre del historiador.

Ya Almagro recorría el campo gritando:—Victorial! Prender y no matar!—El desórden cundía en las tropas de Vaca de Castro, y solo Francisco de Carbajal sostenía la lucha. A este tiempo el capitán Saucedo, uno de los mejores amigos de Almagro y que acababa de derrotar la vanguardia realista, comunicó á Pedro de Candia orden de que variase la situación de la artillería. Candia obedeció á su superior, y colocó en otro lugar las piezas: pero los tiros no producían ya mortífero efecto sobre el enemigo y, rehaciéndose los realistas, entró el pánico entre los que pocos minutos ántes entonaban el himno de triunfo.

Almagro, sin averiguar nada, pues los momentos no lo permitían, se dirigió al nuevo sitio que ocupaba la artillería, y lanzando el caballo sobre Candia, le dijo:—¡Traidor! Has seguido el consejo de tu yerno—y lo atravesó con su lanza:

Así murió, tenido por infame en el concepto de su caudillo, un soldado que había sido siempre leal para con la causa que abrazara.

Era hombre de bien, generoso, valiente, de bella figura, alto y fornido, de poblada barba, con pocas cualidades de mando, y el más inteligente, hasta entónces, en la arma de artillería. Murió á la edad de cincuenta y dos años.

### III

#### Alonso de Toro.

Hombre fiero, áspero, vengativo, cruel é indigesto llama un cronista á este conquistador, que obtuvo en el botín de



Cajamarca la misma porción, en oro y plata, que Mesa el Canario. Su hermano Hernando de Toro, fué, poco después de la muerte del Inca, asesinado por los indios de Tumbes, y es fama que con su cadáver celebraron un festín de antropófagos.

Puesto en capilla el mariscal Almagro, Toro, que era su enemigo personal, se constituyó de guardia en el calabozo, y el desgraciado anciano se desahogó diciéndole:

—Por fin vas á beber mi sangre hasta hartarte.

—Y esa es la mayor fortuna que Dios me concede, contestó el cínico guardián.

Alonso de Toro fué uno de los que más azuzaron á Gonzalo Pizarro para su rebeldía, y mereció ser nombrado mae-se de campo. Pero Toro era generalmente aborrecido, y su nombramiento tuvo mala acogida en el ejército. Entonces Gonzalo lo hizo gobernador del Cuzco, y en ese puesto, lejos de propiciarse los ánimos, dió rienda suelta á su perverso carácter y aumentó el número de los desafectos. Por una querella personal mandó cortar la mano á Hernando Díaz, y recelando siempre una revolución, que su mal gobierno provocaba, hizo degollar á los que le fueron denunciados como cabecillas.

Su lealtad para con Gonzalo no fué de las más probadas, y mucho se murmuraba de que mantenía correspondencia secreta con los parciales de La Gasca. En esta época, habiendo un día tenido un altercado con su suegra y dádola de bofetones, Diego González, marido de la ultrajada señora, fué á buscarlo á su casa y, sin pronunciar una palabra, le dió muerte á puñaladas, con gran contentamiento del vecindario del Cuzco que celebró el suceso con repiques y luminarias.

Paula de Silva, la viuda de Toro, casó en segundas nupcias con el licenciado Pedro Lopez de Cazalla, famoso por su talento y por haber sido el primero que elaboró vinos en el Perú.

#### IV

##### Francisco de Almendras.

Perteneció también á los ciento setenta que capturaron al Inca, y obtuvo una buena partija en el rescate.

Hecho, algunos años después, regidor del Cuzco, tomó partido con Almagro; y, en breve, lo traicionó uniéndose á los Pizarro.

En la revolución de Pizarro se hizo Almendras notable por sus crueldades, y parecía querer rivalizar en ferocidad con el Demonio de los Andes.

Hallándose una noche acostado en la cama entró á visitarlo Diego Centeno, su compadre y amigo íntimo. Después de un rato de conversación, Centeno le declaró que era partidario de La Gasca y que venía á tomarlo preso. Francisco de Almendras no podía resistirse, y rogó á Centeno que le perdonase la vida, teniendo en cuenta sus antiguos vínculos y que era padre de doce hijos.

Los hombres de ese siglo tenían el corazón tan duro como la cota de hierro bajo la cual palpitaba.

Centeno mandó degollar á su compadre Francisco de Almendras.

## V

### Diego Centeno.

Vino al Perú, dos años después del asesinato de Atahualpa, en la expedición de Pedro Alvarado; y Pizarro le dispensó, desde el primer día, su poderoso amparo. Por eso, en las batallas de Salinas y de Chupas, lo hallamos combatiendo bizarramente contra los almagristas.

Comprometido, al principio, en la revolución de Gonzalo, cambió pronto de bandera ajusticiando, como hemos referido, á Francisco de Almendras. La Gasca dió á Centeno el mando de una división, la que en diversos encuentros fué siempre vencida por Francisco de Carbajal. En la batalla de Huarina, las tropas de Centeno pasaban de mil hombres; y las de Carbajal, que no llegaban á quinientos, alcanzaron la victoria. Por eso cuando, estando para morir el Demonio de los Andes, le preguntó Centeno si le conocía, contestó Carbajal que no, por que siempre le había visto de espaldas.

En sus desgraciadas empresas contra Carbajal, que había jurado darle garrote cuando lo hubiese á mano, tuvo varias veces que caminar por muchos días, solo y á pié, entre riscos y precipicios; y una ocasión vivió más de seis meses

escondido en una cueva, y debiendo el sustento á la caridad de una india y de Cornejo el Bueno.

Por fin, en la batalla de Saxsahuaman, La Gasca le confió el mando de la reserva y, pacificado el país, lo nombró gobernador del Río de la Plata. Mas la víspera del día en que iba á marchar para su destino, murió en un banquete, envenenado por uno de los deudos de Francisco de Almendras.

Diego Centeno fué un capitán organizador y activo, de carácter sanguinario á la vez que cauteloso. Poseía minas muy ricas, en Potosí, y era hombre dadivoso y cortesano.

## VI

### Pedro Puelles.

Vino al Perú en 1534 con el Adelantado don Pedro de Alvarado. Era un jóven hidalgo de Castilla, muy pagado de sus pergaminos. Un cronista dice de él que era avariento, feroz, y de ánimo inquieto y novelero.

A poco de haber tomado servicio en el Perú, tuvo una insubordinación con Benalcázar, y éste le impuso arresto. Por eso, cuando en la batalla de Iñaquito se vió Benalcázar herido y prisionero, el *hidalgo* Puelles tuvo la cobardía de insultarlo. No es hidalgo quien nace hidalgo, sino quien sabe serlo.

Cuando Gonzalo Pizarro marchó al descubrimiento de la Canela, dejó en Quito á Puelles por su teniente gobernador; y Vaca de Castro, después de la batalla de las Salinas, lo nombró para que acabase de fundar y poblar la ciudad de León de Huánuco.

Sublevado Gonzalo contra el virrey Blasco Núñez de Vela, Puelles principió por servir la causa de éste; más pronto se unió á Gonzalo, traición que inclinó por completo la balanza en favor de los revolucionarios. Puelles fué el maese de campo de Pizarro en la batalla de Iñaquito.

Después del triunfo, Gonzalo le dejó en Quito por su teniente gobernador. A este propósito dice un cronista: «En-  
« cargado Puelles del gobierno, se vieron en el cielo algu-  
« nas lumbres extraordinarias y dos leones que peleaban,  
» uno en la parte del oriente y otro en la parte del ponien-

« te, y el sol se oscureció, con otros fenómenos que fueron « tenidos por los habitantes de Quito como augurios de « grandes sucesos y de terribles desastres. »

Al arribo de la Gasca empezó á palidecer la buena estrella de Gonzalo; y Puelles, á la vez que enviaba un emisario cerca del licenciado, ofreciéndole alzar bandera por el rey si se le acordaban ciertas gracias, se preparó á marchar con tropas sobre Guayaquil que se había pronunciado contra la revolución. Pero la víspera de la marcha, y con pretexto de acompañarlo á misa, entraron varios oficiales al cuarto de Puelles, que aun no se había levantado de la cama, le dieron de puñaladas, le cortaron la cabeza, y la pusieron en el mismo sitio público donde él había hecho colocar antes la del virrey Blasco Nuñez de Vela.

## VII

### Hernando Machicao.

He aquí un tipo de ferocidad y cobardía, un aventurero sin Dios y sin ley. Parece que vino al Perú en 1531 y que fué á establecerse en el Cuzco, donde era rejidor cuando el Cabildo reconoció la autoridad de Almagro el Viejo. Machicao principió por aceptar al caudillo; mas, no alcanzando de éste grandes provechos, se escapó una noche del Cuzco y pasó á Lima donde tomó servicio con los Pizarro.

En la batalla de las Salinas, Machicao encontró en el campo, cubierto de heridas, al noble y valiente capitán almagrista Pedro de Lerma, de quien era enemigo personal, y tuvo la vileza de teñir su espada en la sangre del moribundo.

Después de haber entrado en acuerdos con los partidarios de Almagro el Mozo, en el Cuzco, los traicionó también como lo había hecho con el padre.

En la rebelión de Gonzalo siguió la bandera de éste; mas luego solicitó el perdón del virrey. El enérgico Blasco Nuñez contestó, que Machicao y Francisco de Almendras eran dos infames tales que no merecían sino la horca, y que para vencer no necesitaba de traidores.

Despechado Machicao, aceptó la comisión de ir á Tumbes con treinta hombres y asesinar al virrey; pero, frustrada

su empresa, se apoderó de algunos buques, entregándose á monstruosas piraterías en la costa. Llegó á Panamá é intimó al vecindario que, si no reconocía á Gonzalo por gobernador del Perú, saquearía la ciudad y degollaría á los recalitrantes. Atemorizados los panameños le dieron buques, armas, dinero y nueve piezas de artillería.

La conducta de Machicao en Panamá fué asaz infame. Robó mujeres; mandó que sus soldados entrasen á las tiendas y se vistiesen de paño, sin pagarlo; y llevaba en la mano un rosario, no por devoción, sino para contar el número de mosquetes que le entregaban los vecinos.

Sus atrocidades no podían dejar de sublevar los ánimos, y se armó una conspiración; mas, descubierta por Machicao, hizo dar garrote á los cabecillas.

Salió al fin de Panamá con veintidos buques y quinientos hombres y, en la travesía, apresó un bajel que le llevaba al virrey un refuerzo de armas, caballos y tropas. Entonces Blasco Núñez le hizo proposiciones para atraerlo á su bandera, y Machicao le contestó:—Tarde píaste. Cuando quise no quisiste.

En Tumbes se imaginó que algunos de los tripulantes de los buques trataban de insurreccionarse y, sin más fórmula ni proceso, los hizo colgar de las entenas.

Machicao tenía el proyecto de batir primero al virrey, y luego sorprender á Gonzalo, alzarse con el gobierno y proclamarse emperador del Perú. Mas, traicionado por uno de sus confidentes, Gonzalo tuvo conocimiento del pérfido plan y, á marchas forzadas, vino á unirse con Machicao en Latacunga. Este logró calmar los recelos de Pizarro, y lo acompañó á la batalla de Iñaquito.

Machicao secundaba á Francisco de Carbajal en aconsejar á Gonzalo que se alzase con el poder, desconociendo al rey de España, y su bandera fué la única que, en la batalla de Iñaquito, llevaba por lema—*Pizarro*—con una corona real encima.

Después de Iñaquito, Gonzalo le regaló algunos millares de onzas y le dió á mandar un regimiento de picas, compuesto de ciento cuarenta hombres.

En la batalla de Huarina, el ejército de Gonzalo no excedía de quinientos hombres, y el mando de una parte de la infantería fué confiado á Machicao. Como hemos dicho, esta batalla contra doble fuerza solo pudo ganarla un soldado

tan entendido como el maese de campo Francisco de Carbajal, quien manchó sus laureles haciendo ahorcar en el mismo campo a un sacerdote dominico, el padre Gonzalez, junto con treinta de los principales prisioneros.

Pero en Huarina hizo Carbajal una acción muy meritória. Machicao, que dudaba del triunfo, abandonó cobardemente su puesto apenas se rompieron los fuegos. Al otro día regresó al campamento, y Carbajal lo mandó arcabucear. Bien merecido se tenía tan desastroso fin.

## VIII

### Martin de Robles

Sin que se pueda determinar con fijeza la época en que Martín de Robles vino al Perú, hallamos que en 1541 era alférez real ó abanderado de Perálvarez Holguín y que, tres años después, el virrey Blasco Nuñez lo distinguió mucho y le dió el mando de una compañía. Martín de Robles contaba entónces cerca de sesenta años, había militado en Europa, y se le reputaba como hombre de gran valor y experiencia.

Fué de los primeros en traicionar al virrey, tomando partido por la Audiencia, y mereció en pago de su defección que aquella lo nombrara capitán general. Mas reconocida la autoridad de Gonzalo Pizarro, renunció Robles el nombramiento de los oidores, confiriéndole Gonzalo el mando de los piqueros y regalándole, después de la batalla de Iñaquito, la misma suma en oro que á Machicao.

Los hombres de ese siglo se habían avezado á la traición. Cuando Robles vió que la buena estrella de Gonzalo principiaba á desmayar, aconsejó á Diego Maldonado el Rico que se desertase con una compañía; y luego, con el pretexto de perseguirlo, se le unió con los piqueros de su mando y alzaron bandera por Gasca. La traición de Robles fué contagiosa, y muchos caballeros notables siguieron el pérfido ejemplo.

Muerto Gonzalo en el cadalso, Martín de Robles salió precipitadamente de Lima con algunos hombres en dirección á Potosí. Díjose, en el primer momento, que Robles era el caudillo de una conspiración que debía estallar con-

tra la Audiencia, tan luego como falleciese el virrey marqués de Mondejar. Pero la verdad es que la marcha repentina de Robles fué motivada porque Vasco Godines y Egas de Guzmán le habían escrito que su esposa, doña Juana de los Ríos, tenía relaciones de amor con Pablo Meneses, corregidor de Potosí, íntimo amigo de Robles y tan anciano como él. Todo ello era una calumnia.

Desde Arequipa fué Robles reclutando gente; pero el general don Pedro de Hinojosa, que acababa de ser nombrado Justicia Mayor de Potosí, apaciguó á Robles, y éste se fué á Chayanta, residencia de doña Juana.

Vasco Godines, que era el azuzador de los celos de Robles, se presentó un día en Potosí, y clavó en la puerta de Meneses un cartel en que don Martín exigía que, si don Pablo no quería batirse en duelo, declarase en presencia de Pedro Portugal, de Hernando Paniagua y de otros caballeros, que él no era hombre para haber requerido de amores á doña Juana de los Ríos; porque, si lo hiciera, ella era persona tal que le pelara las barbas y diera de chapina-zos; y que, para más satisfacer á Robles, estaba pronto á rendirle la daga que llevaba al cinto.

Meneses, que aun era corregidor de la villa por no haber llegado el Justicia Mayor, quiso mandar prender á Robles, y cortarle la cabeza por el desacato. Pero mejor aconsejado, temió que Hinojosa desaprobase su proceder, creyendo que la pasión y la venganza habían torcido en sus manos la vara de juez.

Tres días después se hizo cargo Hinojosa del gobierno; y Meneses, recelando un ataque de Robles, se echó á reunir gente, y la villa imperial quedó dividida en dos bandos rivales. Entonces contestó al cartel de Robles diciéndole, que estaba pronto á salir al campo y darle la satisfacción que fuese justa y que, si oyéndolo no se daba por satisfecho del supuesto agravio, se batirían en camisa, con espada y daga. Aceptó Robles, y, cuando ya iban á ensangrentar los aceros, se presentó el Justicia Mayor y condujo preso á don Martín.

Hinojosa tomó á empeño reconciliar á los adversarios, y al fin consiguió que celebrasen un pacto por el que María de Robles, niña de ocho años, debía casarse, al cumplir los doce, con Pablo Meneses, anciano de más de sesenta diecimbres. Item, se estipuló que la niña llevaría una dote

de dos mil onzas de oro. Como es de suponerse, el acuerdo se celebró con grandes festejos.

Pero Vasco Godines y los revoltosos, que veían con esto aplazada la revolución, quedaron descontentos, y comprometieron para caudillo á don Sebastián de Castilla, huésped y amigo de Hinojosa.

Aunque el Justicia Mayor tenía aviso de que su huésped conspiraba contra él, no quiso darle crédito: y un día contestó al guardián de San Francisco que le participaba haber descubierto, bajo secreto de confesión, lo que se tramaba:—No me hable de eso su paternidad que, teniendo yo lugar para echar mano de mi toledana, me río de todos los revoltosos del mundo.

Concertada, en fin, la revolución, entraron una noche los conjurados en casa de Hinojosa. Al ruido salió éste al patio, y uno de los traidores le dijo:

—Señor, estos caballeros quieren á vuesa merced por caudillo y padre.

—Véan vuesa mercedes lo que me mandan, contestó el Justicia, adelantándose hácia el grupo, y por la espalda le dieron una estocada mortal. Hinojosa cayó sobre unas barras de plata, y los conjurados le remataron, diciéndole:

—Muere sobre lo que tanto amaste.

Después de saquear la casa, salieron los rebeldes á tomar presos á Robles y á Meneses. Este, afortunadamente para él, se había quedado á dormir en una de sus haciendas; y Robles pudo escapar, en camisa, por una ventana.

Larga tarea sería historiar esta guerra civil, en la que, á poco, Vasco Godines asesinó á don Sebastián, reemplazándolo como caudillo. Baste decir, en compendio, que el caldoso fué permanente y las atrocidades sin número.

Revolucionado Girón, en 1553, escribió á Robles solicitando su apoyo; mas don Martín se puso á órdenes del mariscal Alvarado. En la batalla de Chuquinga, fué Robles encargado de pasar el río con treinta mosquetes y treinta partesanas, con prevención de que, después de situarse en un cerrillo, no comprometiese choque hasta una señal dada. Robles creyó que él solo podía vencer á Girón, y desobedeciendo las instrucciones cayó sobre el enemigo. Martín de Robles salió herido, escapando milagrosamente; la mortandad fué grande entre los realistas, y el mariscal



culpó siempre al insubordinado teniente de la derrota de Chuquinga.

Cuando, en 1555, llegó á Lima el virrey primer marqués de Cañete, Martín de Robles era ya tan viejo y achacoso que, para ir á misa ó á Cabildo, lo hacía apoyándose en un esclavo y llevándole otro la espada. Como el nuevo virrey había sustituido el tratamiento de *muy nobles señores* que hasta entónces se daba á los cabildantes, con el de *nobles señores*, dijo riéndose don Martín, en pleno Cabildo de Potosí:—ya le enseñaremos á tener crianza á ese virrey de mo-jiganga, que viene asaz descomedido en el escribir.—El vejete, que había sido siempre revoltoso, creía conservar aún los bríos de su mocedad y volver á armar la *gorda*.

Súpolo el marqués de Cañete, y se propuso castigar tanto la burla á su persona cuanto la traición de Robles al virrey Blasco Núñez. Con tal fin, salió de Lima el oidor Altamirano con el encargo de hacerle dar garrote. El octogenario Martín de Robles, que investía la clase de general, fué sin ningún miramiento ni proceso ejecutado en secreto, lo que produjo un serio tumulto en Potosí.

Felipe II desaprobó la conducta del virrey, relevándolo inmediatamente con el conde de Nieva, y colmando de honores y gracias á doña María de Robles y á su hijo Pablo Meneses.

Martín de Robles fué tío del famoso padre Calancha, autor de la curiosa crónica agustina del Perú.

## IX

### Lope de Aguirre el traidor.

Asusta y dá temblor de nervios asomarse al abismo de la conciencia de algunos hombres. El solo nombre de Lope de Aguirre aterroriza.

Fecundísimo en crímenes y en malvados fué, para el Perú, el siglo XVI. No parece sino que España hubiera abierto las puertas de los presidios y que, escapados sus moradores, se dieron cita para estas rejiones. Los horrores de la conquista, las guerras de pizarristas y almagristas, y las vilezas de Godines, en las revueltas de Potosí, reflejan, sobre los tres siglos que han pasado, como creaciones de una

fantasía calenturienta. El espíritu se resiste á aceptar el testimonio de la historia.

Entre los aventureros que con el capitán Perálvarez llegaron al Perú en 1544, hallábase Lope de Aguirre, mancebo de veintitres años, y reputado por uno de los mejores ginetes. Aunque oriundo de Oñate, en Guipúzcoa, y de noble familia, que lucía por mote en su escudo de armas esta leyenda:—*Piérdase todo, sálvese la honra*, había pasado gran parte de su juventud en Andalucía, donde su destreza en domar caballos, y su carácter pendenciero y emprendedor le habían conquistado poco envidiable fama.

En la rebelión de Gonzalo Pizarro tomó partido por éste; y cuando, al arribo del licenciado La Gasca, se vió, en 1549, forzado Gonzalo á alejarse de Lima, encomendó á Aguirre, como uno de los capitanes de más confianza, que con cuarenta hombres de caballería cubriese la retirada.

Apenas emprendido el movimiento, Lope de Aguirre retrocedió con su fuerza y entró en Lima, gritando:—¡viva el rey! muera Pizarro, que es tirano!

Y, alzando bandera por La Gasca, asesinó en la ciudad á dos partidarios de Gonzalo, y en toda la campaña hizo ostentación de ferocidad. Lope de Aguirre se entusiasmaba como el tigre con la vista de la sangre; y sus camaradas, que lo veían entonces poseído de la fiebre de la destrucción, lo llamaban caritativamente:—*El loco Aguirre*.

Cuando, terminada la guerra, llegó la hora de recompensar á los realistas, La Gasca el Justiciero estimó en poco los servicios de Aguirre. Resentido éste, se retiró á Potosí y, en 1533, después del asesinato del corregidor Hinojosa, se alzó con Egas de Guzmán, y fué uno de los jefes de aquel destacamento que, en una semana, cambió tres veces de bandera—por el rey, contra el rey y por el rey. El mariscal don Alonso de Alvarado, pacificador de esos pueblos, á quien se unió Aguirre, tomó á empeño ahorcar al traidor; pero como los pícaros hallan siempre valedores, el mariscal tuvo que guardarse en el pecho la intención.

Combatió después contra Francisco Girón, y recibió una herida en la pierna de la cual quedó un tanto lisiado.

El marqués de Cañete vino, al fin, en 1555, como virrey del Perú, á extirpar abusos, ahogando todo gérmen de revuelta. El buscó ocupación á los espíritus inquietos, destinando á unos á la empresa de desaguar la laguna en que,

según la tradición, existe la gran cadena de oro de los Incas, y empleando á otros en la exploración del estrecho de Magallanes.

En Moyobamba, y con aquiescencia del virrey, preparaba el bravo capitán Pedro de Urzua, natural de Navarra, una expedición á las riberas del Marañón, en busca de una tierra que, según noticias, era tan abundante en oro, que sus pobladores se acostaban sobre lechos del precioso metal. Grande fué el número de codiciosos que se alistaron bajo la bandera de Urzua, capitán cuyas dotes como soldado y hazañas en el nuevo reino de Granada le habian granjeado positiva popularidad.

La curiosa crónica titulada *Carnero de Bogotá*, escrita por un contemporáneo de Urzua, nos pinta la heroicidad de este caudillo á la par que la nobleza de su corazón. Pedro de Urzua fué el fundador de Pamplona, una de las más importantes ciudades de Colombia.

Lope de Aguirre se presentó á Urzua, acompañado de una hija, niña de once años de edad. A Urzua seguía también en la expedición la bellísima doña Inés de Atienza, limeña é hija del conquistador B'as de Atienza favorito del marqués Pizarro, y algunas otras mujeres, entre las que se encontraba una aragonesa llamada la Torralba, manceba de Aguirre.

Las fatigas de los expedicionarios aumentaban sin encontrar el país del oro. Vino luego la desmoralización propia de gente allegadiza, y una noche estalló un motín encabezado por Aguirre. Pedro de Urzua y su querida doña Inés fueron asesinados.

Los revoltosos proclamaron por general á don Fernando de Guzmán, hidalgo sevillano, y por maese de campo á Lope de Aguirre. Estendida el acta revolucionaria, firmó con el mayor cinismo—*Lope de Aguirre el Traidor*. Un historiador añade que dijo Aguirre que firmaba con este mote de infamia, porque, después de asesinado el gobernador Urzua, habian de pasar siempre por traidores, que el cuervo no podía ya ser más negro que sus alas, y que, en vez de justificaciones y penosos descubrimientos, lo que debían hacer era apoderarse del Perú, el mejor Dorado del mundo, que el cielo lo hizo Dios para quien lo merezca y la tierra para quien la gane.

Los expedicionarios, arrastrados por Aguirre y por las

bárbaras ejecuciones que éste realizara con los que le eran sospechosos, reconocieron no ya solo por general sino por príncipe del Perú á don Fernando de Guzmán. Un día reconvinó éste á su maese de campo, por el inútil lujo de crueldad que desplegaba con sus subordinados; y no pasó mucho tiempo sin que el vengativo Aguirre asesínase también á su príncipe. Y seguido de doscientos ochenta bandoleros, que él llamaba sus *marañones* (1), cometió inauditos crímenes en la isla de Margarita, en Valencia y otros pueblos de Venezuela, que entregó al incendio y al saqueo de los desalmados que lo acompañaban.

La bandera de Lope de Aguirre era de tafetán negro con dos espadas rojas en cruz.

Una mañana levantóse el *caudillo fuerte*, título con que lo engalanaron sus marañones, algo aterrorizado, y llamó á un fraile dominico. Oyólo éste en confesión, y tal sería ella que se negó á absolverlo. Lope de Aguirre se alzó del suelo, llamó al verdugo, y le dijo con mucha flemma:—Ahora mismo, ahórcame á este fraile marrullero.

Por fin, desamparado de los suyos, y acorralado como fiera montaráz, se metió en un rancho con su hija, y la dijo:

—Encomiéndate á Dios, que no quiero que, muerto yo, vengas á ser una mala mujer, ni que te llamen la hija del traidor.

Y aquel infame que finjía creer en Dios, rechazando á la Torralva que se le interponía, hundió su puñal en el pecho de la triste niña.

Un soldado llamado Ledesma, intimó entonces rendición á Lope, y éste contestó:—No me rindo á tan grande bellaco como vos—y volviéndose al jefe de los realistas, pidió le acordase algunas horas de vida, porque tenía que hacer declaraciones importantes al buen servicio de su magestad; mas el jefe, recelando un ardid, ordenó á Cristóbal Galindo, que era uno de los que habían desertado del campo de Aguirre, que hiciese fuego. Disparó este su arcabuz, y sintiéndose Aguirre herido en un brazo, dijo:—Mal tiro! ¿no sabes apuntar, malandrín?

---

(1) En 1881 tenía el autor escrita gran parte de una larga novela histórica titulada *Los Marañones*, cuyo manuscrito desapareció en el incendio de Miraflores, junto con un libro de polémica sobre Bolívar y Monteagudo, libro que estaba ya expedito para imprimirse.

Hiciéronle un segundo disparo, que lo hirió en el pecho, y Lope cayó diciendo:—¡Este sí es en regla!—Fué también uno de sus marañones el que ultimó al tirano.

Luego le cortaron la cabeza, descuartizaron el tronco, y durante muchos años se conservó su calavera, en una jaula de hierro, en uno de los pueblos de Venezuela.

Dice un cronista que Lope de Aguirre tomó por modelo, no solo en la crueldad sino en el sarcasmo impío, á Francisco de Carbajal y que, habiendo sorprendido rezando á uno de sus soldados, lo castigó severamente, diciendo:—yo no quiero á los míos tan cristianos, sino de tal condición que jueguen el alma á los dados con el mismo Satanás.

Detenido en una de sus escursiones por un fuerte chaparrón, exclamó furioso:—Piensa Dios que, porque llueve, no tengo de hacer temblar el mundo? Pues muy engañado está su merced. Ya verá Dios con quien se las há, y que no soy ningún bachillerejo de caperuza á quien agua y truenos dan espanto.

La carta que dirigió á Felipe II es curiosísimo documento que basta para formarse cabal idea del personaje.

Lope de Aguirre murió en Diciembre de 1561, á los cincuenta años de edad. Era feo de rostro, pequeño de cuerpo, flaco de carnes, lisiado de una pierna y sesgo de mirada, muy bullicioso y charlatán.

Tal es la historia de uno de esos monstruos que aparecen sobre la tierra como una protesta contra el orijen divino de la raza humana. Oviedo y Baños, en su curiosa crónica, y Pedro Simón en sus *Historiales*, son verdaderamente minuciosos en el relato de las atrocidades realizadas por el traidor Lope de Aguirre.





## VÍTORES

### CUADRO TRADICIONAL DE COSTUMBRES LIMEÑAS

AL SR. GENERAL D. MANUEL DE MENDIBURU.

---

VÍTORES.—Hé aquí una palabra que algunos creen limeñismo puro; pero que la encontramos consignada en el primer Diccionario de la lengua y en las ediciones sucesivas. Calderón y Lope de Vega la usaron en sus comedias, poniéndola en boca de los estudiantes de Salamanca y Alcalá de Henares, así como la palabra *cola* aplicada á los vencidos en un certámen. Domínguez afirma que, para suavizar la pronunciación, se dice *vítores*, en vez de *victores*, y no acepta la voz en singular. Quede la cuestión en pié para que la diluciden los académicos.

La palabra *vítores* (cuide usted, señor cajista, de esdrújularla) estuvo de moda en el Perú, allá por los tiempos en que los virreyes consignaban en la *Memoria ó Relación de mando* el temor de que Lima se convirtiera en un gran c'austro, tan crecido era el número de sacerdotes y monjas.

Mal hacían en alarmarse desde que la misma España era, en los tiempos de Felipe II, un vasto convento. Cuatrocientos mil frailes, y número poco mayor de clérigos, albergaba la madre patria.

En una sociedad que carecía de novedades y distracciones y en la cual ni la política era, como hoy, manjar de todos los paladares, cada capítulo ó elección de superior ó abadesa de convento era motivo de pública ajitación. Las familias ponían en juego mil recursos para conseguir votos

en favor del candidato de sus simpatías, ni más ni menos que ogaño cuando, en los republicanos colegios de provincia, se trata de nombrar presidente para el gobierno ó des-gobierno (que dá lo mismo) de la patria. Rara familia había en Lima que, además del segundón destinado desde el limbo materno para vestir hábitos, no contase entre sus miembros un par de frailes, por lo menos, y número igual de monjas. No teniendo los americanos carreras á qué consagrarse, con honra y provecho, optaban por la del claustro en la que, aparte la consideración social anexa al prestigio y magestad del sacerdocio, tenían segura una existencia holgada y hasta regalona, si se quiere, pues los bienes de la Iglesia eran cuantiosos. En los virreinos de México y el Perú, la Iglesia era tanto ó más rica que el Estado. Los conquistadores acaparaban colosales fortunas, no siempre por medios lícitos, y, en el trance del morir, creían quedar en paz con la conciencia y comprarse un cachito de heredad en la gloria eterna, cediendo la mitad de sus tesoros á los conventos, fundando capellanías y haciendo otros devotos legados. El lecho del moribundo era rodeado por cuatro ó cinco frailes de órdenes distintas, que se disputaban partija en el testamento. Cada cual arrimaba la brasa á su sardina, ó tiraba, como se dice, para su santo; esto es, para el acrecentamiento de los bienes de su comunidad.

Con tales antecedentes, el cargo de prelado de convento tenía que ser apetitoso y succulento bocado.

Llenas están las crónicas conventuales con relatos de los reñidos capítulos habidos entre los frailes; y con frecuencia el virrey, los oidores y hasta la fuerza pública tuvieron que intervenir para poner término á los desórdenes. Tema de muchas de mis *tradiciones* han sido esas zagalardas frailescas.

No debe nadie maravillarse de que, en aquellos siglos, tomase la sociedad muy á pecho los enjuagues de un capítulo fraileesco; pues, si no miente el duque de Frías, hasta los santos en ciernes se empeñaban con Dios, para el triunfo del candidato de sus simpatías. Y el chiste está en que, capítulo hubo del cual Dios, con ser Dios, salió cola. Compruébolo con este parrafito que, al pié de la letra, copio del *Deleite de la discreción*—« Pidióle á Dios Santa Teresa, « que el provincialato carmelita recayese en el padre Gra- « cián, su confesor. Verificóse el capítulo, y fué otro fraile

« el elegido. Entónces la santa rogó á Dios que la perdona-se si había errado, y el Señor la contestó:—Cierto es, « Teresa mía, que me pediste lo que convenia; pero los friales no siempre quieren lo que conviene. »—Y la cosa de ser verdad tiene; porque el libro del señor duque se imprimió en Madrid, en 1764, con permiso de la Inquisición que, á ser embustera la historieta, no la habría dejado correr en letra de molde.

En los conventos de monjas eran más reñidos, si cabe, los capítulos, y húbolos en que las mansas ovejitas del Señor se arañaron de lo lindo y sin misericordia. En la Encarnación, por ejemplo, vióse una monja, la madre Frías, que mató á otra á puñaladas.

Cada monasterio tenia, entre profesas, novicias, educandas, seglares y criadas, crecidísima población. Baste saber que hubo época en que, solo en el convento de Santa Clara, se encerraban trescientas religiosas y otras tantas criadas, devotas ó vecinas.

Y para que no se diga que hablamos de *paporreta* ó que calculamos á ojo de buen cubero, véase el cuadro que, en 1665, formó el cronista de Indias, Gil Gonzalez Dávila:

Convento de la Encarnación:—150 religiosas de velo negro—50 novicias—40 donadas—270 seglares y criadas.

Convento de la Concepción:—190 religiosas de velo negro—24 novicias—15 donadas—250 seglares y criadas.

Convento de la Trinidad:—100 religiosas de velo negro—50 de velo blanco—10 novicias—10 donadas—160 seglares y criadas.

Convento de los Descalzas:—55 de velo negro—10 de velo blanco—10 novicias—20 criadas.

Convento de Santa Clara:—160 de velo negro—37 de velo blanco—36 novicias—18 donadas—130 seglares.

Convento de Santa Catalina:—40 de velo negro—6 de velo blanco—38 seglares.

Resulta, pues, que de las veinticinco mil mujeres con que, según el censo de aquel año, contaba Lima, cerca de dos mil vestían hábito, sin incluir las beatas callejeras que también lo usaban.

Gobernar una republiqueta de mujeres era empresa, y grande. Las aspiraciones eran infinitas, y tenáz la oposición para con la abadesa, que no podía satisfacer los innumerables caprichos de sus súbditas, doblemente caprichosas



por ser mujeres y monjas, que es otro ítem más. La anarquía era, pues, plato diario en los monasterios.

La numerosa servidumbre, si bien carecía de voto, era por lo mismo tan bullanguera y exaltada como, en nuestras democracias, aquellos á quienes la ley no concede carta de ciudadanía. Los que no tienen derecho á votar han sido, son y serán los que levanten más polvareda.

Las muchachas dividíanse en bandos, siguiendo cada una el de la monja de quien dependía; y terminado el capítulo, las del partido vencedor concurrían á los claustros armadas de matracas encintadas, marimbas, panderos con cascabeles y otros instrumentos, cantando coplas en loor de la monja electa, y aun satirizando á la derrotada y á sus secuaces. A esas coplas y á ese barullo se dió el nombre de *vitores*.

En ese día, las seglares tenían licencia para salir hasta la puerta ó plazuela del convento y alborotar el vecindario con el desapacible *matraqueo*.

No puede determinarse con fijeza la época en que nacieron en Lima los vitores; pero consta que, en el monasterio de las bernardas de la Trinidad, se cantaba en 1617:

¡Vitor la madre abadesa,  
modelo de santidad!  
Vitor la lega y profesal  
Vitor la comunidad!

Por real órden de 31 de Diciembre de 1786, comunicada al virrey Croix, se prohibieron los vitores en la elección de abadesa; pero maldito el caso que de la régia prohibición hicieron las monjitas de Lima.

Las coplas de los monasterios son notables por la agudeza y sal criolla. Sentimos haber olvidado muchos vitores, muy graciosos, que, hace ya fecha, oímos recitar á una vieja.

Sin embargo, no queremos dejar en el tintero un par de villancicos que, en ciertas fiestas, se cantaban en los claustros.

Las clarisas tenían este:

Vitor, vitor las llagas  
de nuestro padre San Francíscot  
una, dos, tres, cuatro y cinco!

Y las muchachas contestaban en coro:

Alegrémonos, alegrémonos,  
porque es bien que nos alegremos.

El de las monjas trinitarias no era menos original. Decía así:

San Bernardo no come escabeche,  
ni bebe Campeche,  
por que es amigo de la leche.

A lo que contestaba el coro:

Al glorioso mamón  
digámosle todas *Kyrieleysón*.

De los conventos de monjas pasaron los vítores á los conventos de frailes. En estos se albergaba también gran población masculina. Abundancia de redondillas y décimas, escritas con añil ó almagre, aparecían en las paredes inmediatas á la celda del nuevo prelado; y los devotos, cuyo número aumentaba con el de la gente de la ciudad que traspasaba los umbrales de la portería, formaban laberinto no menor que el de los monasterios en ocasión idéntica.

En 1709, el capítulo de los agustinos fué harto borrascoso. Disputábanse el triunfo entre fray Alejandro Paz, sevillano, y fray Pedro Zavala, vizcaino. Tal fué el cúmulo de incidentes que la real Audiencia, viendo que después de muchas horas de estar reunidos los padres en la sala capitular no ponían término al acto, resolvió, á media noche, trasladarse al convento. A las dos de la mañana hízose un escrutinio y, entre los que esperaban á la puerta, corrió la voz de que el padre Paz había salido vencedor. Sus partidarios atronaron el claustro cantando:

De Sevilla fué el olivo  
primero que vino acá.  
Vitor, por Sevilla! Vitor!  
Vitor, por el padre Paz!

Uno de los oidores tuvo que salir de la sala capitular para hacer que cesase el alboroto. Había resultado empate, é

iba á repetirse la votación. La muchitanga quedó en impaciente expectativa.

Con el alba, las campanas se echaron á vuelo, y los cohetes y camaretas anunciaron á los vecinos de Lima la derrota del padre Paz. Su contrario había triunfado por mayoría de dos votos, éxito que fué celebrado con un vitor, ingenioso en verdad, pues en él se les vuelve la oración por pasiva á los partidarios del sevillano.

De Vizcaya la muy noble  
nunca vino cosa mala.  
Vitor, por Vizcaya! Vitor!  
Vitor, el padre Zavala!

Como se vé, en estas luchas entraba por mucho el espíritu de provincialismo, lo que hemos tenido oportunidad de probar en una tradición titulada—*El Virrey capitulero*.—

En los primeros años del presente siglo empezó á germinar, entre los frailes, el sentimiento de la nacionalidad peruana. Deducimoslo del siguiente vitor con que los mercenarios festejaron, en 1804, la elección de comendador que recayó en el limeño fray Cipriano Gerónimo Calatayud.

Vitor el padre  
Calatayud,  
faro de ciencia,  
sol de virtud!  
Vitor el padre  
Calatayud!  
Vitor, hermanos,  
por el Perú!

No hemos encontrado comprobante alguno que garantice la autenticidad de lo que vamos á referir; pero es tradición popularísima en Lima, y como tal la apuntamos. Algo de verdad habrá en el fondo, y sobre todo *si non é vero é ben trovato*.

Diz que los padres crucíferos de San Camilo andaban aburridos con el prelado que, á mañana y tarde, les hacía servir en el refectorio un guisote conocido con el nombre de *chanfaina*. Fama tiene, hoy mismo, la chanfaina de la Buenamuerte. Llegó la época de elecciones, y uno de los

aspirantes ganó capítulo solo por haber dicho:—si triunfo, la chanfaina *se quita*. A esto se refiere el vitor:

Dios con su prósida mano  
nos remedió en nuestra cuita.  
Vitor! el padre Otiniano  
que la chanfaina nos quita!

Y cumplió al pié de la letra su paternidad con el compromiso; pues si el antecesor subministraba la chanfaina con caldo, el nuevo prelado eliminó éste, dando por descargo, á los que lo reconvenían, que él no había ofrecido suprimir la vianda sino darla *sequita*. Y digan que el castellano no admite *calembourg*!

Las *recreaciones* ó fiestas, por elección de abadesa, duraban ocho días, en los cuales las devotas representaban entremeses, organizaban cuadrillas de danzas, quemaban árboles de fuego, y conventos hubo, como el de la Concepción, donde se capearon becerros, funcionando las muchachas de toreros. En días tales, solían conseguir permiso para visitar los claustros algunas damas de la aristocrácia, deudas de las monjas y protectoras del monasterio. También había puerta franca para los frailes de campanillas. Cuchipanda en regla.

De igual manera festejaban los frailes el éxito de un capítulo. Á veces, la corrida de novillos se efectuaba en la plaza, con gran contentamiento del pueblo. Entónces sacaban, como en la procesión del Corpus, á la Gigantilla y los Gigantes, y á la famosa Tarasca. No me parece fuera de oportunidad hacer la descripción de ésta.

La Tarasca, según la pinta Monreal, era un mónstruo de cartón, simbolo del demonio Leviathán, con tal artificio dispuesto que alargaba, de improviso, el ensortijado cuello y les quitaba el sombrero á las gentes descuidadas, tragándose, con no poca algazara popular. Caballera en la horripilante sierpe iba una figura de mujer, representando á la meretriz de Babilonia, vestida con lujosas galas y según la última moda.

Al abrir el mónstruo la desmesurada boca solían los muchachos, desde algunas varas de distancia, arrojar en ella galletas y, según don Diego de Clemencin, en sus notas al

*Quijote*, nació de aquí la frase proverbial:—echar guindas á la Tarasca.

La Gigantilla era una muñeca de tamaño natural, pero de extrema obesidad, que, en la procesión del Corpus, recitaba la loa de Lope de Vega que empieza con esta redondilla

Padre ¿no me direis vos  
aquello blanco qué sea,  
que á mí me parece oblea  
y el cura dice que es Dios?

En cuanto á los gigantes y papa-huevos ó enanos, excuso describirlos, que hartas ocasiones habrán tenido mis lectores para verlos y apreciar la exactitud de aquel refrán limeño que se aplica á los que discurren sobre tema que ignoran:—*este habla como los gigantes, por la braguita*;—pues realmente, ese era el sitio por donde salía la voz del hombre que iba dentro del embeleco de cartón.

La costumbre de los vítores pasó, en breve, de los claustros á la ciudad. Así cuando se elegía Rector de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos, elección disputada á veces con calor, ó se confería por oposición alguna cátedra, echábanse á pasear por las calles con banda de música, quemando cohetes y gritando—*¡vitor el doctor fulano!*—grupos de hombres y mujeres de la hez. Por supuesto, que esta zinguizarra era preparada con anticipación por los deudos y amigos del vencedor. Dirijianse á casa de éste, invadían el patio y corredores, le recitaban loas en chabacanos versos, infamemente declamados, y el bochinche se prolongaba hasta media noche. Tenemos á la vista é impresas algunas loas, desnudas de mérito literario, y en las que compite el gongorismo más extravagante con las más ridículas y exageradas lisonja.

El dueño de casa *tiraba plata por alto*, distribuíanse con profusión licores, dulces y viandas; y en ocasiones, para solemnizar más los vítores, acudían cuadrillas de payas, gíbaros y danzantes. En una palabra, los vítores eran el complemento del triunfo. Elección sin vítores, habría sido como sainete sin bobo ó sermón sin Agustín.

Casos hubo, y era natural, en que uno de los contendientes, juzgando segura su victoria, hizo grandes gastos y pre-

parativos para que lo *vitoreasen*, quedándose, como se dice, con los crespos hechos y sin bailar.

No era extraño tampoco que grupos de pueblo se detuviesen en la calle donde habitaba el derrotado, quemando cohetes, y mortificándolo con vitores á su afortunado rival.

También al conferirse un grado de Doctor, los amigos del agraciado lo festejaban con vitores, y aún con corrida de toros.

Epoca hubo, y no remota, en que al aspirante á doctorado le costaba un ojo de la cara la satisfacción de ceñirse el capelo. Más que de ciencia y suficiencia tenía necesidad de dinero, para obsequiar á cada miembro del claustro lo que se llamaba la *propina de ave y confitura*. Muy pobre diablo era el que salía del apuro con un gasto de mil duros. Así, cuentan que un Rector de la Universidad solía decir:—*accipiamus pecunia et mitamus asinus in patria sua*.

A propósito de este distintivo universitario, referirémos que en 1788, siendo Rector de la Universidad de Lima el conde del Portillo, consiguió, por influencia de éste, graduarse de doctor el teniente coronel de los reales ejércitos don Jorge Escobedo, hombre de escasos estudios y de más escaso meollo.

Advierto que éste don Jorge Escobedo no pudo ser el caballero del mismo nombre y apellido que reemplazó á Areche como Visitador régio, que fué Intendente de Lima y Oidor de su real Audiencia.

Por lo mismo que muchos miembros del claustro se habían opuesto á la concesión del doctoral capelo, el protector y los del círculo de don Jorge creyeron conveniente festejarlo con un vitor estrepitoso, llevándolo desde la Universidad hasta su casa pisando flores, que cuatro lacayos con librea iban arrojando en el camino.

La tradición no ha hecho llegar hasta nuestros días los loores que se tributaron al novel doctor; pero si la siguiente décima que, impresa, se distribuyó por los del partido de oposición.

Si en Roma el emperador  
Calígula, por su mano,  
declaró cónsul romano  
á su caballo andador,  
no se admiren que el Rector,

por su sola autoridad,  
ultrajando á la ciudad,  
como quien se chupa el dedo,  
haya hecho miembro á Escobedo  
de aquesta Universidad.

Sácase, pues, en limpio que también había manera de acibarar los vítulos, que amargo dejo debió quedarle á don Jorge Escobedo si algún oficioso, de esos que, so capa de devoción y lealtad, abundan siempre, le hizo saborear la cáustica espinela.

Parece que, en el otro siglo, no era moneda tan corriente, como ogaño, encaramarse sin merecimiento. Difícil era que una sabandija llegase á las alturas. No es esto decir que pícaros no escalasen elevados puestos, ni que jumentos dejasen de lucir distinciones reservadas para los hombres de saber; pero cuando esto acontecía, y por humildísima que fuese, se levantaba siempre una voz para protestar.

A esos los bautizó el pueblo con el nombre de *doctores del tibiquoque*.

No recuerdo si lei ó me contaron que un clérigo molondro, y á quien el pueblo, aludiendo á que usaba peluquín rubio, llamaba *el abate Cucaracha*, consiguió á fuerza de trapacerías y bajezas, la protección de un virrey, el cual, á pesar de la tenaz resistencia del Cabildo eclesiástico, logró, á la larga, que su ahijado se calzase una canonjía. De misacantano á canónigo, volar era más que el águila!

—Cuánto ha subido Cucaracha!!!—exclamó escandalizado el campanero.

—Escupa, hijo, esa herejía—le contestó el sacristán.—Diga, y dirá bien:—¡Cuánto ha bajado la catedral de Lima!!!

Y si esta no es protesta elocuentísima, digo que no entiendo de protestas.

Yo he visto (y no hace treinta mil años) á la republicana Universidad de San Marcos, aceptar como moneda de buena ley un doctorado *manufacturado* en Roma, en obsequio de un grandísimo camueso que ni siquiera estuvo en Roma. Después de esto . . . la mar!!! Me explico el consulado del caballo de Calígula.

Tiempos alcanzamos en que los muchachos, al dejar el claustro materno, lo hacen trayendo sobre la cabeza el capelo doctoral ó sobre los hombros las charreteras de coronel,

siquiera sea de *cachimbos*. De mí sé decir que si epitafio merezco sobre mi losa ha de ser este, y no otro:

Aquí yace un peruano *escribidor*  
Que ni fué coronel, ni fué doctor. (1)

Volviendo á los vítores, y para concluir, diremos que hace más de treinta años que no están en uso, ni aún entre las monjas. Tengo para mí que poca falta hacen, y que en la desaparición de ellos han ganado las costumbres y la moral. Hoy, el derrotado en una elección, no se halla tan espuesto como antes á ser ludibrio de su adversario ó de la muchedumbre inconsciente. Quedar *cola* ó salir *cola* era la frase consagrada por el vulgacho para espresar que un aspirante había sido vencido, ó reprobado un colegial en sus exámenes.

Hogaño, á Dios gracias, podemos arrastrar más cola que un pavo real, sin miedo de que nos la pise un zarramplín.



---

(1) Probablemente la Universidad de Lima estimó este epitafio como una pretensión; pues á poco tuvo la espontaneidad, que agradezco, de obsequiarme dos doctorados: uno en Jurisprudencia y otro en Letras. ¡Ahitate, glotón!





## TAUROMAQUIA

(APUNTES PARA LA HISTORIA DEL TOREO)



Grande fué siempre la afición del pueblo limeño á las funciones taurómacas y ha presenciado corridas de aquellas que, como generalmente se dice, forman época. Viejos ha conocido el que estos apuntes acopia, que no sabían hablar sino de los toros que, en la Plaza Mayor, se lidiaron para las fiestas reales con que el vecindario solemnizó el advenimiento de Carlos IV al trono español, ó la entrada al mando de los virreyes O'Higgins, Avilés, Abascal y Pezuela, que lo que fué La-Serna no disfrutó de tal agasajo, pues las cosas políticas andaban, á la sazón, más que turbias.

Desde los días del marqués Pizarro, diestrísimo picador y muy aficionado á la caza, hubo en Lima gusto por las lidias; pero la escasez de ganado las hacía imposibles.

La primera corrida que presenciaron los limeños fué en 1540, lunes 29 de Marzo, segundo día de Pascua de Resurrección, celebrando la consagración de óleos hecha por el obispo fray Vicente Valverde. La función fué en la Plaza Mayor, principió á la una de la tarde, y se lidiaron tres toretes de la ganadería de Maranga. Don Francisco Pizarro, á caballo, mató el segundo toro, á rejonazos.

\* \* \*

Desde 1559 el Cabildo destinó cuatro días en el año para esta diversión:—Pascua de Reyes, San Juan, Santiago y la Asunción. El empresario que contratava las funciones con el Cabildo construía tabladitos y galerías al rededor de la Plaza, sacando gran provecho en el alquiler de los asientos.

En aquellos tiempos el mercado público estaba situado en la Plaza Mayor, y en los días de corrida se trasladaba á las plazuelas de San Francisco, Santa Ana y otras.

\* \* \*

En las fiestas reales, las lidias se hacían con el ceremonial siguiente:

Por la mañana tenía lugar lo que se llamaba *encierro* del ganado, y soltaban á la plaza dos ó tres toretes, con las astas recortadas. El pueblo se solazaba con ellos, y no pocos aficionados salían contusos. Esta diversión duraba hasta las diez; y el pueblo se retiraba augurando, por los incidentes del *encierro*, el mérito del ganado que iba á lidiarse.

A las dos de la tarde, salía de Palacio el virrey con gran comitiva de notables, todos en soberbios caballos lujosamente enjaezados. Mientras recorría la Plaza, las damas, desde los balcones y azoteas, arrojaban flores sobre ellos; y el pueblo, que ocupaba andamios en el átrio de la Catedral y portales, victoreaba frenéticamente.

El arzobispo y su cabildo, así como las órdenes religiosas, concurrían á la función.

Un cuarto de hora después, el virrey ocupaba asiento, bajo dosel, en la galería de Palacio, y arrojaba á la plaza la llave del toril, gritando ¡viva el rey! Recogíala un caballero, á quien anticipadamente se había conferido tal honor, eligiéndolo entre los muchos aspirantes, y á media rienda se dirigía á la esquina de Judíos, donde estaba situado el toril, cuya puerta finjía abrir con la dorada llave.

\* \* \*

Solo bajo el gobierno de los Pizarro, y de los virreyes conde de Nieva y segundo marqués de Cañete, se vió en Lima romper cañas á los caballeros, divididos en dos bandos.

Después de ellos, fué cuando se introdujo en la corrida cuadrillas de parlampanes, papa-huevos, cofradías de africanos y payas.

No es exacto, como un escritor contemporáneo lo dice, que en la corrida que se dió el 3 de Noviembre de 1760, para celebrar la exaltación de Carlos III, fué cuando se empezó á dar nombre á cada toro é imprimir listines.

En 1701, fué cuando, por primera vez, se imprimieron cuartillas de papel con los nombres de los toros y de las ganaderías ó haciendas. En esta época, las corridas que no entraban en la categoría de fiestas reales se efectuaban en la plaza de Otero.

Como una curiosidad histórica, quiero consignar aquí el listín.

**Razón individual de los toros que, en dos tardes, se han de lidiar en esta Plaza Mayor, en obsequio á la augusta proclamación de su Majestad don Felipe V. nuestro señor.**

*Encierro.—Primera mañana.*

El Rompe-ponchos, azaharito, de Oquendo.  
El Zoquete, rabón colorado, de Bujama.  
El Gallareta, overo, de Huando.

*Segunda mañana.*

El Patuleco, barriga blanca, de Casa blanca.  
El Cara súcia, gateado, de Pasamayo.  
El Potroso, lúcumo, de Contador.

*Tarde primera.*

El Flor de cuenta, capirote, de Palpa.  
El Diafanito, osco, de Larán.  
El Pichón, blanco, de Gómez.  
El Lagartija, gateado, de Hilarión.  
El Floripondio, barroso, de Chinchá.  
El Deseado, alazán tostado, del Naranjal.  
El Chivillo, prieto, de Corral Redondo.  
El Leche migada, de Vilcahuaura.  
El Partero aparejado, blanco y prieto, de Retes.  
El Come gente, overo pintado, de Quipico.

*Tarde segunda.*

El Rasca moño, blanco, de Lurinchincha.  
El Pucho á la oreja, frazada, de Chancaillo.

- El Saca candela, frontino, de Esquivel.
- El Gato, gateado, del Pacallar.
- El Anteojoito, brocato, de Mala.
- El Corre bailando, culimosqueado, de Sayán.
- El Longaniza, prieto desparramado, de Chuquitanta.
- El Diablito cojo, pintado, de Hervay.
- El Sacristan, ajisecho, de Limatambo.
- El Invencible, retinto, de Bujama.

Parece que, para estas corridas, el Cabildo comprometió á cada hacendado de los valles inmediatos á Lima para que obsequiasen un toro, y natural es suponer que el espíritu de competencia los obligaba á enviar lo mejor de su ganadería.

En los libros en que corren consignadas las descripciones de fiesta reales, se encuentran abundantes pormenores sobre las corridas. En mi opinión, el libro de Terralla titulado *El Sol en el Medio día*, escrito en 1790 para las fiestas reales de Carlos IV, trae la más curiosa de las pinturas que, hasta entonces, se hubieran escrito sobre funciones de toros.

Por real cédula de 6 de Octubre de 1798 se mandó que las corridas fuesen en Lunes, pues la autoridad eclesiástica creía que, por celebrarlas en Domingo, dejaba mucha gente de oír misa.

\* \* \*

En 1768 don Agustín Hipólito Landáburu terminó, como empresario, la fábrica de una plaza para las lidias de toros, en los terrenos denominados de Hacho y que, andando los años, perdieron una letra convirtiéndose en Acho.

En la construcción de la plaza, empleó tres años é invirtió cerca de cien mil pesos, debiendo, después de llenadas ciertas cláusulas del contrato, las que especifica Fuentes en su Estadística de Lima, pasar el edificio á ser propiedad de la Beneficencia, que desde 1827 lo administra.

La plaza de Acho ocupa más espacio que el mejor circo de España, y puede admitir cómodamente 10,000 espectadores. Es un polígono de 15 lados, con un diámetro que mide noventa y cinco varas castellanas.

Al principio se acordó licencia sólo para ocho corridas al año, concesión que lentamente fué adquiriendo elástico-

dad. Había además una función llamada *de encierro*, y con la cual terminaba la temporada. Los toros que se lidiaban en la corrida de encierro no eran estoqueados.

Hasta 1845 las corridas se efectuaban los Lunes: de modo que, con el pretexto de los toros disfrutaba el pueblo de dos días seguidos de huelga.

Aunque se estableció el Circo de Acho, no por eso dejaban de lidiarse toros en la Plaza Mayor, en las fiestas reales y recepción de virreyes. La última corrida que se efectuó en ese lugar fué en obsequio del Virrey Pezuela, en 1816.

Hasta 1750, en que se puso á la moda, en España, la escuela de Ronda de matar á los toros *recibiendo*, esto es usando el diestro bandola y estoque, no hubo en Lima sino rejoneadores para ultimar á los cornúpetas. Pocos años después vino la escuela de Sevilla, en oposición á la de Ronda, con las estocadas á *volapié* y la invención de las banderillas. Los progresos del *arte*, en la metrópoli, llegaban pronto á la colonia.

\* \* \*

En 1770 empezaron á aparecer los listines con una octava ó un par de décimas. La cuadrilla, en ese año, la formaban, como matadores, Manuel Romero el jerezano, y Antonio López de Medina Sidonia; José Padilla, Faustino Estacio, José Ramón y Prudencio Rosales, como picadores de vara larga; y como capeadores y banderilleros José Lagos, Toribio Mujica, Alejo Pacheco y Bernardino Landáburu. Había además cacheteros, dos garrocheros y doce parlampanes.

Los parlampanes eran unos pobres diablos, que se presentaban vestidos de mojiganga. Uno de ellos llamábase doña María, otro el Monigote, y los restantes tenían nombres que no recordamos.

Había también seis indios llamados *mojarreros*, que salían al circo casi siempre beodos, y que, armados de rejoncillos ó moharras, punzaban al toro hasta matarlo.

Los *garrocheros* eran los encargados de azuzar al toro arrojando, desde alguna distancia, jaras y flechas que iban á clavarse en los costados del animal.

La bárbara suerte de la *lanzada* consistía en colocarse

un hombre, frente al toril, con una gruesa lanza que apoyaba en una tabla. El bicho se precipitaba ciego sobre la lanza, y caía traspasado; pero casos hubo, pues para esta suerte se elegía un toro bravo y limpio, en que el animal, burlándose de la lanza, acometió al hombre indefenso y le dió muerte.

\* \* \*

Fué en 1785 cuando empezó á ponerse en boga la galana suerte de capear á caballo, desconocida entonces aún en España, y en la que fué tan eximio el marqués de Valle Umbroso, don Pedro Zavala, autor de un libro que se publicó en Madrid, por los años de 1831, con el título—*Escuela de caballería, conforme á la práctica observada en Lima*. El capeo á caballo, dice el señor de Mendiburu, no se hizo al principio por toreros pagados, sino por individuos que tenían afición á ese ejercicio; y aun las personas de clase no se desdeñaban de ir á buscar lances que los acreditasen de ginetes y de valientes. Solo desde fines del siglo pasado los capeadores de á caballo fueron asalariados.

Los matadores y banderilleros españoles de esa época eran Alonso Jurado, Miguel Utrilla, Juan Venegas, Norberto Encalada y José Lagos (á) Barreta.

\* \* \*

Los mejores capeadores de á caballo, que han entrado al redondel de Lima, fueron Casimiro Cajapaico, Juana Breña (mulata) y Estevan Arredondo.

En elojio de Casimiro Cajapaico, dice el marqués de Valle Umbroso en su ya citado libro:—*era muy ginete, y el mejor enfrenador que he conocido: siempre que lo veía á caballo me daban ganas de levantarle estatua*. Después de esto de la estatua no hay más que añadir: apaga, y vámosnos.

\* \* \*

El 22 de Abril de 1792 se dió en Acho una corrida á beneficio de las benditas almas del Purgatorio. No lo tomen ustedes á risa, que allí está el listín.

Cojido por un toro el banderillero español José Alvarez fué á hacer compañía á las beneficiadas, que no tuvieron po-

der bastante para librarlo de las astas de un berrendo de Bujama.

\* \* \*

Alejo Quintín, á quien el pueblo conocía con el apodo de *Pollollo*, tenía setenta y cuatro años y usaba antiparras. Era picador de vara corta ó rejoneador, como el Santiago Pereira de nuestros tiempos. En 1805 figuraba todavía en primera línea, como lo prueban estos versos de un listín de ese año:

No falten los guapos;  
pongan atención,  
que esta vez Pollollo  
vibrará el rejón.  
Mariquita mía,  
vamos de mañana,  
que Quintín Pollollo  
sale á la campaña.  
Pollollo no es viejo,  
que es un jovencico  
á quien faltan muelas  
y le sobra pico.

Murió en su oficio, por consecuencia de golpes que le dió un toro, en 1807.

\* \* \*

La lucha de un oso con un toro no es, como se ha querido sostener, novedad de nuestros días.

El 9 de Febrero de 1807 se efectuó, por primera vez, este combate en el circo de Acho.

\* \* \*

Hasta 1860 era costumbre, en Acho, que antes del paseo de la cuadrilla, saliese una compañía de soldados con un escribano que, en dos sitios del redondel, daba lectura al bando en que la autoridad imponía penas á los que promoviesen desórdenes durante la lidia. El escribano recibía cuatro pesos, en pago de su fatiga y de la rechifla con que lo acogía el pueblo.

\* \* \*

Desde 1810 los listines de toros empiezan á traer largas tiradas de versos, y los sucesos políticos de la Metrópoli dan alimento á la inspiración de nuestros vates. Las listas de esas épocas traen, por encabezamiento, *Viva Fernando VII*, y contienen versos contra Napoleón y los franceses.

Hé aquí una muestra de ellos.

### El toro maestro.

Hoy, á toda fortuna preparado,  
saldrás feroz al coso y ojo alerta!  
que al enemigo osado  
acompaña cuadrilla muy esperta.  
Antes de entrar medita reposado  
en que te invaden para muerte cierta,  
y pues todos conspiran á engañarte,  
mira en cada torero un Bonaparte.

Confiado en su suerte  
solicita el tirano darte muerte.

El, presumido, astuto,  
quiere de tu ignorancia sacar fruto  
y, en creerte salvaje,  
añade á la agresión mayor ultraje.

Dile:—tirano ingrato!

¿piensas lograr un triunfo tan barato?  
¿crees que el toro de España  
no es capaz de buscarte en la campaña?

Ponte, ponte á mi frente,  
probarás si soy sabio y soy valiente.

De ese modo, engañado  
y engañando, los toros has sacado  
de las verdes dehesas  
donde el veneno entró de tus promesas.

No ya, pérfido, en vano  
te empeñas tanto contra el toro hispano  
que, venciendo á Morfeo,  
despierta para hacerte su trofeo.

Si has leído la historia  
de Numancia y Sagunto, la memoria  
imprime en tu vil pecho  
la opinión, la justicia y el derecho,  
con que á todo viviente



En la corrida que dió el regimiento de la Concordia, en 1812, se lidió un toro llamado el *Misántropo*, que debía once muertes. Encontrósele en el monte, sin hierro ó marca de dueño, y acostumbraba salir al camino y embestir á los pasajeros. Consiguieron traerlo al encierro en medio de bueyes mansos. En la lidia hirió el caballo al picador Dominguez, mató al chulo Guillermo Casasola y estropeó al espada Cecilio Ramirez. En las suertes de capa, lució con él admirablemente Casimiro Cajapaico. No murió este toro en el redondel sino en el corral, por consecuencia de las heridas.

Las otras corridas de la Concordia no excedieron en lujo á la del año 12, ni ofrecen circunstancia particular. Pasemos á la última, que se dió en 10 de Abril de 1815, empezando por copiar del listín estas fáciles seguidillas:

Cantoral y Corujo  
llevan á empeño  
hacer hoy con los toros  
un escarmiento;  
lo que no es chanza,  
porque estos caballeros  
son de palabra.

Una vieja maldita  
me ha asegurado  
que, en su tiempo, los toros  
eran muy bravos;  
pero, al presente,  
dice que hasta los hombres  
son más pacientes.

La compañía de granaderos del regimiento Concordia, que fué la nombrada para el despejo, se embarulló en una de las evoluciones. El capitán reconvino con aspereza á uno de los oficiales, y la tropa se insubordinó. Agregan que hubo gritos subversivos de ¡viva la patria! El despejo concluyó, como el rosario de la aurora.

Restablecido, con gran trabajo, el orden, principió la corrida. Algunos patriotas se habían introducido en el corral y, para deslucir la función, cegaron con ceniza á los dos pri-

meros toros. Ello es que sobre todos estos incidentes se levantó sumaria, y aún se hicieron prisiones.

El cuarto toro llamábase el *Abatido Pumacagua*, aludiendo al desgraciado fin de este caudillo patriota. Recibiólo Juana Breña, montada en un diestro alazán y fumando un gran cigarro, y le sacó nueve suertes de capa, contradiciendo prácticamente la opinión del marqués de Valle Umbroso que, en su libro, dice:—*difícil es que las suertes pasen de siete; pues es raro el toro que las da, y más raro el caballo que las resiste*—El entusiasmo del público fué tanto que no hubo quien no arrojase dinero á la valiente capeadora, á la que el virrey Abascal obsequió seis onzas de oro. Juana Breña recojió esa tarde más de mil pesos, según afirma un periodiquín de la época.

\* \* \*

Desde 1816 á 1820, los hacendados de Cañete dieron muchas corridas en competencia con los de Chancay, sin que podamos saber á cual de los dos valles cupo la gloria de exhibir mejor ganado.

Los listines de esta época no contienen sino injurias contra los patriotas, y en el circo se ponían figurones representando al *Porteño* (San Martín) y á *Cluecón* (Lord Cochrane) para que fuesen destrozados por los toros.

\* \* \*

Ya en 1816, poetas de reputación, como el franciscano Chuecas y los clérigos Larriva y Echegaray, no desdeñaron escribir en listines de toros, como lo han hecho, en tiempos de la república, Pardo, Segura, Juan Vicente Camacho, su hermano Simón, y otros muchos distinguidos alumnos de las musas. Listines conocemos de indisputable mérito literario, salpicados de chiste y agudeza epigramática.

En cuanto á las revistas de toros ó descripciones en que campea un salado tecnicismo, solo después de 1850 empezaron á aparecer en los diarios de Lima. Algunas he leído dignas de la pluma de *Abenamar* y de los revistadores andaluces y madrileños. Hasta yo sin entenderlo, poco ni mucho, he escrito varias, por compromiso. Así han salido las pobrecitas!

\* \* \*

La mayor parte de los listines que se imprimieron, en los últimos años de la dominación española, llevan esta introducción:

**Viva Fernando VII**

El querer resistir á la ley justa,  
contra el brazo y poder del soberano,  
es empresa sin fruto, intento vano.

\* \* \*

Pongo fin á estos apuntes que dedico á quien tenga voluntad, tiempo y humor para utilizarlos, escribiendo la crónica taurina de Lima. Yo no he hecho más que hacinar datos, para que otro se encargue de ordenarlos y darles forma literaria.





## GALLÍSTICA

### APUNTES SOBRE LA LIDIA DE GALLOS

---

Después de los datos tauromáquicos deben entrar los gallísticos. Tratándose de espectáculos semibárbaros, el segundo es complemento del primero. En el uno pelagra la vida del hombre, y en el otro la honra y la fortuna.

El origen de las peleas de gallos es el siguiente:—Temístocles, en la expedición contra los persas, dijo á los soldados de su ejército que peleasen con el esfuerzo de los gallos. Obtenido el triunfo por los atenienses, para perpetuar la memoria de él, se dictó una ley estableciendo una lucha anual de gallos, costumbre que pasó á Roma donde, á grito de pregonero, se convocaba al pueblo con estas palabras *pulli pugnanti* (hay pelea de gallos). Hubo suntuosos túmulos para sepultar en ellos á los gallos que más se distinguieron en la lucha. De Roma pasaron las lidias á los demás pueblos de Europa.

Sin que pueda determinarse, á punto fijo, cuando tuvo lugar la primera lidia de gallos en Lima, sábese, de cierto, que medio siglo después de fundada la ciudad era ya general la afición; y que en las calles, plazuelas, huertas, y aún en los claustros de los conventos, había jugadas de *á pico* y de *á navaja*. Como sucede hoy mismo en los pueblos de la costa, la festividad de ciertos santos se celebraba con fuegos de artificio, novillos y gallos, espectáculos que también tenían lugar en la elección de prelados ó en conmemoración de sucesos faustos.

En los tiempos de Amat, era la plebe harto entusiasta por las lidias de gallos, y así los artesanos como los sir-

vientes desatendían sus deberes por jugar gallos en plena calle. Resultaban de aquí graves pendencias y alarmas para el vecindario pacífico.

No atreviéndose el virrey á ponerse en pugna abierta con el pueblo, prohibiendo el feroz entretenimiento, se decidió á reglamentarlo; y para ello, empezó por aceptar la propuesta que hizo don Juan Garial, para construir un coliseo en la plazuela de Santa Catalina y en terreno colindante con la muralla. La fábrica se concluyó en 1762, y el empresario Garial se comprometió á dar, anualmente, quinientos pesos al Cabildo y quinientos al hospital de San Andrés, en compensación del privilegio exclusivo que éste tenía sobre la casa de comedias.

\* \* \*

Al principio concedió Amat permiso para que los domingos, días festivos, martes y jueves pudiese el empresario lidiar gallos; pero en 1786, y por real cédula que vino de España, se hizo extensiva la licencia á los sábados.

En 1781 pasó el edificio á ser propiedad del Estado, asignándose al juez del espectáculo el sueldo de quinientos pesos al año. Desde ese año se subastaba el coliseo, y tales serían los provechos que, en 1790, hubo cinco opositores, obteniendo el remate don Calixto Pozo por la suma de 7000 pesos al año.

\* \* \*

En 1804 se trasladó el coliseo ó cancha de gallos á la calle del Mármol de Carbajal, en la parroquia de San Marcelo, edificio que conocimos en pie hasta 1868 en que fué demolido, pasando á ser propiedad de un particular que, sobre el terreno donde corriera la sangre de innumerables víctimas de la navaja, construyó una espléndida casa.

\* \* \*

Proclamada la Independencia, el ministro Monteagudo, por decreto de 16 de febrero de 1822, abolió el juego de gallos. El coliseo permaneció cerrado hasta pocos meses después de la batalla de Ayacucho en que los colombianos, que eran tan aficionados como los limeños á la lucha de animales de pluma, pasaron por encima de la prohibición.

Poco después, el Consejo de Gobierno restableció las lidias, destinando el producto del remate para sostenimiento del Seminario.

Continuó funcionando la casa de gallos hasta el 9 de febrero de 1832. El Ministro de Gobierno don Manuel Lorenzo Vidaurre pasó, en esa fecha, un oficio al Prefecto de Lima, en el que dice: que no podía tolerarse que el producto de una casa de inmoralidad, patrocinadora del ocio y del fraude, se aplicase al Seminario de Santo Toribio, dándose por sustento á una escuela de virtud el pan producido por el vicio.

Vino la guerra civil, y con ella bastó una disposición prefectural para convertir en letra muerta el decreto supremo, hasta que, bajo la administración del presidente coronel Balta, se eliminó de la central calle del Mármol de Carbajal ese foco de corrupción.

\* \* \*

Fuentes, en su *Estadística de Lima*, publicada en 1858, trae la siguiente descripción:

La cancha ó lugar de la lucha es perfectamente circular, y tiene de circunferencia cuarenta y dos y media varas. Los asientos, colocados al rededor, forman nueve gradas que pueden alcanzar para ochocientas personas. Tiene doce palcos bajos y treinta y uno altos, además de la galería del juez. La entrada vale dos reales por persona. Hay doscientas ocho galleras, que son unos pequeños cuartos sin puertas, separados unos de otros por quinchas de caña. El juez recibe una gratificación (cuatro pesos) todas las tardes de lidia. Las jugadas se hacen, en la actualidad, casi todos los días. Concurren á ellas, por término medio, cuatrocientas sesenta personas; y á las de mucho interés hasta mil doscientas, que son las que la casa puede contener. El número medio de corredores es de quince. El dinero que, según datos fidedignos, se atraviesa en todo el año, entre caja y apuestas, asciende á noventa y ocho mil pesos, no incluyéndose las jugadas extraordinarias, en las cuales toman parte personas de alta posición social, y en las que han solido apostarse hasta veinte mil pesos en una tarde.

\* \* \*

El gallero es un tipo digno de estudio.

Dejando aparte á los aficionados, cuya fortuna les permitía criar gallos en cómodas casillas ó galleras, y destinar dos ó más criados para que los cuidasen; exhibamos solo al gallero del pueblo bajo.

No había, en Lima, rapista ó maestro de obra prima que no fuese insigne gallero. Trás de la puerta de la barbería ó al pié de la mesita de trabajo, y entre el cerote, las hormas y el tirapié estaba amarrado el *malatobo*, el *ajiseco*, el *cenizo* ó el *casillé*.

Cuidabánlo como á la niña del ojo, y bien podía faltarles el pan para su familia antes que el maíz para su engreido.

Una mañana el zapatero apocaba la pinta ó el espolón del gallo de su vecino el barbero. Picábase éste, y quedaba *amarrada* pelea para una semana después. Desde ese instante se daba otra alimentación al animal y se le medía el agua.—Ciencia se necesita para preparar un gallo, y cada aficionado tenía su metodo especial, fruto de la experiencia.

El día señalado para la lidia apenas si se dejaba probar bocado al animalito; porque recelaban que, con el buche lleno, anduviese pesado en su vuelo y movimientos. Aquel día no cesaba el dueño de acariciar á su dije.

Por la tarde envolviase el zapatero en la mugrienta capa y, llevando bajo sus pliegues escondido al gallo, dirijíase al refidero, acompañado de sus amigos que, habiendo conocido al animal desde pollo y vistolo *topar*, no daban por medio menos su victoria sobre el lechuza del barbero.

Tal vez de aquí nació el preguntar, en Lima, á todos los que llevan un bulto bajo la capa:—amigo ¿se vende el gallo?

Acontecía que el lechuza hacía picadillo al aguilucho. Los perdidos se volvían cariacontecidos llevando el dueño, bajo la capa se entiende, el cuerpo del difunto que, con arroz y pimientos, hallaba al otro día sepultura digna en el estómago del zapatero.

Así el triunfo como la derrota eran pretesto para empinar el codo. El vencido encontraba siempre manera de defender al muerto, culpando al que amarró la navaja ó á un tropézón con la tapia del circo.—De puro bueno perdió mi gallo; porque, si el contrario no se rebaja á tiempo, le habría clavado la navaja hasta el *sursum corda*.

Jamás convenía el perdidoso en que su gallo hubiera sido vencido en buena ley, ó en que era *chusco* y cobardón.

Los corredores de gallos (dice otro escritor) tienen signos convencionales para entenderse desde lejos. Son los siguientes:

El restregar cuatro dedos de una mano con el pulgar de la otra, significa que se dá diez contra ocho.—Juntar los índices quiere decir pelo á pelo ó sin ventaja.—La mano puesta sobre el hombro equivale á dar diez contra seis.—Hacer un signo en la frente, como dividiéndola, es dar diez contra cinco.—Y, por fin echar un corte de manga, significa diez contra siete.

\* \* \*

Pocos juegos se han prestado á trampas más que el de gallos. Para explotar á los incautos, echaban á la arena un animal rozagante contra otro de enclenque aspecto. Las apuestas en favor del primero eran, por supuesto, numerosas, y teníase por gran torpeza arriesgar un centavo en pró de su rival. Pero ¡oh maravilla! El gallazo ó no hacía gollilla, ó cacareaba y corría, ó se dejaba matar por su contrario el gallito tísico.

Los que estaban en autos sabían que, al rozagante, ó lo habían emborrachado con sopas en vino, ó puéstole un pedazo de plomo en la cola para embarazarle el vuelo, ó apretándole las entrañas el *careador*, ó hecho con el infeliz alguna otra diablura.

Gallo hubo reputado por invencible, y que contaba por docenas las victorias. Era un diablo el animal! A la postre, una tarde se descubrió la trampa: era gallo blindado como los buques de guerra. Su dueño lo armaba con coracita de hoja de lata, ingeniosamente dispuesta, y contra la que era impotente la navaja.

« Las personas encargadas de preparar los animales para la lucha (dice Fuentes); las que con el nombre de *corredores* se ocupan en arreglar las apuestas; y todos cuantos tienen interés ó participación en las jugadas, cometen hechos de la más demostrada inmoralidad y del más declarado robo, terminando casi siempre cada pelea con una algazara en la que, no pocas veces, se oyen insultos á la autoridad que preside el espectáculo. Las cuestiones sobre equívoca victoria de un gallo se dirimen por *careo* ó por dictámen, frecuentemente parcial, de los peritos nombrados *ad hoc* ».



Eso de amarrar la navaja, requiere ciencia y más que todo probidad. Los *amarradores*, sujetos á quienes el pueblo bautiza con algún apodo, son propensos á dejarse cohechar.

\* \* \*

Así como la víspera de una corrida de toros y con acompañamiento de banda de música popular, se hace por las calles de Lima el paseo de enjalmas, así cuando se trataba de alguna jugada de importancia recorrían la capital dos negros, tocando una chirimía y un tambor, seguidos de un muchacho que cargaba una jaula con un gallo.

Tal era el convite de lujo, salvo rarísimos casos en que circularon invitaciones impresas.

\* \* \*

Si los toros han tenido y tienen su literatura especial,—los listines y las descripciones en que los gacetilleros de los periódicos agotan el tecnicismo tauromaquico—las lidias gallísticas no habían alcanzado á tanto hasta 1874, en que se estrenó el actual circo de Malambito ó portada del Caliao. Verdad es que el general don Ignacio de Escandón, en 1762, escribió y publicó en Lima un folletito de ocho páginas, á dos columnas, con un largo y pesado romance octosílabo, celebrando las lidias de gallos y la erección del circo que autorizó el virrey Amat. Titulábase ese engendro monstruoso *Época Galicana, egira Galilea*.

Alguien, que yo me sé, intentó crear la *revista gallística* en la prensa; pero, afortunadamente para las letras peruanas, no halló eco su propósito y tuvo que guardar la pluma.

Sin embargo, y para satisfacer curiosidades exigentes, ahí vá una descripción mía de la lidia gallística del domingo 15 de setiembre de 1874. Conste que no reincidí en el pecado:

\* \* \*

A eso de las 3 y 20 salió el *Volantuzo* á revolver la arena con un *pinto*, que se encontró con un *carmelo* de regular alcance y de mejor lámina. Aderezados los gallos, con el careo y la navaja, y puestos en el redondel, partió con presteza el *pinto*, bajando el cuarto al *carmelo*, que no quiso dar-

se por vencido hasta que una nueva acometida del contrario, que era de mucho registro, le quitó el habla.

Después de la *chusca* principió la jugada. Era ésta de cincuenta y doscientos. Llevaba la voz y la campana el señor X . . . . , y los contendientes que eran los señores H . . . . y N . . . . eran los mismos que amarraban. *Conjuntivitis*, á la derecha, y *Chuchumeco*, á la izquierda, estaban á la puesta y á la levantada, y á los careos.

Soltó el segundo un *aji-seco prieto*, cabeza rota, juntón, contra un *aji-seco claro*, cola blanca, de más alcance, pues era de plaza, pero de menos vuelo que su adversario. Hecha la apuesta, avanzó el prieto y, zafando con malicia de la acometida en vuelo del cola blanca, levantóse más y, en el aire, hirió á éste. Luego contestó el cola blanca; pero un tiro de suelo, de oportunidad y mucho brio del prieto, y dos prendidas, le dieron el triunfo. Duró la pelea un minuto y diezsiseis segundos.

*Conjuntivitis* se presentó con un *aji-seco*, machetón, de tamaño regular, contra otro *idem-idem*, de más alcance. Al partir en vuelo el machetón se hizo atrás el contrario; pero, á su vez, al bajar, pudo herirlo. Después de una cita algo prolongada, subieron ambos; y superitando el último, por ser de más ála, venció al contrario que, con tres sacudidas, besó á su madre. Duró un minuto y diezinueve segundos.

Se sacó en tercera un *malatobo*, pata amarilla, contra un *aji-seco*, ála blanca, golilla anaranjada y de más cuartilla. Partir el pata amarilla y agarrarse á la mecha con el machetón, todo fué uno. Era el último un gallo muy frío; pues, habiendo salido mejor librado del ataque, se puso á dar vueltas sin querer definir. Dos careos sucesivos hicieron salir al pata amarilla llorando á buscar piedra. Duró un minuto y cincuenta segundos.

Un *cenizo*, pata prieta, guaragüero y cuatralvo, de *Chuchumeco*, se encontró con un *aji-seco*, crespo, de más alcance y más grande. A la partida falsa de este último se citaron los gallos, y remontándose el que partió venció á su adversario en un solo tiro. Duró once segundos. El vencedor fué amarrado por *Conjuntivitis*.

Un *carmelito*, de porte regular, se las hubo con un *aji-seco*, zanqui-largo, que amarró también *Conjuntivitis*. Partió este último con tres ataques de tanta sustancia, movimiento y prontitud, que hubieran hecho añicos á otro gallo

que no hubiese sido el *carmelito*, el que, sorteando sobre la cola, llamóse á defensa y pudo escapar; y luego, citando un momento, dióle el *carmelo* un navajazo tan terrible al *ají-seco* que éste se desparramó. Nos entretuvimos cincuenta y cuatro segundos.

Se careó en seguida un *papujo*, cenizo, cola blanca con un *ají-seco*, prieto, flaco, juntón y desplumado, de *Chuchumeco*. Avanzó el primero, y arrancando el segundo en vuelo, le quitó el cuarto al *papujo* que quedó sin poder hacer. El prieto era picador; pero se levantaba en el aire sin saber definir, por lo que duró la pelea un minuto doce segundos, y fué necesario dar un careo.

Un *ají-seco*, pata blanca, de última, se topó con un *jiro*, plateado, de *Conjuntivitis*. El *ají-seco* se presentó distraído y parecía no estar preparado. Súpolo esto el *jiro* y se lanzó con tres tiros, logrando solo el último. Cojido á su vez sufrió una cernida que hizo esperar á todos el triunfo del *ají-seco*; pero no fué así, pues reponiéndose el *jiro*, que estaba enterote, pasó sobre el enemigo varias veces, moviéndole las costillas y haciéndolo bajar el pico. Duró minuto y medio.

Terminada la jugada que ganó H . . . . caja, cuarta parte y mejoras, y que por un tris no fué *capote*, empezaron las chuscas.

Apareció un *cenizo* de alcance, enjuto y barrillón, con un *carmelo* de mejor estampa. Puestos en la arena, partió este en vuelo contra el *cenizo*, que yo no sé como pudo evitar una acometida de tanto movimiento y fondo. Repetido el mismo ataque, al verse superitado en el aire, se ladea el *cenizo* y, paralelo al suelo, hiere en su tiro al adversario. Elévanse de nuevo, cambia otra vez el *cenizo*, porque á subir no puede con el *carmelo* y, deteniéndose un momento, aprovecha del descanso del otro para mondarle la pata. Desciende, y un tiro de suelo de una agitación eléctrica, apenas visible, le dió una victoria que su malicia nos hace llamar sobresaliente.

Luego vino un *ají-seco*, pata prieta, con otro más chico, *cazili*, pata amarilla. El triunfo estaba por este último, que era de más ejecución; pero una sacudida oportuna y feliz, dió la victoria al otro. *Conjuntivitis*, en los careos del primero, que ya estaba muerto, quiso hacer de las suyas. Que la autoridad abra el ojo.

A un *añ-seco*, papujo, lo partió un *pinto*, en vuelo, y le vació-el alma en cinco segundos.

Salió luego un *casili*, mosqueado, zanqui-tuerto, con un *cenizo* cola blanca, que le hirió al partir. Cojiéronse á la mecha y apartados. Dióle tres batidas en el lomo el primero al segundo. Calmada la rabia, fué menester tres pruebas; pero el *cenizo* dijo que tenía que hacer, y se despidió cacareando.

Un *barbitas*, pata amarilla, se careó con un golilla-naranja, pata prieta, de tan buena estampa que hizo dar plata á siete ¡Vaya un animal bien laminado! Un tiro en vuelo y dos batidas endemoniadas, dieron en tierra con el *barbitas*.

Cerró la tarde un *añ-seco*, que, por más que lo buscaba, no había encontrado desde algun tiempo rival que le bajase el penacho. Echáronle de tapada un *jiro*, aplomado, recio de cuadriles. La bondad del primero no le bastó para vencer; pues, habiéndosele torcido la navaja, le mató el contrario. Mucho se murmuró por este incidente contra *Chuchumeco*, y dicen que si hubo intención ó no hubo intención en amarrar mal la navaja. El juez ha prometido averiguarlo. Lo que resulte lo sabremos . . . el día del juicio, á la hora de encender faroles.

Resumen: la jugada fué buena y entretenida. El único gallo sobresaliente fué el *cenizo* de la primera chusca. Gallos de esa inteligencia para el quite y el ataque, y para aprovechar el único momento posible de triunfo, no se ven sino de tarde en tarde: son *rara avis*. También mencionaremos á su adversario, que hubiera triunfado á no encontrarse con un pillo de tan asombroso metal.

Aunque la autoridad estuvo sensata, desearíamos que, en adelante, les meta la mano á *Chuchumeco* y *Conjuntivitis*. Al público se le ha encajado entre ceja y ceja que, como careadores y amarradores de navaja, no juegan limpio, y cuando el río suena, señor juez . . . tendrá por qué sonar.

\* \* \*

Por esta revista se habrá el lector formado idea de los colores y condiciones de los gallos, de los lances de una lucha, y de que *Conjuntivitis* y *Chuchumeco*, apodos de los amarradores, eran dos peines de encargo. Réstanos algo por explicar.

Cada jugada se componía de siete parejas. Regularmente los jefes de los dos partidos interesados apostaban cincuenta pesos á cada gallo, y depositaban doscientos que corresponderían al que ganase cuatro peleas.

A veces triunfaba un partido en las siete peleas, y á eso se llamaba dar *capote*. Ganar seis era dar *mantilla*.

*Coteja* se decía por dos gallos de igual peso y tamaño, y que antes de salir á la arena habían sido *topados* por sus dueños.

*Tapada* se llamaba la pelea en que cada dueño escondía su gallo, dejándolo ver en el instante mismo de amarrar las navajas. Las tapadas eran motivo de intriga constante; pues cada interesado procuraba averiguar las cualidades del gallo preparado por el contrario, para proceder con conocimiento. El amigo vendía el secreto del amigo.

Tras de las siete jugadas de interés, que eran las dadas por personas de fuste, venían las *chuscas* que eran las de la plebe, y en las que el gallo del zapatero hacía cecina al del barbero. En estas, la caja no pasaba de doce pesos.

Aunque el reglamento limitaba la suma de las apuestas, no por eso los jugadores estaban imposibilitados para arriesgar mil pesos en cada gallo. Personaje hubo en Lima que, en una tarde, perdió quince mil duros. El hecho es reciente y notorio. (1)

El tecnicismo gallístico es casi tan rico como el tauromáquico. A ser yo más entendido en esa jerigonza, no dejaría en el tintero algo que descifrar querría. Baste, por hoy, con estos desaliñados apuntes que tal vez otro prójimo ampliará algún día.



---

(1) Ya, en 1899, ninguna persona que en algo se estima concurre al circo; y aun entre el populacho va perdiendo terreno la afición á la lidia de gallos.



## MANUMISIÓN

---

Habiendo, en 1888, solicitado el gobierno del Brasil que el gobierno peruano le enviase los datos relativos á la manumisión de esclavos, en nuestra república, me fué, oficialmente, encomendado este compendioso trabajo histórico.

\* \* \*

—La introducción de negros africanos, en el Perú, se estableció desde los primeros tiempos de la conquista, fundándose en que los indios mitayos no eran á propósito para tareas muy rudas. Así en 1555, pocos meses ante de su abdicación y retiro al monasterio de Yuste, el emperador Carlos V acordó al ex-gobernador Vaca de Castro, en premio de sus servicios á la corona y como vencedor de la facción almagrista, licencia para introducir en el Perú hasta 500 *piezas de ébano* (negros) libres de todo derecho fiscal. En ese año el número de esclavos esparcidos en toda la costa peruana llegaba ya á 1,200.—El negro no se aclimató en la frígida serranía.

Según reales cédulas de 1713 y 1773, el derecho fiscal se fijó en 40 pesos por cabeza, en lugar de los 80 ducados que se pagaban, en los tiempos de Carlos I de España y de sus sucesores los Felipes hasta Carlos el Hechizado. Cada negro venía además aforado en 160 pesos, y el real Tesoro percibía también sobre este aforo el 6 por ciento.—Como se vé, el comercio de esclavos producía una gorda partida de ingreso á la Hacienda española.

Para resarcirse de ambas gabelas, el pirata comerciante vendía su mercancía en un precio que fluctuaba, en el Perú, entre 300 y 400 pesos, según fué la abundancia ó escasez de piezas de ébano.

No entra en nuestro propósito ocuparnos del feroz tratamiento que daban los amos á sus siervos. Bástenos decir que, en 1718, recibió el virrey Príncipe de Santo Buono una real cédula por la que se le ordenaba prohibir la *carimba* en el Perú.—Llamábase *carimbar* al acto de poner á los negros, con un hierro hecho ascua, una marca sobre la piel, como hacen hoy los hacendados con el ganado vacuno y caballar. Por otra real cédula de 4 de Noviembre de 1784 insistió el monarca en la abolición de la carimba, lo que nos prueba que la de 1718 no fué estrictamente obedecida por los amos.

El tráfico de esclavos no estaba del todo exento de peligros; pues las marinas inglesa y holandesa, de vez en cuando, apresaban naves españolas y portuguesas. Los tripulantes negreros eran tratados como piratas, colgados de una antena y arrojados al agua para alimento de tiburones.

Según la memoria del virrey Avilés, en los doce años corridos desde 1790 á 1802, en que se hizo cargo del gobierno, se importaron en el Perú 65,747 negros africanos que, al precio mínimo de 300 pesos por cabeza, hacen la no despreciable suma de 19,724,000 pesos. Avilés gobernó hasta 1806, y en sus cuatro años de mando no llegaron más que tres buques con cargamento de carne humana, por que los sucesos políticos de España paralizaban ese comercio infame.

La última partida de esclavos que vino al Perú fué por los años de 1814, bajo el gobierno del virrey Abascal, y se vendieron al subidísimo precio de 600 pesos. Había como era natural gran demanda del artículo; pues la invasión francesa y la alianza británica con España eran rémoras para el tráfico regularizado de los buques negreros.

Por fin, restablecido Fernando VII en el trono, se vió obligado á acceder á las humanitarias exigencias de la Inglaterra, y en 1817 expidió real decreto prohibiendo la trata de negros y la introducción de ellos en las colonias de América.

\* \* \*

Iniciada la guerra de Independencia, el general San Martín, en decreto de 12 de Agosto de 1821, dijo:—« Una porción de nuestra especie ha estado, durante tres siglos, sujeta á los cálculos de un tráfico criminal. Los hombres han comprado á los hombres, y no se han avergonzado de degradar la familia á que pertenecen. Yo no traté de matar de un golpe este antiguo abuso. Es preciso que el tiempo mismo que lo ha sancionado, lo destruya; pero yo sería responsable á mi conciencia pública y á mis sentimientos privados, si no preparase para lo sucesivo esta piadosa reforma, conciliando, por ahora, el interés de los propietarios con el voto de la razón y de la humanidad. Por tanto, declaro lo siguiente:—Todos los hijos de esclavos que hayan nacido y nacieren en el territorio del Perú, desde el 28 de Julio del presente año, serán libres y gozarán de los mismos derechos que el resto de los ciudadanos. »

Complementario de este magnánimo decreto dictó el Protector San Martín, con fecha 24 de Noviembre, otro por el que concedía á los antiguos amos el patronato ó tutela, hasta la edad de 24 años los varones y de 20 las mujeres, obligando á los patrones, en cambio del servicio que los libertos les prestaran, á enseñarlos á leer y escribir, y hacerlos aprender algún oficio ó industria. Por ese decreto se declaró también libre á todo esclavo que del extranjero viniese á nuestro territorio, así como á los nacionales que, por tres años, sirviesen en el ejército ó se distinguieran en una acción de guerra.

De suyo se comprende que los hacendados acogieron con disgusto los liberales decretos de San Martín, y que la mayor parte de aquellos hostilizaron la causa patriota favoreciendo á los realistas. El número de esclavos de todo el país ascendía á 41.228, de los que cerca de 33.000 estaban ocupados en las faenas agrícolas. Pobre hacienda era aquella en que la cifra de negros llegaba á 50. Lo general era que las haciendas contarán con 150 ó 200 esclavos, y hubo no pocas en que el número de estos excedía de 300.

San Martín calculaba (y calculaba muy juiciosamente) que para 1850, esto es en la mitad del siglo XIX, la existencia de esclavos estaría reducida á la cuarta parte de los 41.228; es decir, á diez ú once mil, y que bastaría un tercio de millón de pesos, sobre poco más ó menos, para indemnizar á los propietarios.



Los Congresos Constituyentes de 1823 y 1828, ratificaron los decretos dictatoriales de San Martín.

\* \* \*

Los esclavócratas esperaron oportunidad propicia para interpretar, conforme á sus conveniencias, las leyes, á fin de convertir en título de señorío la tutela que estas les acordaron. La vocinglería interesada se empeñó en probar que, suprimida la esclavatura, sucumbiría la industria agrícola por falta de brazos; y un simple decreto presidencial de 19 de Noviembre de 1830, trasformó á los libertos de pupilos en esclavos. Y para remachar la cadena vino la ley de 27 de Agosto de 1831. El azote, tratándose de los negros, continuó siendo la norma del derecho.

En 1833, y como para ponerse en guardia contra la fracción liberal que formaría parte de la Convención Nacional, convocada para ese año, los hacendados, por artículos de periódicos y por folletos, se esforzaron en demostrar la incompetencia de San Martín y de los Congresos del 23 y 28 para haber legislado sobre la materia. En concepto de aquellos, no había potestad sobre la tierra con facultad para manumitir á los esclavos. Añadían que en doce años más, esto es, en 1845, los libertos principiarian á emanciparse si se accedía á la pretensión de los liberales, que era declarar en todo su vigor y fuerza los decretos de San Martín; y que entónces, con la muerte de la agricultura, vendría gran ruina para la nación. Y como si el derecho pudiera probarse por el hecho, alegaron que desde las edades más remotas del mundo habian existido esclavos y señores.

La Convención no tuvo tiempo ó no quiso ocuparse de tales sofisterías; pero vino la guerra civil, y uno de los caudillos, el general Salaverry, para propiciarse el apoyo de los acaudalados, los complació á medias, restableciendo el comercio ó tráfico de esclavos traídos del extranjero.

El Congreso Constituyente de Huancayo, para eterno baldón de su memoria, sancionó la ley de Noviembre de 1839, por la que el patronato de los amos sobre los libertos se alargaba hasta los 50 años de edad. En ese Congreso, triunfaron los partidarios de la *esclavatura* más allá de lo que se prometieron. Aceptaron la obligación de pagar á los libertos el salario de un peso semanal, en el campo; y en las

ciudades, la mitad de lo que ganara un peón ó sirviente libre. Además se libertaban de mantener gente inútil ya para el trabajo, pues á los 50 años de edad la mayoría de los esclavos llegaba casi á la decrepitud.

Ese funesto Congreso de Huancayo, al suprimir en la Constitución que dictara esta frase consignada en las Constituciones de 1828 y 1834—*nadie entra en el Perú sin quedar libre*—parece que, de una manera solapada, se propuso la vigencia del decreto de Salaverry. Así se introdujeron cerca de 800 esclavos traídos de las costas del Chocó.

\* \* \*

La Comisión Codificadora, creada por el Congreso de 1846, empezó á minar por su base la ley del Congreso de Huancayo; y la Excelentísima Corte Suprema de Justicia, en los pocos juicios que sobre libertad de libertos se presentaron ante ella, falló declarando la incompetencia del Congreso de Huancayo para legislar contra los principios eternos de justicia. La buena causa empezaba á ganar terreno.

\* \* \*

El siglo XIX llegaba á la mitad de su vida, y en todas las repúblicas de la América española, donde aún existía la ignominia de la esclavatura, se hacía sentir la reacción que protestaba contra todo lo que, como la esclavitud del hombre por el hombre, simbolizara despotismo y barbarie.

El 20 de Mayo de 1851 el Congreso de Nueva Granada (hoy Colombia) dió una ley de manumisión, pagándose (en vales que se cotizaron al 46 por ciento) 160 pesos por cada varón y 120 por cada esclava. Los manumisos fueron 8.000.

La República del Ecuador, en Julio de 1852, dió una ley idéntica. En esta nación la cifra de esclavos era reducida. Entiendo que no alcanzaba á 3.000.

En Venezuela, la ley de manumisión de esclavos se expidió el 23 de Mayo de 1854. Su número llegó á poco más de 6.000.

En la comunión de las Repúblicas americanas, el Perú quedaba como un lunar. Afortunadamente, un año después, se libertaba de tamaña deshonra. Véamos la manera.



## EL POETA DE LAS ADIVINANZAS.

Lectura hecha en el Club Literario por don Ricardo Palma  
en la noche del 13 de Mayo de 1874.

---

*Quis nesciat Trojæ urbem.*

¿Quién no ha oído hablar de Terralla?

En los últimos años del pasado siglo residía en Lima un joven español llamado don Esteban de Terralla y Landa, el cual, después de haber vivido algún tiempo en México, vino al Perú por los años de 1787, dedicándose á la industria minera en las provincias de Cajamarca y Huamachuco. Pero la fortuna, que no prodiga sus favores á los hijos de Apolo, fué avara para con don Esteban, quien renunciando, al fin, á buscar los tesoros que la tierra oculta, se estableció en Lima, donde el virrey don Teodoro de Croix, enamorado de su ingenio y travesura, le dispensó la protección más solícita.

El poeta Terralla era todo lo que hoy llamaríamos un gran calavera. Mientras tuvo un Mecenas poderoso, por no agraviar á éste, era recibido en la buena sociedad de Lima, y se disimulaban lo pendenciero de su carácter y sus escandalosas aventuras de galán y jugador. Mas, vuelto á España el virrey Croix, Terralla se encontró con que las familias acomodadas le cerraron sus puertas, considerándolo como hombre peligroso para ser admitido en la intimidad del hogar. El despecho lanzó á nuestro jóven en todos los desórdenes del libertinaje y, á fines de 1792, fué á buscar un asilo en el hospital de los padres belethmitas. Venus le había dado cruda guerra, y Terralla salió de sus combates herido de muerte.

En esa época, y bajo el seudónimo de *Simón Ayanque*, escribió los romances que, con el título de *Lima por dentro y fuera*, son generalmente conocidos y que, hasta hace poco años, fueron una lectura obligada. El poeta puso la musa al servicio de su venganza contra una sociedad que lo rechazaba, por la mala reputación que se había conquistado. De este libro, cuyo mérito no es de los más culminantes, se han hecho infinitas ediciones en Cádiz, Madrid, México y Lima, y aun conocemos la de gran lujo que, en 1854 y con soberbios grabados, apareció en París.

Grande fué la indignación que produjo en Lima la diatriba de Terralla. En el tomo 38 de *Acuerdos del Cabildo* se encuentra el acta de la sesión del 1º de Enero de 1790, en la cual se dá un voto de gracias á don Pedro Tadeo Bravo de Rivera por la oportuna presentación y actuaciones judiciales sobre el recojimiento del libro satírico *Lima por dentro y fuera*. No se calmó con esto la cólera del ofendido pueblo, y en una función de teatro se quemaron sobre la escena muchos ejemplares del injurioso libelo. Y aquí apuntaremos que, en los tiempos de la república, por los años de 1837 á 1839, se repitió en el mismo prosenario el auto de fé con la obra de Flora Tristán titulada:—*Peregrinaciones de una paria*.

Como muy juiciosamente observa el literato argentino don Juan María Gutierrez, « *Lima por dentro y fuera* tanto « podría ser la descripción de Sevilla ó de México, como de « la capital de los Reyes; pues no contiene sino generalidades, y cuando más prueba que la vida oscura del autor y « su inclinación á conquistas fáciles lo habían puesto en el « caso de maldecir de las Láis de los portales, cuyos re- « cuerdos debieron serle dolorosos desde los austeros claustros del hospital belemnítico. »

Y ese libro, inspirado por sentimientos innobles y mezquinos, gozó de gran popularidad, haciendo llegar hasta nuestra generación el nombre del maldiciente poeta. Las andaluzadas de Terralla se aceptaron como verdades evangélicas, y dieron no pocas veces armas á la ignorancia y al espíritu de provincialismo para zaherir á la sociedad limeña, pintada por el irritable vate como una sociedad sin virtudes y sin ilustración.

Si se fuera á juzgar á Terralla únicamente por su *Lima por dentro y fuera*, á fé que no saldría bien librado el poeta.

Reconociéndole ingenio y facilidad para versificar, aunque no siempre gran corrección, hay que declarar que su libro no es sino un hacinamiento de chocarrerías de mal género, exajeraciones, mentiras y calumnias. Juzgándolo caritativamente, decimos que el poeta respiraba por la herida, y que la musa del resentimiento no fué nunca la más verídica ni la mejor inspirada.

Pero hay tres libros, desconocidos casi, del poeta español, y de ellos nos proponemos dar una rápida idea.

Con motivo de las exequias que en honor de Carlos III se verificaron en Lima el 11 de Agosto de 1789, publicóse, por la imprenta de los niños expósitos, un volumen de 106 páginas en 4.º titulado:—*Lamento métrico general, llanto funesto y gemido triste por el nunca bien sentido doloroso ocaso de nuestro augusto monarca don Carlos III, por don Esteban de Terralla y Landa.*

Si el poeta se propuso excitar el llanto, confesamos que lo consiguió con su libro; pero es el llanto que produce el exceso de la risa. Desde el título, en que campea un retumbante gongorismo, se siente el lector forzado á sonreír. En prueba de que el *Lamento métrico general* es un libro á propósito para despertar la hilaridad, aun en el ánimo menos dispuesto á la risa, vamos á citar algunos fragmentos.

Haciéndose el poeta órgano del real Tribunal de Cuentas, dice:

Que Carlos ya del libro de la vida  
tiene ajustada la última partida,  
y de hoy más no habrá cuenta por entero  
porque nos falta el número tercero.

Supone luego que el Tribunal del Consulado lamenta la muerte del rey en estos términos:

El Real Tribunal del Consulado,  
que es base y fundamento del comercio,  
llora aquí pesaroso y angustiado  
porque Cloto le hurtó su mejor tercio.

Originalísimo es llamar *fardo ó tercio* á todo un soberano de derecho divino, á quien nuestros abuelos creían formado de pasta diversa á la de los demás hombres. En nues-

tros democráticos tiempos no se trataría con más llaneza y desparpajo á nuestros republicanos jefes del Estado.

Sigamos revelando la manera como pinta el duelo de otras corporaciones. El Tribunal de Minería habla del *metal*, de la *ley*, del *beneficio* y de las *barras*; la Caja de Censos dice que *el de morir es censo irredimible*: la Aduana lanza esta perogrullada:

. . . . . de la Aduana de la Muerte  
ni libra el sábio, ni se exime el fuerte;

la real Renta de Correos se ocupa de la *senda* del bien y del *camino* del cielo; el Tribunal de Temporalidades trae á cuento la diferencia entre lo *temporal* y lo *eterno*; y la real Casa de Moneda nos refiere con mucho candor que la Parca

á los sellos de Cárlos puso el *sello*  
sin que graben su nombre los *trojeles*.

El real Estanco del Tabaco no podía quedarse corto en la extravagancia, y dice:

Que, como és polvo, en polvo se convierte  
el polvo de más ser y de más vida;  
pero ¿qué extraño yo, con dolor sumo,  
cuando todo mortal se vuelve humo?

En boca del Ejército pone un sôneto que principia así:

El ocaso de Cárlos nos inicia  
la cuestion de su vida, no del nombre,  
y que, como mortal y como hombre,  
es la vida del hombre una milicia.

La Universidad, los colegios y las comunidades religiosas toman también parte en el duelo, con versos más ó menos alambicados. Hablando de los padres del Oratorio de San Pedro, dice picarescamente:

¿Ni quién podrá por Cárlos llorar tanto,  
cuando es tan propio de San Pedro el llanto?

A nombre del Cabildo y de los Tribunales de la Santa Cruzada y de la Inquisición, estampa unos sonetos que pueden arder en una torcida. El de este último tribunal concluye:

¿Y cómo no tendrá pena y dolor  
si falleció su Inquisidor mayor?

elogio nada envidiable para la gloria póstuma de Carlos III.

Si no tuviéramos en cuenta el espíritu de aquel siglo. pensaríamos que Terralla se propuso ridiculizar la costumbre de hacer versos á porrillo para las funerales de monarcas, príncipes, arzobispos y virreyes. Precisamente en las exequias de Carlos III, ateniéndonos á la descripción que de ellas hace el padre Risco, en un curioso folleto de la época, pasaron de mil las composiciones poéticas, en latín y castellano, que se colocaron en las columnas, arcos y paredes de la Catedral.

Pero donde realmente luce el ingenio de Teralla, dejando aparte la consideración de que no debió emplear el chiste para tratar asunto de suyo serio, es en las espinelas ó décimas con que pinta el duelo de abogados, escribanos y procuradores. Hay en ellas tanta lijereza y sátira que, para mejor ser apreciadas, creo oportuno transcribirlas.

Salga el llanto al rostro presto;  
pues en Derecho fundamos  
pena, en que nos sonrojamos,  
*dum loquimur sine textu.*  
Murió nuestro rey! ¿qué es esto?  
faltó nuestra amada prenda  
sin que nadie la defienda,  
causándonos gran conflicto  
su muerte, sin ver que *afflicto*  
*nunquam est afflicto addenda.*

Lamente tanta dolencia  
el fiel cuerpo de Abogados,  
aunque á los tiempos pasados  
saben *non datur potentia.*  
Lloren, pues, con permanencia  
su ocaso; más no, no lloren;  
antes por triunfo atesorén

que pasó en este combate  
*de minore dignitate*  
*ad dignitatem majorem.*

La Parca mostró su furia  
sabiendo que, siendo aleve,  
*locupletari non debet*  
*quis cum alterius injuria.*  
De la augusta régia curia  
lo arrebató su vil trato,  
siendo para el pecho grato  
grave injuria; mas repare  
*que dolorem temperare*  
*difficile est injuriato.*

Esgrimió contra un rey solo  
su segur con furia ingrata,  
sin mirar que *culpa lata*  
*semper comparatur dolo.*  
Desde el uno al otro polo  
es autora de clamores,  
sabiendo que sus rigores  
son rigores sin disculpa,  
y que *suos tantum culpa*  
*debet tenere authores.*

Por qué á morir le compele  
la Parca? No Cloto arbole  
su puñal, *quia ejus est nolle*  
*in jure qui potest velle.*  
Mas se portó como suele  
horrible, adusta y tremenda,  
sin ver que en cualquiera senda  
debe ser, como se manda,  
*favorabilia amplianda*  
*et odiosa restringenda.*

Virtuoso con grande aprecio  
fué Cárlos . . . . no es mucho, pues,  
cuando siempre ha sido y es  
*mater virtutum discretio.*  
Mas Cloto de un modo necio,



dando de cruel asomo,  
lo arrojó sin saber cómo  
de palacio, siendo aleve,  
sabiendo que *nemo debet  
extrahi de sua domo.*

De su ley nunca blasone  
porque no hay razón perfecta,  
y *lex censetur correpta  
correpta legis ratione.*  
Y así, aunque su ley expone,  
para que de su palacio  
lo extraigan en breve espacio,  
pruebe el *porqué*, y no con pausa,  
pues en cualesquiera *causa  
agenti incumbit probatio.*

La misma Parca confiese  
de nuestro rey el aprecio;  
pero advirtiéndole que *exceptio  
de regula debet esse.*  
No por eso el llanto cese  
ni paren las oblaciones,  
que un clero en sus devociones  
nunca en orar se desarma,  
cuando *clericorum arma  
sunt lacrymæ et orationes.*

Como se vé, más que lamentar la muerte del monarca, se propuso el poeta criticar la manía de los abogados del antiguo foro que sembraban sus alegatos de citas latinas. Veamos ahora las décimas con que los escribanos de Lima expresan su duelo:

¿Qué jubilos, qué placeres  
podemos tener *en suma*,  
si no vale nuestra *pluma*  
ni alcanzan nuestros *poderes*  
á darte vida? Y pues mueres,  
Cárls sábio, dando asunto  
á que llore este conjunto  
de escribanos que se vé,

mostraremos nuestra fé,  
*dando fé* que eres difunto.

Causó la Parca su estrago  
contra Cárlos atrevida,  
porque de su augusta vida  
*se otorgue carta de pago.*  
Dejó del mundo el halago,  
desechando lo finito  
por un bien que es infinito,  
y haciendo su vida el gasto  
se extendió *carta de lasto,*  
otorgado el *finiquito.*

Que es mortal la criatura  
damos fé y á cada instante,  
siendo verdad tan constante  
que consta por *escritura.*  
Oh feudo ! Oh pensión ! Qué dura  
nos deniegas los auspicios !  
Mas pues nuestros *beneficios*  
con su muerte están en calma,  
hagamos bien por su alma  
no faltando á los *Oficios.*

Quien pudiera en tal *acción*  
de la muerte de un monarca  
contra el rigor de la Parca  
*entablar recusación !*  
Mas, como la *ejecución*  
*se trabó* contra su vida,  
dirá la Muerte atrevida  
de *que no tiene lugar,*  
y que no se debe estar  
contra la *Ley de partida.*

Los procuradores de la Real Audiencia también manifiestan su pena, en versos no menos ingeniosos y regocijados que los anteriores. Juzgue el lector.

Aunque Cárlos goza el premio  
en superior monarquía,

fué en la Parca *rebeldía*  
y fué extemporáneo *apremio*.  
Fué doloroso proemio  
de violenta *ejecución*,  
fué dolo, fué prodición,  
estando bien instruida  
que en los *términos de vida*  
no cabe *prorrogación*.

Si pudieramos pedir  
término (como es notorio)  
nunca fuera *perentorio*  
y *último* ya su vivir.  
Mas como para morir  
hay término señalado  
y tiempo determinado,  
fuera inútil nuestra *acción*,  
y hubiera *denegación*.  
*en término ya pasado*.

¿ Quién es, pues, quien se resiste  
á aquella grave sentencia  
de la divina sapiencia,  
*términos constituisti !*  
En este término triste  
nuestro rey llegó á parar:  
mas, pues es fuerza llorar,  
digamos ya compunjidos,  
fueron *términos cumplidos*  
y de ahí no pudo pasar.

Oh! quien lograra la suerte  
de que la Parca, aunque avara,  
de nuestro rey revocara  
hoy la sentencia de muerte !  
Quien en lance que es tan fuerte  
gozara de dicha tal !  
Quien evitara este mal  
con ingenio el más sutil,  
y que fuera *acción civil*  
la que es *acción natural!*

El resto del libro lo forman quintillas, acrósticos, más ó menos caprichosos, sonetos, redondillas, tercetos, versos de pié quebrado, écos y cuanta estravagancia rítmica puede ocurrírsele al humano cerebro. Por supuesto, que las parano-masias no fueron desdeñadas, como lo prueba la siguiente.

¿A donde vas vena vana  
por aquesta sana zona,  
cuando Lima grata grita  
á aquel de quien era hora?

Vencer las dificultades métricas é inventar combinaciones era la gran aspiración de los poetas, como si la poesía más que en la idea estuviera en la forma. Terralla fué el que mayor tributo pagó á esa manía de su época.

En el tomo 45 de *Papeles varios* de la Biblioteca de Lima hay un opúsculo, en verso, de nuestro poeta. Titúlase *Alegria universal, Lima festiva y encomio poético*, y fué escrito para festejar el recibimiento del virrey Gil y Lemus. Cuarenta páginas de agudezas y zalamerías de cortesano, en versificación bastante correcta, tal es el opúsculo en que el vate hace genuflexiones de lacayo para conquistarse las simpatías y protección del nuevo señor. Desgraciadamente para Terralla, el virrey-bailio no se pagaba mucho de versos.

El tercer libro de Terralla, que también es una rareza bibliográfica, titúlase:—*El Sol en el Medio Día*—y fué publicado, como los dos anteriores, por la imprenta de los huérfanos.

En Enero de 1790 recibióse en Lima la noticia de la exaltación de Carlos IV al trono de España y, junto con ella, el aviso de que el bailío don frey Gil de Toledo, Lémus y Villa-Marín, caballero profeso del orden de San Juan, estaba nombrado para relevar en el gobierno del Perú al virrey don Teodoro de Croix. Este no quiso dejar á su sucesor, que en efecto llegó á Lima á principios de Marzo, la satisfacción de presidir las fiestas que era de estilo hacer, en las colonias, cada vez que una nueva Sacra Real Majestad empuñaba el cetro; y en consecuencia se designaron los días 7, 8 y 9 de Febrero para los obligados festejos, encomendando el virrey Croix la descripción de ellos á su poeta favorito.

Tengo para mí que no desdice de la índole de este trabajo una descripción somera de la ceremonia con que, en Lima, se efectuaba la proclamación de nuevo monarca; y, pues poco discrepan, elijo la de Carlos IV.

Designado el día para la jura y proclamación, se levantó un espacioso tablado á treinta varas de la puerta principal de palacio y con el frente hacia el Cabildo. A las doce del día se hizo una salva real; y el virrey salió á caballo acompañado de las corporaciones. Después de recorrer todo el cuadro de la plaza, entre los vitores de la multitud, se detuvo frente á Cabildo, apeóse y subió al tablado junto con la real Audiencia, alférez real con el estandarte, alcaldes ordinarios y alguacil mayor de la ciudad, escribano mayor del ayuntamiento, títulos de Castilla y caballeros de hábito, y los cuatro heraldos ó reyes de armas que ocuparon el sur, norte, este y oeste. Los maceros de la ciudad, los alabarderos y gentiles-hombres lanzas rodearon el tablado.

Cada rey de armas dió este pregón—Silencio! Silencio! Silencio! Oíd! Oíd! Oíd!

El virrey se descubrió la cabeza, acción que imitó el pueblo, y puso la mano sobre el real pendón.

Entonces avanzó tres pasos el escribano mayor de Cabildo, y leyó:

« EL REY—Concejo, justicia y regimiento, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la ciudad de Lima. « —El día 14 del presente mes, á la una de la mañana, fué « Dios servido de llevarse para sí el alma de mi amado padre y señor don Carlos III (que santa gloria haya) y por « mi real decreto del mismo día he resuelto participaroslo. « Y habiendo recaído, por esta dolorosa causa, en mi real « persona todos los reinos, estados y señorios pertenecientes á la corona de España, en que se incluyen los de las « Indias, he resuelto que (como os lo mando) luego que recibais esta mi cédula *alceis pendones* en mi real nombre « con el de DON CARLOS IV, y hagais las demás solemnidades de costumbre; y tened por cierto que atenderé con « particular cuidado á todo lo que os tocare, para haceros « merced en lo que fuere justo y graciable, manteniéndoos « en paz y en justicia. »

El virrey gritó por tres veces—España y el Perú! España y el Perú! España y el Perú! por el católico rey don Carlos

IV—y batió, también por tres veces, el estandarte real.— A esta ceremonia era á la que se denominaba *alzar pendones*— Luego añadió ¡Viva! Viva! Viva!

Algunos Virreyes, el de Castel-fuerte por ejemplo, no dijeron en la proclamación; España y el Perú! sino:—Castilla y las Indias! Castilla y las Indias! Castilla y las Indias! por el católico rey don Luis I.

El primer marqués de Cañete al hacer, en 1557, la proclamación de Felipe II usó de otra fórmula—Castilla! Castilla! Castilla! Perú! Perú! Perú! por el rey don Felipe nuestro señor! —

El libro de Terralla empieza con algunas líneas en prosa, en las que la modestia con que el autor habla de su trabajo literario contribuye á hacerle simpático:—«disimula lo malo, dice, y diviértete con lo que hubiere menos malo, que «no todas las hojas de un árbol son pálidas y macilentas.»

El poema descriptivo está escrito en pareados endecasílabos, y consta de una introducción y once cantos. Estos son consagrados á describir los arcos de la ciudad, adornos de la plaza mayor, salvas, músicas, luminarias, árboles de fuego, mojigangas de parlampanes, enanos, gigantes, payas, gíbaros, negros, matachines etc. y corridas de toros. La versificación es generalmente fluida y correcta, y hay en el poema fragmentos que, en verdad, cautivan el espíritu por la gracia y la agudeza.

En este libro, Terralla es pródigo en lisonjas al Perú. Las mujeres de Lima son ángeles de virtud y belleza: los hombres dechados de honradez y generosidad; todo, en fin, es para él, magnífico en una sociedad á la que, dos años más tarde, debía escarnecer con su atrabiliario *Lima por dentro y fuera*. Pero echemos un velo de generoso olvido sobre el extravío á que la debilidad humana condujo al poeta, y démoslo á conocer en los dos últimos años de su vida, asaz contrariada y borrascosa.

Por entonces, solo había espectáculo teatral los jueves y domingos, y aun el coliseo permanecía cerrado en tiempo de cuaresma. Un baile de etiqueta era acontecimiento que formaba época, y se celebraba, como dice el pueblo, allá por entrada de virrey. Para distraer en algo la monotonía de las noches, después de rezarse, en toda casa de buen gobierno, el obligado rosario, y encomendar á Dios las ánimas benditas de la difunta parentela, los viejos echaban una mano de

malilla, y la jente moza se entretenía en juegos de prendas y adivinanzas, inocentísima distracción que, á la larga, venía á producir matrimonio ó escapatoria de muchachas.

La reputación de Terralla para componer enigmas era muy popular, y de allí viene el apodo que le dieron—*el poeta de las adivinanzas*. Los galanes le pagaban á dos y á cuatro pesos cada acertijo, y, en la tertulia nocturna, vendían como fruto propio lo que era de ajeno huerto.

Aunque algunos hallen ridículo que Terralla hubiese consagrado tiempo y talento á trivialidades tales, por mucho que ellas le produjeran el pan de cada día en sus horas de penuria, nosotros creemos que no á todas las inteligencias ilustradas es dado ejecutar con acierto juguetes literarios de ese género. Imaginación traviesa, gala y lijereza en el decir, y profundidad en el concepto, se encuentran en las cuarenta adivinanzas de Terralla que hemos visto coleccionadas en un pequeño manuscrito.

En Octubre de 1720 establecióse en Lima el *Diario Erudito*, que tuvo poco más de dos años de existencia. Nuestro poeta fué uno de los más activos colaboradores, y aun sostuvo en él polémicas literarias con los sabios escritores del famoso *Mercurio Peruano*. Pobres de mérito son los versos que de Terralla se encuentran en el *Diario Erudito*; pero llaman la atención, por la agudeza de la sátira y lo correcto del estilo, sus artículos en prosa. El titulado *Vida de muchos* ó sea: *Una semana bien empleada por un currutaco*, es un bonito cuadro de costumbres que parece escrito en nuestros días, tanto es el sabor de actualidad que tienen varias de sus frases y alusiones. El nos dá luz sobre muchas costumbres antiguas; y aún sobre personajes populares. Así, en Lima se da el apodo de *ño Chicho* á cualquier grotesco que se constituye en payaso ó hazme reir: y del artículo de Terralla sácamos en limpio que *Chicho* fué un cómico, á quien estaban encomendados, en nuestro coliseo, los papeles de gracioso.

Bien merece el humorístico artículo de don Esteban que lo demos á conocer.

VIDA DE MUCHOS Ó SEA UNA SEMANA BIEN EMPLEADA  
POR UN CURRUTACO DE LIMA

**Domingo** —Viento norte—De nueve á diez tomé chocolate, me vesti, me lavé y me peiné—Dice el barbero que la viudita de Maravillas está hecha un demonio contra don Cirilo—Salí á las once, y fui á las gradas de la Catedral—No se ha mentido cosa de provecho—Hice cuatro visitas. No sé qué tiene doña Pancha que me ha puesto mala cara—En las Animitas, á la una. Esforzó su voz el animero y redobló su celo por el bien de las ánimas benditas. Recojió buena limosna, mitad para él, y mitad para el capellán; y las ánimas . . . á chicha fresca!—No estuvo en misa cierta persona ¡malo anda el negocio!—Eché una suerte y compré una estampa de San Ramón para mi ahijada que está de meses mayores—Comí á las dos y media. La comida estaba salada. Esta cocinera no se compone: cada día está peor—De tres á cuatro, siesta; y después, á la Alameda con un amigo—No vimos á la dicha sujeta; estará enojada—Compré medio de mani, y á las siete á la comedia *Marta la Romarantina* ¡qué gran cosa!—Muy gracioso estuvo Chicho en la tonadilla y en el sainete—Mucho miraba Farruco á la cazuela ¡Um! Ya te entiendo, cajetita—A las once, á tertulia. Perdí una onza como un ojo de buey. Eché ases siete veces—Cené mí loco y me fui á dormir:

**Lunes**.—Me levanté á las ocho y media. He dormido bien. Sigue el viento norte. Me lavé las manos, no la cara por que el agua estaba muy fría—Día de barba. El barbero ha estado silencioso como un velorio y no sabe nada de noticias. Si no cambia de humor lo despido, y tomo otro—A las diez, á la oficina. Escribí dos cartas y me corté las uñas. No es vida esta para llegar á viejo: salimos á las doce y media—Visitas. A Dominguito le di dos reales por que hace bien su oficio—A las dos, á comer: el vino se ha torcido—Siesta hasta las tres, Entró Perico á despertarme—De tres á cinco, paseo. Encontré al catalán y me dijo que había mucho que hablar sobre aquel asunto—Se volcó la calesta de la Eufrasia—Volví á casa á mudarme zapatos. El del cuarto del patio estaba hablando con la china Hipólita—No he podido averiguar de qué vive la vecina de la casa de enfrente. Yo veo entrar á un fraile de Santo Domingo. ¿Será



á las dos. La cocinera nueva sazona muy bien. Quiera Dios que dure y no sea cedazito nuevo—Conversación con la vecina en lugar de siesta—A las cuatro, á bureo. Nueva fábrica de postizos en la calle de las Mantas—A las seis y media, á la Salve del Baratillo. Mucha conguería—Tertulia hasta las once. Doña Jacinta cantó una *tirana* nueva. La Juana no ha pagado la semana al mercachifle—A las once, cuenta de gastos de la semana. Suma, treinta y tres y cuartillo reales; caramba! Es menester irse con tiempo, que el tiempo está muy malo—He cenado en la cama, y á dormir.

Dejo á mis lectores formar juicio sobre este semanario; pero lo cierto es que así pasan en Lima su tiempo muchos que yo me sé.

---

Por muchos se ha creído, y aun así se ha consignado en periódicos de nuestros tiempos, que Terralla era mexicano, sin más razon acaso que la simpatía que revela por México en su *Lima por dentro y fuera*. Pero él ha cuidado de revelar su nacionalidad no solo en el *Lamento métrico*, donde se llama *hijo de los reinos de España*, sino que, en la introducción al *Sol en el Medio día*, dice que la pintura de las fiestas reales la escribe:

un numen que bebió del Guadalete  
la cristalina, fugitiva plata.

La composición en que lucen todas las dotes del satírico poeta es el testamento que escribió en el hospital, quince ó veinte días ántes del de su muerte. Quevedo mismo no lo habria excedido en donaire epigramático. Júzguese por estos fragmentos:

Conociendo que este mundo  
es todo una patarata,  
y que no marchan conformes  
las obras con las palabras;  
Que el que parece perito  
comunicado es manzana,  
y el que es melón desde léjos  
es de cerca calabaza;

Que al que tiene mujer linda  
quien le proteja no falta;  
y más si la señorita  
tiene la sangre liviana;

Que dan á un pobre trompeta  
una ínsula barataria,  
porque logró la fortuna  
de tener garrida hermana;

Que hay maridos que se topan  
unas fortunas extrañas,  
y en un tomo recopilan  
mujer, mesa, coche y casa;

Que tras de los solideos,  
los polvos y las sotanas,  
se mira no pocas veces  
la necedad vinculada;

Que en todos los poderosos  
son sentencias las palabras,  
cuando en el pobre las mismas  
están desautorizadas;

Que con cuatro ó seis comedias  
y las novelas de Zayas,  
quieren saber hablar muchos  
que no saben lo que se hablan;

Que el cariño y el aprecio  
en las mujeres se acaban,  
y el cuento de los cortejos  
suele parar . . . en que paran;

Que entre ricos y entre pobres  
hay varios que se emborrachan,  
y en unos es alegría  
lo que en los otros infamia;

Viendo trastornado el mundo,  
al demonio con zizaña,  
al pecado por los suelos  
y la carne muy barata;

Enfadado de vivir,  
moriré de buena gana;  
pues las pesadumbres hieren  
y los desengaños matan.

Morir es fuerza. La muerte  
no me puede ser ingrata.

Muera de una vez un pobre  
que está muriendo de tantas.

. . . . .  
. . . . .

El alma solo es de Dios;  
se la doy con toda mi alma;  
pues le costó á Jesucristo  
toda su sangre el comprarla.

Creo cuanto cree y confiesa  
la santa Iglesia romana;  
y el que no lo hiciera así  
verá allá lo que le pasa.

Mando se ponga mi cuerpo  
depositado en una harpa,  
y callaré como un muerto  
aunque empiecen á tocarla.

Los músicos de la iglesia  
mando que á mi entierro vayan  
á tocar, con condición  
que de mí no toquen nada.

Mando que á mi entierro asistan  
doce negros con sus hachas;  
en cueros, y no vestidos,  
pues con aquel luto basta.

Unas almas de violin  
dejo allí: que se repartan  
entre malos escribanos,  
porque estos no tienen alma.

Deja una casaca negra,  
para un pobre, bien tratada;  
no está vuelta, porque yo  
nunca he vuelto la casaca.

Declaro que soy muy tonto,  
que todo el mundo me engaña;  
que muchos en esta vida  
lo son y no lo declaran.

Dejo dos barajas nuevas  
sin que les falte una carta;  
y son buenas para aquellos  
que juegan con dos barajas.

Dejo todo cuanto dejo;  
pues, en esta vida humana,

algunos dejan las cosas  
porque no pueden llevarlas.

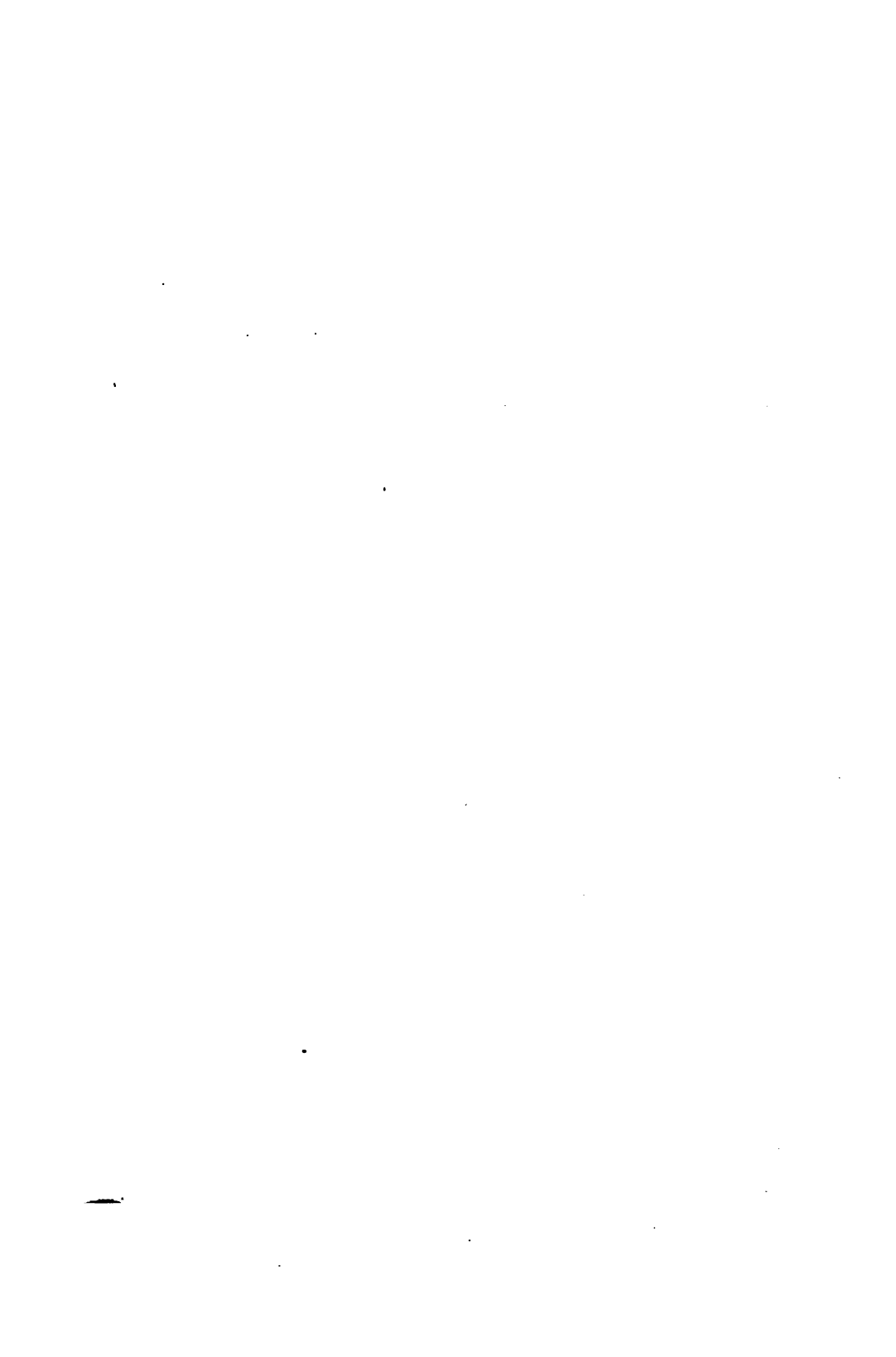
A la trampa la perdono;  
por fin, allá se las haya,  
pues todo cuanto he ganado  
se lo ha llevado la trampa.

Que me encomienden á Dios  
los sujetos de la farsa,  
que en la comedia del mundo  
esta es mi última jornada.

Filosofía amarga, sentimiento cristiano unido á la hiel que engendran en el alma las decepciones, galanura y chiste campean en este romance del poeta moribundo. No se diría sino que Terralla, el cáustico pintor de las costumbres limeñas, quiso en la muerte ser lógico con la vida. Vivió riendo, y su agonía fué una carcajada.

Aquí terminamos estos apuntes que bastarán para dar á conocer un poeta, que casi podríamos llamar nacional, porque su génio se desarrolló bajo el cielo sereno de nuestra patria.







## ÍNDICE

---

	Página
CUATRO PALABRAS . . . . .	I
JUICIOS LITERARIOS . . . . .	III

---

Croniquillas de mi abuela . . . . .	1
Los siete pelos del diablo . . . . .	9
Las barbas de Capistrano . . . . .	13
La capa de San José. . . . .	15
Entre jesuitas, agustinianos y dominicos . . . . .	17
El Abad de Lunahuaná . . . . .	28
Viva el puff! . . . . .	31
Títulos de Castilla . . . . .	34
La Astrología en el Perú . . . . .	45
El marqués de la Bula . . . . .	49
Juez y enamoradizo . . . . .	55
Los versos de cabo roto . . . . .	57
Algo de crónica judicial española . . . . .	61
El Ciego de la Merced . . . . .	64
Gethsemaní . . . . .	75
De gallo á gallo. . . . .	78
Dos cuentos populares . . . . .	83
Sistema decimal de los antiguos peruanos . . . . .	88
El Aviso . . . . .	91
Una colegialada . . . . .	97
¿Quién fué Gregorio López? . . . . .	102
Prudencia episcopal . . . . .	107
Asunto concluido . . . . .	109

	<u>Página</u>
El padre Oroz . . . . .	112
El gran poder de Dios. . . . .	115
¿Cara ó sello? . . . . .	117
Montalván. . . . .	119
El coronel fray Bruno . . . . .	124
El primer Gran Mariscal . . . . .	130
San Antonio del Fondo . . . . .	135
El padre Pata. . . . .	138
La vieja de Bolívar . . . . .	140
Las etcéteras del Libertador . . . . .	142
El Córpus triste de 1812 . . . . .	148
La carta de la Libertadora . . . . .	152
Coronguinos . . . . .	156
La moijita de Ayacucho. . . . .	159
¿Quién toca el harpa? Juan Pérez . . . . .	162
El desafío del Mariscal Castilla . . . . .	164
Don Por lo mismo . . . . .	169
Los repulgos de San Benito . . . . .	171
Las mentiras de Lerzundi . . . . .	174
Un santo varón. . . . .	179
El poeta de la Ribera . . . . .	182
Las cortinas . . . . .	186
Delirios de un loco . . . . .	189
Los milagros del padre Racimo . . . . .	196
Siluetas . . . . .	198
Vitores . . . . .	217
Tauromaquia. . . . .	228
Gallística . . . . .	241
Manumisión . . . . .	251
El poeta de las adivinanzas . . . . .	258







**TO** 

202 Main Library

## HOME USE

**Renewals and Recharges may be made 4 days prior to the due date.**

**DUE AS STAMPED BELOW**

REC. OFFICE NOV 15 '94

REC.CIRC. NOV 15 1994

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY  
BERKELEY, CA 94720

D 21-100m-12, '43 (8796s)

GENERAL LIBRARY - U.C. BERKELEY



8000718776

823798

73409

P23

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY